
UN
REINO
EN
LLAMAS
ELA VALDECÁN

UN REINO EN LLAMAS

Ela Valdecán

AGRADECIMIENTOS

A todas las almas que se adentran en las páginas de la *dark romantasy*.

Gracias por caminar entre coronas malditas y demonios encadenados, por no temer a los pactos de sangre ni a los amores imposibles. Vosotras y vosotros sabéis que la oscuridad también puede ser hermosa, que la vulnerabilidad es otra forma de fortaleza, y que a veces los monstruos guardan verdades más sinceras que los héroes.

Este libro es para quienes suspiran por un beso prohibido al borde de la traición, para quienes encuentran belleza en la cicatriz, para quienes aman los reinos en guerra porque saben que incluso entre las ruinas puede florecer un latido.

Sin vuestra pasión por las historias donde el deseo y el peligro arden juntos, este mundo de sombras y fuego no tendría sentido.

Gracias por abrir el grimorio, por invocar conmigo al Heraldo… y por no apartar la mirada cuando las llamas lo consumen todo.

1. Coronación fallida

El oro pesa como una maldición sobre mi cabeza, aunque la corona aún reposa sobre el cojín de terciopelo púrpura. Sin embargo, siento que ya arde en mi frente, como si la piel supiera lo que me espera.

Cada mirada que se clava en mí duele más que la corona. Más que la capa. Más que el miedo.

El Salón de las Veinte Efigies huele al incienso que arde en los braseros, a la tea caliente de las antorchas… a juicio.

La luz del atardecer, tenue y quebrada, se filtra por los altos vitrales y dibuja sombras coloridas y rotas que reptan por el suelo de piedra. Las losas están heladas bajo mis pies, siento el frío reptar a través de los incómodos zapatos de hebillas doradas que me han obligado a calzar.

El aire no se mueve. Incluso los fantasmas del pasado contienen la respiración.

Las veinte estatuas del salón están talladas en obsidiana negra y repartidas a lo largo del pasillo central. Representan a cada uno de los antiguos monarcas del Reino del Oeste que gobernaron tras el Rey Loco. Todos hombres. Ninguna mujer. No todos murieron en el lecho real. Algunos fueron traicionados; otros, condenados a exiliarse. Con sus ojos vacíos y bocas selladas, parecen murmurar desde lo alto: *No fracases. No sangres.* El destino de mucha gente está ligado al oro de esa corona.

El Oeste es exigente, y si el rey no está a la altura, el pueblo le da la espalda y encumbra a otro candidato para ocupar su lugar. Así es

como la Casa Velaryan llegó al poder, sobre las cenizas y los huesos del anterior linaje. No lo olvido. Si fallo, las cenizas que pise el siguiente rey serán las mías.

Permanezco inmóvil al pie de los escalones. Frente al trono. Frente al Consejero Mayor. Frente a un destino que no elegí y para el que temo no estar preparada, pero que ya no puedo evitar.

En el salón no cabe un alma más. Nobles, consejeros, representantes de las principales Casas del Reino... Nadie ha querido perderse el momento de la coronación. Ellos no me preocupan. Aunque no me han mostrado abiertamente su apoyo, sé que todavía es pronto para que se planteen desafiarme. El recuerdo del gobierno de mi padre, el rey Aldemar de la Casa Velaryan —un nombre que todavía resuena como hierro golpeando roca—, sigue demasiado presente; respetarán la herencia de su linaje, al menos durante un tiempo.

Mi inquietud está puesta en los diez representantes ducales de los territorios que componen el reino. Diez regiones. Diez voluntades. Diez posibles fuentes de rebelión si no logro mantenerlos unidos.

Mi padre supo mantener la paz durante décadas. Parte de su fortaleza provenía del Gran Pacto Ducal: un acuerdo político construido con esfuerzo entre mi padre y los líderes de las diez casas. Durante los primeros años de su reinado, recorrió cada ducado, escuchó agravios antiguos, restituyó tierras en disputa y selló tratados que equilibraron poder, comercio y respeto entre las regiones.

Un equilibrio frágil cimentado sobre confianza, pragmatismo y astucia. Mientras él vivió, ese pacto bastó para mantener la paz. Mantuvo las espadas envainadas sin perder el respeto de nadie. Nunca hubo revueltas bajo su mandato. Nunca.

Pero yo no soy él.

Y lo sé. Sé que los nobles del norte —especialmente los de las montañas de Maredur y los riscos de Taurenhold— me miran con desconfianza. Son rudos, endurecidos por la nieve y la guerra. No darán su apoyo fácilmente en una reina joven, sin experiencia y, peor aún, nacida en el sur. Para ellos, soy un capullo sin espinas. Una corona débil.

Entre ellos, el duque Rhogar de Taurenhold me observa con los brazos cruzados y el ceño fruncido. No se ha molestado en disimular su desprecio. La armadura lleva aún manchas del barro montañés y no me cabe duda de que es a propósito, para dejar claro la importancia que le merece el acto de coronación.

A su lado, la duquesa Maireen de Maredur susurra algo a su senescal y sonríe con una boca torcida. Ellos no han venido a celebrar. Han venido a medir mi fuerza. A buscar grietas.

Para ellos, soy una oportunidad de recuperar lo que una vez fue suyo. Porque la historia del Reino del Oeste está escrita con traiciones. Es lo primero que los tutores me enseñaron, y tampoco olvido la manera en la que mi bisabuelo accedió al trono, arrebatándoselo a la norteña Casa Tauron: una guerra civil, una purga. El fin de una dinastía.

Y ahora, aunque dormida bajo máscaras de diplomacia, la sed de venganza aún arde en ciertos linajes.

La capa de terciopelo carmesí se arrastra detrás de mí como una herida abierta. El cabello, recogido con esmero y dolor, aguarda el peso de la corona.

Las miradas del Consejo se clavan en mi espalda. Sé que no todos apuestan por mí. ¿Cómo hacerlo si yo misma dudo de mis capacidades?

Todos esperan que falle.

Todos menos uno.

El Consejero Mayor, Lord Theodemir, el más antiguo de los consejeros, está junto al trono con la dignidad de un árbol que ha sobrevivido a todas las tempestades. Su cabello es blanco como el hueso, su túnica sencilla pero impecable. Fue amigo, escudo y voz de mi padre. Y ahora es el único que cree en mí sin condiciones.

—Cuando asciendas —me ha dicho antes de entrar al salón, mientras me entregaba el anillo con el sello real— no solo heredarás el trono, habrás de lidiar también con todos los fantasmas que lo rodean. Tu padre hizo afilarlo —señala la pequeña espada que luce el blasón del anillo—. Puede que algún día lo necesites.

Ahora, con el anillo frío en la palma de mi mano, me doy cuenta de que la soledad es el mayor de todos los fantasmas. La lucha

entre deber y deseo ha comenzado.

Una respiración. Dos. La tercera se me rompe en el pecho. No puedo huir. No debo mostrar debilidad.

Pero por dentro… por dentro estoy rota. Sigo siendo solo una hija que echa de menos a su padre.

Recuerdo los ojos vidriosos de mi madre la noche anterior. Ella y Camila insistieron en quedarse conmigo en mis aposentos, no como súbditas, sino como familia, para que supiera que no estaba sola. No del todo, al menos.

La reina viuda Alisée tenía el rostro cansado y las arrugas de la frente marcadas y, a pesar de que su porte seguía siendo regio, parecía haber envejecido de repente. Se sentó a mi lado en la cama y me tomó el rostro entre las manos, con esa ternura que apenas recordaba de la infancia.

—No tienes que ser como él. —Su voz intentaba ser firme, pero solo lograba ser honesta—. No necesitas demostrarle nada a esos hombres que te miran como si fueras una niña perdida. Ya eres suficiente, Genoveva. Lo has sido siempre.

—Tú no lo entiendes. —Un nudo me apretaba en la garganta—. Si me equivoco, si fallo... vosotras sufriréis también las consecuencias. Tú y Camila. El pueblo no va a perdonar la debilidad en una reina, y los duques no necesitan mucho para prestar oídos a los cantos de sirena de otro linaje en el trono. Si caigo, querrán extinguir nuestra Casa para evitar cualquier rebelión futura, y eso implica que las tres seremos asesinadas.

La reina bajó la mirada y asintió. No con resignación, sino porque entendía que mis palabras eran ciertas.

—Lo sé. Por eso debes ganarte su respeto, pero no con miedo, sino desde el amor. Tu padre eligió proteger el trono frente a cualquier otra cosa, y se equivocó. No cometas sus mismos errores. Protégenos a nosotras y, sobre todo, protégete a ti misma del peso de la corona.

—Si gobierno con amor, si no antepongo el trono a todo, me comerán viva.

—Eres una superviviente, Genoveva. —Su tono roza el reproche—. Llevas una cicatriz en el costado que lo demuestra. Defiende tus

ideales, muéstrales otra forma de gobernar. Enséñales hasta dónde llega tu fortaleza.

Entonces Camila, que había permanecido en un segundo plano tras nuestra madre, se acercó. Es apenas una adolescente, pero en su mirada brillan ya los destellos de un futuro coraje. Me abrazó por la cintura y escondió el rostro contra mi costado.

—Papá se fue, pero tú sigues aquí. Y mientras estés, yo no tengo miedo.

Sus palabras se hundieron más profundo que cualquier espada.

Tengo que ser fuerte, no por el trono, sino por ellas. Por la niña que duerme abrazada a un peluche sin entender la lucha que se avecina. Por la madre que oculta el dolor tras la dignidad. Por la familia que queda.

Alisée me entregó entonces una medalla antigua, el blasón de la Casa Velaryan: una luna engastada en zafiros y envuelta en zarzas. Cada púa es un pequeño diamante que brilla sin mácula. Había visto a mi padre lucir esa medalla con orgullo y honor en cenas y eventos de gala. Nunca el emblema de nuestra casa había infundido tanto respeto y reflejado tanto poder como cuando él lo llevó puesto.

—Las zarzas protegen lo que importa. —Apretó la medalla contra mi pecho—. No dejes que nadie te arranque lo que es tuyo. Y, si alguna vez dudas... recuerda por quién luchas.

Lloré. Solo un poco. Solo esa vez. En silencio. Porque el amor también duele.

Ahora, no. Ahora mis ojos son ceniza y acero.

La voz de Theodemir resuena como un eco solemne por todo el salón.

—Que ascienda la heredera del linaje de los Velaryan, la cuarta de su Casa, hija del fuego y la sangre. Nacida bajo el signo del Dragón.

El murmullo que sigue es apenas audible. Telas rozando, suspiros contenidos, un par de miradas que se desvían hacia el suelo.

Levanto el mentón. No por orgullo. Por instinto.

Avanzo. Subo un escalón. Cada peldaño bajo mis pies retumba en el pecho.

Mi escolta de Águilas Grises me guarda la espalda, en formación. Aguardan tras de mí como una sombra sigilosa. Sé que en ellos

puedo confiar. Han jurado defenderme con su vida. Conozco a Ceryán Thorne, su comandante, desde la infancia. Su padre fue comandante antes que él, y su abuelo. Ha nacido para ocupar ese puesto y sé que me defenderá hasta el último suspiro. Su paso regio detrás de mí me tranquiliza.

El trono me espera al final de las escaleras. Piedra negra tallada con filigranas de oro rojo. No ofrece consuelo. No muestra grandeza. Es un altar. Y como todo altar, exige sacrificios.

¿Cuántas veces se ha derramado sangre en esta sala? ¿Cuántas coronas han caído antes de tocar la frente que las esperaba?

Mientras termino de subir las escaleras, mi mirada se cruza con la de algunos consejeros. El barón Eredan, que intentó disuadir al Consejo de mi ascenso. Lady Virelle, que me estudia como quien evalúa la madurez de una fruta antes de desecharla. Ninguno de ellos cree que dure más de un invierno. No saben cuánto deseo demostrarles lo contrario.

Theodemir alza la corona ante mí: oro ennegrecido, rudo, pesado. En el centro, una única gema carmesí, como una gota de sangre contenida.

Me arrodillo.

—¿Juras proteger este reino con tu vida, tu alma y tu voluntad? —pregunta.

—Lo juro —respondo. Y consigo que mi voz resuene limpia, que no tiemble.

—¿Juras ser el escudo de los inocentes, la espada de la justicia y la luz ante la oscuridad?

—Lo juro —repito, sin apartar la mirada del trono.

Theodemir inspira hondo.

—Entonces, que los antiguos te juzguen digna.

Un pensamiento cruza mi mente: *¿Y si no soy digna? ¿Y si este reino necesita algo que no puedo ser?*

Pero la duda no encuentra tierra fértil y se disuelve. Algo más profundo toma su lugar, algo que ha estado creciendo en mi pecho desde la muerte de mi padre. No es rabia. No es orgullo. Es determinación.

Sobreviviré a esto. Y gobernaré mejor de lo que nadie espera.

La corona desciende. El oro brilla apenas bajo la luz que se filtra desde lo alto. El silencio es total. Entonces, algo se quiebra. Un crujido. Una sombra. Giro apenas el rostro y distingo una figura sobre el alféizar del gran ventanal: un cuervo, inmóvil, como una escultura tallada en ébano negro. Me observa, ladea la cabeza con un gesto casi humano. Un presagio. En las leyendas antiguas, los cuervos traen consigo los augurios de guerra, muerte o traición.

Mi pulso se acelera. Me digo que es solo un pájaro, pero no aparta la mirada.

El silencio denso del salón pesa en mis oídos, me deja sorda. Contengo la respiración.

El susurro del metal a punto de tocar mi cabeza se rompe de pronto.

Las puertas del salón se abren de golpe.

Un mensajero cruza el umbral como si el infierno mismo le pisara los talones. Empapado de sudor, con la capa hecha jirones y la respiración rota, cae de rodillas frente a todos. Sus palabras atraviesan el salón como una saeta envenenada.

—Majestad… —jadea—. Vengo desde la fortaleza de Derlhan, en la frontera norte. El estandarte del Reino del Norte ondea sobre las Colinas de Hielo. Están marchando. Hombres. Bestias. Tropas armadas. Se espera que lleguen a la frontera en menos de una semana.

El tiempo se congela. Los nobles se incorporan a medias. Todas las miradas se vuelven hacia mí, pero nadie osa hablar.

Me toco la cicatriz del costado por instinto.

Theodemir sostiene la corona en alto, aún suspendida sobre mi cabeza, a medio camino de su destino.

Y yo, con el corazón golpeando contra mi pecho como un animal salvaje, alzo la vista y comprendo que mi reinado no comienza con un juramento… sino con una advertencia: toda corona viene con un precio, y el mío llega envuelto en acero, sangre y muerte.

2. El precio del reino

La sala del trono se ha vaciado, pero las palabras del mensajero siguen flotando en el aire, suspendidas sobre mi cabeza como la hoja de una guillotina.

Se espera que lleguen a la frontera en menos de una semana.

Una semana. Eso es todo cuanto tengo para preparar la defensa de mi reino y, en silencio, me pregunto si no se pudo haber previsto. Si, de todos mis consejeros, ninguno sospechó que algo así podría ocurrir.

También hay recriminación hacia mí. Llevo años preparándome para este momento, ¿no resultaba acaso evidente que la muerte de mi padre se convertiría en una arenga para nuestros enemigos?

El rey Gorath, que gobierna en el Reino del Norte desde hace más de doscientos años, lleva todo ese tiempo lanzando campañas contra nosotros. Su prolongada juventud, conseguida a base de horadar las montañas Limítrofes y extraer la *materia*, lo ha convertido en la peor amenaza para el reino dada la experiencia que ha acumulado. Mi padre también era ducho en el arte de la guerra y supo contenerlo, pero yo soy nueva, y la oportunidad que se presenta tras su muerte es tan evidente que me martiriza no haberlo visto venir.

Los nobles, los cortesanos y todos los acompañantes que asistían a la coronación se han marchado poco a poco, sin atreverse a cruzar una palabra conmigo. Murmuraban entre sí mientras descendían por las escaleras de mármol que conducen al patio central del palacio.

Algunos se llevaron consigo el vino que no bebieron; otros, ni siquiera esperaron el cierre de la ceremonia. A muchos de ellos los conozco desde siempre. Los he visto recorrer los pasillos del palacio junto a mi padre: charlando, negociando, brindando por nuevos acuerdos. Sin embargo, ahora que el telón de su protección ha caído, los veo con ojos nuevos: aliados o traidores. A eso se reduce todo.

Los miembros del Consejo salieron en formación más cerrada, intercambiando miradas graves y gestos de resignación. No hubo condolencias o promesas, ni siquiera palabras vacías. Se han limitado a convocarme a un Consejo de Guerra para preparar la estrategia de defensa. Aún no soy reina y ya tengo que enfrentarme a mi primer conflicto bélico.

Porque, por supuesto, nadie se ha atrevido a colocarme la corona. Nadie ha pronunciado mi nombre con el nuevo título. El acto de coronación ha quedado relegado a un segundo lugar. Nadie quiere celebrar cuando la amenaza del norte se cierne sobre nuestra puerta, cuando la promesa de lucha, sufrimiento y sangre está en la mente de todos los presentes. Tras las funestas palabras del mensajero, Theodemir ha devuelto la corona al cojín púrpura y ha solicitado a los presentes que abandonaran la sala.

Mi madre, como manda la tradición, no ha podido asistir. Como reina consorte, su luto la confina a las estancias privadas durante cuarenta días, lejos de cualquier ceremonia. Camila, demasiado joven aún para participar en actos oficiales, ha sido mantenida lejos del bullicio y las intrigas del día. Sin ellas, la soledad se amplifica.

—Voy a convocar un Consejo de Guerra —ha dicho Theodemir antes de cerrar las puertas del salón—. Y, como heredera de la corona, has de acudir.

He asentido en silencio. No confío en mi voz.

Camino entre los restos de la ceremonia interrumpida. Solo mi escolta de Águilas Grises permanece a mi lado. Me vuelvo hacia Ceryán y él inclina la cabeza con ojos brillantes. «Estoy contigo», dice ese gesto. Asiento de vuelta y avanzo por el largo pasillo hacia la salida. A mi paso, las estatuas de los antiguos reyes parecen inclinarse levemente, no en reverencia, sino como muda

advertencia. El incienso ha dado paso al olor áspero del sudor y del miedo.

Miro una última vez hacia atrás antes de salir del salón. Hacia el trono. La corona aún reposa sobre el cojín púrpura, intacta, esperando una cabeza lo bastante fuerte para sostenerla. Y me pregunto si algún día será la mía.

En la Cámara Alta, los siete miembros del Consejo se sientan alrededor de la Gran Mesa. Su madera está esculpida con las escenas más importantes de la historia del Reino: la firma del Gran Pacto Ducal, la coronación del rey Aldemar, la caída del castillo de Estrellahonda… Me pregunto si la crisis que acaba de estallar acabará tallada también en su superficie, si mi rostro aparecerá algún día entre los relieves, como una heroína o como una víctima.

Cada asiento tiene el respaldo labrado con motivos que representan a cada uno de los siete consejeros: monedas y bolsas para el encargado de las arcas del reino; libros, plumas y balanzas para quien legisla y controla el cumplimiento de las leyes; un mapa del continente para el responsable de los asuntos exteriores; una espada y un escudo para el que controla la defensa del reino; un mapa del reino del oeste para quien responde por todas las causas internas del reino; un intrincado labrado de runas para el protector de los saberes antiguos sobre alquimia y conjuros; y, por último, un poderoso roble de raíces profundas para el Consejero Mayor y líder de los siete.

La Cámara Alta domina desde lo alto de la almena principal del palacio. Es amplia, solemne. Sin embargo, las miradas graves de los consejeros la encogen. Los muros parecen estrecharse sobre mí.

Un fuego recién encendido chisporrotea en la chimenea al fondo de la cámara y, a pesar del hogareño olor a leño caliente, se respira la tensión del momento.

Me he sentado en la cabecera de la mesa, en el lugar que tantas veces he visto ocupar a mi padre. Es la primera vez, y su ausencia pesa más de lo que estoy dispuesta a admitir. Aún me parece escuchar su voz firme dando órdenes, haciéndose respetar. Miro los rostros de los Consejeros, todos mucho más mayores que yo, más

sabios, más altivos… y trago saliva al comprender la tarea titánica que me espera.

El emblema de la casa Velaryan: las zarzas y la luna creciente, pende en la pared sobre mi cabeza. Es un recordatorio de que, de alguna manera, mi padre sigue presente. Espero que sea suficiente para infundir el respeto que necesito.

Theodemir rompe el silencio.

—¿Cuántos creéis que son?

Lanza la pregunta al mensajero que ha interrumpido la coronación. Se le ha permitido el acceso a la Cámara Alta para que pueda ser interrogado en la más estricta privacidad, lejos de oídos indiscretos.

—Se han identificado los estandartes de, al menos, cinco Casas distintas; entre ellos, La Esfinge y el Oso de los Moradores. Eso significa un mínimo de cinco mil hombres armados, más las Bestias salvajes de los Moradores que luchan en estado de furia asesina, drogadas por los vapores de *materia*.

Helmor se remueve en su asiento. A él le atañen los asuntos que tienen que ver con la defensa del reino. Durante su juventud, estuvo al frente de muchas campañas en el norte y ha luchado contra los Moradores y sus Bestias en varias ocasiones. Su rostro, cosido de cicatrices y marcas, lleva la cuenta de todas las batallas que ha librado. Nadie mejor que él sabe lo que implican las palabras del mensajero, por eso, ver su incomodidad me alarma.

—Gracias, muchacho —Theodemir le indica la puerta de salida—. Espera fuera hasta recibir nuevas órdenes.

En cuanto el mensajero sale, los consejeros se enzarzan en una disputa desmedida por hacer valer su opinión. Theodemir, desde su lugar al otro lado de la gran mesa, deja que se desgasten un poco antes de hablar. Es un juego que aprendió de mi padre.

Lady Virelle, sentada en una esquina de la mesa, junto a Theodemir, es la única que observa sin intervenir. Alta jueza del Reino, ella aconsejaba a mi padre sobre todos los asuntos relacionados con la promulgación de leyes o la legalidad de ciertas acciones. Sufrían encontronazos frecuentes por la gestión de las tribus de los bosques de Faerín. Mi padre nunca confió en la fidelidad de sus líderes que, aunque habían firmado el Gran Pacto

Ducal, nunca acudían a sus llamadas. Quería controlar sus entradas y salidas de Faerín mediante una especie de aduana, pero Lady Virelle nunca se lo permitió. Las palabras de la Alta jueza han sido siempre temidas incluso por los más poderosos, porque no se doblega ante nadie.

Su silencio es deliberado, afilado; sus pequeños ojos me escrutan de vez en cuando desde la distancia y aumentan mi inseguridad.

Por un instante, olvido la discusión y dirijo la atención hacia las paredes de la Cámara, adornadas con los tapices que relatan la batalla de las Cien Hojas por la que mi bisabuelo accedió al trono. Los he estudiado incontables veces, pero hoy poco tienen que enseñarme, solo sirven para absorber los gritos de los consejeros.

—¿Cuántos hombres tenemos listos para movilizar? —presto atención de nuevo. Eredan, duque de Solcresta y enlace con las Casas Extranjeras, ha lanzado por fin una pregunta interesante. Tiene un perfil noble: la piel pálida y el rostro anguloso, los ojos verde intenso, y el cabello rubio peinado hacia atrás con esmero.

—No los suficientes para enfrentar el ejército que se aproxima —La postura abatida de Helmor en la silla denota su pesimismo. Se mesa su poblada barba pelirroja—. Y menos aún si queremos seguir protegiendo también los pasos del este para mantener a raya las ambiciones del Reino del Este. Podemos movilizar algunos destacamentos cercanos a la frontera y llegarían a tiempo, pero si los comandantes del norte no reúnen a sus tropas y las alistan en la causa, será imposible contener el ataque.

—El norte siempre ha sido una frontera difícil de sobrepasar, la orografía escarpada juega a nuestro favor —Lord Andric muestra una expresión sombría—; pero entiendo lo que decís, Helmor. En base a lo que he visto y escuchado en mis últimas visitas, no puedo garantizar que sus comandantes sigan leales tras la muerte del rey. Se oyen rumores acerca de la continuidad del Gran Pacto Ducal.

El cabello gris y el rostro curtido por los fríos vientos del norte otorgan a las palabras de Lord Andric el peso de la experiencia, no en vano es uno de los consejeros más veteranos del reino. Antiguo gobernador de los pasos del norte, conoce cada sendero, cada

alianza y cada traición ocurrida en las tierras altas, por eso sus impresiones han de ser sopesadas con cautela.

—¿Y qué me aconsejáis? —pregunto por primera vez en la Gran Mesa. He escuchado muchas opiniones, pero ningún consejo por ahora, y esa se supone que es su labor—. Entiendo que, sin el apoyo de las Casas del Norte, la batalla está perdida.

—Tenéis que fortalecer el vínculo con ellas antes de que la guerra nos alcance. —Lord Andric me mira con interés por primera vez—. Aprovechad que los duques del norte han venido hasta aquí por la coronación. Buscad un pacto, aunque sea temporal. Hacedlos partícipes de la defensa del reino. Si sienten que sus tierras también están en juego, si les hacéis ver el peligro real que representa Gorath, quizás se unan a vuestra causa y defiendan la frontera.

Fredan, barón de las Riberas y maestro de la Tesorería, niega con gesto agrio. Fue el primero en cuestionar mi derecho al trono y no pierde ocasión para dejarlo claro. Está más interesado en proteger sus rutas comerciales que en el futuro del reino. No se molesta es esconder su ostentación, lleva siempre las manos cubiertas de anillos y joyas cuyo precio daría de comer al pueblo entero de Lirien durante varios años.

—Si esperáis que los hombres del norte contengan una invasión sin ofrecer nada a cambio, estáis más locos de lo que pensaba. Hace años que los duques del norte hacen la guerra por su cuenta. Cumplían las leyes de Aldemar por cierto respeto a su regio mandato, pero esa inercia se extingue. Buscarán sus propios intereses.

Su voz resuena por las paredes de piedra hasta que se extingue. Nadie responde de inmediato. Solo Helmor se atreve a intervenir.

—Es cierto que me han llegado rumores de que algunas guarniciones en el norte se niegan a obedecer órdenes que vengan de la capital, pero son solo rumores —añade, sin levantar la vista—. Estoy de acuerdo con Lord Andric, si no se refuerza el vínculo con esos territorios, podríamos enfrentarnos a una fractura interna antes de que llegue el enemigo; y estoy de acuerdo con el barón Fredan, hay que agasajar sus intereses para que accedan.

—Hay que tener en cuenta que aún no ha sido coronada oficialmente. —Eredan habla como si no estuviera delante. Me ofende—. ¿Podemos confiar la negociación de la defensa del reino a una reina sin corona?

Me irrita que siembre la duda sobre mí con tanta ligereza. No puedo contenerme. No debo.

—Que nadie lo cuestione. —Me levanto, indignada, y apoyo de golpe ambas manos sobre la mesa como tantas veces vi hacer a mi padre para que su opinión prevaleciera—. Llevo años preparándome para esto. No voy a dejar caer la herencia de mi padre tan rápidamente.

El silencio que sigue es denso, incómodo. El archimago Seldrin, hasta ahora callado, entrelaza los dedos sobre la mesa. Sus uñas, pintadas de negro, son manchas de tinta sobre la piel pálida de sus manos. Lleva la raya de los ojos pintada con kohl, lo que aumenta la profundidad de su mirada; y, sobre su cabeza rapada y su cuello, se extiende una maraña de imágenes, runas y símbolos arcanos tatuados, marca de todos los conjuros que ha lanzado a lo largo de su vida.

—Hay otras formas de defensa si las casas del norte nos dan la espalda —dice. Su voz es suave, enigmática.

Seldrin es un archimago, dicen que el mejor del reino. Ha estudiado las bases y los fundamentos de la Alquimia y es capaz de lanzar los cuatro tipos de conjuros que existen. Es el guardián de los saberes antiguos y el protector de los límites mágicos. Nadie en el reino puede lanzar un conjuro mayor sin su autorización. Su influencia es profunda, aunque pocos la comprenden.

Entonces Theodemir levanta la mano.

—Majestad, os sugiero que meditéis con calma la siguiente jugada. Una mala decisión podría desangrar el reino antes de que la guerra empiece. Vuestro padre...

—Mi padre ya no está —le corto con suavidad, sin levantar la voz —. Y este consejo no puede actuar como si él aún viviera.

Eredan, diplomático nato, desvía sus vivaces ojos verdes hacia un punto indeterminado de los tapices. Ha medido alianzas toda su

vida, y hoy mide mis palabras con igual precisión. Siento que es de los que, en silencio, también cuestiona mi valía para reinar.

—¿Qué debería ofrecerles? —le pregunto. Él vuelve hacia mí sus ojos con lentitud medida, casi teatral. Para él, soy una mosca sobre su bistec caliente.

—Lo que todos quieren —responde, condescendiente—: más poder.

Recapacito unos instantes. No tengo demasiadas alternativas y el tiempo corre en mi contra. Ceder poder me parece ahora mismo un precio justo a pagar. Me inclino ligeramente hacia Theodemir, lo bastante para que el resto no lo tome aún como una orden formal.

—Organiza una reunión inmediata con los duques del norte. Esta misma noche, si es posible. No podemos permitirnos más demora.

Theodemir asiente, solemne.

—Enviaré emisarios discretos a sus aposentos. Algunos estarán más dispuestos a escuchar que otros. Pero acudirán.

Cuando los consejeros empiezan a levantarse, me mantengo en mi sitio. Mis ojos siguen fijos en la mesa tallada mientras el murmullo de sus voces se aleja hacia la puerta. Mis manos se cierran lentamente sobre el borde pulido, como si pudiera extraer fuerza de la historia que duerme bajo mis dedos.

Espero a que la puerta se cierre del todo, y entonces me permito respirar hondo. Me levanto y me acerco a una de las ventanas estrechas de la Cámara Alta. Desde allí, el cielo parece inclinarse sobre las torres del castillo. Me muerdo el labio para no gritar.

Mi padre habría sabido qué hacer. Mi padre habría convencido a esos hombres sin necesidad de amenazas, solo a base de confianza y respeto. ¿Y yo? Yo apenas he logrado que me escuchen. Cómo hecho de menos su criterio, sus sabias palabras, lo mucho que me cuidaba y me quería… Él creyó en mí y me educó para gobernar cuando todo el mundo pedía un heredero barón. No puedo defraudarlo ahora que ha llegado el momento de la verdad. Tengo que convencer a los nobles del norte de que yo también tengo madera de reina, que luchen por mí, que sabré recompensarles.

Recuerdo el rostro de Camila dormida la noche anterior, su pequeño cuerpo enredado en las mantas, aun creyendo que todo

saldrá bien porque yo estoy aquí. Porque soy su hermana mayor. Porque voy a ser la reina.

¿Y si fracaso y el rey Gorath conquista nuestra tierra? ¿Qué será de ella? Es conocido su salvajismo, su falta de escrúpulos. Solo le mueve la *materia* y por conseguirla haría lo que fuera. Se dice que las montañas Limítrofes se están vaciando y que está buscando nuevas fuentes de donde abastecerse. Supongo que aquí espera encontrarlas y por eso nos ataca. Si consigue llegar a Lirien y atravesar las puertas del palacio, lo primero que hará será asegurarse de que nuestro linaje se extingue. Y, en el fondo, es un consuelo, prefiero la muerte que su esclavitud.

Pero no puedo permitir que eso ocurra. Hemos de contenerle en la frontera como se ha logrado hasta ahora.

La desesperación no es una emoción que pueda permitirme y, sin embargo, aquí está, arañando por dentro. No hay más margen. Necesito el apoyo de las Casas del Norte.

Paso toda la tarde recluida en los despachos de mi padre, que ahora son mis dominios. Valoro multitud de alternativas, estudio tratados antiguos, reviso listados de concesiones previas… Certifico lo que ya sabía, que el norte ha sido siempre un territorio difícil de gestionar. Hasta la firma del Pacto Ducal, la historia del Reino del Oeste está plagada de rencillas y conflictos civiles con sus líderes. No obstante, el linaje anterior a mi Casa, los Tauron, procedían del norte y, de alguna manera, siguen pensando que el trono les pertenece. El norte me ve como a una usurpadora.

Reviso el Pacto Ducal y veo lo que se acordó entonces: autonomía y libre albedrío en tiempos de guerra.

Es por eso que ahora pueden decidir si apoyan a la corona en la defensa del reino o bajan sus espadas y dejan pasar a Gorath. No puedo obligarles a acatar mis órdenes porque mi padre les dio libertad de elección.

Bajo la firma de los cuatro representantes ducales, descubro algunas líneas tachadas. Condiciones que finalmente se descartaron del acuerdo. Acerco el papel a la llama de la vela para descifrar lo que se esconde tras los borrones de tinta. A duras penas, consigo

leerlo: *un puesto permanente en el consejo para un descendiente de las Casas del Norte, para tratar asuntos exclusivos de estas tierras*.

Por algún motivo, mi padre decidió que era una clausula excesiva y lo eliminó del tratado. Demasiadas concesiones al norte. Pero yo no soy mi padre, y la situación requiere medidas desesperadas. Si el norte demanda presencia en el Consejo a cambio de luchar en la frontera, yo les aseguraré un nuevo consejero en la Cámara Alta.

En cuanto anochece, en uno de los salones de la planta baja, se disponen velas, asientos cómodos y vino caliente. Los sirvientes han colocado macetas con rododendros en el alfeizar de las ventanas. Son las flores favoritas de mi madre y espero que me transmitan su valor para pasar este mal trago.

El fuego arde en una pequeña chimenea y yo me acerco con la esperanza de que las llaman templen mis nervios, pero en cuanto oigo sus pasos firmes avanzar por el pasillo, la falsa fachada de calma se me escurre entre los dedos.

Uno a uno, atraviesan el umbral sin anunciarse.

Rhogar de Taurenhold entra el primero, con su armadura aún manchada de barro montañés y el ceño más fruncido que durante la ceremonia. Ni me mira. Tras él, Maireen de Maredur, envuelta en un abrigo de piel oscuro, sujeta un guante entre las manos como si fuera un arma. Su cabello cobrizo cae en ondas voluptuosas alrededor de su fino rostro de porcelana.

Los duques de las Casas de Malrath y de Tharn entran con menos teatralidad, pero el mismo recelo. Al menos, agradezco que todos hayan respondido a mi llamada.

Sus escoltas se quedan en la puerta y cada uno toma asiento sin pronunciar palabra. Me observan como si esperaran que titubee, como si ya supieran que van a decir que no.

Estoy sola frente a ellos, sin Theodemir ni mediadores. Lo pedí así. Si voy a gobernar, debo empezar por convencerlos a ellos y olvidarme de escuderos ni apuntadores. Creo haber estudiado lo suficiente para llegar preparada a esa reunión. Quiero que perciban sabiduría y fortaleza, que se olviden de la imagen de niña ingenua que todos tienen de mí.

—Os agradezco que hayáis acudido. Sé que no es lo habitual, y que el día ha sido largo.

Silencio.

Aecio, el duque de Malrath, el más viejo de los presentes, cruza los brazos. Su rostro seco, decrépito, revela la desconfianza de quien ha visto pasar tres generaciones de reyes sin ceder jamás un palmo de terreno. Viste un jubón de terciopelo azul oscuro con bordados dorados que representan las torres de su casa.

—Esperamos palabras claras, Alteza —Eleva la barbilla en un gesto altivo—. No disculpas vacías ni discursos.

Asiento, pero no retrocedo. He repetido el discurso varias veces delante del espejo. Me lo sé de memoria.

—Os he convocado porque os necesito —les hablo con transparencia, sin disfrazar la verdad—. Quiero un compromiso real con vuestras Casas, con vuestros comandantes. El Reino del Oeste solo resistirá si vosotros lucháis a su lado. No como súbditos, sino como guardianes de estas tierras.

El duque de Tharn observa mi rostro en busca de grietas. Luego, habla:

—Es un sacrificio lo que nos pedís. Los norteños somos el primer bastión frente al rey Gorath, será nuestra sangre la que se derrame.

—Lo sé, pero no tenemos tiempo para movilizar un ejército que pueda contener el ataque. Mandaremos apoyo, pero sin la colaboración de vuestras tropas, me temo que Gorath atravesará la frontera en pocas horas. Lo que nos esperaría bajo su mandato es incertidumbre. De todos es conocido lo que anhela, y si vuestras tierras lo tienen, las levantará por completo hasta convertirlas en un terreno yermo.

Juego la baza del miedo y percibo en algunas miradas que funciona.

—¿Y qué ofrece la corona a cambio de ese sacrificio? —pregunta Aecio.

Respiro. Es el momento de hacer caso a las palabras de Eredan, de ceder poder. A pesar de no haber tenido demasiado tiempo para meditarlo, creo que la oferta que mi padre tachó del Pacto Ducal les resultará suficiente. Tiene que serlo.

—Os garantizo un lugar en la Cámara Alta para vuestros herederos cuando todo esto acabe. Un nuevo consejero que se asegurará de que las necesidades del norte sean escuchadas de primera mano en esta Cámara.

Sus miradas se cruzan. Aecio murmura algo en voz baja, pero no todos parecen impresionados.

Maireen se recuesta en su silla con un gesto afilado. El abrigo de pelo cae hasta el suelo con aplomo y se llena de polvo y arenilla. Sus grandes ojos níveos estudian mis movimientos y parecen traspasar mi piel, escrutando cómo me siento.

—El rey Aldemar nos negó esa petición. Dijo que no quería espías ni traidores en su Gran Mesa, que sus consejeros debían ser gente de su total confianza. ¿Y vos, princesa? ¿No compartís esa visión?

No se me pasa por alto que se dirige a mí como princesa, y técnicamente es cierto. No soy reina aún. Pero sé que su intención al usar ese título es herirme, desestabilizarme, y en parte lo consigue. No sé qué responder.

Rhogar se adelanta.

—¿Y si ya hubiésemos recibido una oferta mejor? —No se molesta en disfrazar el veneno de su voz.

—¿Qué queréis decir? —Temo la respuesta.

—El rey Gorath del Reino del Norte ha sido... más generoso que vos —responde—. Promete respetar nuestras tierras y nuestros títulos si no oponemos resistencia a su paso. Algunos de nosotros lo consideramos una propuesta sensata.

—Traición, queréis decir —mi voz suena más serena de lo que esperaba.

—Pragmatismo —interviene Maireen con una sonrisa gélida—. Las Montañas Rocosas no siempre serán una barrera para la Oscuridad que habita en las tierras del Sur, y soplan vientos de cambio. El rey Gorath ofrece una alternativa más sólida que una joven reina sin corona.

Maireen de Maredur no es simplemente una noble altiva. De rostro delgado y belleza etérea, sus extraños ojos níveos parecen ver más allá de lo evidente. Se dice que es aficionada a las artes oscuras y a la adivinación, y que guarda en su alcoba un espejo de cristal negro

con el que obtiene visiones de lo que está por llegar. Los rumores sobre su conexión con fuerzas antiguas y su obsesión con las Malditas Tierras del Sur han alimentado la fama de bruja que la rodea. Para muchos, sus palabras son agoreras; para otros, advertencias que no han de contradecirse.

—Entonces, no hay alianza. —Clavo la mirada en Rhogar—. No hoy.

—Ni mañana, si dependiera de mí —espeta el duque mientras se levanta.

El duque de Malrath y el de Tharn se remueven en la silla, incómodos.

Las cartas están sobre la mesa, no hay nada más que pueda ofrecer para conseguir su apoyo. Siento que la oportunidad se me escapa de las manos, que la amenaza comienza a tomar forma frente a mí y es monstruosa.

—Podéis retiraros —digo al fin, helada por dentro—, pero recordad que, una vez el Reino caiga, las promesas del enemigo también pueden esfumarse. Yo soy la única baza segura para vuestra independencia.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, la sala se queda vacía, pero no en silencio. Las llamas chisporrotean en la chimenea y el viento aúlla tras los gruesos muros del castillo. Esos muros que ya no pueden protegerme.

No tengo aliados y el tiempo se escapa. Me he quedado sin opciones.

Mi pulso se acelera cuando pienso en las consecuencias del rechazo de los duques norteños. Si sus comandantes y sus ejércitos no luchan, Gorath atravesará la frontera y llegará a Lirien en menos de tres días. La capital del reino del norte puede resistir un tiempo de asedio, pero no lo logrará eternamente. Y sé que las huestes de Gorath son salvajes, alimentadas con *materia* y embrutecidas con alquimia. En terreno abierto, el Reino del Oeste no tiene nada que hacer frente a sus soldados. Tenemos que detenerlos en la frontera norte, donde la orografía escarpada nos facilita la defensa.

Pero, los duques del norte ya han escuchado la oferta de Gorath. Se fían más del gobierno de un rey aguerrido y salvaje que el de una

reina joven y sin experiencia. ¿Cómo culparles? Mi Casa está condenada a la extinción.

Entonces oigo una voz detrás de mí, baja, sedosa, apenas un susurro que parece emerger de la misma piedra.

—Quizá aún haya otro camino, Alteza.

3. El grimorio

Me giro sobresaltada.

Seldrin está de pie detrás de mí, en la penumbra, y sonríe de forma enigmática.

—¿Otro camino? —A pesar de la sorpresa, parezco firme. Quizá es porque intuyo un halo de esperanza.

El archimago da un paso al frente y sale del rincón oscuro donde se refugiaba. Las sombras se disipan y revelan su silueta alargada, elegante. La túnica de lino negro que lleva puesta forma símbolos arcanos, bordados con hilos de oro, en el cuello y en los puños. A cada movimiento, los símbolos brillan con luz propia.

—Un camino que solo los Reyes del Oeste pueden recorrer —su voz sedosa me envuelve—, y ahora, reina Genoveva, el turno es vuestro.

No sé si es un aliado o un manipulador, pero estoy desesperada y no me puedo permitir descartar ninguna opción por oscura que parezca. Frunzo el ceño, pero giro la silla hasta quedar frente a él.

—¿Estás hablando de alquimia? —quiero dejar las cosas claras desde el principio.

—No hay por qué ponerles nombre a todas las cosas, Alteza. No todo es sencillo de encasillar —Coge otra de las sillas que los duques del norte han dejado vacías y se sienta también frente a mí. Los

tatuajes de su cabeza y su cuello reflejan el fuego de la chimenea y parecen bailar con el vaivén de las llamas—. Os hablo del legado de vuestra sangre, de una herencia más antigua que la formación de los reinos.

Su palabrería me invita a desconfiar. Nadie con nobles intenciones esgrime argumentos tan engolados. Sin embargo, la curiosidad puede más.

—Habla. Te escucho.

Seldrin se inclina hacia adelante y saca un amplio bolso que lleva colgado a la espalda. Lo deja sobre las rodillas y pone las dos manos encima. En su interior se insinúa la forma de algo cuadrado, compacto.

—Existe un libro antiguo que permanece cerrado bajo altos encantamientos en la Torre de los Archivos. Un grimorio que solo puede ser leído por los herederos legítimos del trono. Su encuadernación es de piel de quimera y en sus páginas de marfil duerme un poder reservado para tiempos de desesperación.

Ha bajado la voz y se inclina hacia mí, otorgando a su discurso de un cariz místico que me pone los pelos de punta. Me cuesta tragar saliva. Estoy paralizada por una mezcla de tensión y expectación.

—¿De qué clase de poder hablas? —pregunto.

Lo veo titubear un segundo. No le gustan las preguntas directas.

—Se trata de la invocación de un Oscuro.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Un demonio —aclaro. Tengo que decirlo en voz alta para asegurarme de que entiendo las consecuencias de lo que se está planteando—. Me ofreces delegar el devenir de mi reino en manos de un demonio.

Seldrin no sonríe, ni niega, solo guarda silencio unos segundos antes de hablar.

—Son criaturas que responden a la llamada de la sangre real. Aparecen, escuchan y ofrecen un trato. Nada más. El aceptarlo o no depende de vos, Alteza.

Me levanto y camino hacia la chimenea, pero el fuego no me da calor. Mis dedos tiemblan cuando dejo caer una nueva rama al

hogar. Las llamas crepitan con violencia renovada, pero mi cuerpo sigue helado.

—¿Cuál es el precio a pagar?

Seldrin también dirige la mirada hacia el fuego, como si la respuesta no mereciera pronunciarse en voz alta.

—Cada pacto es distinto, Alteza —El reflejo de las llamas avivadas devora sus ojos—. Depende de las necesidades, los miedos, los límites de quien lo invoca.

—Y los tratos, ¿son justos?

De nuevo, aquel gesto de duda.

—Eso solo podréis valorarlo vos —Se inclina y deposita el bolso sobre las frías baldosas del duelo. Lo empuja con el pie para acercármelo.

Dudo.

Alzo la vista hacia el archimago y lo descubro observándome sin pestañear. Su presencia parece más grande que antes, como si las sombras que lo envuelven lo empujaran hacia mí.

—¿Por qué me lo das ahora? ¿Qué ganas tú con esto?

—No gano nada. —Muestra su indignación frunciendo el ceño, pero no llego a creérmelo del todo—. Soy un Consejero del reino y mi deber es asesorar a la Corona. Existe esta opción, y es igual de válida que ceder poder al norte para asegurar sus armas. Todos creen que habéis perdido la corona sin haberla llevado puesta y nadie extiende la mano para evitar vuestra caída. Ni Theodemir, ni el apuesto Ceryán… Yo os ofrezco una red de seguridad.

Una ráfaga de viento golpea los cristales y la vela más cercana parpadea y se apaga. Cuando la penumbra nos envuelve, solo queda su figura, firme y serena. Esperándome.

El grimorio pesa más de lo que aparenta.

Lo abrazo como si transportara una reliquia sagrada. Me esfuerzo por no mirar su cubierta, pero el cuero de quimera late con vida propia bajo mis dedos y me cuesta resistirme. La magia que emana de él es poderosa y empiezo a sentir que me envuelve, que me atrapa como un veneno dulce del que no quiero escapar.

Mis aposentos están vacíos, silenciosos.

Camila duerme en su habitación y mi madre permanece encerrada en su duelo, ausente incluso para mí. Aquí, en el silencio de mi alcoba, solo estoy yo... y el legado de todos los reyes anteriores.

Dejo el grimorio sobre la mesa de roble junto a la ventana. No lo abro. Lo observo desde el otro lado de la habitación con los brazos cruzados. Quiero protegerme, pero aún no sé de qué.

Cambio de postura, camino de un lado a otro... hago tiempo en espera de una respuesta que no va a llegar de ningún sitio. Ahora solo estoy yo para tomar decisiones. Esa soledad que tanto amargó a mi padre.

Me desabrocho los botones del vestido despacio y dejo caer la tela con un suspiro. Necesito sentir mi piel, volver a ser Genoveva, lejos de los lujosos disfraces de reina. El espejo me devuelve la imagen de mi cuerpo desnudo, pálido. La cicatriz de mi costado está enrojecida por el frío y destaca como una llama en la oscuridad.

«Eres una superviviente», me ha dicho mi madre, la reina viuda Alisée. Y tiene razón. El Gran Pacto Ducal no fue un capricho de mi padre ni una idea que surgió de la nada, fue un acuerdo nacido de la sangre, del temor hacia el atentado que sufrí durante mi niñez y que estuvo a punto de costarme la vida. Desde ese día, el rey Aldemar se aseguró de tener a todos los ducados contentos y bajo control.

Me alejo del espejo. Enrosco mi tupida melena oscura sobre la nuca y la sujeto con un pasador de marfil. Me pongo el camisón de seda azul. Su tacto suave me reconforta. Tomo asiento al borde de la cama, con los pies apoyados en la alfombra, y mi cabeza retrocede hasta el momento de la coronación fallida. El brillo de la corona descansa todavía sobre el terciopelo púrpura.

«Has perdido la corona sin haberla llevado puesta.»

Las palabras de Seldrin me golpean con más fuerza de la que puedo soportar. En el fondo, es lo que todos piensan, pero nadie se ha atrevido a decir en voz alta.

Miro hacia la mesa. El grimorio no se ha movido, pero tengo la inquietante sensación de que pugna por llamar mi atención.

Me levanto y camino hacia él con paso lento. Mis dedos rozan su superficie rugosa. El cuero negro está caliente y su energía me atraviesa. Siento la urgencia de abrirlo.

Las primeras páginas están escritas en una lengua que no reconozco, pero que, por alguna razón, comprendo. Hablan del origen de los Heraldos, de su obligación de servir a los reyes, de su capacidad para lanzar conjuros… De los pactos de linaje. Cada símbolo que recorro con la vista despierta algo dormido en mi interior: alquimia, alto poder, palabras de sangre...

Deslizo los dedos por los márgenes. Hay anotaciones de todo tipo: grandes, pequeñas, hechas con urgencia, crípticas... Reconozco la caligrafía de algunas de ellas. Es el trazo firme de mi padre.

Susurro su nombre sin darme cuenta.

Él tuvo este mismo libro entre sus manos, lo leyó, lo estudió. Quizá sintió también el peso de no saber qué hacer. No sé si recurrió a su magia, pero no lo destruyó. La conservó para mí.

Mis ojos se detienen en la página marcada con un fino cordón dorado. Es la invocación del Heraldo.

Los trazos están reforzados con tinta negra y hay símbolos adicionales a los lados. Mi padre escribió al margen: «Solo cuando condenas tu alma entiendes la importancia del legado». No sé qué significa, pero no me gusta.

Cierro el libro de golpe. Me tiembla todo el cuerpo.

Miro mi reflejo en la ventana. ¿Qué clase de reina soy si necesito la ayuda de las Tierras Oscuras para gobernar? Pero ¿qué clase de hija y hermana sería si permito que el Reino del Oeste caiga y, con él, mi madre y Camila? Si hay anotaciones de mi padre en sus márgenes, ¿es porque él también lo usó para salvaguardar su reinado? Y, si es así, ¿qué precio tuvo que pagar?

Toda la vida he oído historias terribles sobre los Heraldos Oscuros. Leyendas que hablan de seres crueles que raptan almas nobles para ponerlas al servicio del Señor Oscuro. ¿Por qué querría tener un monstruo así a mi servicio? Y, aunque ese ser despiadado me ofreciera lo que necesito, ¿podría fiarme de su palabra?

Pacto de linaje. Esas tres palabras se han quedado grabadas en mi mente como un canto de sirena. Peligroso, pero atrayente.

El grimorio aguarda mientras el viento arremete contra los cristales y, dentro de mí, algo se parte, como si una decisión ya estuviera tomándose sin mi permiso.

Me pongo una capa y salgo al pasillo. Me acerco al Águila Gris que protege la puerta de mi dormitorio.

—Avisa al comandante Ceryán —le digo—. Le espero en el Claustro de los Reyes.

Echo una última mirada al libro maldito y siento que, de alguna manera, algo dentro de él me devuelve la mirada. Como si el propio libro fuera un túnel que conectara con el centro mismo de las Tierras Baldías.

Y me estremezco.

4. El pacto de linaje

La zona sur del castillo hace años que quedó destinada para almacén de grano y provisiones. Durante la primavera y el verano se recolectan los cereales que da el campo y en invierno se distribuyen a la población. El Claustro de los Reyes es el patio que conecta esa zona con el resto del castillo, y está vacío a estas horas. La luna se filtra por los arcos altos y pinta la piedra con un resplandor pálido. En el centro, las tumbas de dos reyes olvidados son devoradas por la hiedra. Nadie se ocupa de limpiarlas. Nadie acude a pedir su protección ni su consejo. Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que mi lugar de descanso sea igualmente abandonado.

Ceryán me espera sentado entre la sombra de las dos tumbas. Recuerdo cuando, de niños, solíamos jugar a escondernos aquí, entre la maleza y los pilares. Este lugar siempre ha sido nuestro punto de encuentro a través de los años, a través de las circunstancias. Al verme, se levanta y se yergue, con la mano en la empuñadura de la espada y los hombros tensos. Me cuesta volver a imaginarlo como aquel niño que me reía las travesuras.

—Alteza. —Inclina la cabeza.

—Aquí no necesitas llamarme así.

Él me mira, y sus ojos brillan como si recordara de pronto lo que significa este lugar, como si nuestras risas infantiles hubieran quedado atrapadas entre las piedras.

—¿Por qué me habéis hecho venir?

Camino hacia él y me apoyo en una de las tumbas. El frío del mármol atraviesa la capa y el camisón que llevo puestos.

—Necesito consejo, y confío en tu criterio.

La tensión en sus facciones se tensa, se vuelve expectante.

—Conoces la situación del reino —prosigo—, y el norte no está dispuesto a colaborar…

—Si me dais la orden, comandaré a todos los Águilas Grises hacia el norte. —No vacila—. Llegaremos a tiempo y defenderemos la frontera.

Niego con la cabeza.

—Ni siquiera mis valientes Águilas Grises podrían contener al ejército que se avecina —respondo con voz aciaga—. Pero he encontrado algo. No es una espada ni un ejército. Es… un arma. Pero resulta demasiado peligrosa y no sé si debo usarla.

El eco de mis palabras recorre los arcos del claustro hasta perderse. Entonces, lanzo la pregunta que me lleva atormentando desde que Seldrin puso el grimorio en mis manos.

—Si tuvieras la opción de salvar el reino con algo que, a su vez, podría destruirte. ¿Lo harías?

Ceryán se toma su tiempo antes de responder. Mira el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la luz de la luna le acaricia su noble perfil. Después, se vuelve hacia mí.

—Os salvaría a vos y al reino al precio que fuese —dice, sin titubeos—. Pero estamos hablando de un arma que podría destruiros, por lo que, os ruego, manteneos alejada de ella.

Me sobrecoge su lealtad absoluta. Ceryán, que jugaba conmigo entre estos mismos arcos, que me escondía cuando temía a las sombras. Ahora vuelve a prometerme protección, sin saber siquiera contra qué.

—¿Y si la alternativa es ver el reino arrasado? —insisto—. ¿Y si no hay ninguna otra salida?

Ceryán suspira entonces. El águila gris que luce el peto de su armadura sube y baja al compás de su respiración pausada. Me mira con el mismo afán protector que cuando éramos niños, solo que yo

ya no soy una niña y no debería sentirme tan vulnerable, pero no puedo evitar verme sobrepasada por los acontecimientos.

—Entonces un rey debe hacer lo que tiene que hacer.

Es una frase de mi padre. Solía repetirla cuando era pequeña, cuando le pedía que se quedara jugando conmigo en lugar de tener que regresar a los asuntos de política que lo requerían. Siempre priorizó el deber. Es el ejemplo que me queda.

La frase me hace volver atrás, rescatar imágenes de mi memoria dormida.

—¿Recuerdas cuando me caí de ese murete y no podía moverme? —Mi voz se envuelve de nostalgia—. Tuviste que avisar a mi padre…

—… Y el mío casi me mata por no evitar tu caída.

Sonreímos juntos. Un poco de luz en aquella noche oscura.

Se aproxima un poco y su mano queda tan cerca de la mía que puedo sentir su calor, pero no llega a rozarme. Su lealtad y su juramento están por encima de cualquier otro sentimiento. Yo aparto la mirada antes de que lea en mis ojos lo que no debo mostrarle.

—Gracias, Ceryán —susurro.

El silencio del claustro cae sobre nosotros. Y, en ese silencio, el recuerdo del grimorio late dentro de mí, apremiándome a tomar una decisión.

La luna se ha ocultado tras las nubes cuando regreso a mis aposentos. Desde la ventana, intuyo el cambio de guardia cuando las antorchas marchan en fila. Excepto los Águilas Grises, el castillo entero duerme.

He pasado varias horas estudiando la invocación, asegurándome de entender cada frase, cada palabra, y he seguido las instrucciones: he dibujado con tiza un círculo en el suelo y he encendido una vela en cada punto cardinal. Con mi sangre, he dibujado una corona invertida en el centro. El aire huele distinto, a humo y cobre, aunque tal vez solo esté en mi cabeza.

Releo las líneas una vez más, con las manos temblorosas. El sudor frío recorre mi nuca. Si cruzo esta línea, no podré volver atrás, pero si no lo hago... puedo perderlo todo.

El libro maldito está abierto frente a mí. La página con la invocación se muestra iluminada por la luz temblorosa de las llamas. Mi voz se quiebra al principio, pero consigo estabilizarla. Pronuncio las palabras en la lengua que mi mente comprende sin haber aprendido nunca:

—Por la sangre del linaje y la necesidad del reino, invoco el pacto eterno entre Sombra y Trono.

Las cuatro velas se apagan a la vez y el círculo dibujado en el suelo se oscurece. La corona invertida echa a arder con llamas de color violáceo. De golpe, el aire se parte, la realidad se resquebraja.

Una sombra surge del interior de las llamas violáceas y toma forma masculina. Alto, imponente. Su cabello negro brilla como obsidiana pulida y se agita en suaves ondas alrededor de su rostro. La piel, de cobre, hace juego con los ropajes oscuros que parecen hechos de sombras líquidas, cambiantes. Absorben la luz a su alrededor. En sus ojos dorados hay conocimiento, hay violencia, pero también calma, mesura. Las botas y los guantes de cuero negro refulgen con las runas que sellan su pertenencia a las Tierras Oscuras. Son sus grilletes.

No parece un monstruo, pero su sola presencia me estremece. La magia que emana de él es fuerte, antigua... Cada poro de mi piel grita que estoy cometiendo un error, que eso no está bien.

Sus ojos miran alrededor, como si acaba de despertar de un sueño muy largo, y se detienen en mí. Me sobresalto y, sin embargo, él permanece impasible, aguardando que dé el primer paso. Pero no sé lo que tengo que hacer.

—¿Eres el Heraldo? —pregunto, y mi voz suena más débil de lo que esperaba.

—Lo soy.

Mi pecho retumba con cada sílaba que emerge de su boca. Siento que me encuentro frente a una bestia salvaje que podría destrozarme con un simple zarpazo. Estoy tentada de romper el círculo y acabar con esta locura, pero no lo hago. Hay algo hipnótico en su presencia, algo que me atrapa y atemoriza al mismo tiempo. Me siento expuesta, desarmada, como si él pudiera leer todo lo que oculto.

Tal vez pueda.

Me obligo a reaccionar, aunque sea para ponerle fin.

—Te he invocado porque necesito tu ayuda para proteger mi reino.

El Heraldo guarda silencio. Me observa con gesto frío, arrogante. Me evalúa, y yo no puedo hacer otra cosa que permanecer allí de pie mientras sus ojos me recorren con descaro.

—¿Crees que eres digna de gobernar? —pregunta al fin.

La pregunta me golpea por su osadía. No lo he llamado para que me cuestione ni para que dé alas a mis fantasmas.

—Eso no lo decides tú. —Me crezco, altiva. Él puede ser un demonio de las Tierras Malditas, pero yo soy la heredera del Reino de Oeste.

—¿Me pides un pacto de linaje? —pregunta entonces.

Niego. Aún no estoy segura.

—Primero quiero saber cuál es el precio del pacto.

Él asiente, una sola vez.

—De acuerdo, dime, ¿cuáles son tus condiciones para el pacto de linaje? —pregunta—. ¿Qué es lo que necesitas exactamente?

—Que las huestes del norte se detengan, que no crucen la frontera.

Él da un paso dentro del círculo, pero no lo cruza. Clava en mí sus ojos dorados y un frío me recorre el cuerpo. Siento como si arañara mi alma.

—Eso no será suficiente para detener la guerra. —La seguridad con la que habla no admite réplica—. Vuestro enemigo duerme en el interior de vuestras fronteras.

Tiene razón. Ya he sido testigo de las dudas y ardides de consejeros y duques.

—¿Y qué me proponéis, entonces? —pregunto, consciente de la verdad de sus palabras.

El Heraldo lo piensa unos instantes antes de responder. Su aura es poderosa, puedo sentirla reptando por mi piel.

—Consejo y protección hasta que consigáis el respeto de vuestro pueblo —propone—. Hasta que la corona descanse sobre vuestra cabeza y el futuro de la Casa Velaryan esté asegurado.

Valoro la propuesta, pero solo durante un segundo. Es lo más acertado.

—¿Y qué pedís a cambio? —pregunto con la respiración contenida. De su respuesta depende mi decisión.

No tarda en hablar. Lo tiene claro.

—Un alma. —Su voz, aunque tranquila, adquiere un nuevo peso—. Para el Señor Oscuro.

—¿Mi alma? —pregunto. El corazón se me encoje.

Él niega. Apenas un leve movimiento.

—Elegiré yo, llegado el momento.

—¿Qué queréis decir? —No estoy segura de haber entendido bien.

El demonio no se inmuta. Su gesto, sereno, es la máscara de una escultura griega.

—Cuando todo acabe y la corona repose sobre vuestra cabeza, seré yo quien elija el alma que ha de regresar conmigo a las Tierras Oscuras.

—¿Puede ser... cualquier alma? —La boca me sabe amarga.

No responde, solo me mira con una intensidad que me hace sentir incómoda.

—Pero ¿qué derecho tengo yo de condenar el alma de otra persona? —protesto.

—El mismo derecho que el de cambiar el destino del Reino. No hay pacto sin sacrificio, Reina sin Corona, y tú has pronunciado las palabras que lo han traído hasta ti.

El peso de la evidencia me aplasta. ¿Es que pretendía acaso convocar la oscuridad de las Tierras Baldías y esperar un trato justo? Es un demonio lo que tengo delante, un sirviente de la oscuridad. Es imposible salir victoriosa de un pacto así. Nunca.

No puedo aceptar el trato.

No puedo condenar a otro por salvarme a mí. Ni siquiera por salvar el reino.

—Lo rechazo —digo con voz firme.

El Heraldo asiente sin objeciones. No parece molestarle. Sin embargo, sus ojos dorados se mantienen fijos en mí durante un instante más de lo deseado. Poco más de un segundo, antes de desaparecer tras el fuego violáceo. Lo suficiente para incomodarme.

El fuego violeta se extingue. Pero el aire sigue cargado, como si los ojos dorados aún me observaran desde la sombra.

—Hay otras formas de salvar el reino —susurro para convencerme —. Tiene que haberlas.

5. Condiciones del alma

La luz fría del amanecer atraviesa las cortinas pesadas y deja líneas pálidas sobre el suelo de piedra. El aire es denso, apenas se mueve dentro de la estancia. Abro los ojos con dificultad. Mi cuerpo sigue entumecido por la tensión de las últimas horas y mi mente carga con el peso del ritual fallido. Siento que fui una ilusa al creer que podría salir victoriosa de un trato con las Tierras Oscuras.

Me incorporo con lentitud y me obligo a salir de la cama. El suelo está helado bajo mis pies. El espejo me devuelve una imagen que no reconozco. Hay ojeras bajo mis ojos, líneas profundas que no estaban ayer. Me toco el rostro y me noto febril. Mi piel no parece la misma, macilenta, apagada. El pronunciar aquellas palabras ha dejado una parte de mí al otro lado del círculo.

El grimorio aún descansa sobre la mesa, abierto en la misma página que la noche anterior. He de devolvérselo a Seldrin para que retorne a su lugar de descanso. Sería muy peligroso que alguien lo descubriera y consiguiera acceder a su conocimiento.

En el suelo, el círculo de invocación se mantiene intacto. También las velas consumidas y la corona invertida trazada con mi sangre. La marca mágica no ha desaparecido y me incomoda. Siento que sus ojos dorados siguen clavados en mí, observando cada movimiento, cada respiración.

Tomo un paño y lo mojo con el agua que han dejado las sirvientas para mi aseo. Me arrodillo junto al símbolo y froto, pero el dibujo no

se altera. Da igual lo fuerte que insista ni el agua que derrame, la corona parece haberse fundido con el suelo. En el interior del círculo, el suelo está aún caliente.

No queda sangre que limpiar, la marca no puede ocultarse. Es el recordatorio de que la puerta se abrió una vez y puede volver a invocarse. El Heraldo aún escucha.

Unos golpes secos en la puerta me sobresaltan.

Me pongo de pie de inmediato y cubro la marca con una de las múltiples alfombras que acondicionan el suelo de mi alcoba. Me ajusto la bata sobre los hombros y acudo a abrir la puerta.

El anciano rostro de Theodemir aparece al otro lado del umbral. Su gesto denota urgencia.

—El Consejo os convoca, Alteza. Hay una nueva propuesta de los duques del norte sobre la mesa.

El corazón me late con esperanza renovada.

—Gracias, Theodemir. Dadme unos minutos para vestirme y me dirigiré a la Cámara Alta.

Cierro la puerta tras de mí mientras doy gracias a los dioses por no haber aceptado el pacto con la Oscuridad.

La Cámara Alta se silencia en cuanto abro la puerta. Los siete miembros del Consejo aguardan en sus respectivos asientos y el ambiente es más lúgubre del que me esperaba. Puede que haya una nueva propuesta, pero vaticino que no va a ser de mi agrado.

La sensación se acrecienta cuando tomo asiento en un extremo de la mesa y Theodemir, en el otro, evita cruzar mi mirada. La única que sonríe es Lady Virelle, que viste una lujosa túnica roja y ha recogido su cabello con un pasador dorado. Mi padre la nombró consejera por su profundo conocimiento de las leyes del Reino, quería asegurarse de que ninguna decisión que se tomara en la Cámara vulnerara los derechos o las libertades del pueblo. A diferencia de sus antecesores, mi padre creía que el respeto del pueblo se ganaba siendo justo y no a base de miedo. Aunque el sentido de la justicia no sea igual para todos.

Ojalá tenga la opción de decidir cómo quiero ganarme el respeto del pueblo.

Noto que los ojos pálidos de Seldrin me escudriñan. Sin duda se está preguntado si he utilizado el grimorio. No voy a darle la satisfacción de averiguarlo.

Theodomir, como Consejero Mayor, rompe el silencio. Su mirada sigue siendo escurridiza.

—Sabemos la encrucijada a la que os enfrentáis, Alteza. La situación con los ducados del norte exige una solución inmediata si queremos detener a los ejércitos enemigos, por eso el Consejo ha encontrado una vía diplomática directa.

Demasiado rodeos. Frunzo el ceño.

—Hablad claro, Theodemir.

Entonces me mira y, por el brillo de sus ojos, soy consciente de su lucha interna.

—Rhogar de Taurenhold ha expresado su disposición a sellar una alianza duradera con la Corona mediante matrimonio.

El corazón se me encoje en el pecho. ¿Matrimonio con ese salvaje? ¿Con esa bestia sin modales? Solo imaginar el yacer con él en la misma cama me da ganas de vomitar.

—¿Estáis proponiendo que me case con él? —lanzo a todos la pregunta para evidenciar mi disconformidad.

—No —Lady Virelle sonríe aún más. Es el rostro de una bruja—. Proponemos a vuestra hermana, Camila.

El mundo se detiene en ese instante y entonces comprendo el gesto roto de Theodemir, sus ojos vidriosos.

Percibo el resto de las miradas, cargadas con una mezcla de expectativa y recelo. Sé que esperan mi reacción como si fuera un espectáculo. Hoy soy su divertimento y voy a darles lo que quieren.

—¡De ninguna manera! —Me levanto con furia y golpeo la mesa con los puños. Su sonido retumba en la Cámara Alta—. Solo tiene catorce años, ¿es que estáis locos? Rhogar le triplica la edad y es un salvaje sin compasión. Sería como enterrarla en vida.

—Legalmente, sería un compromiso, no un enlace inmediato —Lord Andric me pide calma con las manos, pero no hay gesto en el mundo que pueda aplacar mi ira—. La unión se formalizaría en dos años, pero, con la promesa sellada ahora, el Norte se uniría a la defensa del reino.

Entiendo su postura. Para ellos la solución es perfecta, y para mí también lo sería si no se tratara de ella, si no incluyera a Camila. Pero no puedo permitir que la metan en esto, que pague con su inocencia mi falta de previsión y la debilidad de mi reinado. Es culpa mía y yo debo cargar con los sacrificios.

Me enderezo para que mi voz adquiera la solemnidad que busco.

—Entonces seré yo quien se case. Que el compromiso se selle conmigo.

Los Consejeros no se inmutan. Ya habían previsto mi respuesta. Es Eredan, amparado en su conocimiento diplomático, el que responde.

—Una reina que ofrece su mano en la primera amenaza no proyecta fortaleza. El reino la vería como una moneda de cambio y esa imagen os debilitaría más, si es que eso es posible.

—El reino necesita una reina firme, no una que se sacrifique. —El barón Fredan asiente, tajante.

Miro a Theodemir, implorando su apoyo, pero vuelve a rehuirme. Su rostro refleja el conflicto que arde en su interior.

Doy un paso atrás mientras trato de contener mi ira. No van a cambiar de opinión. La propuesta de Roghar les parece la mejor solución posible. Para ellos, Camila es solo una herramienta. Comprendo que mi destino y el de mi familia se han puesto sobre la mesa sin mi consentimiento. Se está jugando una partida de ajedrez, pero, lejos de ser la reina, solo soy un peón.

—Os pido un día —digo.

Los veo dudar. El tiempo corre en nuestra contra y cada segundo que pasa es un palmo de terreno que cedemos al ejército del rey Gorath. Theodomir se adelanta.

—Un día. Nada más.

Los miembros del Consejo se levantan y, uno a uno, van abandonando la Cámara. Veo a Seldrin levantarse despacio e intentar colocar la silla en su sitio varias veces. Solo está ganando tiempo. Cuando el resto de los consejeros se marchan, el archimago se acerca hasta mí. Una sonrisa torcida se dibuja en su boca.

—No tenéis buena cara —el tono con el que lo dice suena a burla.

—Mi aspecto no es de vuestra incumbencia —le respondo, molesta por su atrevimiento.

Sin embargo, él no parece darse por aludido y mantiene intacta su desagradable sonrisa.

—Quería advertiros de algo que olvidé deciros la otra noche. —Hace una pausa, tal vez esperando alguna reacción por mi parte que no llega—. Una vez invocado el Heraldo con vuestra sangre y aceptado el trato, quien posea el grimorio controla al demonio. Vigilad el libro y no dejéis que caiga en las manos equivocadas… A veces, un libro es más peligroso que un ejército.

Sé que la advertencia poco le importa, que lo que realmente quiere saber es si he llevado a cabo la invocación.

—No he aceptado el trato —me adelanto antes de que crea lo contrario.

No puede evitar que un gesto de decepción nuble su rostro.

—En tal caso, Alteza —arrastra las sílabas con desgana—, os rogaría que devolvierais el grimorio a los Archivos para que pueda continuar con su custodia.

—Así haré.

Abandono mi lugar en la mesa y paso por su lado sabiendo que he cometido un error. Si de verdad llevo a cabo lo que mi corazón me está gritando, el grimorio no va a volver a los Archivos.

Y Seldrin también lo sabe.

Cierro la puerta de la habitación con un golpe seco.

«Papá se fue, pero tú sigues aquí. Y mientras estés, yo no tengo miedo»

Las palabras de Camila llevan resonando con fuerza en mi cabeza desde que abandoné el salón de la Cámara Alta. Nido de víboras.

Retiro la alfombra y observo la corona invertida. El suelo sigue caliente.

He tomado decisiones precipitadas antes, pero ninguna como esta. Me digo que aún tengo el control, que el trato con la Oscuridad todavía no está sellado, pero es una forma de autoengaño. Tengo claro lo que está por venir.

Sé que gobernar implica tomar decisiones dolorosas, anteponer el porvenir del reino por encima de los propios intereses, pero nada

podía prepararme para tomar la decisión que se me exige, para tener que entregar a tu propia hermana

Corro los pesados cortinajes y me sumerjo en la penumbra. No quiero que nadie vea lo que me dispongo a hacer.

Tomo la tiza y vuelvo a trazar las líneas. El círculo ya existe, pero necesito reafirmarme en mi decisión. Ser consciente de lo que hago.

De pie, frente al símbolo maldito, me quito el anillo con el sello real. El mismo que lució mi padre y mi abuelo antes que él. Lo miro con los ojos húmedos y respiro hondo. Mi cabeza no deja de pensar en Camila. En sus manos pequeñas, en la forma en la que me abraza cuando tiene miedo. No puedo dejar que su destino se decida por hombres que no la conocen, que no entienden lo frágil que es. Aprieto el sello contra mi palma. El blasón tiene el borde afilado. Algunas gotas caen al suelo, al interior de la corona invertida. La sangre borbotea sobre las baldosas ardientes.

Las palabras de la invocación fluyen con naturalidad de mi boca. Ya no hay duda, no hay tribulación. Es lo que quiero.

El Heraldo Oscuro aparece de nuevo ante mí, envuelto en las llamas violáceas, y me resulta más imponente de lo que recordaba. Sus ojos dorados expresan más que su boca. *Sabía que volverías*, dice aquella mirada. Pero no es arrogancia, parece casi tristeza.

—Has cambiado de opinión. —No es una pregunta, es una certeza.

Su sola presencia desequilibra mi interior. No quiero que me afecte y, sin embargo, algo dentro de mí se tensa. El aspecto es humano, pero su mirada dorada me recuerda la amenaza de lo que he invocado. La maldición que estoy a punto de asumir.

—Acepto el pacto —digo—, con una condición.

Sus ojos se entornan. Lo veo dudar por primera vez y eso me da alas.

—¿Cuál? —pregunta, y su voz ominosa llena la alcoba.

—El alma que tomes nunca será la de Camila. Puedes elegir cualquier otra, pero nunca la suya. Si aceptas, el pacto se sella en este momento.

Se acerca a mí, pero sin sobrepasar el círculo que he dibujado. No puede abandonarlo hasta que se selle el trato. Siento el calor que

emana de su cuerpo en oleadas que casi me queman. Su sombra se arrastra detrás de él como una segunda piel.

—Es la primera vez que un mortal impone condiciones —intenta intimidarme, pero no lo consigue.

—Es mi línea roja —insisto—. No admitiré negociaciones.

Guarda silencio. Me mira y el momento se estira más de lo que deseo, más de lo que puedo soportar. Aparto los ojos.

—No puedo aceptarlo —dice al fin—. Las Tierras Baldías no aceptan condiciones.

Su respuesta es un golpe a mi última esperanza. Había confiado en que esa pequeña petición resultara un detalle sin importancia dentro de todo lo que el pacto implica. Pero me he equivocado y, con ello, me quedo sin alternativas.

Siento que el Heraldo es mi única esperanza en este momento. Si acepto el trato, tal vez aún haya algo que salvar; si no, puede que no quede nada. Solo puedo confiar en que se abrirá una oportunidad para evitar cumplir con la deuda, para que el Heraldo se marche sin llevarse el alma prometida.

Me considero una persona hábil, resolutiva. El destino proveerá… Debe de hacerlo.

El demonio regresa al centro del círculo y se dispone a marcharse.

—Espera —lo detengo. En sus ojos brilla una chispa de curiosidad —. Acepto el trato. Sin condiciones.

Regresa hacia mí, hasta el límite del círculo, y me obligo a no retroceder pese a sentirme intimidada por su altura, por la brutalidad que emana de sus gestos, de su armadura cubierta de relieves salvajes.

—¿Estáis segura? —pregunta. Y su mirada afilada me atraviesa la piel—. Una vez sellado el pacto, no habrá marcha atrás. No podréis arrepentiros, ni cancelarlo; aunque sí podréis cambiar vuestras condiciones antes de que se hayan cumplido.

—Lo único que deseo es conservar el legado de mi padre y mantener a savlo a mi hermana y a mi madre. No cambiaré de condiciones.

El Heraldo asiente.

—Sea pues.

Extiende su mano hacia mí, sin llegar a tocarme, y un calor oscuro me marca la muñeca. La piel arde durante un instante y un brazalete negro aparece tatuado. Tiene la forma de una serpiente que se muerde la cola. Un ciclo cerrado. Es un grillete. Estoy condenada por un pacto de linaje con un demonio.

El Heraldo Oscuro sale del círculo y mira a su alrededor, prestando atención por primera vez al entorno. Inspira hondo, como si quisiera capturar la esencia misma de todas las cosas, y después vuelve hacia mí sus ojos dorados. Me estremecen.

—Saludos, Reina sin Corona. Mi nombre es Akhir, heraldo de las Tierras Baldías, y acudo a vos en tiempos oscuros para dar respuesta a vuestras plegarias.

—Mis plegarias no incluían condenar el alma de nadie —respondo, ofendida por su arrogancia.

—Lo sé, por eso soy vuestra última esperanza.

6. Alianza con sacrificio

He solicitado al servicio que sirvan la comida en el comedor privado, aledaño a mis aposentos. Es un lugar tranquilo, acogedor, en el que la luz del sol entra a raudales por los altos ventanales y crea un ambiente agradable.

Recuerdo las noches en las que las tres reíamos en este mismo comedor, al calor del hogar, con mi padre leyendo poemas y Camila bordando vestidos a la luz del fuego. Esa imagen ya no existe, y por eso duele tanto.

La mesa está dispuesta con esmero. El mantel ha sido tejido por las costureras Lirien con el símbolo de las zarzas y la luna. Las copas de cristal arrancan destellos de sol y el aroma del estofado de cordero impregna el aire cálido que emana de la chimenea.

Camila ha colocado flores frescas en el centro de la mesa: pequeños rododendros rosados. Es una costumbre que heredó de nuestra madre y que refleja a la perfección su espíritu cándido, tierno, noble. Se me encoje el corazón al pensar en lo que estoy a punto de hacer.

Nos sentamos las tres a la mesa y tiro de las mangas de mi vestido granate para asegurarme de que cubren bien mis muñecas, con cuidado de que el tatuaje de invocación no se descubra. He guardado el grimorio bajo el colchón de mi alcoba. La puerta está protegida día y noche por un soldado de la guardia real. Nadie

puede entrar allí sin mi permiso. Sin duda, es el mejor lugar que se me ha ocurrido para mantenerlo a salvo y asegurarme el control del Heraldo.

Todavía no me puedo creer que haya sido capaz de hacerlo. A pesar de todas las advertencias que siempre he escuchado contra las Tierras Baldías y contra los seres que las habitan, he hecho oídos sordos a esas voces y he ligado mi destino y el de otra pobre alma a los consejos de un Heraldo Oscuro. No he de olvidar nunca que su lealtad sigue ligada a las tierras malditas del sur, y que mi objetivo es conseguir que regrese allí sin el alma prometida. Algo he encontrar. Siempre hay un atajo, una trampa.

—¿Habéis probado ya los dulces de miel que trajeron con el último cargamento? —Camila se sirve el agua con delicadeza y el líquido tintinea en la copa. No hay servicio, les he pedido una comida a solas, gesto que no ha pasado desapercibido en mi madre, cuyos ojos grises no cesan de escrutarme—. El cocinero dice que es una receta secreta de los monjes del Priorato de Elenor.

Lleva un vestido celeste con bordados de plata que contrasta con su piel morena y el cabello oscuro recogido con esmero.

—¿Dulces de monje? —Nuestra madre trata de componer una media sonrisa, pero percibo su esfuerzo al hacerlo—. Deben de ser muy pecaminosos entonces.

—Lo son —ríe Camila—. He comido tres esta mañana antes de que alguien pudiera verme. No podía parar.

—Si sigues así, los vestidos dejarán de cerrarte por la espalda. —Yo también trato de sonreír, pero me doy cuenta de lo mucho que me duele fingir.

—Entonces usaré capa —Y se levanta de la mesa y se pone a girar sobre sí misma como si luciera la más bella de las telas.

La reina viuda Alisée la mira con ternura y yo siento que se me parte el corazón. No puedo seguir guardando dentro de mí esta carga. Tengo que comunicárselo cuanto antes. La reina viuda me mira y una sombra le oscurece el rostro. ¿Tanto se me nota o es que conoce demasiado bien la turbación que precede a la tempestad?

Suelto los cubiertos despacio. Su sonido me resulta desagradable. También el olor, se ha vuelto agrio, picante. Me remuevo incómoda

en el asiento.

—He tomado una decisión —empiezo, sin rodeos. Camila deja de girar para prestarme atención. Sus enormes ojos se depositan en mí —. He aceptado la propuesta del Consejo. Sellaré el compromiso de Camila con el duque Rhogar.

Camila no reacciona, es nuestra madre quien acapara toda la adrenalina de la noticia. Se levanta con tanto ímpetu que la silla acaba volcada a su espalda.

—¿Es que te has vuelto loca? —estalla—. Es solo una niña.

La evidencia es abrumadora y me quedo sin palabras. Aun así, no hay otra solución posible si quiero salvarlas a las dos.

—¿Por qué yo? —pregunta Camila con suavidad. No hay miedo en su voz, solo una profunda curiosidad —. No tengo preparación para ser duquesa.

Sigo sin encontrar las palabras. Más bien, no tengo el valor suficiente para intentar justificar mi decisión. Una congoja me arde en el pecho y me abrasa el alma.

—¡Has vendido a tu hermana como a una oveja en el mercado! — La reina arremete de nuevo. No puedo culparla.

—No la he vendido —respondo al fin, con toda la calma que soy capaz de mantener—. He asegurado el apoyo de los territorios del norte y la supervivencia del reino. Si no hacemos este sacrificio ahora, los ejércitos de Gorath estarán aquí antes de la próxima luna nueva y nos matarán a las tres.

—¿Y qué precio vas a pagar tú, Genoveva? —su voz se quiebra por primera vez—. ¿O solo tu hermana debe cargar con el peso de tu corona?

—¡Mamá! —le reprende Camila con el rostro encendido—. Tenemos que confiar en Genoveva. Si ella dice que es la mejor solución, debe de serlo. Papá habría tomado la misma decisión, y tú lo sabes.

Miro a Camila con una mezcla de amor y culpa. Es demasiado joven para comprender lo que implica ese compromiso. Aún sueña con castillos, libros de historia y bailes de primavera. Ignora la oscuridad y el salvajismo que rodea a un hombre como Rhogar.

—Te juro que no permitiré que te ocurra nada —le digo, y no he pronunciado un juramento con tanta seguridad en toda mi vida.

Alisée arruga el mantel bajo su mano. El escudo de nuestra familia queda desfigurado y la luna se oculta entre los dobleces de la tela, dejando solo las zarzas. Me lanza una mirada que me atraviesa como una daga.

—Tu padre estaría avergonzado —escupe—. No por el sacrificio, sino por lo rápido que has aprendido a usarlo como excusa.

Se da la vuelta y se marcha. Las monedas de su vestido crepitan airadas con cada paso.

Me quedo con Camila en silencio. Ella se acerca y apoya su cabeza en mi hombro. El olor a lavanda de su pelo cala hasta lo más profundo de mi ser. Preferiría morir antes que dejar que ese bruto le tocara un solo cabello, pero sé que mi muerte solo agravaría el problema. Nunca pensé que mi propio sacrificio no fuera suficiente, que ver sufrir a los demás fuese parte del peso de la corona.

—Siempre me cuidarás, ¿verdad?

El nudo que me aprieta en la garganta se suelta y lloro en silencio.

—Siempre —le prometo con un susurro para evitar que se dé cuenta de estoy llorando—. Solo necesito tiempo, Camila. Después de que ganemos la guerra, encontraré una forma de liberarte.

—Lo sé. —Aunque es solo una niña, su voz suena como la de alguien mucho mayor.

Me limpio las lágrimas antes de que se separe de mi hombro. Me da un abrazo que me recorre por dentro y después se marcha. Me quedo a solas, con el alma encogida, cobijada entre los haces de luz que entran por la ventana.

Solo unos instantes después, las llamas de la chimenea toman tonos violáceos. Su humo cobra forma y él se materializa. Akhir.

Se aproxima hacia la mesa, donde permanezco con el ánimo ensombrecido. Se mueve con la calma de quien conoce todos los rincones del castillo. Sigue vistiendo de negro, con una armadura que absorbe toda la luz y no deja escapar un solo destello. Su piel, de cobre, brilla con motas doradas bajo el reflejo del sol.

—Has hecho lo correcto.

Rehúso mirarlo. No quiero el consuelo de nadie, y menos de un Heraldo Oscuro.

—No necesito tu aprobación. —Hay hastío en mi voz—. Te convoqué para evitar este compromiso y de nada me ha servido. ¿De verdad que no había otro camino?

—No —responde sin vacilación—. No hay otra manera de conseguir la unidad con el norte que mediante este compromiso. Y, sin ellos, no hay victoria. Rhogar se cree astuto con esta jugada porque se piensa que así os tiene atrapada, que por el bien de vuestra hermana aceptaréis cualquier treta que os proponga, que concederéis mayores favores al norte que a cualquier otra región. Sin olvidar que sus ojos siguen puestos en el trono.

—¿Y es que acaso se equivoca? —Arrojo la servilleta hacia la mitad de la mesa para expresar mi frustración—. Me ha convertido en su marioneta. Bailaré al son que él toque por miedo a que pueda dañar a Camila. ¿Cómo me acerca esta decisión al objetivo de nuestro pacto? ¿Cómo me asegurarás el trono y la continuidad de la Casa Valeryan si he cedido mi voluntad a un bruto sin escrúpulos que además anhela mi trono?

Akhir se mantiene impasible a mi cólera. Su rostro es una máscara pétrea, indescifrable. No estoy acostumbrada a que me traten con tanta indiferencia, como si mis sentimientos fueran algo que poder ignorar.

Posa una mano enguantada sobre la mesa y sus dedos tamborilean sobre la madera. Su gesto pretende llamar mi atención y lo consigue. Levanto el ceño fruncido y me encuentro con sus ojos dorados, con su mirada fría e inexpresiva puesta en mí.

—Es la vanidad de Rhogar lo que le hará caer —dice, ahora que tiene mi atención—. Irá a la batalla con el ego enaltecido y las defensas bajas, cegado por la promesa de un título que jamás recibirá.

—Júrame otra vez que caerá durante la defensa. —Mi voz se vuelve una súplica.

Él asiente. Su oscuro cabello dibuja ondas suaves alrededor de su rostro. Se supone que es un demonio, pero no luce como tal.

—Lo hará. Ya os lo dije.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Estoy confiando el destino de mi hermana a la palabra de un demonio. Procuro no pensarlo demasiado para no darme cuenta de la locura que estoy cometiendo.

—Las constelaciones lo marcan.

Abro los ojos con sorpresa a la vez que aumenta mi desconfianza.

—No sabía que los Heraldos Oscuros supierais leer el cielo.

Hasta donde yo sé, la astrología es una ciencia compleja que requiere de años de aprendizaje e interpretación de los cuerpos celestes. Y, aun así, es necesario nacer con cierto don de clarividencia para predecir con exactitud los eventos futuros.

—Todavía no sois conscientes del poder que habéis convocado —responde, y esta vez no hay atisbo de arrogancia—. Podría incendiar el mundo por vos.

La frase queda suspendida en el aire mientras trato de asimilarla. Por un instante, el frío brillo de sus ojos titubea, pero es solo un espejismo.

—¿Y si no sale bien? —pregunto con temor—. ¿Y si Rhogar no muere?

—Encontraré otra vía de asegurar el bienestar de tu hermana.

—Si algo le pasa a Camila —aprieto el puño con fuerza hasta que los nudillos se vuelven blancos —, yo misma te enviaré de vuelta a las Tierras Baldías sin ningún pago a cambio. Créeme que sería capaz.

Akhir compone una especie de sonrisa oscura.

—Alteza, para vuestra desgracia, creo en vos más que nadie en este castillo.

La firma del compromiso se ha preparado con todos los honores destinados a una Ceremonia Real. El Salón de las Veinte Efigies ha sido decorado con los estandartes de las casas del norte, y el escudo de la Casa Velaryan se alza presidiendo el trono, flanqueado por dos lanzas cruzadas. Candelabros de hierro cuelgan de las vigas y la alfombra de terciopelo rojo cubre el pasillo central, entre las estatuas de los veinte reyes.

Los braseros de incienso llenan el aire de un olor solemne.

Entro escoltada por los soldados reales, la Guardia de los Águilas Grises. A ambos lados, el salón se completa con los mismos invitados que hace dos días asistieron a mi intento de coronación fallida. Los mismos rostros van a ser testigos de la traición a mi propia sangre.

A medida que voy avanzando por el pasillo, el murmullo de los presentes se apaga.

El Consejo está reunido al completo. Excepto Theodemir, todos se encuentran sentados en un banco de madera dispuesto junto al trono y el altar mayor del Salón. Ejercen de testigos.

En la plataforma elevada, tras el altar, se encuentran Theodemir y Rhogar. El noble ha limpiado su armadura y la ha decorado con pieles de oso y una capa teñida tras de sí. Su aspecto es más el de un general que el de un futuro esposo. El jefe de su escolta personal lo acompaña, apostado detrás de él, como si temiera una traición. Ojalá se tratase de eso.

Me uno a ellos tras la mesa de piedra del altar.

Un escriba del norte sostiene el documento de compromiso enrollado y sellado con cera negra.

Camila entra unos minutos después, vestida con un sencillo vestido blanco. Su rostro está pálido y sus manos tiemblan nerviosas. No se atreve a levantar la vista, pero avanza con paso firme hasta colocarse a mi lado.

Rhogar sonríe, mostrando una hilera de dientes desiguales.

—Una flor hermosa para un norte salvaje —comenta en voz alta, sin duda para que yo lo escuche.

Aprieto los dientes hasta que la boca me sabe a sangre.

El escriba rompe en sello y desenrolla el documento frente a los miembros del Consejo como testigos del acuerdo. Lee el texto del compromiso y sus condiciones: protección total de las tierras del norte en favor de la corona, frente a cualquier amenaza, a condición de la futura unión entre Camila, de la Casa Velaryan, y Rhogar, duque de Taurenhold.

Cada palabra pronunciada cae como un martillo sobre mi pecho.

El silencio solemne que sigue es interrumpido solo por el susurro de la pluma deslizándose sobre el pergamino. Cuando termino de

firmar, como regente y hermana de la prometida, Rhogar toma la pluma y firma de forma brusca. Mancha el papel. Por último, el sello del Consejo es estampado por Theodemir.

El destino de Camila ha sido marcado y ella ni siquiera ha sostenido la pluma. La ley no se lo exige, su sola presencia basta.

Los nobles del norte aplauden. Maireen muestra ahora el gesto complacido que me negó el día de la coronación; y los consejeros murmuran felicitaciones que suenan vacías en mis oídos. Yo solo puedo pensar en cómo era nuestra vida hace tan solo unos meses, cuando mi padre aún estaba vivo y nada ni nadie se atrevía a amenazar las fronteras de nuestro reino. Es engañarme si pienso que él habría hecho lo mismo. Él jamás habría permitido que las cosas llegaran hasta ese punto.

Veo al barón Fredan y a Eredan estrechar sus manos como si hubieran logrado una victoria. Sus ojos relucientes... son vampiros que acaban de saciar su sed devorándome. Ellos han conseguido lo que buscaban. Yo he empeñado parte de mi alma.

El aire se vuelve pesado y me cuesta respirar. No puedo evitar sentir que, aunque hemos ganado un aliado, he entregado algo que no podré recuperar.

Entran sirvientes con jarras de vino y platos de comida. No son mis sirvientes, yo no he ordenado que esto se convierta en una celebración. Son los lacayos de Rhogar. Él se va a encargar de que me quede claro que esta es su victoria y que quiere festejarlo. Delante de mi cara. Sin mi consentimiento.

Camila se aleja a un rincón del salón. La fiesta es por ella, pero se celebra sin ella.

Me estoy asfixiando. Tengo que salir de aquí.

El aire del gran salón todavía me pesa en los pulmones cuando desciendo por la escalinata hacia el patio central. El eco de mis pasos resuena como los golpes de martillo sobre el ataúd de Camila que acabo de cerrar. Quisiera arrancarme el peso de la corona invisible que me oprime la cabeza, aunque todavía no la lleve puesta.

Theodemir está junto a la fuente de los delfines. Parece esperarme, como si supiera que acabaría huyendo del bullicio. Sus

manos nudosas reposan sobre el pomo de un bastón, y la barba blanca brilla bajo la luz cenital del patio. Mantiene la serenidad de quien ha visto pasar demasiados reinos para dejarse impresionar por lo que ha ocurrido ahí dentro.

—Majestad —saluda con una leve inclinación de cabeza.

—No me llames así. —Siento que, si alguien más me recuerda quién soy, voy a gritar.

Theodemir no se ofende. Se limita a observarme como si pudiera leer mis pensamientos.

—Entonces te llamaré por lo que eres: hija de Aldemar, heredera de un linaje real que lleva siglos cargando con lo insoportable.

Me estremezco. Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier título.

—No sé si he hecho lo correcto —murmuro, dejando escapar al fin la duda que me devora—. He entregado a Camila como moneda de cambio. ¿Cómo puede una hermana sentenciar el destino de la otra de ese modo? La he condenado a una vida de desdicha.

Theodemir posa su mano sobre mi hombro en un gesto casi paternal.

—No la has condenado, Genoveva. La has protegido. En un tablero donde hombres como Rhogar y Gorath juegan con ejércitos, tú has jugado con lo único que tenías: tiempo.

Alzo la vista hacia él. El anciano me devuelve una mirada firme, cargada de esa calma que nunca consigo alcanzar.

—El tiempo es lo que marcará la diferencia —continúa—. Si hubieras desaprovechado esta oportunidad de conseguir el apoyo del norte, el reino ya estaría ardiendo mañana. Y tu hermana… —se interrumpe y respira hondo—. Tu hermana estaría igualmente en peligro, pero sin ningún resguardo.

Me muerdo el labio. Las dudas siguen desgarrándome todavía.

—¿Y si he fallado a mi padre? Él nunca habría cedido.

Theodemir sonríe con una mezcla de resignación y melancolía.

—Él usó sus piezas en la partida que le tocó jugar, y tú tienes las tuyas. Nadie espera que imites a Aldemar, libérate de esa carga. Sus decisiones lo llevaron a la tumba. Sé más sabia que él.

El silencio del patio nos envuelve. El viento helado se cuela por la arcada del portón abierto y hace crujir los estandartes que cuelgan del segundo piso.

—Tu deber no es evitar el dolor del pueblo —añade—, eso es imposible. El deber de un soberano es cargar con ese dolor y transformarlo en fuerza para cambiar las cosas.

Quisiera creerle, quisiera agarrarme a esa certeza como un náufrago a una tabla.

—No sé si podré soportarlo.

—Pues aprende a hacerlo porque ya no tienes otra opción.

El eco de su sentencia queda flotando entre las piedras del patio. Y, por primera vez desde la firma, respiro más hondo. No porque el peso haya desaparecido, sino porque entiendo que es mi obligación cargarlo.

El atardecer corta la luz en láminas rojizas contra la muralla. La sombra de las almenas se alarga y me quedo sola en el patio de armas. No hay testigos, ni órdenes de mi maestro; solo el latido en la garganta y la necesidad de fundir la angustia con el músculo.

Una idea ha nacido en mí y se está haciendo grande, me corroe las entrañas, y necesito despejar la mente para pensar con lucidez.

Las técnicas de batalla y el uso de la espada no son artes que suelan enseñarse a las herederas al trono. Se presupone que las mujeres gobiernan apoyándose más en la diplomacia y en los pactos de salón, y mandan a sus comandantes y senescales a batallar por ellas. Sin embargo, el rey Aldemar se empeñó en que recibiera entrenamiento militar, como si hubiera sabido que iba a necesitarlo.

Levanto la espada en guardia alta. El peso de la empuñadura me recuerda que no es un simple adorno. La bajo en un arco y su filo busca la carne de paja del muñeco; la punta traza la línea de un asiento, un flanco imaginario que he decidido abrir para que el acero hable por mí. Estocada. Retiro y vuelvo con mandoble cruzado, la hoja describe una media luna que rasga el aire.

Siento el roce de la brisa y cuento los tiempos como si fueran latidos: paso, pie adelante, giro de cadera, punta.

Me coloco en guardia baja, escudo al brazo. Recibo el impacto que no existe —como si el mundo contragolpeara— y dejo que la energía suba por el antebrazo hasta los hombros. Me recompongo y bloqueo con el borde del escudo. Golpe en la quijada del aire. Cada choque me vibra en los huesos.

Cambio la secuencia: salto y giro corto, barrido al muslo. Levanto la pierna, retomo la zancada. Mis muñecas arden y mi respiración sale contenida, pausada. No es espectáculo. Es el entrenamiento de guerra que recibo desde los cuatro años: cortar por la base de la coraza, tantear la protección del hombro, obligar al contrario a exponer la garganta.

Me obligo a terminar la serie con un remate limpio, sin titubeos, manteniendo la punta en alto, el pecho adelantado y la espalda recta a pesar del cansancio.

El sol se pliega y el fuego del cielo se apaga. La luz se vuelve nívea. Siento el frío como el recordatorio de que la sangre continúa caliente en mis venas. Me seco la frente con el dorso de la mano mientras comprendo que la idea ya ha calado en mí. No hay otra opción, es lo que tengo que hacer.

Dejo la espada apoyada en el muro de piedra y me vuelvo hacia la puerta del patio.

—Sé que estás ahí, Akhir. —Llevo un rato percibiendo el resplandor de sus ojos dorados entre las sombras—. He cumplido con mi parte. El norte está unido, pero no puedo permitir que Rhogar reclame a Camila.

El Oscuro se materializa entre las sombras y se acerca hasta mí. Demasiado para mi gusto.

—¿Qué proponéis? —El eco de su voz me recorre por dentro. Me hiela la sangre y me calienta el pecho al mismo tiempo. ¿Por qué mi cuerpo reacciona así?

—Viajaré al norte y me aseguraré de que muere —anuncio en voz alta la idea que lleva horas consumiéndome. Así expresada, tiene toda la lógica del mundo.

—¿Queréis participar en la batalla? —Parece sorprendido.

—Eso es lo que he dicho.

—No es una buena idea. —Da un paso más y su sombra roza la punta de mis botas. Percibo el aroma de su piel. Huele a fuego, a cenizas calientes.

—Sí, lo es —argumento—. El pueblo admirará a una reina que no se queda escondida en su castillo, sino que corre a la batalla, a defender el reino. He recibido entrenamiento militar y todo el mundo lo sabe. No resultará extraño.

—Verán a una reina temeraria.

—A una reina valiente —le corrijo.

—¿Creéis que por participar en la batalla tenéis más probabilidades de que Rhogar muera? —su pregunta va cargada de cinismo.

—Sí, porque podré asegurarme de ello.

—¿Y sacaréis la espada y lo mataréis delante de su ejército?

—¿Por qué me tratáis como si fuese una estúpida o una ingenua? —le recrimino con violencia en la voz—. Por supuesto que sé que no puedo sacar la espada y matarlo delante de su gente, pero hay mil maneras de dejarlo morir en el campo de batalla sin que yo tenga que alzar mi espada directamente contra él. Puedo mandarlo a luchar a primera línea, puedo destinar a sus soldados a otro frente, puedo no socorrerlo si el enemigo se le echa encima…

Akhir muestra una sonrisa irónica que me molesta.

—Queréis tener el control, ¿no es cierto? Odiáis dejar las cosas en manos del destino o la providencia.

Me sorprende cómo ha sido capaz de leerme, de interpretarme tan rápido cuando ni siquiera yo había sido capaz de ponerle nombre a mi desasosiego.

—Llamadlo como queráis —espeto con desgana para que no se dé cuenta de mi turbación.

Akhir se queda en silencio y me observa un rato desde arriba, como si pudiera intimidarme con su altura. Su silencio me incomoda. Finalmente, asiente.

—Sea pues. Viajaremos al norte; pero os lo advierto, Reina sin Corona, estáis contradiciendo a las estrellas. Las consecuencias de este viaje son del todo impredecibles.

7. Viaje hacia el Norte

La bruma matinal cubre los adoquines del patio con una capa lechosa que amortigua mis pasos. Me envuelvo en mi capa de viaje mientras observo cómo los sirvientes cargan los últimos baúles en los carros. El estandarte de la Casa Velaryan, la luna y las zarzas, ondea desde la torre sur, visible incluso con la niebla. Hoy abandono Lirien, la capital del Reino del Oeste, para adentrarme en el norte, en unas tierras que no desean recibirnos.

En mi pecho palpita la congoja de no saber si regresaré con la misión cumplida, si tendré la fortaleza suficiente para devolver la calma a estos muros y estos rostros que ahora me despiden.

Me coloco la capa de viaje sobre los hombros y pongo cuidado de que el tatuaje de invocación permanezca oculto bajo los puños bordados del vestido.

Camila me espera al pie de la escalinata con los ojos enrojecidos y el cabello húmedo. Me ha prometido ser fuerte durante mi ausencia, pero su tristeza no puede disimularse. Me acerco hasta ella para despedirme y me abraza sin decir nada. Yo le devuelvo el gesto con firmeza. Desearía cogerla y llevarla muy lejos, apartarla de toda aquella locura.

—Volveré pronto —le susurro al oído—, y te habré liberado del compromiso como te prometí.

Ella asiente, pero no responde. Veo en sus ojos la fe ciega en mí; eso refuerza mi entereza y el objetivo del viaje: que Rhogar no sobreviva a la batalla.

Mi madre baja un momento después. Se ha envuelto en una capa oscura y cubre su rostro con un velo negro. Es un símbolo de luto por mi padre, pero sé que también va por mí, por la decisión que he tomado. No pudo asistir a la firma de compromiso por las reglas de luto impuestas, pero es estúpido pensar que habría acudido de haber podido. No ha vuelto a dirigirme la palabra desde entonces. No obstante, ha venido a despedirse... o eso creo.

—Haz lo que tengas que hacer. —Sus ojos arden detrás del velo—. Pero no permitas que ese bárbaro se lleve a mi niña.

No hay bendición, no hay caricia; solo una amenaza disfrazada de petición.

—Haré lo que deba por el Reino —respondo, con la misma frialdad con la que ella me despide.

Por supuesto que voy al norte a liberar a Camila del yugo que yo misma le he atado, pero el Reino está por encima de todo y no puedo dar ningún paso en falso que lo ponga en peligro. Por mucho que quisiera sacar la espada y hacer rodar la cabeza de Rhogar, tengo que mantener la compostura para no perder el favor del norte.

La reina viuda se gira y regresa por las escaleras. Su desplante duele más que su desaprobación.

Las ruedas de los carros chirrían y los caballos resoplan. Me recompongo como puedo y me dirijo al centro del patio donde aguarda la comitiva.

Rhogar y los duques del norte se han marchado hace unas horas. Han adelantado su viaje para preparar la comitiva de bienvenida en la fortaleza de Derlham. No todos los días reciben a una reina con la que van a emparentarse.

Los soldados reales de la Guardia de los Águilas Grises están ya formados. Sus armaduras brillan bajo el sol pálido y sus estandartes, adornados con plumas de plata, flanquean los extremos del grupo. Su alistamiento está supervisado por Helmor y su lealtad será segura mientras cuente con la aprobación del consejero. Si pierdo su favor,

entonces cualquiera de mis guardias puede convertirse en mi verdugo. Cualquiera, menos Ceryán.

El comandante desmonta su caballo y se acerca con paso firme. Sus ojos, verdes oscuros, están fijos en mí, y su cabello castaño claro ondea bajo el yelmo. Se mueve con una precisión de habla de años de disciplina. Se quita el guante para saludarme.

—Alteza, hemos recibido órdenes de protegerla durante su estancia en el norte. Yo, personalmente, viajaré en todo momento a vuestro lado.

Le devuelvo el gesto con una leve inclinación de cabeza. Esa es nuestra relación cuando estamos en público. Esa es la relación que se espera de nosotros.

—Gracias, comandante Thorne. Confío en su protección.

A unos metros, los tres consejeros asignados a este viaje se instalan en sus carruajes. Lord Andric se ha enfundado un chaquetón de piel de lobo y un gorro a juego, protegiendo su cabello gris. Asiente cuando percibe mi mirada. Nadie conoce mejor que él las costumbres del norte, ya que pasó su juventud negociando con sus Casas. Su presencia me reconforta. Espero que sirva para aplacar el sentimiento de invasión que pueda despertar mi viaje en el pueblo norteño. Al fin y al cabo, Lord Andric es una cara conocida en la región.

A su lado, Eredan ayuda a un mozo a meter su bolso en el carruaje. Los equipajes son pesados, están llenos de pieles y botas gruesas para soportar el gélido viento que nos aguarda. Se pasa una mano por el cabello pelirrojo y el blasón de su Casa brilla en el anillo que lleva puesto. Pertenece a los territorios del sur del Reino, por lo que debería ser un apoyo para mí, pero me temo que aún está decidiendo si soy digna de la corona. Observa el ambiente con los ojos vivaces de quien calcula todos los riesgos. Al ser nuestro enlace con las Casas del exterior del Reino, su presencia me garantiza que ningún rumor escape de nuestro control.

El tercer consejero que me acompañará es Helmor. Lo he elegido porque el fragor de la batalla bulle por sus venas, como se puede apreciar por los cientos de cicatrices que surcan su cuerpo. Creo que su experiencia en el arte de la guerra puede ser clave en la

planificación de la defensa. Lleva una espada a cada costado y una capa de viaje manchada de tierra.

—Todo está listo aquí, Alteza —me indica Lord Andric mientras sube al carruaje.

—Marchemos, pues.

Subo a mi propio carruaje, en la soledad de una reina sin corona, y la procesión arranca con el crujir de ruedas y cascos. Tenemos tres días de viaje por delante.

El castillo se difumina a nuestras espaldas tras la neblina. Pertenece a un sueño del que nunca hubiera querido despertar y, sin embargo, debo hacerlo, porque el reino no se salva entre sus muros sino en las frías tierras del norte.

Mi corazón late sobrecogido por la incertidumbre de lo que me depara al final de esta campaña. Akhir ha dicho que ni las estrellas se atreven a anticiparlo. Quizás esté contradiciendo a los propios dioses por atreverme a intervenir en esta ofensiva, pero no puedo quedarme de brazos cruzados en Lirien mientras el destino de Camila se fragua en un campo de batalla.

Llevamos una jornada de camino. El paisaje ha comenzado a transformarse: las suaves colinas del centro han dado paso a bosques más cerrados, a tierras donde el cielo parece más bajo y las nubes más densas.

El interior del carruaje está en penumbra, pero es silencioso y cómodo. Me reclino sobre los cojines acolchados para intentar descansar un poco. Apenas hemos parado unas horas para dormir y no me han permitido bajar del carruaje por seguridad. Me duele todo el cuerpo.

Las ruedas crujen contra la grava y el traqueteo constante me adormece. El aroma de los pinos y del musgo húmedo me resulta mucho más agradable que el de los pastos y la ganadería de las tierras del centro del reino. El norte es hermoso, pero sus gentes son salvajes y hostiles. Recuerdo entonces las palabras de mi padre: «No hay corona sin el favor del Norte». Ahora entiendo lo que quería decir.

Por la pequeña ventanilla del carruaje veo cabalgar a Ceryán Thorne. El cabello alborotado por el viento está cubierto con pequeños cristales de rocío. Me parece increíble cómo aquel niño desgarbado y flacucho ha podido convertirse en alguien con un perfil tan regio y una musculatura tan potente.

—No es el tipo de hombre con el que ha de desposarse una reina —me sorprende una voz dentro del carruaje. La reconozco de inmediato.

Akhir está sentado frente a mí. Ha hecho su aparición como siempre, en silencio, sin avisar. Debería incomodarme, pero no lo hace en la manera que esperaría.

—Pensé que no me acompañabais —le reprocho por su ausencia hasta ese momento.

—Que no me veáis no significa que no esté. —No sé si esa afirmación me consuela o me inquieta—. Además, creo que vuestros pensamientos estaban en otro lado. —Gira la vista hacia la ventanilla, pero no antes de clavarme una mirada de reproche. ¿Está... celoso?

—Ceryán es leal —digo—. Es un buen hombre.

—Un buen solado —corrige Akhir—, pero la reina no necesita soldados que la amen, sino aliados que la respeten.

Hay verdad en sus palabras, pero me resultan molestas en su boca. Quizás sea por la forma en la que se dirige siempre hacia mí, con un tono de superioridad, como si yo no supiera lo que hago. Como si pensara que soy un animal indefenso al que hay que proteger incluso de sus propias decisiones.

—No os he invocado para que juzguéis mis impulsos —me defiendo.

—No. —Se inclina hacia la luz que entra por la ventanilla y por primera vez soy consciente del dibujo perfecto de sus facciones: su nariz afilada, sus pómulos marcados, el arco de su mentón, su cuello musculado... Me pregunto si aquel será su aspecto real o solo se trata de un encantamiento—. Me habéis convocado para aseguraros una corona que aún pende sin posarse sobre vuestra cabeza. No lo vais a lograr si os mostráis vulnerable a los encantos de vuestros propios soldados, y menos aún en el territorio al que nos dirigimos.

—¿Y qué puede saber del norte un Heraldo de las Tierras Oscuras? —lo reto, dolida.

—Sé lo suficiente para afirmar que no se guían por promesas ni títulos heredados. El norte admira la fuerza. El valor demostrado, no proclamado. Si deseáis reinar sobre ellos, Genoveva, primero deberán temeros.

Oírle pronunciar mi nombre, me estremece.

—¿Y qué he de hacer? ¿Ser cruel? ¿Convertirme en algo que no soy?

Akhir se pone de rodillas en el suelo del carruaje. Nuestros ojos quedan a la misma altura y me pierdo en el abismo dorado que se agita ante mí, como si dentro de él vivieran tormentas contenidas. Me doy cuenta de que, en su ojo izquierdo, una especie de hebra roja atraviesa el iris como un arañazo.

Su voz desciende hasta convertirse en un susurro.

—El amor y el deseo son el camino a la perdición, reina sin corona. No flaqueéis. No por deseos. No por debilidades.

Quiero discutirle, pero estoy paralizada por su cercanía.

—Queréis que me convierta en una reina sin escrúpulos —afirmo sin la fuerza que me gustaría imponerle.

—Para el norte sí. —La luz que penetra por la ventana del carruaje enciende brillos cobrizos en su piel. Todo en él es enigma, es misterio. Y siento que tengo que luchar por no perderme en cada línea marcada de su rostro.

—¿Y para los demás? ¿Cómo tengo que ser para el pueblo de Lirien? ¿Para el resto de duques? ¿Para mis consejeros…?

—Alguien a quien no le tiembla el pulso a la hora de elegir lo mejor para el Reino.

—Me pedís dos caras: mujer y reina. ¿Cuánto tiempo podré mantener esa mentira? ¿Cuánto tiempo podré priorizar los intereses del reinado por encima de los míos propios?

—Son los sacrificios de la corona. Pensé que vuestro padre os lo habría explicado.

¿Eso es lo que hacía Aldemar? ¿Fingir que era otro cuando se ponía la corona? ¿Así es que como consiguió un reinado estable y duradero?

—¿Y para vos? ¿He de ser reina o mujer?

Durante un pequeño segundo, un temblor sacude el brillo de sus ojos. Hay duda. Hay tribulación. No sé qué ha sido, pero tal vez pueda aprovecharlo para ganarle la partida del pacto.

—Lo que seáis conmigo carece de importancia. —Se recompone y vuelve a su asiento, pero puedo notar un leve deje de tristeza en su voz—. El destino de la Casa Velaryan no lo decide un simple Heraldo.

Cae la segunda noche en el camino. Estamos cerca de los pasos del este, los que conducen a los bosques de Faerín. Nadie sabe con exactitud lo que sucede en su interior, pues las tribus que los habitan son muy celosas de su intimidad y cerradas en sus costumbres. Las leyendas hablan de una tierra rica en *materia*, de magia blanca y expertos en sanación, pero también de peligros que solo osamos intuir en nuestras pesadillas. Sé que no es el mejor lugar para abandonar la seguridad del carruaje, pero mi cuerpo ya no soporta más tiempo la estrechez de aquellas cuatro paredes.

Durante las últimas horas hemos estado siguiendo el curso del río Fado. La promesa de un poco de agua fresca puede más que cualquier temor.

Ceryán me mira con rostro serio cuando abro la puerta del coche.

—Necesito asearme —le ruego—, aunque solo sea mojarme la cara.

Asiente y hace un gesto para seguirme. Yo le detengo.

—Un poco de intimidad, por favor —le ruego.

Él frunce el ceño, pero acaba accediendo. Me señala una pequeña senda que desciende hasta la orilla del río. El resto de los soldados están montando el campamento y encendiendo hogueras en el claro. Los Consejeros desaparecen en sus tiendas y yo me interno por el pequeño sendero. El aire procede del norte y es tan frío que corta como cuchillas. Las piedras del terreno son abruptas y afiladas.

Dejo el rumor del campamento atrás y se reemplaza por el murmullo del agua. El río es un espejo oscuro y metálico bajo la luz de la luna. Me arrodillo junto a la orilla y me echo un poco de agua en el rostro. El frío me golpea como un látigo y me arranca un jadeo.

Por un instante, siento alivio, pero desaparece tan rápido como llegó. No es suficiente.

Me desato el corpiño, deslizo la tela pesada por mis hombros y dejo caer el vestido en la hierba. Me quedo con las prendas interiores: lino blanco pegado al cuerpo, demasiado fino para estas tierras, pero me permite moverme con libertad. El aire helado muerde mi piel desnuda y me eriza hasta el último vello, pero me libera del cansancio, de la pesadez, de la carga de mi conciencia.

Me sumerjo. El agua helada me corta la respiración y siento como si mil agujas me atravesaran la piel. Me froto los brazos, el cuello, el cabello; quiero arrancar la suciedad y el polvo del camino, y también la carga invisible que me aplasta desde hace días.

Cierro los ojos y dejo que la corriente me arrulle.

Entonces, el agua tiembla.

Una sombra plateada se desliza bajo mis piernas. Un chasquido de mandíbulas rompe el silencio y, antes de reaccionar, siento un corte en el muslo. Grito. La sangre se mezcla con la corriente. Otro pez cruza delante de mí: escamas afiladas como navajas, ojos negros y dientes en forma de agujas. No es uno. Son varios.

Son *naeres.* Peces depredadores que atacan en grupo. Matan vacas, ciervos… y hombres.

Me lanzo de regreso hacia la orilla con el corazón a punto de estallar. Grito para llamar a Ceryán, pero el frío me ha dejado sin voz y apenas logro arrancar un gemido ronco de mi garganta.

Trato de alcanzar tierra firme, pero la corriente juega en mi contra y lastra mis intentos de ponerme a salvo. Siento un nuevo mordisco en el pie, pero el agua fría me ha anestesiado y consigo seguir avanzando sin excesivo dolor. Cuando creo que voy a conseguirlo, uno de esos malditos peces salta del agua, directo a mi rostro. Me cubro con los brazos en cruz y pienso que va a ser mi final.

Una explosión de oscuridad corta el aire. La criatura cae delante de mí partida en dos y su sangre oscura se mezcla con la corriente. Una mano de hierro me atrapa el brazo y me arrastra fuera del agua. Me suelta con rudeza y quedo de rodillas sobre la orilla escarpada. Temblando de miedo. Dolorida, pero a salvo.

—¿Acaso has perdido el juicio? —La voz de Akhir es más cortante que el acero de su espada.

Me incorporo de golpe, el agua goteando de mi pelo y de mi ropa interior, pegada a cada curva de mi cuerpo. El rubor me sube al rostro, no solo por el frío sino porque él me mira… y sé exactamente lo que está viendo. Aprieto los brazos contra el pecho, queriendo cubrirme. No le daré la satisfacción de verme vulnerable.

—¡No me hables así! —le grito con más rabia de la que tengo fuerzas para sostener—. No voy buscando la muerte, ¿sabes?

Él sonríe, cruel, con la espada aun goteando la sangre azul del *naere*.

—Bañarse sola en territorio hostil me parece una buena manera de hacerlo.

La vergüenza me arde tanto como la herida del muslo.

—Solo necesitaba asearme —me justifico.

—Lleváis todo el viaje sin apartar los ojos de vuestro comandante y ahora os aventuráis sola —me reprende.

—Quería intimidad…

—¡Oh, por favor! —espeta con un sarcasmo atroz—. Os ha desnudado tantas veces con la mirada que ya no tenéis nada que ocultarle.

Me sorprende su atrevimiento y el asco con el que escupe las palabras.

—Pero ¿qué o pasa? ¿Es que preferís una reina de cristal incapaz de valerse por sí misma? Es lo contrario a lo que me habéis aconsejado hace un rato.

Él da un paso hacia mí. La intensidad de su mirada me atraviesa.

—Prefiero una reina viva —dice con los dientes apretados.

Mi respiración se corta. Ya no siento el frío, solo el calor que desprende su cercanía, el brillo del oro de sus ojos fijos en mí mientras estoy empapada, expuesta. Trago saliva, incapaz de moverme.

Pero la rabia me salva.

—Si piensas que voy a darte las gracias por esto —le digo, temblando de ira— es que no sabes nada del orgullo de una reina.

—Tus agradecimientos me traen sin cuidado.

Odio que tenga que decir siempre la última palabra.

—¡Entonces no haberme salvado! —grito más fuerte que en toda mi vida. Olvido mis modales y la educación que he recibido. Quisiera abalanzarme sobre él y arañarle la cara como en una sucia pelea en los arrabales.

Recojo mis ropas mojadas y me cubro a toda prisa, torpe, con los dedos rígidos. Camino de regreso al campamento con la vergüenza y la furia mezcladas, sin mirar atrás. Pero lo sé. Lo siento en la piel: sus ojos dorados siguen clavados en mí, con una mirada de desaprobación e insolencia que me atormentará toda la noche.

Cuando llego al campamento, el murmullo de las conversaciones de los soldados alrededor de las hogueras se corta de golpe. La capa me cubre a medias, pero mi pelo mojado y las telas gotean sin remedio sobre la tierra endurecida. Es evidente por mi agitación de que algo me ha ocurrido, pero no quiero que me vean vulnerable. Bajo la cabeza, fingiendo que no noto sus miradas, y camino hasta el carruaje con la dignidad que me queda.

Ceryán, sentado en la hoguera más cercana a mi carruaje, palidece en cuanto me ve acercarme. Deja a un lado el plato del que comía y se levanta de inmediato. Me sostiene con firmeza para ayudarme a subir. La luz del fuego revela la sangre que me escurre por la pierna, y su expresión preocupada pasa a alarmase.

Me acomoda en el banco del carruaje y se arrodilla ante mí, inspeccionando la herida del muslo.

—¿Qué ha pasado? —Su voz tiembla de frustración. Sé que se está martirizando por haberme permitido sangrar.

—Resbalé —miento. No quiero que se sienta peor. No quiero que piense que soy una reina débil que no sabe defenderse.

Arranca un trozo de tela de su capa y lo presiona contra el corte. Sus dedos rozan mi piel, firmes y calientes pese al frío de la noche. Su cercanía me envuelve, el olor a cuero y a hierro. Por un instante, siento que todo se reduce a su gesto protector, al roce de sus manos que buscan detener la sangre.

Y, entonces, desde lo más hondo, otra imagen se interpone: los ojos dorados de Akhir, fijos en mí cuando la fina tela empapada se pegaba a mi piel desnuda. La vergüenza me atraviesa como un

puñal. No sé si mi turbación proviene de la lealtad ardiente de Ceryán o del recuerdo deshonroso con el demonio.

—No debería haberte dejado ir sola —murmura Ceryán mientras aprieta el vendaje improvisado con cuidado—. Ha sido una grave infracción por mi parte.

Le sostengo la cabeza con ambas manos y le obligo a levantar la mirada.

—Estoy bien —le aseguro.

Él se libera de mis manos con un gesto brusco de la cabeza y vuelve a inclinarse. Está avergonzado y herido en su orgullo.

—Estáis en vuestro derecho de solicitar que me releguen, Alteza.

Abro los ojos con asombro.

—¡No, no! Por favor, Ceryán… Sois el único en quien confío.

Su gesto se suaviza un momento antes de abrir la portezuela del carruaje y salir a la noche.

—No volverá a suceder. —Es su juramento—. Antes pierdo la vida que veros sangrar otra vez.

Se interna en la noche y vuelvo a quedarme sola, con la huella cálida de sus dedos en mi muslo y la mirada arrogante de Akhir abrasándome la espalda.

8. El corazón del invierno

Las murallas de piedra negra se alzan ante nosotros con aire amenazador. La fortaleza de Derlham, en territorios de la Casa Taurenhold, es el último punto fronterizo habitado del Reino. Se asienta sobre un promontorio de roca nevada, rodeado por un mar de pinos y colinas gélidas y, un poco más allá, una tundra helada abarca hasta donde la vista alcanza a ver. Las nubes cuelgan bajas, y da la sensación de que en cualquier momento podrían soltarse y aplastarnos.

El viento silba entre las almenas de la fortaleza como un animal impaciente. Desde allá arriba se observará la llegada de los ejércitos de Gorath cuando avancen por la tundra.

Cuando los portones se abren con un chirrido de hierro, siento que cruzamos algo más que un umbral físico. Entramos en un terreno donde mi corona pesa menos y mis opiniones valen menos todavía.

Este viaje es un examen. Una prueba de fuego.

El carruaje se detiene en el patio empedrado, helado como todo lo demás. El aliento de los caballos se condensa en el aire. Salgo con cuidado, el frío muerde mis mejillas, pero no exteriorizo debilidad o incomodidad alguna.

A mi lado, Ceryán se mantiene erguido, atento, con una mano en la empuñadura de su espada. No se ha separado del carruaje ni un solo instante desde que abandonamos el campamento la noche

anterior. Su presencia protectora me alaga, pero también me recuerda que soy frágil, que necesito de otros para sobrevivir. Este viaje al norte, al campo de batalla, ha de servirme para demostrarme lo contrario. Que soy fuerte, que soy capaz. No quiero que el pueblo me vea como una reina de salón, quiero mostrarle a la reina guerrera que llevo en mi interior.

En el otro extremo del patio me espera el duque Rhogar, corpulento como un coloso. Como dueño de las tierras donde se ubica la fortaleza, es su deber servirme de anfitrión, y así ha respondido. La armadura de acero gris refleja la luz mortecina del día y el yelmo con cuernos reposa en el doblez de su brazo. Sonríe con suficiencia al verme. Cree que ha ganado, pero no sabe que no pienso entregársela.

A su lado hay una mujer esbelta. Luce los pesados ropajes con elegancia y su mirada es afilada. Hay cierto parecido en ellos, pero donde Rhogar se muestra hosco y embrutecido; ella es el vivo reflejo de la finura y la sobriedad. Su túnica de terciopelo azul oscuro y las esmeraldas con las que adorna su cabeza contrastan con la rudeza de los ropajes presentes.

—Mi hermana, Lady Myrla. —No hay demasiada ceremonia en su anuncio—. Es mi consejera en asuntos del Reino.

Myrla me observa con una mal disimulada curiosidad. No atino a interpretar su expresión, pero percibo un brillo frío de crueldad en sus ojos marrones. Los rumores sobre ella han llegado a Lirien. Dicen que su belleza solo está a la altura de su locura. Su paradero siempre ha sido motivo de inquietud en el norte, ya que ha desaparecido en numerosas ocasiones sin previo aviso. Cada vez que esto ocurre, los rumores sobre sus visitas a los espesos bosques de Faerín se multiplican. Se habla de que participa en rituales místicos en la espesura, ceremonias envueltas en misterio y superstición que alimentan la fama inquietante que la rodea. Nunca ha estado muy cuerda, pero todo el mundo comenta que, al regresar de la última de sus incursiones, había perdido por completo la cabeza.

Desde entonces, Rhogar la disfraza de consejera, pero en realidad lo que persigue es mantenerla cerca, sujeta bajo su mando.

—Bienvenida, Alteza. —Inclina la cabeza de manera imperceptible. Estará loca, pero al menos muestra más respeto que su hermano—. El Norte agradece su presencia en tiempos de guerra.

Unas pequeñas manos aparecen entre los dobleces de su falda. Un niño de unos diez años se oculta tras ella. Me agacho para ponerme a su altura.

—¿Y quién sois vos? —Compongo una voz dulce, tranquilizadora.

El niño se despega de la protección de su madre y observo un rostro deformado: parte de la frente está hundida, por lo que un ojo luce más grande que el otro y se encuentran a diferente altura; la nariz es apenas perceptible, solo dos agujeros por los que respirar; y el labio superior sobresale de forma ostensible sobre el inferior. Lejos de generarme rechazo, me suscita una ternura infinita. Le tiendo mi mano.

—Mi nombre es Genoveva de la Casa Velaryan —le animo.

El niño se separa un poco más de los faldones de su madre y se atreve a estrechar mi mano. A pesar del frío ambiente, su tacto es cálido.

—Soy Jacobo, de la Casa Tauronhold —La voz es débil, casi un susurro.

—Encantada de conocerte, Jacobo de la Casa Tauronhold. Eres un chico muy valiente.

Cuando me incorporo, percibo la mirada de lady Myrla clavada en mí. Es una leona a punto de arrancarle el cuello a una amenaza. Me distancio un poco. No he pretendido intimidar, aunque me temo que ella lo ha interpretado así.

A sus espaldas, en segundo plano, hay dos hombres. Uno tiene edad avanzada, rostro severo y ropajes gastados cubiertos de amuletos tallados en madera. Tiene la frente marcada con símbolos de la vieja fe.

—Es el sacerdote del Fuego Antiguo. —Rhogar no se molesta en dar su nombre—. Oficiará los ritos previos a la contienda.

El norte no rinde culto a los mismos dioses que el resto del reino. Sus creencias son más antiguas y primitivas. Hay quienes las consideran supersticiones y quienes opinan que son herejías. Da

igual lo que se piense en Lirien, aquí en el norte son ley y para mí hoy también lo son.

El otro hombre cubre su ancho torso con una armadura negra bajo una capa hecha con piel de lobo. Luce una espesa y larga barba negra y tiene las manos vendadas. Rhogar lo presenta como Maestre Kolvar, su general de guerra.

Me estrecha una mano ruda y fuerte. Rhogar sonríe.

—Sois afortunada de contar con alguien como Maese Kolvar en vuestras filas. —Noto cierto sarcasmo en su comentario y entiendo que esconde una mordaz referencia velada a Camila y su compromiso. Soy afortunada de haberla vendido para contar con la espada de Kolvar en la batalla.

Me dan ganas de vomitar.

—Serviremos un banquete esta noche en vuestro honor —prosigue Rhogar—. No habrá lujos, es solo una muestra de respeto hacia la corona. —Quizás sea solo mi impresión, pero la palabra *respeto* se atasca en su boca—. Ahora estarán hambrientos después del viaje. Acompáñenme al Gran Salón, han servido un almuerzo.

Les seguimos a través de un gran portón que conduce a un espacio amplio, pero oscuro. Las antorchas arden con una luz que parece consumirse antes de tocar las paredes. La madera del techo está ennegrecida por siglos de humo, y las largas mesas están dispuestas en formación de herradura. No hay música, ni tapices, ni flores. Solo platos de madera tosca y jarras de cerveza espesa.

La comida es carne en salazón, raíces hervidas, pan duro y un extraño estofado con un olor agrio. Hay norteños sentados en las mesas, pero no reconozco el rostro de ninguno de ellos. No están los varones ni los duques que suelen frecuentar el Palacio Real y llego a la conclusión de que se trata de gente del pueblo, de habitantes de los caseríos que rodean la fortaleza. Ninguno ha mostrado la más mínima actitud reverencial a mi entrada. Como si un caballo acabara de entrar al establo. Trato de restarle importancia, pero sé que se trata de una jugada más de Rhogar para hacerme ver lo poco que vale mi corona en este territorio.

Los Consejeros y los Águilas Grises se distribuyen entre las mesas, en los pocos sitios que quedan libres. No les han dejado sentarse

juntos. Sin duda es una sucia maniobra de Rhogar para impedirles comentar y diseñar estrategias. Es una estudiada manera de control sobre los invitados.

A mí me han reservado el lugar de honor, flanqueada por Rhogar y Myrla, en la mesa central. Pero el favor es escaso, nadie habla mientras comemos. Solo se escucha el sonido de los bocados hambrientos de los comensales y alguna tos ocasional. El ambiente es extraño, opresivo.

Rhogar me lanza miradas furtivas. Tiene una sonrisa burlona en el rostro, un gesto que no consigo desentrañar hasta que llega la hora del brindis final. Un sirviente entra en salón con una jarra metálica entre las manos y se acerca a la mesa principal. El silencio se hace más profundo; se vuelve reverencial.

El olor de algo caliente me revuelve el estómago.

Rhogar levanta su copa y el sirviente se la llena con el líquido que contiene la jarra. Es oscuro, casi negro.

—Según nuestras costumbres ancestrales, las alianzas se sellan con un brindis de sangre —Se dirige a todos los comensales con la copa el alto y después se vuelve hacia mí. Su sonrisa burlona le ocupa toda la cara—. Estoy seguro de que su Alteza Real sabe apreciar la importancia de respetar y mantener las tradiciones, y accederá gustosa beber con nosotros esta sangre de cerdo.

El sirviente se acerca e inclina la jarra. Observo cómo la sangre resbala pastosa por el metal y cae en el interior de mi copa con un denso *¡blof!* El olor a vísceras me sacude y reprimo una arcada.

Lord Andric, sentado en una mesa frente a mí, se remueve en su asiento y niega con la cabeza. *No tienes por qué hacerlo*, dice su gesto, pero en realidad no me queda más remedio. Rhogar me ha retado, me ha dejado bien claro que una reina por derecho ha de respetar y mantener todas las tradiciones, incluso las más bárbaras y sin sentido. Si me niego, habré menoscabado el respeto del norte y es algo que no me puedo permitir.

Por eso está allí toda esa gente, quiere testigos de mi desplante; pero no los va a tener.

Cojo la copa y la inclino hacia él con una sonrisa.

—Por el pueblo del norte —digo—. Una tierra de convicciones firme y raíces profundas.

Doy un trago al líquido mientras la sala contiene la respiración.

La sangre pasa turbia y espesa por mi garganta y noto que se asienta en el estómago como plomo caliente. Aprieto los labios, intento mantener la compostura, pero un sabor metálico y pútrido se abre paso hasta la nariz.

El sudor se me hiela en la nuca. Trago saliva una, dos veces, mientras trato de disimular la arcada que me sacude el estómago.

Y entonces no puedo más. Me doblo ligeramente hacia delante, la copa resbala de mis dedos, y vomito sobre la mesa. La carne, el pan, la sangre, todo se mezcla en una masa rojiza que chorrea por el borde del plato.

El silencio que sigue es absoluto.

En cuanto me quedo a solas en los aposentos que me han asignado dentro de la fortaleza, hundo mi cara en una almohada y grito hasta que me quedo sin aire. Siento la vergüenza apuñalando cada uno de mis pensamientos. He sido una estúpida al creer que podía llegar a esta tierra de salvajes y adaptarme a sus costumbres, que tendría el coraje y la fortaleza necesarios para apostarme frente a ellos y ganarme su respeto. Idiota. Inocente. Niñata.

Cuando me incorporo, la sombría figura de Akhir me vigila desde el rincón más oscuro de la estancia. Solo el brillo de sus ojos dorados delata su presencia. Me enfurezco aún más.

—¡Tú! —Le señalo con un dedo que tiembla de furia—. Todo esto es por tu culpa. Se supone que debes asesorarme, pero ¿de qué me sirves? ¿No podías haberme advertido de esta costumbre? Te he prometido un alma… ¿y para qué? Para nada.

Escupo las palabras con una rabia que me ciega.

—Arremetes contra el consejero equivocado. —Habla con calma, oponiéndose a mi ira—. Lord Andric lleva años en estas tierras. Él es quien debería preveniros de las dagas de Rhogar.

—No te atrevas a criticar a mis consejeros. —Elevo el índice a modo de amenaza—. Ellos llevan años demostrando su lealtad a la Corona.

—Su lealtad a tu padre —me corrige, altivo—. Si desoyes mis consejos, la invocación no habrá servido de nada. Te dije que la deriva de este viaje sería impredecible y, aun así, decidiste emprenderlo. Estas son las consecuencias, Reina sin Corona.

No puedo controlarme más. Me dirijo hacia él y lo empujo. Resulta irrisorio pues apenas se mueve. El calor de su pecho me golpea en las manos y, por un instante, maldigo a mi cuerpo por estremecerse con ese contacto.

Él no se inmuta.

Grito más fuerte. Me enfurece su falta de reacción, su indiferencia.

—Pero ¿a ti qué es lo que te pasa? —pregunto, pero no obtengo respuesta.

Me doy cuenta de que tengo que contenerme, que no puedo permitir que me haga perder así los nervios, que ejerza ese tipo de poder sobre mí.

Cierro los ojos y me concentro en la respiración. Tengo que tranquilizarme. En este estado no conseguiré nada. Visualizo mis pulmones y trato de identificar el momento exacto en el que termina la inspiración y comienza la expiración. Uno… Dos… Tres.

Abro los ojos.

Akhir sigue en la misma postura, pero me mira con una pizca de curiosidad.

Decido cambiar de estrategia. En el fondo, tiene razón. Si lo he invocado, y he empeñado el alma de una persona en este juego, he de beneficiarme de la ventaja que me ofrece frente a Rhogar.

—Ayúdame, Heraldo —le pido—. ¿Qué puedo hacer para mejorar mi imagen en este lugar?

Akhir asiente, complacido por el cambio.

—Esta noche, al terminar el banquete en tu honor, se celebrará un combate singular. Rhogar elegirá a su paladín y tú tendrás que elegir al tuyo. Es una pelea a muerte y, aunque la decisión de matar depende en última instancia del vencedor, es habitual que el destino del perdedor sea la muerte. Aseguraos de nombrar paladín a alguien de suma importancia para vos, que vean que os tomáis muy en serio sus tradiciones y mandáis a combatir a una persona de vuestra máxima confianza.

—Estás sugiriendo que elija al comandante Thorne. —No es una pregunta. He captado la indirecta.

—Es la opción más acertada.

Entrecierro los ojos. Sospecho.

—¿Quién está hablando, Akhir? —pregunto—. ¿Tú o tus celos?

El Heraldo Oscuro suelta una carcajada que retumba en toda la estancia. Es la primera reacción humana que percibo en él durante todo este tiempo.

—¿Celos? —dice con cierta ironía—. No, Alteza. Ni celos ni ningún otro sentimiento humano. Los habitantes de las Tierras Oscuras somos incapaces de sentir. No hay celos, no hay envidias, no hay amistad… no hay amor. ¿Cómo crees que seríamos capaces de sobrevivir al tormento de una tierra baldía y sin esperanza? No, Reina sin Corona, no me mueven los celos ni ningún otro débil sentimiento humano. Solo estoy hablando de estrategia.

Sus palabras me golpean más de lo que esperaba. La habitación parece aún más fría.

Lo observo durante un instante, en silencio, con el corazón encogido por algo que no entiendo del todo. ¿Por qué me decepciona tanto su falta de sentimientos? ¿Esperaba acaso poder despertar en él alguna especie de deseo? ¿Quería librarme del pago del alma gracias a algún interés romántico? Retorna de nuevo a mí esa desagradable sensación de hacerme sentir ingenua, idiota en su presencia.

—Ceryán, entonces —me recompongo como puedo. No he de permitir que perciba mi turbación.

—Si vence o no vence, dará igual —asegura el demonio—. Lo importante es que el pueblo percibirá que le dais importancia a sus costumbres.

—¿Y si muere?

Los ojos del demonio relucen con las llamas.

—Ya sabéis que este camino no está libre de sacrificios.

9. Cena y combate

No espero lujos, tales han sido las palabras de Rhogar, por lo que cuando accedo al Gran Salón para la cena de honor, me sorprende comprobar que ha sido engalanado. Las toscas mesas de madera están vestidas con manteles blancos, bordados con el emblema de la Casa Tauronhold. Hay cintas de colores vivos colgando de las antorchas y ramos de acebo en los centros de mesa.

Dudo de la intención de Rhogar ante aquella muestra de aparente cortesía. ¿Se trata de una provocación o es tan solo una manera de burlarse de mis expectativas?

El fuego ruge en una chimenea vasta, y el calor que emana de ella desmiente todas las historias que escuché sobre la gélida hospitalidad del norte.

La mesa principal está en alto y se ha dispuesto para seis comensales. Rhogar, su hermana y los otros tres duques de las Casas del Norte aguardan mi llegada. Me sorprende verlos allí, no esperaba que se desplazaran hasta la fortaleza solo para una cena. Me hace sospechar de nuevo de las intenciones de todos ellos.

Entro al Gran Salón escoltada por los Águilas Grises. Llevo un jubón verde oliva, de cuello alto, que lleva el escudo de la Casa Velaryan tejido con hilos carmesí en el pecho. Lo he encontrado sobre la cama cuando he entrado en mis aposentos y no he tenido el valor de rechazar la prenda. Es evidente que alguien ha dedicado

mucho tiempo y esfuerzo en bordarlo y podría interpretarse como un desprecio o una falta de respeto. Sin embargo, su estética está lejos de amoldarse a mis gustos. Al menos, los puños engalanados con puntillas cubren a la perfección el tatuaje de invocación.

Tomo asiento de nuevo entre Rhogar y Myrla. Él emite un gruñido a modo de saludo y ella realiza una ligera reverencia. Lleva el pelo recogido en un moño alto que endurece sus facciones.

Reposo las manos sobre el regazo para ocultar el leve temblor de los dedos. Estoy nerviosa, aunque trate de negarlo. Esto no es solo una cena, es la última oportunidad de demostrar que merezco llevar la corona del Reino.

Entran los sirvientes y comienzan a llenar los platos. La comida no es muy diferente del almuerzo. La misma carne en estofado espeso y el mismo vino caliente. Al menos no hay sangre esta vez.

Mis consejeros están sentados en una mesa a la derecha. Esta vez sí les han permitido mantenerse juntos. Veo a Lord Andric con el semblante serio partir la carne en silencio. Está preocupado y tiene razón. El desplante de la comida ha sido un fallo imperdonable, pero confío en que es posible resolverlo. Helmor y Eredan intercambian algunas palabras con los nobles que tienen cerca. Se muestran más relajados, quizás porque ambos esperaban lo ocurrido. Ninguno apuesta por que salga coronada del norte.

La duquesa Maireen de Maredur se sienta frente a mí. Va envuelta en un manto negro que contrasta con las ondas de cabello rojo que caen en cascada sobre el pecho y la espalda. Lleva un enorme medallón esmeralda en el que me veo reflejada, pero mi rostro luce ojeroso, consumido… mucho más desgastado de lo que veo en el espejo. Quizás sea una premonición de lo que me espera. No prueba bocado, sus ojos níveos no han dejado de observarme desde que he entrado. Me incomoda.

Trato de iniciar una conversación. Hago preguntas sobre las tierras del norte, muestro interés por el estado de los cultivos y me intereso por sus necesidades. El duque Aecio del Malrath es el único que responde, pero lo hace con monosílabos y sin ningún entusiasmo. Apenas levanta la vista del plato.

Desisto al cabo de un rato. El resto de la comida transcurre en un tenso silencio. Solo al terminar el postre —una especie de masa de trigo preñada con vino dulce—, Maireen se digna a hablar, y lo hace con frases completas, aunque su tono es gélido.

—Me gustaría saber, Alteza, por qué pensáis que vuestra presencia en el norte puede cambiar el devenir de la guerra. —Gira lentamente el medallón entre sus dedos, quizás tratando de adivinar la respuesta antes de que yo la pronuncie—. ¿Por qué estáis aquí?

La pregunta es afilada y me toma por sorpresa. No puedo decir la verdad, que mi objetivo es asegurar la muerte de Rhogar, así que desvío la mirada para que no perciba mi mentira en ella.

—Una reina no necesita justificar su presencia en su propio reino —digo con firmeza, procurando no sonar autoritaria—, pero, si necesitáis una respuesta para calmar vuestra inquietud, Lady Maireen, os diré que esta reina no se esconde. He venido al norte para estar cerca de la batalla.

Arquea una ceja. Creo que le divierte mi afirmación.

—¿Planea vuestra Alteza combatir en primera línea? —Aecio se muestra al fin interesado en la conversación.

—Planeo defender el Reino con todo lo que esté a mi alcance —respondo sin titubeos. No he dicho nada más cierto en toda mi vida —, y no temo ensuciarme las manos. La respuesta es sí, combatiré en el frente.

Se produce una pausa en la que comprendo que mi contestación, a pesar de la sorpresa, ha complacido a la mayoría.

—Valiente o imprudente —Maireen lleva su copa a los labios—. Veremos por cual se decanta la balanza.

Rhogar deja escapar una carcajada seca.

—Tendrá ocasión de demostrarlo. —Se recuesta sobre la silla con la barba manchada de estofado y me recuerda el motivo principal por el que estoy allí—. En tiempos de guerra no hay espacio para las palabras vacías. Para mí será un honor compartir escenario de batalla con mi futura cuñada.

Estalla en una risotada que hace tambalear los platos y las copas sobre la mesa. Su hermana y los duques le ríen la gracia, pero para

mí ha sido un puñal clavado con saña en el estómago. Alejo el plato de mí. Me he quedado sin hambre.

Cuando los duques terminan de comer, los sirvientes retiran los platos y vuelven a llenar las copas de vino. Los músicos irrumpen en el salón con instrumentos rústicos, cuerdas tensas y tambores de cuero. El ritmo es animado. La celebración en mi honor ha comenzado.

Los primeros pasos de baile son dados por los nobles norteños. Parece que el ambiente se relaja y me permito hacerlo yo también.

Permanezco sentada, con la copa entre las manos, y finjo que saboreo el vino mientras observo. Mis ojos se cruzan con los de Ceryán al otro extremo del salón. Me sostiene la mirada con seguridad. Cuando se acerca, realiza una reverencia comedida y esboza una débil sonrisa.

—¿Me concedéis esta danza, Alteza? —pregunta.

Dudo por un instante. No me gusta ser el centro de atención y no estoy segura de la conveniencia de ese baile. Ceryán se percata de mi incertidumbre.

—Recomendación de Lord Andric —añade—. Cree adecuado que participéis de la celebración.

Miro a mi Consejero y lo veo asentir con la cabeza. Por una vez, decido obedecer las instrucciones. Tomo su mano y me dejo guiar al centro del salón, donde la música ya se ha apoderado del ritmo de los cuerpos.

Ceryán es ágil. No solo tiene fuerza, sino también una elegancia inesperada. Su brazo en mi cintura es firme, protector, pero no invasivo. Me guía con precisión y respeto, sin buscar impresionar. Su perfume —limpio, cálido— me envuelve y me recuerda que no estoy bailando con un soldado, sino con el niño con quien jugaba hace muchos años, cuando mi padre protegía el reino y la guerra estaba lejos de nuestras puertas.

Consigue que la sala se desvanezca y que solo estemos él y yo.

—No bailáis como un soldado. —Pretende ser un cumplido, pero no estoy segura de que le haya resultado como tal.

—Ya sabéis que pasé mi infancia y mi juventud en palacio.

Asiento con una sonrisa. La madre de Ceryán bordaba trajes para Alisée mientras su padre comandaba la protección de Aldemar. Ha pasado tanto tiempo de eso, que había olvidado que es probable que haya asistido a tantas recepciones como yo misma.

—Me alegro de que tomaras el camino de tu padre.

La frase esconde una confesión velada: agradezco tenerlo a mi lado ahora. Y, por el rubor que se enciente en sus mejillas, deduzco que la ha entendido.

—No hubiera sido feliz de otro modo.

Nos miramos un instante, en silencio, mientras la música a nuestro alrededor sigue sonando y nuestros cuerpos se siguen moviendo. Siento el escalofrío que nace en lo más profundo de mi ser y me veo obligada a girar la cabeza para no dejarme llevar.

—¿Y vos, Alteza? —pregunta, consciente también de que tiene que romper el momento—. ¿Estáis consiguiendo lo que habéis venido a buscar?

—Lo intento. —respondo con la respiración aún agitada—. A ratos siento que camino sobre hielo quebradizo.

—Entonces es que estáis haciéndolo bien. El camino del éxito siempre discurre por terrenos difíciles.

—¿Esa es vuestra filosofía de vida, comandante? —pregunto, divertida.

—Tras los retos imposibles se encuentran las auténticas recompensas.

Yo también leo entrelíneas y sonrío.

—¿Y qué soy más, un reto imposible o una recompensa?

Ceryán duda un momento antes de responder. Sin duda, valora la conveniencia de seguir en esa peligrosa línea.

—Vos no sois ni un reto ni una recompensa. —Baja la mirada. Le aterra lo que va a confesar a continuación—. Vos sois el fin mismo de mi existencia.

Me quedo unos instantes bloqueada, tratando de encontrar algo que decir. Como comandante de los Águilas Grises, su misión en la vida es mantenerme a salvo, pero, por alguna extraña razón, siento que las palabras de Ceryán van más allá de lo estrictamente

profesional. Creo que atraviesan la línea de lo que nunca debe suceder, de lo que tienen prohibido.

Me resulta perturbador. No es el momento ni el lugar para dejarnos arrastrar por estas sensaciones.

Y antes de que pueda seguir dándole vueltas, lo veo. De pie, junto a una de las columnas de piedra que sostienen el Gran Salón, donde la penumbra lo abraza, Akhir me observa. Su expresión es ilegible, pero hay algo… tenso. Una electricidad contenida que se desliza bajo su fachada de frialdad.

Vuelvo la vista a Ceryán, pero no puedo evitar que una parte de mi pensamiento permanezca atrapada en los ojos dorados que me penetran desde la oscuridad.

—¿Todo bien? —pregunta Ceryán con un matiz de preocupación en la voz.

—Sí —miento.

—Si alguna vez necesitáis descansar de tanto protocolo, sabéis donde encontrarme.

La música termina. Hago una leve reverencia y vuelvo a mi asiento, pero antes de llegar, me detengo un segundo y miro una vez más hacia donde estaba Akhir.

Pero el Heraldo Oscuro ha desaparecido.

La explanada frente a los muros de Derlham ha sido despejada para el Combate Singular. La nieve se ha retirado y forma montículos alrededor del círculo de combate. La tierra se mezcla con la escarcha y cruje bajo nuestras botas. El aire es cortante, el cielo está descubierto y se observan las estrellas. Se pueden identificar con facilidad todas las constelaciones.

—Domina el signo del Dragón con ascendencia Lunar —ha apuntado Maireen cuando he pasado por su lado—. Quizá tengáis suerte, los Astros os son propicios.

No me cabe duda de que ella sí sabe leer las estrellas.

El círculo de combate está delimitado por lanzas clavadas en suelo, coronadas por antorchas, y una fila de escudos apoyados contra ellas. El humo y las llamas se agitan a merced del viento. El sacerdote del Fuego Antiguo está en el centro, con las manos

alzadas al cielo, y lanza una plegaria en un lenguaje que no entiendo. Durante el tiempo que dura su invocación, las llamas de las antorchas se mueven en contra del viento.

Una multitud se congrega alrededor del círculo. Nobles, soldados, campesinos… todos observan con expectación. El desafío ha sido aceptado: Rhogar ha elegido a su paladín, un guerrero llamado Valric. Alto, de complexión robusta y cicatrices en el rostro que hablan de su experiencia. No tiene el aspecto de un bruto sin cerebro; se mueve con el temple del que hacen gala los que han sobrevivido muchas batallas. Sin duda, Rhogar no contempla otro escenario que no sea el triunfo.

Todos esperan a que yo anuncie a mi campeón. Estoy nerviosa, pero también decidida. Sin duda, es la mejor opción para lograr lo que busco.

—No necesito paladín —respondo—. Lucharé en mi nombre y en el de mi Casa.

Un murmullo recorre la multitud. Hay reacciones dispares, pero la que predomina es el asombro.

—El combate es a muerte —apunta Rhogar, y por su sonrisa burlona deduzco que espera que me retracte, pero no lo hago.

—Lo sé —respondo.

Veo el gesto de alarma en mis consejeros. Lord Andric parece a punto de desmayarse. Ceryán se adelanta para intervenir, pero lo detengo con una mirada.

—Defenderé el honor de mi Casa con mis propias manos —añado.

Sé que es una locura, una temeridad, pero es la única manera de recuperar el respeto perdido, de conseguir que el norte me mire con otros ojos.

—Como gustéis, Alteza —Rhogar inclina por primera vez la cabeza —, pero no esperéis piedad.

—Tampoco la ofrezco.

Me desprendo del jubón ceremonial. Llevo debajo una camisa ceñida de cuero flexible y mis botas de piel están reforzadas con metal para defenderme de los ataques de mi adversario. Desenvaino la espada corta que he elegido para la pelea.

Valric me mira con una sonrisa ladeada mientras afila su hacha contra un trozo de cuero. Puedo leer a la perfección sus pensamientos, y eso me tranquiliza.

Roghar alza la mano y la hace descender con fuerza.

El combate comienza.

Valric ataca primero, con la agresividad de un depredador. Su hacha corta el aire con potencia, pero yo me deslizo a un lado, sin bloquear, esquivando. Como primogénita y heredera a la corona, he pasado muchas horas entrenando y aprendiendo técnicas de combate. Esto no es más que otra clase. La espada corta es menos contundente, pero mucho más rápida. Debo cansarlo primero para obligarlo a cometer errores.

Durante varios intercambios esquivo, bloqueo parcialmente, respondo con estocadas veloces que él apenas alcanza a desviar. El sonido del acero al chocar contra el acero es agudo, seco, repetitivo. La humedad de la tierra empaña mis botas, y mi aliento comienza a hacerse más áspero. Valric no parece cansarse. Yo sí.

Es paciente, un sabueso viejo. Ataco con una finta y logra leer mi intención. Me lanza un golpe ascendente con el mango de su hacha. Lo esquivo por poco, pero su hoja me alcanza en el costado. Un corte superficial, pero doloroso.

Un jadeo ahogado escapa de mis labios y el público contiene el aliento.

Por el rabillo del ojo veo a Ceryán saltar hacia el círculo, pero soldados norteños lo sujetan. No está permitido intervenir.

La sangre caliente se escurre bajo la tela interior de la camisa de cuero. El dolor es agudo, una punzada que se ramifica desde el costado; pero lo que me quema no es la herida, sino la certeza de que, si fallo, nadie recordará este intento como coraje, sino como estupidez.

Me obligo a mantenerme en pie, a no mostrar debilidad. Valric sonríe, cree que me tiene, pero se equivoca.

—¿Eso es todo? —murmura con desprecio— ¿Este es el futuro del Reino?

Aprieto los dientes y lanzo una serie de ataques más rápidos, más decididos. Una, dos, tres estocadas que le obligan a retroceder. Mi

cuerpo se mueve por instinto, al ritmo del entrenamiento y la rabia. Y por fin llega el descuido que buscaba: un movimiento más lento de lo necesario y logro deslizar la hoja de la espada por la unión entre su hombrera y el peto. El corte le hace soltar un gruñido. Si empujo un poco más, el filo le alcanzará la yugular y morirá desangrado, pero en el último segundo, detengo el avance.

Él sabe que le he perdonado la vida, lo veo en sus ojos.

—Ríndete —le ordeno con la espada hundida a medias en su cuello.

Valric respira con dificultad. Me mira con furia contenida, pero también con algo que no esperaba: respeto. Su lucha interna dura apenas unos segundos y al fin suelta su hacha y me pide que retire el arma de su cuello. Obedezco y le ofrezco mi pañuelo para que se tapone la herida.

Él lo rechaza mientras se arrodilla.

—Mi hacha para vuestra causa, Majestad.

El público estalla. Gritos, vítores, sorpresa. Algunos nobles del norte se levantan, y veo entre ellos a Maireen con las cejas alzadas. Aecio asiente, como quien ha visto algo que empieza a convencerle.

El único que permanece impasible es Rhogar. Su rostro pétreo.

Lord Andric y Helmor hacen el intento de acercarse, pero levanto mi mano para impedírselo. No quiero escuchar sus reproches ni sus halagos. Lo que necesito es saborear esta victoria en soledad. Ser consciente de lo que acabo de conseguir sin que nadie lo ensalce con palabras vacías ni lo hunda con reproches. Quiero escucharme a mí.

Me retiro del campo de combate con la herida presionada por el pañuelo que ha rechazado Valric. El dolor late, pero el fuego en mi interior lo ahoga.

La reina ha vencido.

Y todos lo han visto.

10. Heridas invisibles

Cuando cierro la puerta de mis aposentos, el silencio me recibe con una caricia helada. La chimenea está apagada y tan solo el frío resplandor de las estrellas se cuela por la ventana.

Me despojo de la camisa de cuero manchada de sangre, las calzas y las botas. Lo hago con dificultad, cada movimiento provoca una dura palpitación en la herida del costado. Siento la piel latir como si mi carne aún recordara el filo del hacha. Me inclino para dejar la ropa sobre una silla y reprimo un gemido. El pañuelo con el que salí del campo de combate está empapado.

Me lo quito. Lavo la herida y me envuelvo la cintura con un trozo de sábana a modo de apósito. Me pongo el camisón encima y me dirijo hacia la cama, agotada. En este momento, deseo no ser reina, solo una mujer que sangra. Sola, sin demonios ni coronas que la esperen en la oscuridad.

Aun así, no puedo evitar sentir cierta euforia por lo que he conseguido. Me he expuesto como nunca, pero la recompensa bien ha merecido el peligro. Han empezado a respetar a esta reina joven. Mi destreza en el combate y mi valentía han sido bien acogidos en esta tierra salvaje. No podía ser de otra manera. No con la gente del norte.

No me molesto en encender las velas. Intuyo la disposición de la habitación en la penumbra y me agrada esa sensación. La necesito, pero no estoy sola. Una sombra se desliza ante mí y una sacudida visceral me despierta los sentidos.

—¡Estás loca! —la voz de Akhir retumba entre las paredes de la habitación, dura como el acero.

Tiene los ojos encendidos y cada línea de su cuerpo irradia furia contenida.

—Era la mejor opción —me defiendo, más cansada que desafiante.

—No es cierto. La mejor opción era la que yo te propuse y tú desobedeciste, como has hecho hasta ahora.

Lo rodeo y continúo hasta la cama. Necesito sentarme.

—Ha salido bien —digo—. Comienzo a ganarme su respeto.

Akhir avanza hacia mí. Hay un brillo feroz en sus ojos, dorado y salvaje.

—Ha sido una temeridad. Una estúpida temeridad. ¿No te das cuenta de todo lo que habrías perdido si el paladín te hubiese matado? Tu madre y tu hermana habrían quedado sentenciadas a muerte. El pacto habría terminado y yo habría perdido mi alma.

—Eso es todo lo que te importa, ¿verdad? —Ahora soy yo quien tiñe de reproche las palabras—. No estás enfadado porque haya arriesgado mi vida, sino porque te podrías haber quedado sin tu premio.

—¡Pues claro que me enfurece perder el alma prometida! —dice con rabia, con los puños apretados—. Pero qué esperáis, niña estúpida, que llore desesperado sobre vuestro cadáver. ¿Os creéis que alguien le habría importado que os hubierais dejado la vida en ese combate?

No sé por qué me sigue molestando tanto su insolencia y su falta de escrúpulos. ¿Acaso no me ha quedado ya claro su ausencia de sentimientos? ¿Por qué sigo esperando otro tipo de reacción en él? No va a ser la compasión la vía para no cumplir mi parte del pacto.

Sin embargo, su mirada tiembla un segundo otra vez cuando se cruza con la mía. Hay algo oculto detrás. Algo que siempre ha estado ahí, pero que estoy empezando a vislumbrar. No sé lo que es, pero sea lo que sea, he de agarrarme a ello como última esperanza.

—¿Y qué pasaría si no entregarais el alma? —Me arriesgo. Tengo que saber lo que esconde tras ese temblor—. ¿Tan catastrófico sería?

Sus ojos se encienden como si hubiera cometido un sacrilegio. Su aura oscura devora la escasa luz que se cuela en la habitación y, durante un instante, siento que el terror de las Tierras Baldías se ha instalado entre estas cuatro paredes.

—Tú no entiendes nada —ruge como un animal salvaje—. ¿Te crees que la obediencia al Señor Oscuro es cosa nimia? Él tiene poder para infligir dolor de todas las maneras inimaginables. Las más crueles y sádicas, tan retorcidas que ni siquiera tu mente se atreve a pensar. ¿Crees que lo contradeciría por...? ¿Por qué? ¿Por una estúpida reina sin corona?

Sus palabras son crueles, pero su actitud no las acompaña. No está cómodo hablando de esto y necesito entender por qué. Me mira con una intensidad que me encoje el estómago, pero mi determinación es fuerte.

Me atrevo y doy un paso hacia él. Otro. Hasta que lo tengo demasiado cerca, lo suficiente para sentir su respiración, tan cálida como las brasas del infierno del que procede. Siento que lo estoy acorralando, pero no sé muy bien cómo ni por qué.

—Admítelo —le reto—. Admite que te importó verme sangrar.

Por un instante, creo que se va a abalanzar sobre mí, sobre la cama. Mi respiración se agita, es casi un jadeo; pero entonces repara en la mancha de sangre que empieza a teñir de rojo mi camisón y retrocede rápidamente.

—Será mejor que alguien revise esa herida antes de que lo lamentemos ambos.

Y, dicho eso, se desvanece y me deja sola, herida… y temblando por razones que nada tienen que ver con el dolor físico.

La reunión del día siguiente se lleva a cabo en una sala austera, de piedra gris y mapas colgados de las paredes a modo de tapices. No hay más decoración. Un brasero en el centro de la estancia calienta el ambiente, aunque no lo suficiente para desentumecer mi cuerpo helado.

La noche ha sido complicada. A la escasez de mantas para entrar en calor, se ha sumado el dolor de la herida y los sueños extraños que involucraban a Akhir. He amanecido con la sensación de no haber dormido nada, justo el día que necesito la mente despejada para la reunión que me aguarda, en la que vamos a decidir la estrategia de defensa contra los ejércitos del rey Gorath.

Mis consejeros están presentes, también varios líderes del norte. Ceryán se mantiene de pie junto a la entrada y lanza una mirada preocupada a mi costado. Aún no he hablado con él de lo ocurrido. Le estoy evitando. No puedo soportar otra reprimenda de niña pequeña. Soy la reina, y mis decisiones se respetan, no se cuestionan.

La herida ha sido vendada y ocultada bajo ropas holgadas. No quiero que se recuerde que también fui herida en el combate, solo que salí victoriosa.

Los ojos que me miran hoy lo hacen de otra manera. Hay un silencio reverencial cuando me acerco a la mesa. Siento que he dado un paso de gigante para ganarme el respeto de todos aquellos hombres y que hoy sí me escucharán.

—El enemigo se mueve rápido —dice Rhogar—. Las últimas partidas de exploración reportan movimientos a menos de un día de la frontera. Son demasiado coordinados para tratarse de simples merodeadores.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto.

—Diría que un día. Es probable que mañana veamos ya los estandartes ondear al filo del amanecer.

Helmor despliega un mapa y marca posiciones clave colocando pequeñas piedras talladas.

—Deberíamos organizar la defensa en tres frentes. El desfiladero de Aarán nos proporciona protección por el este; ese flanco está cubierto, ningún ejército numeroso puede atravesar sus paredes de roca. La tundra del oeste es la más vulnerable. Necesitamos establecer una línea de resistencia con los mejores arqueros aquí —señala una línea en el mapa— y, por último, preparar refuerzos móviles desde el castillo que se irán destinando a los diversos puntos de la tundra según se vayan necesitando.

Rhogar asiente.

—Estáis suponiendo que el ejército de Gorath accederá por la tundra, entonces —dice.

—Es la única vía posible —Helmor mira el mapa buscando puntos débiles a su estrategia, y después se dirige hacia el duque—. Pero esta es vuestra tierra, quizás querrías sugerir un enfoque diferente.

Rhogar suelta una risotada que hace temblar los pliegues de su cuello.

—El Dios del Fuego Antiguo me libre de contradecir a un senescal de guerra. Es la estrategia más lógica, sin duda. ¿La más acertada…? Veremos. —Compone una sonrisa que me pone los pelos de punta—. Las Casas Menores han ofrecido su apoyo logístico: proveerán alimentos y cebada para los caballos, pero su aportación militar será escasa.

—¿De cuántos hombres hablamos? —pregunto. Nadie ha mencionado cifras todavía y es algo que me preocupa.

—Setecientos hombres entre arqueros, caballería y soldados. —Por primera vez, siento que Rhogar me trata como a uno más de los allí presentes, y para mí eso ya es una victoria.

—¿Serás suficientes para resistir?

Mi pregunta queda suspendida en el aire y nadie se atreve a responder. Noto que el ambiente se tensa de golpe, como si una corriente de viento helado hubiera recorrido la sala.

Uno de los nobles norteños, Lord Garren de Laurenhold, toma la palabra.

—Hay otra opción. —Se acerca a la mesa y baja el tono de voz—. Podríamos proteger las murallas de la fortaleza con escudos de Cèlian. Eso nos permitiría resistir el sitio hasta que consiguiéramos más soldados del sur.

El silencio cae como un manto y las miradas se escurren entre los presentes. Es Helmor quien estalla.

—¡Sabéis de sobra que eso está prohibido! —Golpea la mesa con el puño—. Las reglas son claras: la magia no puede emplearse en conflictos bélicos, ¿o queréis que volvamos a pasar por otro Gran Cataclismo? El uso de hechizos ofensivos o defensivos en guerra está penado por los Altos Tribunales del Este.

—No tenemos archimagos en nuestras filas —Rhogar se muestra menos exaltado que Helmor, pero igual de contrario a la idea—. Tampoco hay *materia* suficiente en Derlham para lanzar el conjuro.

—No es necesaria la intervención de un archimago. Los escudos de Cèlian son un conjuro menor —insiste Lord Garren mientras se acaricia la barba pelirroja—. Cualquiera con unos mínimos conocimientos de alquimia y un poco de *materia* podría ejecutarlo. Además, apenas dejarían un pequeño tatuaje, algo que pasaría desapercibido a simple vista.

—¡No para los Moderadores del Alto Tribunal! —Helmor continúa elevando la voz.

—¿Y qué nos harán? ¿Mandarán una delegación a detenernos mientras los enemigos derriban nuestra puerta?

Lord Andric se incorpora. Su presencia y sabiduría son apreciadas en el norte. Es la persona con más edad de la sala.

—Los Moderadores no acudirán de inmediato. —Habla sosegado, opuesto a la energía explosiva que irradia Helmor—. Esperarán a que las aguas se hayan calmado antes de comenzar la investigación. Si consiguen encontrar pruebas del conjuro, no solo detendrán a quien lo haya lanzado, sino también al soberano que lo ha permitido. No pondremos en juego la legitimidad de la corona.

Decido que es el momento de intervenir para poner fin a la discusión. Ya he escuchado suficiente.

—El Reino del Oeste firmó el tratado Anti-Cataclismo hace generaciones —señalo—. Derrotaremos a nuestros enemigos con honor y conforme a nuestros principios. No se hable más de magia. No voy a permitir que se siembren dudas sobre la legalidad de mi reinado cuando más necesitamos unidad.

Veo cabezas que asienten, algunos con resignación, pero la mayoría con convicción. Creo que el mensaje ha quedado claro.

Cerca del mediodía, decido dar un paseo por el patio de armas de la fortaleza. Entre sus muros cubiertos de nieve, retumba el sonido metálico de espadas y escudos de los que se preparan y aguardan la batalla inminente.

Los soldados del norte, gigantes de manos ásperas y miradas sombrías, entrenan con rudeza y hacen comentarios hoscos. No hay en ellos la disciplina pulida de mis Águilas Grises, sino un instinto salvaje que los hace parece lobos disputando una presa.

Los observo en silencio, intentando descifrar si esa brutalidad será una ventaja contra lo que se avecina. Ellos también me miran a mí, y la curiosidad es la emoción que más despierto en ellos. Lo considero una buena señal.

Al otro lado del patio, mis guardias reales practican con movimientos precisos, ordenados, casi ceremoniales. Siento la distancia que separa ambos mundos y me doy cuenta de lo que soy: puente y abismo a la vez.

Paseo pegada al muro, para tener una visión completa de todo el entorno. Cuando cruzo delante de las caballerizas. El relincho de un caballo me hace volverme y distingo la figura de Lady Myrla pegada a mis talones. Me sobresalto. Su andar es tan sigiloso como el de un fantasma y no me había percatado de su presencia. ¿Cuánto hace que me sigue?

—Alteza. —Inclina la cabeza, sabiéndose descubierta.

—Me habéis asustado. —Soy incapaz de ocultar mi turbación.

—Quería que supierais que siempre ando vigilando.

No estoy muy segura de si es una simple observación o una amenaza.

—¿Qué queréis decir? —pregunto para salir de dudas.

—Os he visto muy diestra para acercaros a quienes no desean vuestra cercanía.

Recuerdo su reacción durante la bienvenida a la fortaleza y deduzco que es todo por su hijo, el joven Jacobo.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño…

Ella se acerca tan veloz que no me da tiempo a reaccionar y me agarra las muñecas con unos dedos tan huesudos que se me clavan en la piel.

—Creéis que no lo sé, pero os he visto. —Me muestra una hilera de diente amarillos, consumidos por la materia—. No os apartáis de él. Rodeándole. Mirándole como si fuera vuestro.

—Pero ¿de qué habláis?

—Es mi hijo. Mi sangre. Mi herencia. ¿O pensáis que voy a dejar que lo destruyáis como hacéis con todo lo que tocáis?

No respondo. He renunciado a encontrarle sentido a sus palabras. Siento la incomodidad de sus manos apretando mis muñecas. No me deja marcharme.

—Soltadme, por favor, lady Myrla. De verdad que no entiendo a qué os referís.

Ella suelta una risa rota que atrae las miradas curiosas de los soldados cercanos. Veo a Ceryán dirigiendo el entrenamiento de mis Águilas. No me hace falta decirle nada, coge su espada y viene hacia mí.

—Claro que lo entendéis… —oigo decir a Myrla—. Queréis apartarlo porque sabéis quién es. Pero no lo conseguiréis. La corona no podrá ocultar la verdad para siempre.

Ceryán llega hasta nosotras y la fuerza a soltarme con un empujón. Lady Myrla no parece molestarse. Se recompone y, sin dejar de mirarme, esboza una sonrisa siniestra y se aleja entre los soldados de vuelta al interior de la fortaleza.

—¿Estáis bien? —me pregunta Ceryán.

—Sí —miento. Su risa estridente sigue resonando en mis oídos.

—¿Qué quería? —Mantiene las distancias, pero estoy segura de que quisiera abrazarme.

Me encojo de hombros. No estoy segura. Si me fío de los rumores, no he escuchado más que los desvaríos de una loca, pero, en mi interior, siento que sus palabras son una amenaza más peligrosa que el ejército que se avecina.

—¿Sabéis que le pasó a su hijo? —pregunto movida por la curiosidad—. Lo conocí a nuestra llegada.

—Solo rumores, Alteza. —Noto su resistencia a hablar. Su discreción juega en mi contra en este caso. Le insto a continuar con un movimiento de cabeza—. Dicen que fue fruto de un acuerdo oscuro sellado en los bosques de Faerín. Una moneda de cambio para expiar un pecado mayor.

—¿Qué clase de pecado?

Ceryán se encoje de hombros.

—No le haría demasiado caso, Alteza. Los rumores tienden a distorsionar la realidad con fábulas y mentiras.

Asiento. Quizás tenga razón y lo mejor es dejarlo correr.

La nieve vuelve a caer. Le doy las gracias a Ceryán y regreso al cobijo de los altos muros de piedra.

La noche cae mientras camino cabizbaja por los pasillos de la fortaleza. Arrastro por las losas frías mi abrigo de piel oscura a la vez que contemplo el velo de sombras azules que cubre los tejados nevados y el patio central. No puedo dormir. Las palabras de Rhogar llevan todo el día rondando mi mente con un zumbido constante. Hay algo en su tono, en sus evasivas durante el consejo, que me inquieta.

«Es la estrategia más lógica, sin duda. ¿La más acertada…? Veremos.»

¿Qué ha querido decir con eso? ¿Qué sabe Rhogar que nosotros desconocemos?

Una idea me ronda la cabeza, pero para materializarla necesito consultar registros antiguos. En algún lugar de esos muros debe de haber algún archivo donde se guarden las narraciones de las campañas antiguas. Derlham ha sido siempre un punto estratégico de defensa contra el Reino del Norte, y su historia está escrita con sangre y numerosos sacrificios humanos. Sé que, durante siglos, los sacerdotes del Fuego Antiguo habitaron este lugar y transcribieron todo lo que aquí acontecía para que el conocimiento trascendiera los siglos. Muchos de esos tomos descansan hoy en la Biblioteca Real de Lirien, en palacio, pero aquí deben quedar muchos más.

No encuentro a nadie a quien preguntar en mi camino, por eso tardo más de lo deseado en dar con ello.

El olor a lignina del papel en descomposición me anticipa que me hallo cerca. Mis pasos me conducen al final del ala este, donde encuentro lo que busco custodiado por dos enormes estatuas talladas en granito. Representan a dos demonios antiguos: Gruelea y Tornea, quienes, según la leyenda, conservan la llave del conocimiento supremo.

Me introduzco en un laberinto de estanterías. Libros, de encuadernaciones arrugadas y hojas amarillas, se amontonan sobre las baldas, en el suelo, sobre pequeñas mesas. Percibo el olor a cuero viejo, cera y madera humedecida, y escucho el lento pulso de los pergaminos al agrietarse. Tomo uno de los candiles encendidos sobre una mesa y busco tomos que traten sobre invasiones pasadas.

Paso horas navegando entre los volúmenes. Mi formación en lenguas antiguas me permite leer sin dificultad los relatos más viejos. Me pierdo en la narración de la Gran Guerra de las Tres Fronteras y descubro matices que no me enseñaron mis tutores… hay referencias a antiguos pactos entre reinos, a la leyenda del Rey Loco y su matanza de niños, a las alianzas y traiciones entre las diferentes Casas del Reino.

Un libro llama mi atención. No trata sobre lo que he venido a investigar, ni narra batallas pasadas. Sobre su portada se lee: *Tierras Baldías. Tomo II. Heraldos Oscuros.* A pesar de que no tengo demasiado tiempo, no puedo evitar hojear sus páginas y leer ciertos pasajes:

«Los Heraldos Oscuros deben lealtad al Señor de las Tierras Baldías, quien les libera de la capacidad de sentir a cambio de recolectar almas para él. Son, por tanto, seres atormentados en vida que han preferido sucumbir a la oscuridad de las Tierras Baldías antes que continuar sintiendo.»

«Cuando un Heraldo acude a su invocación, ha de pactar sus servicios a cambio de un alma. Si fracasa y regresa sin el alma, es condenado a un siglo de destierro y tormento en las Llanuras Abisales.»

«Los Heraldos Oscuros son seres poderosos que dominan la magia antigua, ven el pasado e intuyen el futuro. No necesitan materia para lanzar conjuros, pero su magia no puede ser usada para hacer el bien: no pueden curar, no pueden traer la paz.»

«La única debilidad de un Heraldo: si se manchan con sangre de real, la incapacidad para sentir —su Velo de Vacío— empieza a resquebrajarse y sus ojos se tiñen de rojo. Un Heraldo que ha recuperado su capacidad de sentir será incapaz sobrevivir al salvajismo y la desesperación de las Tierras Baldías.»

«Un Heraldo que siente es un Heraldo loco.»

Me estremezco al recordar la hebra roja que me pareció descubrir en los ojos de Akhir. ¿Se habrá manchado de sangre real en algún pacto pasado? Recuerdo su reacción la noche del combate singular al ver mi camisón cubierto de sangre. Se apartó como si hubiera visto un fantasma. Ahora lo entiendo. Estaba protegiendo su Velo de Vacío.

¿Y si está loco? ¿Y si sus consejos no son para ayudarme sino para enredarme y que nunca consiga la Corona? De ese modo, no tendría que regresar al tormento de las Tierras Baldías.

Las dudas siguen martirizándome mientras cierro ese libro y continúo con la búsqueda que me ha llevado hasta allí. En mi cabeza, las posibilidades se agolpan, a cada cual más trágica que la anterior. Trato de apartarlas. Tengo otro objetivo entre manos.

Encuentro un tomo titulado: *Historia de las contiendas en Derlham*. No es demasiado extenso, y me enfrasco en su lectura durante un buen rato hasta que, por fin, un pasaje relata lo que busco. Es una crónica escrita por un monje que vivió durante la última gran invasión del norte, hace más de cien años. Hay un capítulo en particular que me sobresalta. Sigo leyendo con avidez hasta que se extingue la llama del candil y me quedo a oscuras, en silencio, con el pulso acelerado.

Si lo que he leído es cierto, Gorath podría estar preparando una ofensiva que nos pillaría desprevenidos y que desmontaría la estrategia diseñada por Helmor.

Cierro el libro y miro por la ventana. El cielo comienza a palidecer. El cuerno de alerta rompe el silencio matinal con un lamento que hiela la sangre.

El enemigo ha sido avistado.

No queda tiempo.

Debo actuar antes de que sea demasiado tarde. Si mis sospechas son ciertas, la fortaleza de Derlham será arrasada antes de que el sol alcance el mediodía.

11. La batalla de Derlham

El amanecer es gris. Una bruma espesa envuelve el desfiladero de Aarán y convierte las cumbres que lo flanquean en gigantes dormidos. La nieve cubre el suelo con un manto gélido. El gemido de grandes aves sobrevolando los riscos se propaga entre las grietas y estremece nuestro ánimo. Los soldados aguardan en silencio. Quinientos rostros expectantes se extienden delante de mí, a las órdenes de una reina sin corona que ha apostado todo a una intuición.

A mi lado, el duque Rhogar respira hondo. Paladea cada brizna helada que baja de la cima como si fuese capaz de descifrar lo que ha visto en su descenso desde la cumbre. Maese Kolvar, su general de guerra, está un paso detrás de él, guardándole las espaldas.

No hemos cruzado palabra desde que salimos de la fortaleza. Se limitó a montar su caballo y a seguir mis órdenes con ese gesto hosco que tanto le caracteriza. Lo he requerido a mi lado por estrategia, pero también para asegurarme de que se cumple el objetivo por el estoy aquí: debe morir en esta batalla.

Tengo a Ceryán al otro lado. Es el único de los Águilas Grises que permanece junto a mí. He enviado al resto a contener la tundra. Me guarda el flanco herido en el Combate Singular. No hemos hablado todavía de ello, aunque él lo ha intentado un par de veces. Sin embargo, en todas las ocasiones se ha topado con mi negativa. Ya

tuve suficiente con la reprimenda de Akhir, no voy a permitir que se sigan cuestionando más mis decisiones, sobre todo cuando han resultado acertadas.

Me pregunto dónde está el Heraldo. No lo he vuelto a ver desde nuestra última discusión. Lo he buscado sin buscarlo entre las sombras y esquinas donde le gusta vagar, pero ni su figura ni su eco han vuelto a cruzarse en mi camino. ¿Se habrá marchado? ¿Ha decidido que ya no merezco su atención? La sola idea provoca en mí dos respuestas opuestas, igualmente punzantes. Por un lado, un atisbo de alivio —la sensación de haber recuperado el control, de ser, al fin, la única dueña de mis decisiones, pero, por encima de todo, me libero de la carga de haber condenado un alma—. Por el otro, una punzada de algo más oscuro. ¿Pena? ¿Desazón? No. No puede ser eso. No por él. Y, sin embargo, ahí está, agazapada como una astilla clavada donde más duele.

Agito la cabeza para liberarme de aquellos pensamientos y las últimas palabras de Helmor ocupan su lugar. Resuenan con fuerza en mi cabeza:

—Has de estar muy segura, Genoveva. ¡Estás dejando la entrada al descubierto! Si te equivocas, el reino entero caerá.

Pero no me he equivocado, no puedo haberlo hecho.

La fortaleza de Derlham no se alzó en este lugar por casualidad, sino porque se trata del único punto a través del cual podría acceder al reino un ejército con el volumen suficiente para hacerlo tambalearse. Además, el flanco este está cubierto por un estrecho desfiladero por el que apenas pasaría un hombre sin armadura. Ningún ejército se atrevería a atravesarlo con garantías. Hasta la fecha, solo la tundra oriental permite el acceso y ningún ejército del norte ha conseguido llegar más allá de Derlham.

Sin embargo, la historia narrada por el monje en el pasaje que encontré no hablaba de una invasión a través de la tundra. Hablaba de un flanco inesperado. Hablaba de Aarán.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Las horas pasan. El sol ya está en lo alto, pero la niebla no se disipa. A lo lejos, el eco de los cuernos de guerra en la tundra nos

llega como un latido sordo. El combate ha comenzado allí. La entrada a Derlham está expuesta.

Mi decisión ha puesto en peligro a todo el reino.

—Nada. —Roghar escupe al suelo—. Tus presagios te han fallado, reina. El único enemigo está en la tundra y tú has traído a más de la mitad de nuestras fuerzas aquí, a contemplar la niebla.

Ignoro su desprecio, aunque cada palabra me hiere. Mis dedos se aferran al pomo de la espada como si se tratase de una tabla salvavidas. Siento el peso de cada soldado que espera mis órdenes, de cada mirada que se vuelve hacia mí en busca de un sentido a esta espera absurda.

—Confíad en mí. —Lo digo más para mí que para él.

—Confiar… ¿en qué? ¡Mira a tu alrededor!

Y lo hago.

Veo la inquietud en los rostros, la tensión en las mandíbulas, la duda que se filtra como un veneno silencioso y, por un instante, también yo dudo. ¿Y si me he equivocado?

Los gritos y lamentos en la tundra son cada vez más cercanos. El norte sangra, y yo lo he dejado desprotegido. La posibilidad de que los haya condenado me oprime el pecho. Mis piernas tiemblan bajo la armadura. Siento el juicio de todos pesando sobre mí: el de los vivos, el de los que están muriendo.

Ceryán pone una mano sobre mi hombro, me insta a rendirme, a correr para socorrer el paso a Derlham. También él duda.

Entonces un soldado aparece tambaleándose por el camino que conduce a la tundra. Su rostro está pálido, la sangre le mancha la armadura rota. Sé que viene a pedirme refuerzos y, por un instante, siento que me derrumbo, que todo mi plan se ha venido abajo. La garganta se me cierra, la visión se me nubla, y pienso en los miles de hombres que he condenado.

Estoy a punto de caer de rodillas.

Sin embargo, sus palabras me hielan la sangre.

—En la tundra… —jadea—. Apenas hay hombres de Gorath. El grueso del ejército no está allí. Aguantad aquí, porque se avecina el infierno.

La desesperación se transforma en un torbellino de alivio y miedo mezclados, un golpe tan brusco que me corta la respiración. Tenía razón… y al mismo tiempo, el horror que al que me enfrento es mayor de lo que imaginaba.

Entonces el silencio se rompe. El primer sonido no proviene del suelo, sino del cielo. Un zumbido profundo, casi orgánico, reverbera entre las paredes del desfiladero. Alzo la vista justo cuando el primer dirigible emerge del velo de niebla. Sus velas negras, adornadas con el escudo de la Esfinge y el Oso de los Moradores, se inflan con el viento del norte. Bajo su vientre cuelgan esferas de hierro, posiblemente cargadas con alquitrina o algún otro tipo de arma explosiva.

—¡A posiciones! —grito, y mi voz resuena con más firmeza de la que siento.

Los arqueros se alinean detrás de nosotros e incendian sus flechas. Una salva silba al cielo y uno de los dirigibles arde al instante. Se desploma en una espiral de fuego y humo. Su golpe contra el suelo hace temblar mi cuerpo. Se desmorona mientras arde y se escuchan los gritos de quienes se queman en su interior.

Un segundo dirigible surca el cielo y doy la orden para que incendien flechas y vuelvan a lanzarlas. A pesar de que esquiva parte de la tanda, la mayoría atraviesan la cobertura de piel e incendian el gas que los permite volar. Se desploma más cerca que el anterior y el calor de las llamas me abrasa la cara. Doy un paso atrás mientras Ceryán se interpone. El seco crujir del fuego inunda el campo de batalla.

—¡Hay un tercero! —advierte un centinela.

Maniobra con agilidad, esquiva las flechas y consigue dejar caer sus esferas negras. Explotan unos metros por delante. El suelo tiembla de nuevo y la primera línea de soldados cae sin vida. Acabo de perder a una docena de hombres. Ordeno a la infantería que avance para cubrir los huecos en previsión de que el enemigo de la tundra consiga llegar hasta nosotros.

El dirigible desaparece en la niebla de nuevo. Estoy segura de que volverá con más munición.

—No os alejéis de mí, Alteza —dice Ceryán, espada en mano.

No le contesto. Mi mirada está fija Rhogar y en Kolvar, su perro guardián, que admiran la destrucción con los ojos encendidos. Tengo que encontrar la manera de llegar hasta él, de exponerlo al fuego de los dirigibles y que parezca un accidente; pero si esto es difícil con él desarmado, la presencia de Kolvar lo vuelve imposible. Ni siquiera con la ayuda de Ceryán lo lograría. Tengo que pensar rápido. En cuanto destruyamos el tercer dirigible, la contienda habrá terminado y con ella se esfuma mi oportunidad de eliminar al duque.

Algo llama mi atención. Algo que no está en el cielo y que se agita en la grieta que se abre en las cabinas de los dos dirigibles caídos. No son hombres. Es algo peor.

Y entonces surgen de las maquinarias caídas.

Bestias.

Criaturas enormes, de piel grisácea y ojos sin párpados. Caminan erguidas como hombres, pero su estatura dobla la de cualquier soldado. De sus mandíbulas gotea espuma negra. Son las Bestias de los Moradores.

Los hombres de la primera línea retroceden, pero yo avanzo. La espada tiembla entre mis dedos, pero no por miedo, sino por la adrenalina. Sé que esta es la jugada secreta de Gorath, la que descubrí leyendo los registros perdidos de Derlham. La que nadie quiso creer.

Está será mi victoria.

—¡Usad el aceite de azahar! —vocifero.

Los soldados cogen los frascos que llevan sujetos a sus cinturones e impregnan el filo de las espadas. El azahar es veneno para las Bestias. En cuanto les roza la piel, debilita sus fuerzas en segundos hasta caer moribundos.

Sin embargo, es difícil alcanzarles. Son rápidos, y su musculatura es poderosa. El suelo se tiñe de rojo. Las bestias arrancan cabezas con sus garras, parten cuerpos como si fueran ramas secas. Rhogar se lanza al frente con Kolvar y un grupo de fieles enloquecidos y, por un momento, parece contener la envestida de las criaturas.

Yo también me lanzo a su encuentro. Es mi deber proteger el reino y para esto llevo años entrenando. Ceryán y yo nos batimos codo con codo contra ellas. Espalda contra espalda.

En el fragor de la batalla, pierdo de vista a Rhogar. Tengo suficiente con contener las furiosas envestidas de los monstruos. Derribamos tres, cuatro. Nos alzamos sobre sus cuerpos moribundos para hacer frente a las siguientes, para igualar las alturas. El aceite de mi espada se hiela, pierde fuerza, y ya no es tan sencillo abatirlos. Me canso.

Y no lo veo venir, la Bestia arremete por un ángulo muerto. El impacto me sacude en la cabeza y me lanza al suelo, contra la nieve endurecida. Caigo como un saco de arena contra el costado herido. El dolor me desgarra y siento la sangre caliente bajo la armadura. La espada ha escapado de mis dedos. Intento levantarme, pero apenas logro mantenerme de rodillas. El mundo gira a mi alrededor en blanco y rojo.

A lo lejos, veo a Rhogar en pie, luchando con ferocidad contra las criaturas y me maldigo por mi torpeza. Va a ser mi final y él aún sigue vivo.

La Bestia salta sobre mí y me cubre con su sombra. Pero, antes de que pueda clavar en mí sus garras, un escudo golpea a mi lado y la derriba. Su voz suena más fuerte que las llamas que devoran los dirigibles, más fuerte que los rugidos de las Bestias.

—¡No la toques!

La Bestia se levanta con los ojos ardiendo de furia. Ceryán se posiciona delante de mí, con la espada en alto y el escudo al frente. Resiste las primeras envestidas, que frena con el escudo y el pie izquierdo atrás, anclado al suelo. Y en cuanto la Bestia duda, arremete contra ella. Logra herirla, pero el aceite de su espada también escasea y la Bestia no cae. Trato en vano de levantarme, de ayudarle en la defensa, pero estoy demasiado aturdida, demasiado dolorida. Me hundo en rabia y desesperación.

Ceryán empuja con el escudo y la hace retroceder varios pasos. Su esfuerzo es heroico, y deseo estar a su lado, infundirle valor, agradecerle el esfuerzo… Pongo un pie en el suelo, luego el otro… me recompongo. La esperanza me arde en la sangre. Quizás aún se pueda.

Entonces, el cielo ruge con un sonido mecánico que no es nuevo para mí. El tercer dirigible reaparece entre los riscos del desfiladero y

sobrevuela el campo de batalla. Los arqueros que aún se mantienen en pie lanzan sus flechas desprovistas de fuego y aciertan de pleno. El dirigible se escora, pero, antes de caer, logra abrir la compuerta de su vientre y soltar una nueva esfera de alquitrina.

El impacto es devastador. Un estallido de fuego y ceniza nos lanza por los aires. Siento la onda romperme huesos por dentro. El suelo reaparece bajo mi costado de nuevo. Golpeo con violencia sobre la nieve.

El dolor hace desaparecer al mundo. Solo soy consciente del zumbido omnipresente que me atruena en los oídos. Tengo un enjambre dentro de la cabeza. Siento la sangre caliente deslizarse por mi frente. Apenas distingo la silueta de Ceryán a mi lado, inconsciente o tan aturdido como yo.

Las Bestias se recuperan con rapidez. Se alzan sobre sus piernas musculosas como si la onda expansiva apenas les hubiese tocado. Se acercan otra vez, pero yo ya soy incapaz de reponerme. Tengo la certeza de que voy a morir. Mis ojos se encuentran con los de Ceryán y veo caer una lágrima por su mejilla helada. Siento su dolor, la impotencia por haber fracasado en su cometido. Lo sé porque es lo mismo que arde dentro de mí. Mi estúpido orgullo y mi necesidad de demostrar mi valía me han conducido hasta este fatídico momento. Dejo a mi madre y a mi hermana solas ante las puertas del fin del reino.

Entonces el cielo se quiebra. Literalmente. Un estruendo seco rasga el aire y empieza a nevar. Pero no son copos. Son flores de azahar, blancas y perfumadas, que caen en remolinos sobre el campo de batalla. Donde tocan a las Bestias, la fuerza se les escapa del cuerpo, sus músculos tiemblan, sus rodillas ceden. Uno tras otro, se desploman, indefensos. Los soldados aprovechan para rematarlos con lanzas y espadas, aunque apenas ofrecen resistencia. Desde mi cama de nieve, veo a los hombres contener la respiración, incapaces de comprender lo que están viendo.

Respiro hondo. Yo sé que no es un milagro. Reconozco el sello. La magia. Levanto mi brazo y deslizo la cota de malla. Veo cómo un nuevo tatuaje oscuro se dibuja en mi piel. Tiene la forma de flor de azahar.

Es la marca de un conjuro mayor lanzado en mi nombre. Es obra de Akhir.

—Maldito seas —susurro entre dientes, mientras veo a Rhogar, aún con vida, levantándose tambaleante.

Me doy cuenta de lo que esto significa. Akhir ha usado magia en una guerra. Ha quebrado el tratado Anti-Cataclismo. Ha puesto en riesgo al Reino entero. Y lo ha hecho en mi nombre.

Mientras reúno las fuerzas necesarias para levantarme, un rugido se escapa de mi garganta. Feroz. Salvaje. Con cada pétalo que toca el suelo, mi tumba se vuelve más profunda, más insalvable.

El campo de batalla huele a hierro y a humo. Las flores de azahar se marchitan y desaparecen al tocar la tierra, como si nunca hubieran existido.

Me quedo sentada sobre una roca, sola, mientras los soldados arrastran cuerpos y sofocan los últimos rescoldos de fuego. Me he negado a ser atendida por los médicos y curanderos, que destinen sus manos a quienes más lo necesiten, yo no quiero que me venden las heridas. Me merezco sangrar. Tengo que purgar todos los errores, las malas decisiones. He de tomar conciencia de cuán bajo he caído. Y, pese a haber incumplido el tratado más antiguo, el dolor que más late es ver a Rhogar con vida.

Ha venido a interesarse por mi estado, pero yo apenas le he dirigido la palabra. No quiero ver su cara, no quiero tomar consciencia de mi estrepitoso fracaso. La desesperación arde dentro de mí.

Cierro los ojos y me obligo a respirar entre cadáveres, sintiendo que el silencio me juzga.

Oigo unos pasos irregulares que se acercan. Botas metálicas que se arrastran sobre la nieve convertida en hielo. Es Ceryán. Lleva un brazo atado en cabestrillo y la cabeza vendada.

—Alguien debería revisar esa herida. —Me señala la frente con el brazo libre.

Alzo la mano y un latigazo de dolor me remueve el cerebro. Mis dedos se cubren de sangre fresca.

—Gracias, comandante Thorne. —Omito el dolor—. Os debo la vida.

—No me las deis. Habéis estado a punto de perder la vida y no he sido capaz de defenderos.

Percibo la marejada que se agita en su interior. Él también siente que ha fracasado, que no ha estado a la altura, que no ha conseguido mantenerme a salvo.

—Estoy viva, Ceryán, y es gracias a ti. —Intento que vea las cosas de otra manera, pero entiendo demasiado bien su frustración.

—Os juré que no volveríais a sangrar y miraos. —Veo el dolor que se perfila en sus ojos al reflejarme en ellos. Sangro, y cada gota que brota de mis heridas es un puñal que se retuerce en las suyas.

—No os martiricéis, comandante —le digo como si esa frase me sirviera de algo a mí.

Él sacude la cabeza con vergüenza.

—Permitidme que al menos os ayude a regresar a la fortaleza.

Niego con la cabeza.

—Necesito quedarme un rato más —digo. Mi desazón no puede ocultarse todavía.

—Como queráis. Avisadme cuando estéis lista. Me aseguraré de que piséis la enfermería.

Se marcha despacio, con el brazo roto por detener las envestidas de la Bestia que a punto ha estado de matarme. Sin él, habría muerto mucho antes de que las flores cayeran desde el cielo. No ha mencionado nada sobre ellas, no necesita mis explicaciones para creer en mí. Lo hace con fe ciega, sin condiciones. Me harían falta cien vidas para agradecer a Ceryán su entrega y su valentía.

Me levanto con dificultad. Tengo la rodilla hinchada y apenas puedo caminar. Me deshago de parte de la armadura para reducir peso: peto, cota de malla, hombreras, guanteletes… y me quedo solo con el jubón áspero de lino y unas desgastadas mallas sobre las piernas. Está todo manchado de sangre y barro, y humedecido por la nieve.

Mi cabeza no para de dar vueltas a lo mismo.

—Ha sobrevivido —lo exteriorizo en voz alta, como si así pudiera espantar a los fantasmas que me acosan.

—Porque tú estabas aquí —responde una voz a mi espalda.

Me giro. Akhir camina hacia mí entre la bruma y las ruinas, imperturbable, la mirada encendida. Me aferro a la empuñadura de mi espada, aunque sé que de nada serviría contra él.

—¡Tú! —le grito, rabiosa, mientras acudo a su encuentro.

—Si no te hubieras empeñado en venir al norte, Rhogar habría muerto en la tundra. —Su voz es grave, implacable—. Allí es donde debería haberse desarrollado el combate. No en el desfiladero.

—¡No me vengas con cuentos. Akhir! —No puedo contenerme—. Si el ejército se hubiera desplegado en la tundra, Derlham habría caído y ahora Gorath estaría a tres días de Lirien —me defiendo, furiosa—. No pretendas echarme la culpa del desastre que has provocado con la lluvia de flores.

—¿Qué yo he provocado? —Sus ojos arden de furia, incrédulos—. Maldita ingrata, te he salvado la vida.

—No —le señalo con un dedo amenazador—, lo has salvado a él y a tu maldito pacto. En lo que a mí respecta, tengo un tatuaje que me condena igualmente.

Se detiene frente a mí. El viento arrastra los últimos pétalos alrededor de su silueta.

—Hay formas de ocultar lo sucedido.

Lo odio por su arrogancia, y al mismo tiempo, ese calor oscuro que me envuelve cuando lo escucho me sacude hasta los huesos. Su cercanía me enciende la piel, como si cada palabra fuera un roce prohibido. Quiero apartarme, pero también deseo que acorte la distancia, que cruce ese límite que los dos fingimos mantener.

—¿Cómo, Akhir? —me desinflo. La tensión de las últimas horas me ha dejado vacía, exhausta—. ¿Cómo vamos a esconder a los Moderadores del Alto Tribunal lo que has hecho? Este tatuaje es imposible de ocultar.

Akhir me toma de las manos. Es el primer contacto físico entre nosotros y mi cuerpo entero reacciona como un huracán contenido. Sus dedos son firmes y cálidos, demasiado humanos para lo que es. Levanto la mirada y lo veo de nuevo, con otros ojos.

—En las Tierras Baldías no existe el honor, Reina sin Corona —dice, y su voz se vuelve agria, irreverente—. Estamos acostumbrados a las

trampas y a los ardides. Borraremos esa marca.

Su agarre es firme, demasiado prolongado. Me libero de sus manos con un gesto brusco. El corazón me late deprisa.

—Te olvidas de que yo sí tengo honor. —La rabia me quiebra por dentro—. No mancharé mi Reino con los tejemanejes de las Tierras Malditas.

—Pues me temo que ya es tarde para eso. —Sonríe con maldad y su atrevimiento me enciende la sangre—. ¿Creéis que vuestro honor os salvará de algo? ¿Creéis que el honor salvó a alguno de vuestros antepasados? El honor solo os servirá para morir en paz.

—Pues si he de morir pronto, que sea en paz.

Él se inclina apenas, lo suficiente para que sus palabras me rocen los labios al pronunciar un susurro.

—¿Y qué paz encontrarás en sentenciar a tu madre y tu hermana?

—No te atrevas a jugar con eso. —Aprieto los puños y lo aparto con un empujón seco.

No voy a permitir que las utilice para justificar sus propuestas deshonrosas. Ellas son todo por lo que lucho y sabe que haría cualquier cosa para garantizar su seguridad, pero no son piezas de este tablero.

—Si vuelves a mencionarlas…

—¿Qué harás, Reina sin Corona? —me reta, altivo—. Nuestro pacto está sellado. Lo quieras o no, voy a ser tu sombra hasta que la corona brille sobre vuestra cabeza.

12. Ecos del azahar

Paso los siguientes dos días en la zona medicalizada de la fortaleza. Lord Andric y Helmor insistieron en que guardara reposo en mis aposentos y los médicos se desplazaran hasta allí para las valoraciones y el seguimiento del tratamiento impuesto, pero me he negado. No quiero privilegios. No voy a permitir que los médicos pierdan tiempo yendo y viniendo de mis aposentos cuando se necesita toda su atención en la multitud de heridos que colman la zona médica.

Me han atiborrado de calmantes para evitar el dolor de las múltiples contusiones que convierten mi cuerpo en un mapa de moratones y cicatrices. El efecto de las pastillas adormece mi consciencia, que navega entre una realidad pastosa y un sueño denso. Pero procuro que, en todo ese tiempo, mis brazos estén siempre cubiertos para que las marcas del Heraldo sigan ocultas.

Tuve visiones de Ceryán junto a mi cama; también de Rhogar, con su sonrisa pútrida; del rostro de Myrla envuelto en una bola de fuego y cenizas… y de los ojos de Akhir siempre brillando entre las sombras, recordándome que estoy encadenada a las Tierras Baldías por un pacto de linaje, y ahora por un tatuaje que me condena.

Después de dos días, no soporto más esa inactividad. Me levanto del camastro y desoigo las recomendaciones de los médicos, que me

instan a quedarme. No puedo seguir más tiempo anclada a una cama cuando Rhogar sigue vivo y confabula contra mí.

Busco a mis consejeros por la fortaleza y los encuentro reunidos en uno de los salones. El mobiliario es escaso. Solo unas pocas sillas, que han acercado al fuego de la chimenea para entrar en calor. Los abrigos de pieles yacen colgados en el respaldo y arrastran por las losas sucias y embarradas del suelo.

Helmor es el primero que se levanta, sobresaltado.

—Alteza, ¿qué hacéis aquí? Deberíais seguir reposando.

—¿Cómo pretendéis que lo haga cuando no tengo noticias sobre el estado del reino? —Me acerco a ellos cojeando. La rodilla izquierda ha sido vendada con tanta fuerza que temo perder sensibilidad en el pie.

—Disculpad, Alteza. —Esta vez es Eredan quien se levanta. Lleva el cabello cobrizo peinado hacia atrás con esmero y la frente le reluce con las llamas—. No queríamos obstaculizar vuestra recuperación con mayores preocupaciones.

Cojo otra de las sillas cercanas y tomo asiento junto a ellos. Helmor y Eredan vuelven a sentarse.

—¿Qué preocupaciones son esas?

Veo cómo los tres intercambian miradas furtivas y ninguno se atreve a dar el paso.

—¿Qué es? —les insisto con apremio—. ¿Está preparando Gorath otra ofensiva?

Los tres niegan con la cabeza y, por fin, Lord Andric rompe su mutismo.

—Tenemos motivos para pensar que Gorath va a solicitar una investigación a los Altos Tribunales.

El corazón se me encoje y el tatuaje de mi brazo arde como si tuviera vida propia. En realidad, la noticia no me sorprende. Es la reacción lógica del rey del Norte. Sus mejores Bestias son arrasadas por una lluvia milagrosa de flores de azahar ¿y te quedas de brazos cruzados maldiciendo a los dioses? No. Los dioses tienen otras cosas mejores que hacer que preocuparse de los conflictos mortales. La intervención mágica es la respuesta más sencilla.

Me derrumbo ante lo que se me viene encima.

—¿Qué puedo hacer? —les pregunto en busca de su consejo.

—De momento, asistir a la celebración por la victoria —dice Lord Andric—. Rhogar la ha estado posponiendo hasta vuestra recuperación.

—Qué considerado… —No puedo ocultar el sarcasmo de mi voz.

Lord Andric hace como si no me hubiera escuchado.

—Actuad como una reina victoriosa —dice—. Que nadie ponga en duda la legitimidad de vuestro triunfo. Aseguraos de que Rhogar y sus soldados crean en el milagro de las flores.

Antes de que los sirvientes acudan para anunciar el banquete, me detengo frente al espejo de mis aposentos. Tengo una costura visible en la frente y otras tantas ocultas bajo las ropas. Pero ninguna de aquellas marcas me preocupa, lo que arde en la piel es el tatuaje dibujado en mi brazo. El recuerdo más aciago de lo sucedido en el desfiladero. La flor de azahar, perfecta y cruel, parece burlarse de mí cada vez que la miro. Nadie debe verla. Es la marca que señala mi osadía, el incumplimiento de un tratado que me condena.

Ajusto las mangas del vestido, gruesas y pesadas, de un terciopelo azul profundo que disimula también mis temblores. El corpiño me oprime el pecho más de lo habitual; no sé si es por miedo a ser descubierta o porque cada respiración me recuerda que estoy viva gracias a un acto de magia prohibido.

Cuando entro en el salón de la fortaleza, las antorchas iluminan un ambiente de celebración. Soldados, nobles norteños y gente de los caseríos rellenan las mesas de cantos y brindis. Hay música de cuerdas, risas ebrias, copas que chocan con entusiasmo. El aire está cargado de vino y carne asada, pero, bajo el bullicio, siento que late algo más: un murmullo soterrado, un rumor que me sigue en cada paso.

Los duques del norte —Maireen, Aecio, Jonás de Tharn— se marcharon al anunciar la contienda inminente. Ninguno, salvo Rhogar, posee el entrenamiento necesario para participar en una batalla, y prefirieron esperar al resultado de la ofensiva en la seguridad de sus propios castillos.

El único que ha permanecido en Derlham es Rhogar, que se sienta erguido, con un vendaje visible sobre la oreja izquierda y la copa siempre en alto, pavoneándose como si la victoria le perteneciera.

Me siento en mitad de la mesa, al lado de Rhogar y frente al resto de comensales que ocupan las demás mesas. Visto desde fuera, parece el banquete de una boda. Las nupcias del duque más poderoso del norte con la heredera al trono. Como estrategia para mantener el reino unido sería un éxito, pero, a nivel personal, se me retuerce el estómago solo con pensarlo.

Para eso ya has entregado a Camila, la voz de mi madre se cuela en mis pensamientos para recordarme el fracaso de mi viaje.

A pesar de todo, consigo que mi rostro se mantenga imperturbable.

Rhogar se levanta tambaleante, copa en mano, y golpea con fuerza la mesa para llamar la atención de todos. Sus bastos anillos de oro repiquetean en mis oídos.

—¡Por la victoria en Aarán! —Su voz grave arranca vítores entre los suyos—. Y por nuestra reina, que ha demostrado tener a los dioses de su lado.

Algunos nobles asienten, otros ríen. No puedo permitir que su lengua ladina siembre dudas sobre la victoria. Es lo primero que me aconsejó Lord Andric.

—No solo los dioses —me defiendo con una sonrisa forzada—. Mi decisión de proteger el desfiladero ha resultado acertada y ha salvado el norte.

Escucho murmullos de aprobación. Aun así, Rhogar no deja de sonreír. El brillo de su mirada es ácido venenoso.

—Salvación que no se habría producido sin la lluvia de flores en medio de la carnicería —añade—. Debe de ser el presagio… de un reinado lleno de maravillas.

La sala estalla en carcajadas nerviosas. Yo sostengo su mirada sin parpadear, fingiendo que la broma no me alcanza, aunque por dentro siento que cada pétalo invisible vuelve a caer sobre mí.

Levanto mi copa con calma medida.

—Por la victoria —respondo, mi voz firme—. Y por aquellos que dieron su vida para lograrla.

El silencio se impone unos segundos antes de que los brindis continúen, más fríos que antes.

El banquete prosigue entre canciones de victoria, pero la comida se acumula en mi plato. Tengo el estómago cerrado. Solo pensar en probar esa carne sangrienta me da ganas de vomitar.

Fijo mi vista en el resto de comensales y veo miradas de devoción en algunos y recelo en otros. Escucho a un par de nobles referirse a mí como "la reina marcada", y el vino en mi boca se convierte en ceniza.

Es entonces cuando Lord Andric se acerca por mi espalda, con el pretexto de colocarme el cuello del vestido, y me confirma lo que ya sospecho. Su voz baja apenas supera el murmullo de la sala.

—Majestad, los norteños susurran. Dicen que las flores no fueron un milagro, sino magia, y que los Altos Tribunales tendrán que intervenir.

Lo miro sin mover un músculo.

—¿Y qué sugieres que haga? —pregunto con el rostro aún imperturbable.

—Vaya con cuidado. La estrategia de la victoria la ha hecho más fuerte, pero también la ha convertido en una amenaza a la soberanía de Rhogar en el norte. Está buscando grietas. No le dé motivos para señalarla. Hágale alguna concesión.

Trago saliva.

—¿Qué clase de concesión?

La mirada de Lord Andric se clava en mi espalda. Puedo sentirla reptar hasta la base de mi cráneo. Se inclina un poco más sobre mi oído.

—Ya sabéis lo que él más anhela…

Asiento lentamente, aunque por dentro me arde la rabia. No debería ser él quien consiguiera más favores; no después de que derramé mi sangre en el desfiladero; no después de que mi apuesta por Aarán resultara acertada. Quiere a Camila, lo sé, pero no pienso ceder ni un día su entrega. No voy a hacer concesiones. Si quiere apoyar a Gorath ante los Altos Tribunales, con gusto espero su juicio.

Levanto la copa y brindo, obligando a mis labios a mantener una curvatura serena. El vino me quema al pasar por la garganta, pero no dejo que nadie lo note.

Al cabo de una hora, las risas, la conversación forzada, el olor de la sala me saturan. Necesito aire. Me excuso con un gesto ante los comensales y abandono el lugar antes de que Lord Andric me señale la falta en el protocolo.

El frío del norte me recibe con un golpe en el rostro, pero es preferible a la sofocante mezcla de vino y sospechas.

Camino entre los jardines helados de la fortaleza, donde las estatuas cubiertas de escarcha me observan con sus ojos ciegos. Mis pasos crujen sobre la nieve endurecida, y en cada latido, la ira se mezcla con el miedo.

Repaso cada mirada, cada palabra de la cena en busca de pistas de sospecha. Todo son señales: las risas falsas de los nobles, la ironía en el brindis de Rhogar, la advertencia de Lord Andric. Hay tantos frentes de los que cuidarme que resulta imposible defenderse de todos.

Me digo que he sobrevivido a una batalla, que mi instinto me guio hasta la victoria y que eso ha de servir para algo, pero en el norte, las victorias se olvidan pronto. Aquí solo respetan la fuerza desnuda, la que se demuestra cada día. ¿Cuánto tardarán en usar el incidente de las flores para desafiarme abiertamente? ¿Cuánto tardará Rhogar en señalar mi culpabilidad y reclamar a Camila? La jugada podría salirle perfecta. Si se casa con Camila y los Altos Tribunales me condenan y me despojan de la corona, Camila será la nueva reina y Rhogar el nuevo rey. Tendrá por fin el trono que tanto anhela.

El pensamiento me quema. Veo el rostro de mi hermana, ingenua y confiada, y a Rhogar sentado en el trono con *mi* corona sobre su cabeza, y siento un nudo de rabia y angustia. No puedo permitirlo. No después de todo lo que he hecho, de lo que he sacrificado ya.

El viento azota mi rostro mientras paseo entre los esqueletos desnudos de los árboles y me arranca un gemido salvaje. ¿Qué opción me queda? Podría emprender una nueva campaña para convencer al resto de duques de mi compromiso con el norte, pero sería desgastarme en vano. El poder de Rhogar en estos territorios

es mayor que el de cualquier corona. Su palabra es ley, y mientras él siga cuestionando mi liderazgo, todo el norte lo hará.

Rhogar. Siempre Rhogar. Su sombra lo ensucia todo, su presencia es una amenaza constante. Mi pueblo, mi hermana, mi trono… todos corremos peligro mientras él respire.

Siento la impotencia desgarradora de no poder hacer nada. Golpeo con rabia el tronco del árbol que tengo a mi lado. Los huesos de mi mano crujen y se quejan, pero no me detengo hasta que siento la sangre abrirse paso entre mis nudillos.

—Alteza…

La voz de Ceryán irrumpe en el jardín nevado. Avanza hacia mí con el porte erguido pese a su brazo vendado. Han comenzado a caer pequeños copos de nieve y forman una nebulosa blanca sobre su pelo castaño.

Me apoyo contra el tronco del árbol y me deslizo hasta el suelo, sobre la escarcha helada. Ceryán se arrodilla y toma mi mano cubierta de sangre.

—Genoveva… —me llama, alarmado.

Siento que su cercanía rompe el nudo que lleva horas asfixiándome. Rompo a llorar con angustia, olvidando la vergüenza de que me vea expuesta. Como cuando éramos niños y no sabíamos de títulos ni jerarquías.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras envuelve mi mano herida en un pañuelo blanco—. ¿Qué os aflige?

—Nada es suficiente, Ceryán. —Las lágrimas me cubren el rostro. Calientes. Incómodas para una reina—. Haga lo que haga, él siempre gana.

—¿Os referís a Rhogar?

Asiento mientras su maldito nombre me aguijonea el pecho.

—No lo veáis así —dice—. Habéis hecho más de lo que nadie habría imaginado en esta contienda. El norte os respeta, aunque no lo reconozca en voz alta.

Niego con un gesto. La angustia me impide expresarme como me gustaría.

—Rhogar es el norte —murmuro—. Todo lo que he logrado en la batalla se ha esfumado esta noche. Ha sembrado la duda. Sus

palabras son veneno. ¿Sabéis qué me ha aconsejado Lord Andric? —Giro mi cabeza hacia él y por primera vez me doy cuenta de que sus ojos también lucen vidriosos. Comparte mi angustia y mi dolor—. Me ha dicho que haga más concesiones para evitar que siga lanzando dardos sobre mí. Esas concesiones llevan un nombre: Camila.

Hundo la cabeza entre las piernas y lloro con más rabia. Me vacío. Cuando levanto la vista de nuevo, con los ojos hinchados y secos, Ceryán toma de nuevo mi mano herida y se la lleva a los labios. El beso es apenas un roce, pero me remueve por dentro.

—No puedo quedarme de brazos cruzados y observar cómo os partís en pedazos.

Acerca su frente a la mía y el vaho que se desprende de su boca se mezcla con el de mi respiración. Me aferro a ese instante de cercanía como si su escudo pudiera protegerme del mundo, hacerme desaparecer.

Su voz es apenas un susurro:

—Sabéis que lucharía cualquier batalla por vos y esta es una de ellas. Os prometí que no sangraríais más y casi dejáis la vida en Aarán. No lo haréis más por esta causa. El norte ya os ha dañado suficiente.

Sus palabras me atraviesan como una lanza. Sé lo que pretende. Lo sé con tanta claridad que debería detenerlo en ese instante. Gritar, suplicar que abandone esa funesta idea. Pero no lo hago. Me quedo inmóvil mientras él se levanta.

La nieve se pega a su jubón oscuro cuando se aleja, decidido. Su silueta se difumina entre la nevada, y yo no hago nada. Solo lo dejo ir, con el nudo en la garganta de saber que, pese al riesgo, es la única salida posible.

La noche se extiende sobre mí, interminable. Me tumbo en el lecho, pero el sueño no llega. Cada vez que cierro los ojos, veo la sonrisa torcida de Rhogar, su copa alzada, el eco de sus carcajadas resonando en el salón. Me doy la vuelta una y otra vez, las sábanas se enredan como si quisieran atraparme. El silencio del norte no es silencio: cruje la madera, se oyen pasos lejanos en los pasillos, y el viento sopla entre las almenas como un lamento antiguo.

Me levanto y camino por la habitación, con los brazos apretados contra el pecho. Pienso en Camila. En su inocencia. En la sombra de un futuro compartido con ese hombre. El corazón me late con tanta fuerza que siento que voy a vomitar.

Luego pienso en Ceryan. En su mirada decidida, en el beso que me quema en los nudillos heridos. Sus ojos ardían con la fe ciega en mí. No hice nada por detenerlo. Lo dejé marchar con el peso de mi propia carga sobre su espalda.

Ahora esa imagen se convierte en un tormento.

El amanecer me encuentra sin fuerzas. Apenas me he sentado cuando un alboroto sacude los pasillos. Voces. Gritos. El sonido de pasos apresurados sobre la piedra. Me visto con prisa, cubro de nuevo el tatuaje bajo la manga del vestido y salgo al corredor con el estómago encogido.

En el patio central, soldados del norte y mi guardia se mezclan en un círculo irregular. Todos hablan al mismo tiempo. Los rostros tensos, desencajados. Empujo a un par de hombres para abrirme paso.

Entonces lo veo.

Ceryan yace en la nieve.

No lo entiendo al principio. Mis ojos se niegan a aceptar lo que ven. El blanco helado se tiñe de un rojo tan vivo que parece imposible. Un charco brutal que se expande como si quisiera tragar el mundo entero. Su garganta está abierta en un tajo limpio, descarnado. Frente a él, con la hoja aún húmeda en la mano, está Rhogar. Sus ojos brillan de furia contenida, pero también de triunfo.

—Un perro en la noche —gruñe—. Tu comandante intentó apuñalarme mientras dormía.

Las miradas se vuelven hacia mí como cuchillos afilados. Esperan mi reacción, pero yo soy incapaz de darles nada. Un puño invisible me destroza el pecho y me roba el aliento. No hay grito que pueda salir de mi garganta; se me queda atascado en algún lugar profundo, como si incluso el dolor se negara a pronunciarse.

Rhogar clava la espada en el suelo, a pocos pasos de mi comandante muerto, y su voz se eleva clara para que todos lo escuchen:

—Quizá alguien no ha comprendido que el norte no se doblega con amenazas ni cuchillos escondidos.

El amanecer pinta de gris el cielo sobre nosotros. La culpa es un muro que me encierra por todos lados. Miro el cadáver de Ceryan, y el mundo se derrumba dentro de mí. Me parto en dos. No es solo la muerte de mi comandante, es la pérdida del niño que compartía juegos en el Claustro de los Reyes, del joven que siempre estaba dispuesto a ofrecerme su espada, del hombre que, anoche mismo, volvió a confirmar que era mi último sostén.

El aire gélido me corta la garganta. Siento que me doblo por dentro, como si el dolor me quebrara las costillas una a una. Mis piernas quieren ceder, pero me obligo a mantenerme erguida, aunque por dentro esté hecha añicos.

Las palabras de Rhogar retumban como una sentencia, pero yo apenas escucho. Solo veo la nieve empapada de rojo, sus labios entreabiertos como si aún guardaran el eco de mi nombre. Dejo que la culpa me atraviese. Fue mi silencio lo que lo condenó. Fue mi cobardía lo que lo envió directo a la muerte.

Cada lágrima que no derramo me arde en los ojos. Quiero gritar, quiero arrojarme sobre su cuerpo y pedirle perdón, pero la reina dentro de mí me lo prohíbe. La reina se mantiene en pie, mientras la mujer se desmorona.

En ese instante, el verdadero peso de la corona me abate: no son los tratados, ni las victorias, ni los banquetes. Es la sangre de los que caen por ti, la sangre de aquellos a quienes no supiste salvar.

Y, al mirar a Rhogar con esa sonrisa envenenada, me doy cuenta de que ha logrado lo que quería.

—¿Qué vas a hacer ahora, reina, para resarcir esta afrenta?

El desafío queda en el aire mientras la oscuridad me araña las entrañas. Sé lo que quiere, lo único que puede calmarlo. Y cuando entiendo que no tengo más alternativa, comienza mi descenso a los infiernos.

13. Hielo y hebras

Corro fuera de la fortaleza con el corazón desgarrado, sin atender a las voces de mis consejeros que intentan detenerme. Necesito aire, escapar de esas paredes que apestan a traición y muerte. Acabo de perder a Ceryán. Acabo de ceder ante Rhogar y asegurarle que Camila viajará a Tauronhold de manera inmediata. ¿Qué otra cosa podía hacer? Con todo el norte mirando, con sus manos acariciando la empuñadura de sus espadas, ¿qué podría haber ofrecido para que aquella afrenta no acabara en un conflicto civil? Solo a ella. Solo lo que más me importa.

El dolor por la segunda traición a Camila se mezcla con el de la muerte de Ceryán. Se amplifican. Me destruyen por dentro porque ambas cosas son culpa mía, son las consecuencias de mis malas decisiones. Debí detenerlo. Debí sujetar la mano de Ceryán cuando comprendí lo que se proponía hacer, pero me resultó más fácil confiar en que lo lograría, en que eliminaría a Rhogar y se resolverían todos mis problemas. Ahora me parte por dentro el saber que yo podría haberlo evitado.

Corro sin rumbo. Con las lágrimas desbordando en mis ojos y un grito desgarrador abrasándome la garganta. Corro hasta que mis piernas no pueden sujetarme más y me derrumbo sobre suelo helado de la tundra. Mis pies me han conducido hasta allí, donde aún persiste el eco de la batalla.

La nieve está teñida de rojo en algunos tramos, ennegrecida en otros. Los cuerpos han sido recogidos, pero aún quedan jirones de

armaduras, lanzas partidas, y en el aire flota ese hedor ácido de la descomposición mezclada con el hierro.

Lobos husmean en la distancia y aves carroñeras alzan el vuelo al percibir mi presencia. En cualquier momento podrían lanzarse sobre mí, pero no me importa. Que me devoren, que me arranquen la carne como han hecho con mi alma.

El frío me muerde la piel a través de la tela, pero lo agradezco. Este es un dolor que puedo soportar.

Las lágrimas me ciegan, pero no las seco. Me dejo arrastrar, hundirme, porque en ese sufrimiento encuentro algo parecido a justicia.

Los lobos aúllan y se acercan.

—¿Vuelves a exponerte al peligro? —La voz me atraviesa como un cuchillo—. ¿Es que no escarmentaste la última vez?

Levanto la cabeza y lo veo erguido entre la neblina matinal. La nieve se derrite antes de posarse sobre su armadura negra. Su pelo oscuro ondea a merced de la suave brisa.

—¿A qué has venido? ¿A regodearte en mi dolor? —La rabia me sacude—. Si es así, bienvenido. Nunca verás a ningún rey caer tan bajo como yo.

—No te compadezcas y levántate —me ordena con tono seco, como si hablara con un perro de la calle.

Lo miro con una ira que apenas soy capaz de contener.

—¿Quién te has creído que eres para hablarme así? —le increpo—. ¿He de recordarte quien está al servicio de quién?

Me levanto, pero no porque él me lo haya ordenado, sino para que sea consciente de que habla con una reina, con la soberana del Reino del Oeste.

—Estoy al servicio de Genoveva, de la Casa Velaryan —me responde con la arrogancia que le caracteriza—, pero ante mí solo veo una sombra. Un guiñapo.

Estallo de furia por su atrevimiento. Por esa mirada altiva que me juzga, que me desarma, que me hace sentir vulnerable cuando sé que no lo soy. Lo odio por la forma en que sus ojos dorados logran que me replantee la esencia misma de mi existencia.

—He traicionado a mi hermana y he perdido a algo más que un comandante en cuestión de minutos —digo—, pero ¿qué va a entender un Heraldo Oscuro de lo rota que me siento por dentro? ¿De la oscuridad que se cierne sobre mí en este momento? Si no vienes a ofrecer consuelo, guarda tus palabras para otra ocasión.

Akhir se queda en silencio. Se limita a sostener mi mirada durante un instante eterno y, por un segundo, parece que va a dar un paso hacia mí, pero se queda quieto. Su boca se abre, pero las palabras se diluyen antes de salir. Se contiene. Luego, su gesto cambia.

—No he venido a ofreceros consuelo, sino una posibilidad para minimizar los daños —dice. Su tono vuelve a sonar a reprimenda—. ¿Queréis oírla?

El establo huele a cuero y a hierro húmedo. El vapor de los caballos empaña el aire frío de la mañana. Me ajusto los guantes con el sello real mientras mis consejeros me rodean, cada uno con el ceño más fruncido que el otro.

—Majestad, es una locura —gruñe Helmor, siempre tan directo—. El camino hacia los riscos de Maredur no es seguro ni siquiera para un escuadrón de soldados, y vos pretendéis recorrerlo sola.

—No estaré sola —respondo, con más calma de la que siento—. Llevaré la protección mínima.

—¿Una escolta de Águilas Grises? —Lord Andric, arquea una ceja. Su tono es más frío que el viento que se cuela por la puerta del establo—. Eso no será suficiente. La reina no puede dar la imagen de vagar por los caminos como una viajera sin importancia. ¿Y si os emboscan? ¿Y si un espía del reino del norte aprovecha para poner fin a vuestra vida?

Eredan, más joven que ellos, carraspea. Sus dedos juegan con el pomo de su daga, nerviosos.

—Con todo respeto, Majestad, un séquito no es solo protección. Es símbolo de poder. Si llegáis a la fortaleza de Maireen sin una comitiva digna, ¿qué pensará? Que estáis mendigando apoyo.

Es el que más razón tiene de todos ellos. Su argumento es incuestionable y, sin embargo, precisamente por eso debo ir sola.

Pero ellos no van a entenderlo, así que esgrimo otro motivo. Me aferro a su vanidad de hombres.

—Eso es lo que creéis vosotros —digo—, hombres acostumbrados a medir la fuerza por el número de espadas. Pero Maireen no es como Rhogar, ni como Aecio. No necesito que me vea rodeada de banderas y guardias. Ella no es tonta, sabe que voy a suplicarle ayuda. Si ve que voy de frente con ella, que no escondo mi debilidad, entonces tendré alguna posibilidad.

Helmor da un paso adelante, su sombra cubre parte de la paja del suelo.

—¿Habéis sopesado bien todas las aristas de un acuerdo con ella? —escupe la pregunta como si le supiera amarga—. Estáis jugando con fuego. Esa mujer es peligrosa. Querrá sacar el máximo rédito de vuestra visita.

—Jugará a dos bandas, Majestad. —Eredan expresa su certeza—. Aceptará ayudaros, pero seguirá trabajando a las órdenes de Rhogar. —Baja el tono de la voz, hay oídos en toda la fortaleza—. Esperará a ver de qué lado se inclina la balanza para mostrar sus cartas.

—Entonces procuremos que la balanza se incline de nuestro lado —digo.

El silencio que sigue es denso. Los tres me miran, y en sus ojos veo más que preocupación: miedo. El miedo de que yo caiga y alguien pueda reclamarles la falta de atino en sus consejos. Y también la incomodidad de no poder doblegarme.

Lord Andric suspira. Su rostro curtido por el viento parece aún más viejo.

—Puedo adelantarme y llevar conmigo a dos emisarios. Dejadme serviros de puente, allanar el camino con la duquesa. Conozco a los norteños, sé cómo piensan.

—No —lo corto con firmeza—. Debo hablar con Maireen sola. Si ve que dependo de intermediarios, la fuerza de mi palabra se perderá.

Mis consejeros se miran de nuevo, derrotados. Ninguno aprueba mi decisión, pero saben que no cambiaré de idea. Al final, Helmor gruñe, resignado:

—Tened cuidado.

Mi caballo relincha, impaciente, como si sintiera mi propia determinación. Paso la mano por su crin y subo a la montura. Los tres hombres me observan con la mezcla de frustración y orgullo que siempre despierto en ellos.

—Confío en que sabréis mantener el reino mientras yo me ocupo de estos asuntos —les digo. Y la voz se me quiebra al pensar en ella —. Decidle a Camila que la quiero, que mi promesa sigue intacta.

No espero su respuesta. Clavo las espuelas y salgo del establo. El aire gélido me azota el rostro, liberador. Sé que voy contra sus advertencias, pero también sé que el camino hacia Maireen debo recorrerlo sola.

El galope constante de mi caballo marca un ritmo que se clava en mis sienes como un tambor lejano. A mi alrededor, los territorios de Maredur se extienden como un desierto blanco: riscos helados que se alzan como dientes contra el cielo; llanuras cubiertas por una nieve gris, tan dura que ni el musgo se atreve a crecer. El camino se abre paso entre cuchillas de roca que emergen del mismo corazón de la tierra. No hay árboles que suavicen el horizonte, ni ríos que animen el paisaje, solo piedra, hielo y silencio. Ahora entiendo por qué la gente del norte es tan áspera, endurecida como la tierra que los alimenta.

Tras de mí cabalga una pequeña escolta de Águilas Grises. Portan un estandarte negro en memoria de los caídos en la batalla, y en recuerdo de Ceryán. Puedo oír el entrechocar de sus armaduras, puedo sentir sus miradas fijas en mi espalda, siempre vigilantes. Pero prefiero mantenerme distanciada. Cada vez que vuelvo la vista y los veo, recuerdo a Ceryán, el leal comandante que no regresará jamás. Su ausencia es un peso en mi pecho que ni el viento helado logra entumecer.

La mente me arrastra de vuelta a la madrugada anterior, a la humillación que aún me pesa. Rhogar, con la sangre de Ceryán aún en su espada, su demanda para compensar el agravio

Imaginar a mi hermana sola y desprotegida en aquel territorio inhóspito es un tormento que no me deja respirar.

Pero lo peor está por venir. Imagino la reacción de Camila cuando reciba la noticia. Le prometí que la salvaría del compromiso y ni siquiera estaré presente cuando la obliguen a marcharse con Rhogar. Ella, que confía ciegamente en mí, pensará que todo forma parte de un plan para salvarla. Temo que ni siquiera sea capaz de ver las cadenas invisibles que le estarán colocando.

Mi madre, en cambio… mi madre no me lo perdonará. Sé que sus ojos se llenarán de ira y decepción. Oigo ya su voz acusándome de traidora, de cobarde, de verdugo de nuestra sangre. No necesito verla para sentir el peso de su desprecio.

Ese presentimiento me lacera. No lo hice por debilidad. Lo hice porque, de no ceder, habría perdido todo lo que nos queda. Y, aun así, la culpa me devora.

El viento azota mi capa. Maldito sea Rhogar. Maldito sea el juego en el que me obliga a participar.

Un cambio en el aire me anuncia su presencia antes de que se muestre. Akhir aparece a un lado del camino, emergiendo de la nada con la naturalidad de un suspiro. Va a lomos de un corcel negro, igual que su armadura. Caballo y jinete lucen los mismos ojos: dorados, brillantes bajo la penumbra de los riscos helados. Ambos proceden del mismo infierno.

—¿Qué queréis ahora? —le pregunto con desgana.

—Una tregua.

Lo miro de soslayo. No sé si habla en serio o se trata de uno más de sus desprecios.

—No sabía que estuviéramos en guerra —respondo, digna. Como si todas las afrentas anteriores me hubieran resbalado.

No puede evitar sonreír, y siento que el ambiente se relaja. Que mi carga pesa un poco menos.

—¿A qué has venido, Akhir?

—A tranquilizaros. A deciros que estáis haciendo lo correcto.

La nieve donde pisa el casco de su caballo se derrite con el contacto.

—Espero que vuestro consejo sea acertado, porque el precio que voy a pagar es alto —me lamento—. Voy a quedar expuesta ante esa mujer, y puede pedirme cualquier cosa.

—Maireen es la aliada que necesitáis si aprendéis a jugar su juego. No se doblega ante Rhogar ni ante Gorath. Es fuerte, astuta, y sus hombres la siguen más a ella que a cualquier otro estandarte.

Mis últimas interacciones con la duquesa de Maredur no han sido tan desagradables como acostumbraban a ser, pero eso no significa que vaya a ponerse de mi lado si eso supone ir contra otro duque del norte.

—¿Qué queréis decir con jugar su juego? —le pregunto. Y luego recuerdo la advertencia de Eredan—. ¿A la doble cara?

Él asiente y su caballo relincha. Es un extraño gemido que enerva mis nervios.

—Tendréis que medir vuestras palabras con ella y cuidar la información que filtréis —dice—, porque todo acabará en oídos de Rhogar. Ella no soltará la mano del norte hasta no estar segura de que contáis con los apoyos suficientes para gobernar. Y, mientras los tengáis, su fidelidad perdurará.

—¿Por qué estáis tan seguro de que aceptará ayudarme?

—Porque es una estratega. No desaprovechará la oportunidad de asegurar sus torres. Ya cuenta con el favor de Rhogar; si además logra el de la Reina, ¿qué le puede salir mal? Su ambición juega en su contra. Insinuadle que, si conseguís la Corona, tal vez queráis a alguien más fiel que Rhogar en los territorios que ahora pertenecen a la casa Tauronhold.

La idea me agrada. Nada deseo más que expulsar a Rhogar de sus tierras. Ahogar ese foco ardiente de rebelión. Si reemplazo a Rhogar por otra noble fuerte del norte, el pueblo no rechistará, y servirá de advertencia para los otros dos duques del norte. «Mirad lo que puede pasar si no sometéis vuestra voluntad a la Corona.»

—Gracias, Akhir —digo, casi sin darme cuenta.

Aunque detesto admitirlo, su consejo es valioso. En el estado en el que me encuentro: derrotada y consumida por el dolor y la pena, hubiera sido incapaz de encontrar una salida como aquella, de ver un halo de esperanza. Gracias a esta jugada, creo que aún tengo margen de maniobra.

El camino se estrecha entre riscos que parecen desgarrar el cielo. La escolta de Águilas Grises queda atrás, lo bastante lejos para que

sus cascos se apaguen en la distancia. Por un instante, siento que estoy sola con él, con el demonio que camina a mi lado como una sombra.

Me acuerdo de lo que encontré por casualidad entre los libros del Archivo de Derlham, mientras buscaba información sobre antiguas contiendas. No había tenido tiempo de volver pensar en ello hasta ahora. Dudo un momento sobre la conveniencia de comentarlo, no sé hasta qué punto es peligroso que Akhir sepa que he descubierto esa información sobre los Heraldos Oscuros, pero la curiosidad por saber si todo lo que leí es cierto puede más y, al final, me atrevo a decirlo en voz alta.

—He leído sobre los Heraldos Oscuros. Sobre su falta de sentimientos. El Velo de Vacío.

Él no se inmuta. Solo me mira de reojo, como si ya supiera lo que voy a preguntar.

—Dicen que, si vuestra piel entra en contacto con la sangre de reyes, ese Velo empieza a resquebrajarse —añado—. Que podéis llegar a sentir… y que, a cuanta más sangre estéis expuestos, más se debilita esa coraza, hasta que os consume.

Un silencio gélido se instala entre nosotros. Akhir avanza despacio, con los ojos fijos en el horizonte blanco. El corcel resopla.

—Es verdad —responde por fin, sin adornos.

El corazón me da un vuelco, pero no sé si es por miedo o por algo más.

—Vi la hebra roja en vuestros ojos —digo, incapaz de detenerme. La imagen de esa grieta carmesí cruzando su iris dorado me persigue desde que la vi por primera vez.

Akhir se detiene. El aire helado parece espesarse a nuestro alrededor. Cuando habla, su voz suena más grave que nunca:

—Una vez… me encomendaron matar a alguien con linaje real, y me manché con su sangre. Fue necesario para que se cumplieran las condiciones del pacto. Y, desde entonces, mi Velo quedó expuesto.

Me sorprende que lo admita. Que me muestre esa parte tan vulnerable.

—Entonces podéis sentir. —Es más afirmación que pregunta.

Él sonríe sin humor, un destello altivo que, sin embargo, no logra ocultar la sombra en su mirada.

—No os engañéis, Reina sin Corona. Una hebra roja no convierte a un demonio en hombre. La oscuridad que arde en mí no se apaga con unas gotas de sangre real.

—¿Y eres capaz de sentir… algo? —lanzo la pregunta casi sin pensarlo, sin tener en cuenta que tal vez me esté extralimitando.

El viento azota su cabello oscuro. Por un instante, parece debatirse entre callar o decir demasiado.

—Siento enojo cada vez que haces alguna estupidez —dice al fin, en su habitual tono de reproche.

—¿Y alegría cuando consigo un triunfo?

Él vuelve a permanecer un rato callado. Mide con cuidado sus respuestas.

—No sigáis por esa línea —su voz se vuelve ruda—. Es peligroso para los dos.

No entiendo lo que quiere decir. Lo odio por esa capacidad de mantenerme siempre en el filo entre la atracción y la rabia. Me gustaría seguir indagando, haciéndole más preguntas, pero me ha quedado claro que esa puerta se ha cerrado.

Avanzamos un trecho en silencio, solo la nieve quebrándose bajo los cascos. Lo intento de nuevo, por otra vía.

—¿Fuiste hombre antes de ser Heraldo? —pregunto.

Él me mira de lado, molesto.

—No creo que importe.

—Importa para mí —insisto.

Él se gira entonces, con los ojos encendidos y el ceño fruncido.

—Ya basta, Genoveva. Os aseguro que no hay nada en mí que queráis conocer.

—Creo que esa decisión me corresponde a mí tomarla, ¿no os parece? —respondo con el mismo tono, sin dejarme amedrentar—. Estoy fiándome de vuestra palabra y de vuestro consejo, qué mínimo que saber algo más de vos, de vuestro pasado.

—Entonces acabarás rota. Y yo contigo.

Sus palabras me sacuden. La ambigüedad con la que tiñe todas sus frases me resulta incómoda, me vuelve insegura. ¿Qué es lo que

quiere decir? Me muerdo el labio para contener el torrente de preguntas que se agolpan en mi garganta. No es el momento.

No digo nada más. Aprieto las riendas y continúo cabalgando, con la nieve crujiendo bajo los cascos del caballo y el silencio de Akhir oprimiéndome en el pecho.

14. La Dama de Hielo

Cuando la fortaleza surge al fin, se muestra como una extensión más del paisaje. No está construida sobre la roca, sino dentro de ella: torres talladas en el acantilado, con ventanales estrechos como heridas abiertas. La piedra negra brilla bajo la escarcha y tengo la sensación de hallarme a los pies de un titán dormido.

Akhir se ha marchado hace unas horas. La reducida escolta de Águilas Grises aguarda detrás de mí con el estandarte negro agitándose bajo el viento helado. Permanecemos delante de los portones durante largo rato, expuestos al duro frío que agrieta la piel y ensombrece el ánimo. Nuestra respiración forma grandes nubes de vaho que se elevan al cielo gris sin que nadie se percate de nuestra presencia. O tal vez no seamos bien recibidos.

Los caballos relinchan y se agitan, cansados y doloridos.

Finalmente, los portones se abren sin estrépito. Ningún cuerno anuncia mi llegada, ningún soldado grita mi nombre. En el pasadizo hacia el patio central, los guardias alineados a ambos lados bajan las lanzas y guardan silencio. Rostros pétreos bajo cascos de hierro. Solo el humo de sus alientos se eleva en columnas blancas hacia el cielo, como si la fortaleza respirara a través de ellos.

Avanzo con el corazón encogido. La escolta de Águilas Grises me flanquea, pero ellos también se muestran incómodos, con las manos firmes en las empuñaduras. Entiendo su inquietud. El aire mismo sabe distinto: metálico, casi cortante, como si contuviera diminutas astillas de acero.

Atravesamos el patio, cuadrado, sin estatuas ni adornos. Ni una sola bandera flamea en los muros, no hay vegetación en los ventanales. Todo es severo y gris. No hay belleza, solo la vasta y dura naturaleza en su más salvaje expresión.

En el umbral del salón principal, un siervo me hace señas para que lo siga.

Desmonto mi caballo y le pido a mi escolta que no me siga. Los Águilas Grises se miran inquietos, pero obedecen. No les queda más remedio.

A pesar del intenso frío que azota fuera, el interior es cálido. Me desprendo del abrigo de pieles mientras sigo al siervo por el estrecho pasillo.

Nadie me anuncia. Nadie pronuncia el título de reina. Es un recibimiento tan frío como el hielo que cuelga de las cornisas. Sin embargo, no siento desdén en ese silencio. Es el carácter del norte. Rudo, sin concesiones.

El salón no se parece a nada de lo que haya conocido. No hay tapices ni candelabros, ni símbolos de la ostentación de un ducado. Las paredes de piedra oscura están cubiertas de runas antiguas, talladas en hileras irregulares que parecen moverse bajo la luz de las antorchas. Al final de la estancia, sobre un estrado apenas elevado, me espera Maireen sentada sobre un trono de piedra.

Tiene la deferencia de levantarse a mi llegada, lo cual ya es más de lo que esperaba. Lleva un vestido de lana oscura, sin joyas que adornen su cuello ni sus manos. Su cabello rojo se derrama como fuego sobre los hombros y contrasta con la palidez de su piel, tan marcada que casi parece mármol. Soy incapaz de adivinar su edad. En el pecho lleva un broche de hierro oxidado con forma de espiral, el símbolo de su Casa.

Cuando sus ojos níveos se clavan en los míos, siento que atraviesan mis capas de seda, mis títulos, mis miedos, hasta dejarme desnuda. Intuyo curiosidad en ellos: una reina joven ha acudido a su fortaleza a sabiendas de que no es bien recibida. Una causa muy fuerte ha debido motivarla para acudir hasta aquí.

El siervo se retira y nos quedamos las dos solas. Mujer frente a mujer, ambas poderosas, pero cada una con sus propias heridas y

ambiciones. Es mi objetivo hacerle ver que no somos tan diferentes, que debemos encontrar puntos de unión y colaborar.

Maireen no vuelve a sentarse, permanece erguida frente a mí con los dedos jugando con el broche en espiral.

—Genoveva. —Hace una breve inclinación, pero usa mi nombre sin título, para recordarme que aquí no hay distancia entre nosotras.

—Maireen —saludo en los mismos términos. No quiero mostrarme sumisa, pero tampoco altiva. Cada gesto es un movimiento en el tablero y asumo que estoy en desventaja.

Ella no sonríe. No necesita hacerlo. Su autoridad no depende de cortesías.

—Eres muy osada al venir aquí después de lo sucedido en Derlham —empieza, sin rodeos.

Mi espalda se tensa. No necesito que lo explique; sé a lo que se refiere. A la lluvia de flores, al intento fallido contra Rhogar, a la exigencia sobre Camila como compensación.

—El norte habla —continúa, dando un paso hacia adelante, acercándose al borde del estrado—. Algunos dicen que la victoria fue voluntad de los dioses del Fuego Antiguo, y que por eso enviaron su manto blanco para protegeros. Otros… más prácticos, aseguran que hubo intervención de magias prohibidas.

Clavo las uñas en los faldones del vestido para que el temblor no me delate.

—Fue una victoria necesaria —respondo sin saber a qué más agarrarme—. Una que salvó al norte y a todo el Reino de la conocida tiranía de Gorath.

Maireen me observa con un detenimiento incómodo. Está juzgando cada frase, cada gesto que hago, cada sílaba que pronuncio. Su cabello rojo brilla con el fuego de las antorchas, y por un momento pienso que estoy frente a una llama que se puede descontrolar. Impredecible.

—El norte no es un creyente ingenuo, Genoveva. —Otra vez mi nombre desnudo—. Muchos dedos te señalan. Aseguran que estás detrás de la lluvia de flores. Y el hecho de que hayas venido a mi fortaleza pone el ojo del reino también aquí. Así que, dime, ¿qué es lo que quieres?

Siento que el aire se espesa. No puedo andarme con rodeos. Si titubeo, sin dudo, reusará ayudarme. Nadie se alía con el contrincante débil.

—Solicito tu apoyo. —Me obligo a sostenerle la mirada—. Como sin duda has oído, mi hermana está ahora en manos de Rhogar y necesito alguien que la proteja. Alguien fuerte, que no tema enfrentarse a él o a quien sea. Eres mi única opción.

Por primera vez, Maireen sonríe. No es un gesto amable, sino uno afilado.

—Así que se trata solo de eso. —Intuyo un leve suspiro de alivio en sus palabras—. De preocupación filial.

Asiento. Quizás esperaba que le pidiera apoyo frente a las voces que señalan mi culpabilidad en lo sucedido en Derlham, o que se posicionara contra Rhogar en los asuntos concernientes a la Corona. Parece tranquilizarla el hecho de que solo se trate de Camila… como si fuera poco.

—Eres valiente al hablarme así —continúa—. Otros hubieran preferido vestir su petición de orden o simplemente mentir. Me pides que me alíe contigo contra uno de los míos. ¿Por qué debería hacerlo?

Respiro hondo. Llevo la respuesta anclada en el pecho desde que partí de Derlham.

—Porque no te estoy pidiendo que luches por la reina ni por mi corona, sino por una pobre chica que no sabe dónde se está metiendo. Tú eres una mujer fuerte gobernando en una tierra dura y hostil… Ella es una flor del sur. Frágil, cándida… Creo que entiendes mi preocupación.

—Las mejores rosas son las que crecen entre pedregales.

—En esta tierra no germinaría ni una rama de acebo, Maireen —le contradigo sin reparos—. Si la ponen a prueba, si la exponen a las duras costumbres del pueblo, quebrará y yo nunca me lo perdonaré.

La duquesa me estudia en silencio. El resplandor de sus ojos parece crecer. Escucha mi discurso con un detenimiento y un interés que no había esperado.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para conseguir mi ayuda?

Es la pregunta que llevo esperando desde que Akhir me aconsejó solicitar su protección. Ahora es cuando debo aprovecharme de su ambición. Prometerle las tierras que gobierna la Casa Tauronhold. Sin embargo, cuando se lo planteo, estalla en una risa histérica que arranca ecos de las paredes de piedra.

—Has venido aquí, hablándome de mujer a mujer, y ahora me tratas como si ambicionara cosas de hombres. —Regresa con paso ligero a su trono de piedra y toca una campanilla situada sobre el respaldo.

Cuando el eco de su tintineo se apaga, una mujer menuda, enfundada en un traje negro y con el pelo oscuro recogido en un moño tirante sobre la nuca, hace su aparición por uno de los laterales del salón. Porta en sus manos una bandeja de mármol blanco veteado en cobre. Una copa se tambalea encima, al compás de sus pasos. En su interior, bulle un líquido oscuro.

Durante un instante temo que sea sangre, que Maireen me haga pasar otra vez por aquel macabro ritual del norte para continuar con su burla. Pero entonces llega hasta mí el olor de las especias mezclado con otro más dulzón y desagradable, y comprendo que no hay más sangre... por ahora.

La sirvienta se detiene a mi lado y me ofrece la copa. Yo miro a Maireen en busca de explicaciones.

—Esta es mi condición para sellar el trato.

—¿Qué es? —No pienso beber nada cuyo origen desconozca.

—No es sangre. —Su gesto mordaz reabre heridas—. Te basta con eso.

Miro el líquido oscuro. Borbotea. No me da ninguna confianza. Pero ¿qué otra opción me queda? Sé que no se va a atrever a matarme. Aún cuento con apoyos suficientes para que la juzgaran por el magnicidio y la condenaran a muerte. No… no es eso lo que pretende con esa bebida.

—Júrame que la protegerás —digo mientras agarro la copa. El calor del líquido a través del cristal se extiende por mi brazo.

Maireen asiente y sus ojos níveos se encienden de expectación.

—Bebe.

Obedezco. Contra todo pronóstico, la bebida cae fría por mi esófago. Helada. Apenas me permite saborearla, solo deja un regusto amargo, como de hierba seca.

Tarda unos segundos en hacer efecto, pero el impacto sobre mi cuerpo es brutal. Siento un tirón que me arranca de la realidad.

El salón desaparece y me sumerjo en una especie de tanque en suspensión de agua negra. No puedo respirar.

Intento gritar, pero de mi boca no salen más que burbujas de aire. El miedo trepa por mi espalda.

A mi alrededor todo es oscuridad. Sin embargo, una vez mis ojos se acostumbran al vacío que me rodea, intuyo una luz a lo lejos. Trato de nadar hasta ella, pero me topo con un cristal que me impide avanzar. Estoy dentro de una maldita pecera, y me ahogo.

Golpeo el cristal, pero no sirve de nada. El agua es densa y le quita todo el ímpetu a mis esfuerzos.

La luz se acerca. Su resplandor dorado se proyecta en el suelo de baldosas negras, en las paredes de roca oscura. Alguien avanza por una galería estrecha de techo abovedado. Percibo su silueta, esbelta, femenina.

Al principio creo que es Maireen, que por fin viene a sacarme, pero cuando la luz de la antorcha que lleva descubre el color de su cabello, veo que es blanco, cubierto de canas. No es Maireen.

Se aproxima al tanque y entonces la reconozco. Es como mirarse en un espejo. Soy yo misma, pero mi rostro se ha endurecido: una cicatriz brutal cruza mi ojo derecho, ciego y blanco como la leche; el izquierdo es un pozo helado que me sobrecoge. Llevo una armadura blanca ceremonial, de las que se usan cuando se cruza la frontera para conquistar territorios extranjeros. Sobre el pómulo izquierdo hay un tatuaje, pero no consigo ver el dibujo con claridad. No soy yo… y, al mismo tiempo, lo soy demasiado.

Trato de respirar y el agua negra se mete en mis pulmones.

Toso al tiempo que una sombra colosal crece detrás de la Genoveva guerrera. Se alza como un torreón cubierto de llamas violetas. La reconozco sin haberla visto antes: se trata del Señor Oscuro, rey y soberano de las Tierras Baldías. Su visión me aterroriza.

Me retuerzo sin oxígeno. El fuego trepa por mi garganta cuando la Sombra Ardiente se aproxima al cristal de la pecera y lo resquebraja. El líquido se derrama por el suelo y yo caigo de rodillas a sus pies cuando el cristal cede. El fuego me rodea mientras el aire entra de nuevo en mis pulmones, caliente, abrasador.

El Señor Oscuro se cierne sobre mí, me cubre con su sombra.

Grito, y todo se vuelve cenizas y humo.

Abro los ojos de golpe.

La luz de la mañana entra blanca y limpia por una pequeña ventana en el altillo. Tengo frío a pesar de las gruesas mantas de pieles que cubren el catre. Estoy empapada de un sudor que me congela. La cabeza me va a estallar.

La habitación es amplia y está limpia. Hay un tocador, un espejo de cuerpo entero, un armario y algunas palanganas con agua. Me incorporo con intención de levantarme.

El crujido de una silla a mi lado me hace girar la cabeza. Maireen se inclina hacia mí con las pupilas blancas fijas en las mías.

—Estás despierta. —No sé si es una pregunta o una afirmación.

—¿Qué me diste a beber? —El recuerdo del Señor Oscuro todavía me agita.

—Es un Licor de Augurio. Lo sintetizan las *maras* de Faerín. Ayuda a anticipar los designios del destino.

Maireen se queda mirándome, esperando mi reacción, pero yo soy incapaz de darle nada. No puedo descifrar lo que he visto en esa alucinación. ¿Qué tiene que ver el Señor Oscuro en todo esto? ¿Por qué ha aparecido en mi visión?

—Él te ha marcado —. Por primera vez, no veo a la Maireen déspota y soberbia. Algo en su trato hacia mí ha cambiado.

—¿Quién?

—Siento su mano sobre ti. —Se levanta de la silla y rodea la cama sin dejar de mirarme, como si quisiera observar todos los ángulos—. No sé cómo no me he dado cuenta antes. Él te ha visto. Te conoce.

El sudor ha dado paso a una pátina helada que se filtra a través de mi piel y me hace tiritar.

—¿Qué puede querer de mí?

Maireen se detiene a los pies de la cama. Su pelo arde bajo la luz fría de la mañana. Me mira con una mezcla de compasión y curiosidad que me desmonta.

—Quiere destruiros.

Niego con la cabeza. Sus palabras agoreras sin duda buscan desestabilizarme. Soy una mosca en mitad de un paraje gigante. ¿Por qué el Señor Oscuro posaría sus ojos en mí? ¿Qué puede tener el Reino del Oeste que llame su atención? Además, nadie, ni siquiera el Señor Oscuro, puede atravesar las Montañas Rocosas. Son una muralla infranqueable que nos protege del infierno de las Tierras Baldías.

—Vuestras palabras no me asustan, Maireen, y vuestros brebajes tampoco.

Me levanto de la cama y me estiro para disimular el temblor que sacude todo mi cuerpo, pero la duquesa de Maredur se da cuenta.

—No os preocupéis por los temblores —dice—. Tan solo es la abstinencia de la *materia*.

—¿Me distéis *materia*? —Estoy sorprendida. Por lo que sé, la sensación enfermiza debería ser mayor de lo que siento.

Maireen asiente.

—El Licor de Augurio lo necesita. Es sorprendente ver lo bien que lo sintetiza vuestro cuerpo —señala—. ¿Habéis estudiado Alquimia?

Niego.

—Mi padre lo consideró irrelevante.

—Creo que se os darían bien los Conjuros.

No quiero seguir escuchando más sus opiniones inquietantes. Necesito marcharme de Maredur, dejar el norte. Volver a mi tierra y reanudar la ceremonia de coronación. Dejar atrás toda la locura vivida en aquella tierra salvaje.

—Tenéis el mismo arrojo que vuestro padre —dice, y la frase me descoloca por inesperada—. Nunca permitió que le dijera lo que tenía que hacer.

Desconfío, no sé si es una más de sus tretas.

—¿El también vino a vos? —Lanzo la pregunta sin poder contenerme.

—Venía a mí más a menudo de lo que imagináis. Y no deja de resultarme curioso cómo la historia se repite… contigo.

La sorpresa me sacude. Nunca supe de esas visitas.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Qué buscaba mi padre el Maredur?

—Consejo. La guía de mis visiones.

Trago saliva, pero no consigo despegar los labios. Maireen prosigue con la vista puesta en el techo de roca negra. Recordando.

—Durante muchos años le advertí sobre la carga que soportaba. El peso de un secreto que sería su perdición. Estoy convencida de que sabía a lo que me refería, pero no quiso o no pudo hacerme caso. —La ambigüedad es calculada, casi cruel—. Lo cierto es que fue la fuerza de ese secreto la que lo arrastró a su final.

El silencio me oprime el pecho.

—¿Qué secreto es ese? —logro preguntar.

Maireen inclina la cabeza mientras sus ojos vuelven a posarse en mí. El cabello rojo le cae en cascada sobre los hombros.

—No lo sé querida. Mis visiones tienen un alcance limitado y él nunca me lo desveló. —Se acerca un poco más a mí y se pone a mi altura. La punta de sus botas roza mis pies descalzos. Huele a *materia*, y el brillo plateado en sus labios delata que la ha consumido —. Y esa misma sombra os cubre, Genoveva. Tened cuidado.

La cercanía de sus ojos blancos, escrutando cada milímetro de los míos, me eriza el vello de la nuca. Sus palabras son un presagio helado.

—¿Por qué me contáis esto? No he pedido vuestro consejo.

—Porque creí firmemente en el rey Aldemar y en sueños presencié su ruina. Me dolió no poder ayudarlo. Vuestro padre pensó que podía ignorar las advertencias y salir victorioso, pero se equivocó. Demostradme que sois mejor que él. No cometáis sus mismos errores, no creáis que podéis modelar a vuestro antojo fuerzas que nadie osa controlar. —Su mirada se afila, perforante—. No sois la primera de vuestro linaje en convocar a un Heraldo Oscuro para tratar de cambiar un destino que es irrevocable.

Un calor helado me atraviesa de arriba abajo. No me atrevo a confirmar ni a negar. Sé que, de alguna manera, ella ha visto demasiado.

—El Reino del Oeste tiene una larga historia de pactos que nunca deberían haberse hecho. Reyes y Reinas que buscaron fuerza en las sombras y terminaron consumidos por ellas. —Maireen baja la voz hasta casi un susurro—. Un Heraldo Oscuro no sirve a nadie más que a su Señor en las Tierras del Sur. Podéis pensar que lo dominái, creer que camina a vuestro lado, pero en realidad es una cadena que os arrastrará a la destrucción.

Mi garganta se seca. Soy incapaz de decir nada.

Ella concluye:

—A pesar de todo, siento afecto por vuestra sangre, Genoveva. Protegeré a Camila. Pero no quiero ver en vos la misma ruina que vi en Aldemar. Escuchad los ecos del pasado. Cuidaos de la Sombra.

El crujido de las paredes de roca llena el silencio que sigue. Y, en mi interior, la duda: ¿hay verdad en sus palabras? ¿O Maireen simplemente ha movido una pieza más en su tablero?

Lo que importa es que he conseguido lo que quería: me ha garantizado que velará por Camila. Y no he tenido que ceder nada a cambio. No quiero decir una palabra más que pueda estropear el trato.

Me calzo las botas, que yacen olvidadas en un rincón, y me despido con una inclinación de cabeza. Giro sobre mis talones y camino hacia la salida. Pese al éxito, no siento alivio. Las advertencias de Maireen me ensombrecen el ánimo. ¿A qué secreto se refería? ¿Cuál es esa Sombra tan alargada que se extiende hasta mí? ¿Hablaba de Akhir? ¿O hay algo más que no atino siquiera a intuir?

Al salir al patio, la escarcha me golpea el rostro y me devuelve a la realidad. Los Águilas Grises esperan en formación, sus cascos reluciendo bajo la luz mortecina del día. Subo a mi montura en silencio. Nadie se atreve a hablarme.

Cuando la comitiva empieza a moverse y atravesamos el portón hacia la nieve, me permito una última mirada hacia las almenas del castillo de Maredur. Allí, recortada contra el cielo gris, Maireen sigue observándome. No sé si es una guardiana, una enemiga o una vidente consumida por la *materia*.

Azuzo las riendas de mi caballo y el galope retumba en el hielo. La distancia entre nosotras aumenta, pero sus palabras siguen resonando en mi cabeza: *no eres la primera de tu linaje en convocar a un Heraldo Oscuro.*

Aunque no pueda verlo, siento la presencia de Akhir a mi lado. No me atrevo a mirar, no después de lo que Maireen ha insinuado. Y, sin embargo, no puedo apartar el pensamiento: ¿qué secretos me ha ocultado? ¿Cuántos reyes antes que yo vendieron almas que no eran suyas en pactos semejantes?

Aprieto las riendas con tanta fuerza que los nudillos se vuelven blancos. No sé si la alianza que he conseguido hoy será mi salvación o el primer clavo de mi condena. Solo sé que Maireen tenía razón en una cosa: tengo que mantener las distancias con Akhir. No puedo permitir que ninguna clase de sentimiento se interponga en nuestro pacto… o perderé el rumbo que me he marcado.

15. Máscaras y Sombras

El séquito de Águilas Grises me espera al salir de las tierras de Maredur. Helmor no iba a permitir que regresara sola hasta Lirien. Le agradezco el gesto. Su protección, aunque me recuerda el destino fatídico de Ceryán, me permite completar el regreso con tranquilidad.

El murmullo de la multitud acude a mi encuentro antes de ver las murallas de Lirien. El galope se ralentiza y, cuando por fin cruzamos el puente de piedra sobre el río Verde, el sonido se vuelve atronador. Vivas, aplausos, pañuelos ondeando desde balcones y ventanas. El pueblo me recibe como si regresara una heroína.

Pero yo no me siento así.

Sonrío con gesto medido, alzo la mano para saludar, dejo que las flores que arrojan caigan sobre mi capa. Los pétalos huelen dulces, pero su perfume se mezcla con otro recuerdo más reciente: la sangre de Ceryán sobre la nieve; la lluvia de azahar en el desfiladero, esa que nadie debería sospechar que fue obra de magia prohibida.

"Reina victoriosa", gritan algunos. "Salvadora del reino", me llaman otros. No saben. No saben lo que he sacrificado, ni el precio que aún cuelga sobre mi cabeza como un hacha invisible.

El séquito de bienvenida me conduce despacio hasta las puertas del palacio. Los estandartes ondean con el emblema de mi casa, y

bajo ellos me siento desnuda. El escuadrón de Águilas Grises que me ha acompañado en el regreso sonríe ante la algarabía y el espíritu festivo, pero en mis entrañas crece el miedo de que todo esto sea un castillo de arena a punto de derrumbarse.

Dentro del palacio, el recibimiento es solemne. Antorchas encendidas, alfombras extendidas, sirvientes que anuncian mi entrada como si la victoria en Derlham hubiese sido incontestable. Camino con la frente alta, aunque cada paso me pesa. Mi madre me espera en lo alto de la escalinata, vestida aún de luto riguroso. Su figura impone más que cualquier guardia.

Desmonto del caballo. Hago un breve gesto de saludo hacia mis consejeros, colocados en fila en el patio central, y subo por la escalinata de mármol para saludar a mi madre.

—Majestad —dice, con una frialdad que corta más que el viento del norte. No "hija". No "Genoveva". Solo un título.

Me acerco despacio. La gente observa, expectante. Me inclino lo justo para que no pueda reprocharme desdén.

—He vuelto, madre. El reino está a salvo.

Sus labios se tensan. La máscara de reina consorte no se resquebraja, pero veo el fuego en sus ojos. Me toma de la mano, fingiendo un gesto afectuoso para los presentes, y me arrastra hacia sus aposentos, lejos de los oídos indiscretos.

Cuando la puerta se cierra tras nosotras, la máscara se rompe.

—¿Cómo has podido? —su voz es un látigo—. Te dije que no regresaras sin haber liberado a tu hermana del compromiso, y no solo no lo has conseguido, sino que has adelantado su entrega a ese bárbaro…

Siento el golpe de esas palabras en la boca del estómago, pero no me permito mostrar debilidad.

—No había otra opción. El gesto de Ceryán se interpretó como traición al norte. Si me negaba a complacer a Rhogar, se habrían alzado contra nosotros. El reino habría explotado en una guerra civil. Habríamos quedado a merced de Gorath.

—¿Y qué valor tiene tu reinado si tu familia es tan solo un objeto de negociación? —Sus ojos se empañan de lágrimas que se niegan a caer—. Tu padre jamás habría condenado a una hija de esa manera.

Me duele, porque no estoy tan segura. Mi padre también tomaba decisiones que destrozaban en privado, anteponiendo el Reino sobre cualquier otra cosa.

—Solo pienso en vosotras. —El nudo de la garganta empieza a ser difícil de dominar.

—¡No digas mentiras! —Su rabia se filtra a través de sus dientes apretados—. Ni siquiera has tenido la valentía de estar en su despedida. Se la han llevado como a un perro, sin una promesa de que la sacaremos de allí.

—Mi ausencia está justificada, madre, he estado asegurando su protección —me defiendo—. He conseguido que la duquesa de Maredur la vigile de cerca, que sea su guardiana.

El nombre cae como una piedra en un estanque. La expresión de mi madre cambia en un instante: del reproche a la ira.

—¿Maireen? —escupe—. ¿Has puesto a tu hermana en manos de esa mujer?

—Tiene poder en el norte, seguidores, y me ha prometido que Camila estará a salvo bajo su protección.

Mi madre ríe con sarcasmo. Un sonido helado que me hiere más que cualquier insulto.

—¿Sabes qué se decía de tu padre por los rincones de palacio? Que acudía demasiado a Maredur, que la duquesa le susurraba consejos que no eran para los oídos de nadie más. Que lo embrujó.

El mundo se tambalea bajo mis pies. Veo resquebrajarse los cimientos del muro de protección de Camila.

—¿Insinúas que…?

—No insinúo nada, Genoveva. Te pregunto si acaso no ves lo que todos vimos. Que tu padre se dejó seducir por sus tejemanejes, por sus dones oscuros de adivinación; y, por lo que parece, ahora tú vas a caer en el mismo error.

Mi pulso se acelera. El corazón me late en la garganta.

—No me ha seducido con nada —respondo, fría y cortante—. No le he prometido nada.

Mi madre me observa con ojos enrojecidos, y por un instante parece más una mujer herida que mi propia madre.

—Le vas a deber el mayor favor de todos: haber mantenido a salvo a tu hermana. ¿Cuánto tiempo crees que va a tardar en pedirte algo a cambio? Algo a lo que no vas a poder negarte. Recuerda mis palabras, hija: no todos los enemigos llevan espada. Algunos se esconden detrás de favores, y son esos lo que más destruyen.

Se marcha con su luto ondeando tras ella como una advertencia. Me quedo sola en su alcoba, con el eco de sus pasos y sus palabras retumbando en mi interior. Afuera me aclaman como reina, aunque aún no he sido coronada. Aquí dentro, soy solo la hija que ha defraudado a su madre.

El baile de máscaras es una tradición antigua en el Reino del Oeste. Se dice que comenzó tras la victoria de Román el Conquistador en la batalla del río Grueso, cuando, para ocultar las heridas de los soldados y darles una noche de respiro, ordenó que todos cubrieran sus rostros con máscaras. Desde entonces, cada triunfo importante se celebra con música, vino y disfraces que ocultan las cicatrices de la guerra y recuerdan que, por una noche, todos son iguales.

Esta vez no es diferente. Todos los nobles del reino han sido convocados, aunque no todos han acudido. El eco de la victoria en Derlham aún resuena en las canciones de los trovadores, aunque el aire está cargado de sospechas.

Me preparo frente al espejo, mientras las doncellas me ajustan un vestido de seda carmesí con bordados de hilo dorado. El escote es osado, las mangas largas cubren hasta el tatuaje que sigue ardiendo en mi piel. Una máscara de filigrana del mismo tono cubre la parte superior de mi rostro.

Dejo que me adornen con joyas pesadas, pero mi mente está lejos de allí. Las palabras de mi madre vuelven una y otra vez: su insinuación de que mi padre encontraba consuelo en Maireen, más allá del consejo político. No puedo apartar la idea. ¿Y si era cierto? ¿Y si su juicio, siempre tan implacable, se había visto también envenenado por una mujer? ¿Y si fue ella misma quien colocó sobre él el peso de la Sombra, de la sospecha?

El pensamiento me roe por dentro. ¿Seré yo capaz de no repetir sus errores? ¿O estoy ya caminando la misma senda, con otro tipo de alianza prohibida, otra sombra que me sigue a cada paso?

Una de las doncellas me coloca un broche en el cabello. El castaño de mis mechones, más encendido bajo la luz de las velas, brilla como fuego contenido.

Respiro hondo, tomo la copa que me ofrecen y me encamino al salón. No puedo dejar que los fantasmas del pasado me arranquen la compostura. Esta noche, debo reinar incluso bajo el disfraz.

El gran salón de festejos está cubierto de tapices nuevos y lámparas de cristal que cuelgan como estrellas falsas. El aire huele a vino especiado y a perfumes intensos, demasiado dulces para mi gusto. La música de cuerdas y tambores llena el espacio.

Entro con el rostro oculto tras una máscara de filigrana dorada. Acepto un par de saludos, intercambio frases vacías, pero mi cabeza no deja de dar vueltas al pasado. La herida vuelve a sangrar al recordar el último baile en el que participé. En la mano de Ceryán sobre mi cintura, en su mirada ardiente, en su confesión velada… Agradezco que la máscara oculte las lágrimas que se descuelgan de mis ojos.

Theodemir se acerca, apoyado en su bastón. No lleva máscara. El paso del tiempo es suficiente artificio para distorsionar sus facciones.

—Enhorabuena, Alteza —saluda—. Habéis dado un golpe de efecto sobre la mesa.

Compongo una sonrisa forzada. No es la reacción que se esperaría de una auténtica ganadora, y él se da cuenta. No en vano su experiencia es larga.

—Prepararemos una nueva ceremonia de coronación. Será una cortina de humo para los rumores y un mensaje potente para vuestros enemigos: la Reina ha sobrevivido a su primera amenaza. Nos aguarda un reinado fuerte y duradero.

Asiento sin ganas. El Consejero Mayor percibe mi tribulación y comprende que no es el mejor momento para tratar estos asuntos. Realiza una breve inclinación y regresa a la multitud.

Ese baile es una farsa, un espectáculo dantesco a mis ojos. ¿Cómo podemos estar celebrando cuando hemos perdido tanto? ¿Cómo

puede alguien bailar cuando mi fiel Ceryán no volverá a mirar la luna? ¿Cómo pueden degustar el sabor de la carne cuando mi hermana está a punto de llegar a una tierra helada que la tratará como a una sirviente?

El vino se vuelve agrio en mi boca. Me sabe a sangre.

Una corriente de aire frío roza mi nuca. Giro la cabeza y lo veo. No baila, no se mezcla, ni siquiera hace el esfuerzo de disimular. Apoyado contra un arco de piedra, vestido con ropajes de lino negro y una máscara tan simple que parece una burla hacia las demás, está Akhir. Sus ojos dorados brillan bajo el antifaz, aunque la penumbra intente tragárselos.

Camino hacia él sin pensarlo demasiado, como atraída por un imán que sé que puede destruirme.

—¿Qué hacéis aquí? —murmuro cuando estoy lo bastante cerca para que nadie más nos oiga.

—Observar —responde con la calma que le caracteriza—. ¿No es eso lo que hacen todos en esta sala, detrás de sus máscaras?

—Vos no sois uno de ellos.

—Ni lo quiero ser.

Me armo de valor y bajo la voz.

—Maireen me habló de los reyes antes que yo. De los pactos. De cómo todos acabaron condenados.

Por primera vez, veo un destello de incomodidad en su gesto. No lo niega.

—Los que caminaron antes que vos aceptaron el poder, y también su precio. ¿Qué esperabais? ¿Ser la primera que me ha convocado? ¿Libraros del pago? El que juega con las Tierras Baldías acaba condenado, de una manera o de otra. Si creíais otra cosa, habéis pecado de ingenua de nuevo.

Me doy cuenta de que, en el fondo, es precisamente eso lo que esperaba. Ser única, diferente; apelar a unos sentimientos que no tiene. Comprendo de golpe lo pueril e incauto de mi pensamiento. Quizás Akhir siempre ha tenido razón y no he sido más que eso, una niña estúpida que, empujada por el miedo a perderlo todo, no sabe dónde se ha metido.

El corazón se me hunde, pesado como plomo. Aprieto los labios para infundirme fortaleza.

—A veces se me olvida lo que sois. Me habláis, me acompañáis… me confundís con vuestro aparente interés en mi causa, como si fuerais algo más que un verdugo con paciencia. Pero, en realidad, solo estáis esperando el alma para marcharos.

Él inclina apenas la cabeza, como si mi reproche lo divirtiera.

—He sido siempre muy sincero con vos, Genoveva, con las cláusulas del pacto, con lo que soy. Cuando recibáis la corona y el fuego de las amenazas se haya reducido a brasas, cogeré lo que me habéis prometido y me marcharé. Lo que ocurra después, vuestra fortaleza para asumir el sacrificio que habéis hecho, para gobernar en la soledad propia de una reina, es un camino que habréis de recorrer sola.

—Es cierto que siempre habéis sido sincero conmigo. —La mezcla de sentimientos por todo lo ocurrido me aprieta el corazón, me vuelve más frágil de lo que desaría—. Es por eso mismo que no entiendo por qué me duele tanto vuestra indiferencia.

Siento que la música a mi alrededor se apaga, que solo quedamos él y yo. La cercanía me quema y me avergüenza. Me odio por la parte de mí que desea leer otra cosa en esa mirada dorada.

—Necesito olvidar lo que siento por vos —digo, casi en un susurro.

Akhir muestra un gesto ambiguo que no consigo interpretar.

—Es lo único sensato que habéis dicho esta noche.

Gira la cara para apartar de mí sus ojos y veo la marca que le recorre el cuello como una cadena candente. Es la primera vez que se muestra sin su armadura, con una simple camisa de lino que deja su cuello al descubierto y permite intuir su torso musculado. Por eso no me había percatado hasta ahora.

Elevo los dedos y le rozo la cicatriz. Él agarra mi mano con violencia, por un instinto voraz de evitar el dolor, y emite un gruñido seco.

—¿De qué es? —le pregunto.

Él afloja la tensión con la que me sujeta la mano y consiente que mis dedos se deslicen por la marca. No sé si aún está caliente o es su piel, que siempre desprende ese calor abrasador.

—Desobedecer al Señor Oscuro tiene sus consecuencias.

—Entonces sí que se le puede desobedecer. —La esperanza arde en mí unos instantes antes de que Akhir la sofoque de un plumazo.

—Nunca he regresado a las Tierras Baldías sin un alma. Olvidaos de eso. El destierro a las Llanuras Abisales es algo que ni siquiera un Heraldo Oscuro podría soportar.

—Entonces, ¿en qué le habéis desobedecido para que os haya marcado así?

Akhir se aparta de mi alcance y su expresión se torna molesta.

—Ya basta de preguntas. Esta celebración se ha terminado.

El ruido del salón vuelve de golpe. Los nobles giran, ríen, beben. Yo doy un paso atrás, pero la precaución es innecesaria. Akhir se ha marchado.

Me digo que tengo que recordar lo esencial: él no está aquí para salvarme, está aquí para cobrar un alma. Y si me dejo arrastrar por la ilusión de algo más, correré el riesgo de olvidar qué es lo importante.

Salgo a los jardines. El aire gélido me corta la piel, pero lo prefiero al calor sofocante del salón. Camino sin rumbo entre los setos, buscando silencio. Y, sin darme cuenta, mis pasos me conducen a la zona sur del palacio, al Claustro de los Reyes.

Cuando tomo conciencia de donde estoy, caigo de rodillas. Me quito en antifaz y lloro sin consuelo.

El silencio me envuelve, pero no está vacío. Está lleno de gritos apagados, de sangre caliente sobre la nieve, de ojos cerrados demasiado pronto. El silencio está lleno de Ceryán, de los soldados caídos en Derlham, de las madres que nunca volverán a abrazar a sus hijos.

La guerra no ha acabado en el campo de batalla, me ha seguido hasta aquí, hasta este claustro de piedra y memoria. Camina a mi lado en cada pasillo, en cada respiración. ¿Acaso la corona no es más que eso? Una herida que nunca se cierra, un fuego que consume sin piedad.

Las lágrimas me nublan la vista, pero no las reprimo.

—¿Cuánto sacrificio puede soportar un rey antes de quebrarse? —susurro, aunque nadie contesta.

El viento atraviesa el claustro y silba entre las tumbas de los dos reyes desconocidos. Suena a lamento, a angustia.

Me abrazo a mí misma, buscando un calor que no existe. Siento que todo lo que soy se desangra con cada decisión, con cada muerte que pesa sobre mis hombros. Y aún me queda tanto por perder…

Cierro los ojos y dejo que la noche me envuelva. Fría, oscura. Como mi alma.

16. La sospecha

El lecho se me antoja un campo de batalla. Las sábanas se me enredan y no me dejan respirar. Cierro los ojos, pero solo consigo ver el destello dorado de los ojos de Akhir; sentir el calor de su proximidad, la tentación de una cercanía prohibida. Tengo que recordar lo que es: un demonio, un Heraldo Oscuro que solo permanece a mi lado por la promesa de llevarse un alma. Permitir cualquier otro tipo de sentimiento hacia él es perder el control.

Me doy la vuelta, una y otra vez. El viento golpea los ventanales con furia mientras me siento prisionera de mis propios deseos. Si no consigo eliminar lo que siento hacia Akhir, sea lo que sea, seré incapaz valorar con objetividad sus consejos, y podría caer víctima de cualquier traición. No puedo permitirme confiar por completo en él. Necesito recordarme a mí misma quién es y lo que significa el pacto que sellé.

El nombre de Seldrin surge en mi mente. Como guardián del grimorio, el archimago conoce mejor que nadie los pactos anteriores, los desastres que se escribieron en sangre porque un rey cometió la misma osadía que yo e invocó a un Heraldo Oscuro. Si hablo con él, si me repite lo que siempre he sabido, tal vez logre sofocar esta hoguera que me consume.

Me incorporo de golpe. Tomo un manto oscuro, lo coloco sobre mis hombros y salgo al pasillo. Un soldado de mi guardia real de Águilas está apostado junto a la puerta. Me acerco hasta él y le susurro en voz baja.

—Busca a Seldrin. Dile que lo espero en la Cámara Alta.

Él asiente y desaparece con presteza por el corredor.

Dejo algunos minutos de margen para que el mensaje sea entregado y me dirijo hacia la torre.

La piedra rezuma frío, y cada arco que cruzo es un paso más hacia un punto de no retorno. Las antorchas se consumen en un chisporroteo débil y proyectan sombras que parecen seguirme.

La Cámara Alta me espera en lo alto de la torre. El eco de mis pasos resuena en las escaleras de caracol mientras recuerdo las duras palabras de Akhir, recordándome que solo le interesa el alma prometida. Nada más.

Me consumen como un veneno lento.

Luego pienso en Camila sin poder remediarlo, en todo lo que ha sucedido y el punto en el que me encuentro. Si he llegado hasta ese momento de desesperación ha sido a consecuencia del primer consejo de Akhir. Él me instó a ceder ante la petición de Rhogar y entregar a Camila. Todos mis esfuerzos posteriores no han servido sino para empeorar las cosas y, al final, he vuelto al punto de partida. A veces pienso si esto no será parte de una estratagema mayor, si no habrá algo más oculto que todavía desconozco y que está esperando el momento oportuno para desvelarse.

Cuando empujo la puerta de la Cámara Alta, el crujido de la madera parte el silencio reinante. La estancia está desierta, iluminada solo por los destellos blancos de la luna que se cuelan a través de los ventanales altos. Corro los pesados cortinajes. No quiero que nadie sepa que estoy aquí. Me detengo en el centro de la Cámara y enciendo las velas, segura de que en cualquier momento la desgarbada figura del archimago aparecerá entre las sombras para darme el conocimiento que tanto ansío.

Pero el silencio persiste. Y en ese silencio, mi corazón golpea con la misma fuerza que cuando Akhir pronuncia mi nombre.

Entonces lo escucho: pasos firmes en el corredor que se acercan.

Los pasos se detienen al otro lado de la puerta. La hoja se abre, arrastrando un gemido contra la piedra. Espero ver a Seldrin con su túnica negra, pero lo que aparece es la anciana figura de Theodemir.

La penumbra resalta cada arruga de su rostro, cada pliegue de su frente, marcada por décadas de consejo y batallas políticas.

—Majestad. —Se inclina en un saludo breve. Sus ojos no desprenden la calma que siempre me ha tranquilizado.

—Esperaba a Seldrin. —Intento mantener el control, aunque la decepción me golpea.

—Lamento interrumpiros. —Avanza despacio hasta quedar frente a mí. Pese a su edad, conserva la altura suficiente para no elevar la cabeza al mirarme a los ojos—. Lo que debo deciros no admite demora.

El aire se vuelve más frío y sé que no es por la corriente que se cuela por los ventanales.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Él aprieta los labios antes de hablar, como si cada palabra pesara.

—Hemos recibido una misiva urgente de los Altos Tribunales de Alquimia. —Pronuncia cada sílaba con una solemnidad que hiela—. Gorath os ha denunciado ante ellos. Alega que la lluvia de flores en Derlham no fue un milagro, sino magia prohibida y exige una investigación.

Me cuesta respirar.

—¿Y qué han respondido los tribunales?

—Han enviado una comitiva de jueces. —Su mirada se clava en mí, firme. Siento que, hasta él, mi fiel Theodemir, duda—. Llegarán a Lirien en cuestión de horas, quizás antes del amanecer.

El suelo se tambalea bajo mis pies.

—¿Horas? —repito, incapaz de contener la incredulidad.

El Consejero Mayor asiente con gesto grave.

—Han venido a investigar. No marcharán al norte ni escucharán rumores. Buscarán pruebas aquí, en la capital, en vos, en vuestros consejeros, en cualquier soldado que haya estado presente. Revisarán cuerpos, pertenencias… Y si encuentran la más mínima evidencia de que la magia fue usada bajo vuestra orden… —Hace

una pausa y el silencio pesa como la misma condena—, el castigo será ejemplar.

Siento que la marca de la flor de azahar arde bajo mi manga, como si quisiera delatarme en ese mismo instante.

—¿Qué… qué debo hacer? —mi voz suena más débil de lo que quisiera.

Theodemir se acerca un paso más y se apoya en la mesa labrada del Consejo.

—Majestad, os lo ruego. No podéis dejar nada al azar. Cualquier error, cualquier gesto mal interpretado, será usado contra vos. Debéis decidir ya cómo enfrentaréis a los jueces. Apenas os queda margen.

Guardo silencio, mirando el reflejo de la luna sobre las losas de piedra. Mi corazón late con violencia, pero mi rostro debe permanecer imperturbable. Soy reina. No puedo mostrar miedo.

—¿Quién más lo sabe? —pregunto al fin.

—Solo el Consejo. —Su tono es firme—. Pero cuando los jueces crucen el puente sobre el río Verde, todo el reino lo sabrá.

La sensación de asfixia me oprime el pecho. No hay escapatoria. Ni tiempo. Ni refugio.

Theodemir inclina la cabeza en un gesto que mezcla respeto y advertencia, y susurra:

—Majestad, haced lo que sea necesario.

Su figura se recorta un momento contra la puerta abierta antes de desaparecer, dejándome sola en la Cámara Alta.

El silencio vuelve a adueñarse del lugar, pero ya no es el mismo de antes. Ahora es un cuchillo helado que me corta por dentro.

Apoyo la palma de la mano en la mesa y entonces vuelvo a ser consciente del escozor bajo la manga. La flor de azahar palpita con vida propia. Intento ignorarla, no tocarla, pero es imposible. Está ahí, es el sello candente que delata mi culpa.

Si descubren la marca, no existirá justificación que me libre. Dará igual que lo niegue, que jure sobre la corona o la memoria de mi padre. Los jueces no necesitan confesiones para dictar sentencia, solo evidencias, y yo las llevo impresas en la carne.

Respiro hondo y busco serenidad. Debo pensar con frialdad, aunque por dentro me sienta a punto de quebrar. Tengo apenas unas horas para decidir qué hacer. ¿Lo oculto? ¿Huyo? ¿Digo la verdad y me enfrento a su condena? Cada opción es un abismo de incertidumbre, y en todos me espera la ruina.

Me acerco al ventanal de la torre y aparto con brusquedad los cortinajes. La ciudad yace abajo, dormida bajo el manto oscuro de la madrugada. Solo algunas antorchas arden en las murallas para facilitar la vigilancia. El silencio de Lirien es tan profundo que puedo oír cada latido de mi corazón.

Un escalofrío me recorre cuando noto que ya no estoy sola.

En la penumbra de la Cámara, dos ojos dorados arden con intensidad. Akhir está allí, apoyado en una pared, y me observa en silencio. Su mera presencia es un recordatorio cruel: estoy a punto de perderlo todo por haber confiado en él.

—Lo has oído todo, ¿verdad? —mi voz tiembla de miedo, de ansiedad.

Él me responde con un silencio y asumo que es una afirmación.

La luna ilumina su perfil, y por primera vez siento que estoy totalmente acorralada: por las consecuencias de mis decisiones, por la ley de la Alquimia… y por el demonio del que soy incapaz de escapar.

17. La Marca y el Secreto

—Necesito tu ayuda. —Me cuesta pronunciar la frase. No quiero seguir dependiendo de él, no después de recordarme, con esa frialdad que le caracteriza, que sus consejos no son desinteresados, que su único interés sigue puesto en las Tierras Malditas. Ardo en la dicotomía de querer prescindir de él, pero también aprovecharme de su poder y conocimiento para lograr que el pacto haya valido la pena.

Estos pensamientos forman tormentas dentro de mí y los dedos se crispan sobre los pliegues de mi falda.

—Ha llegado el momento de que ocultes esto. —Levanto la manga lo justo para que vea la marca brillante de la flor de azahar en mi brazo.

Da un paso hacia mí y, durante un instante eterno, pienso que va a tocarme, pero no lo hace.

—Yo no puedo borrarla. Si lo hago, otra aparecerá para dejar rastro del nuevo conjuro. Toda la magia que yo use será tatuada en vuestra piel.

La rabia me sube a la garganta.

—Me dijiste que podíais hacer que desapareciera…

—No —me corta, seco como siempre—. Os dije que había maneras de ocultarlo.

—Pues decidme, Heraldo, ¿cómo? —le exijo, en el mismo tono.

—Seldrin. —El nombre resuena como un veredicto—. Él puede hacerlo. Tiene el poder y los conocimientos para ocultar esa marca, pero pedirá un favor que tal vez no estéis dispuesta a conceder.

—¿Qué clase de favor?

—No lo sé. Eso es algo que tendréis que averiguar.

No me gusta, pero no tengo elección. Si los jueces ven esta marca, todo estará perdido. El miedo y la determinación se enredan dentro de mí.

Akhir me sostiene la mirada. Durante un segundo creo ver en sus ojos algo más que el reflejo de las velas: una chispa de… ¿preocupación? Me niego a creerlo.

—Confía en tu juicio —dice por fin, su voz potente vibra dentro de mí—. Pero recuerda, reina sin corona: la desesperación es el peor aliado cuando se negocia un trato.

Lo sé bien. Él es fruto de esa desesperación.

Mando llamar a Seldrin por segunda vez en esta noche. Cuando la puerta de la Cámara Alta se abre, con el mismo quejido de siempre, su túnica negra asoma deslizándose sobre la piedra.

—Majestad. —Su leve reverencia roza la burla—. Me han dicho que deseabais verme con urgencia.

—Quiero que borres algo de mí —respondo sin rodeos. Levanto la manga y muestro la flor de azahar. Su resplandor hace que los ojos de Seldrin se iluminen con un interés casi obsceno.

—Ah… —susurra con un oscuro anhelo—. Así que los rumores eran ciertos. Usasteis magia en la defensa de Derlham.

—¿Puedes ocultarlo? —Me niego a darle explicaciones. Yo soy la reina y él, solo uno de mis consejeros.

Se acerca, sus dedos huesudos casi rozan mi brazo, y siento la repulsión treparme por la piel.

—Sí, puedo, pero será arriesgado. El conjuro que borre esta flor dejará otra huella en mí, pero por suerte eso no debería ser un problema. —Se abre la túnica y me muestra su torso cubierto de tatuajes: espirales, símbolos, runas que recorren su piel como un mapa maldito—. Cada hechizo de mi vida ha dejado su marca. Será

difícil para los ojos del Alto Tribunal diferenciar uno concreto entre la multitud.

—Entonces hazlo —ordeno.

Su boca dibuja una sonrisa ancha, desagradable. En ese instante comprendo que la trampa estaba preparada desde antes de que le llamara. Quizás desde el mismo momento en el que los rumores del azahar cruzaron las puertas del Lirien. ¿Quiénes la han organizado? Es algo que aún desconozco.

—Debéis compensarme —dice—. El riesgo que asumo es demasiado elevado.

Me pregunto si también se habría atrevido a demandar así a mi padre.

Mi voz se endurece para compensar la humillación de ser exigida por un consejero.

—¿Qué es lo que quieres?

—Algo muy sencillo. Ver al Heraldo. —Lo pronuncia con una seguridad que aplasta, como si ya supiera de antemano que había sellado el pacto con él. Luego comprendo que no he devuelto el grimorio a los Archivos y que eso solo puede significar una cosa: la invocación ha sido pronunciada.

El aire se vuelve tóxico, irrespirable. Siento que cada uno de mis pasos está siendo observado, que he sido una ingenua al pensar que era dueña de mi vida. He llegado hasta ese momento porque alguien lo ha querido, porque necesitaban que invocara a Akhir. El motivo… estoy a punto de descubrirlo.

Lo llamo, pero durante unos segundos no pasa nada. El Heraldo se resiste a aparecer.

—Akhir —insisto—. Muéstrate. Es una orden.

El tatuaje de mi muñeca se agita, como si algo me reptara bajo la piel. Siento un tirón invisible que empuja mi brazo hacia las sombras, pero me resisto.

Akhir aparece a mi lado. Siento el calor que irradia y percibo su respiración agitada. Está enfadado, o todo lo enfadado que puede estar un Heraldo con una hebra roja en los ojos.

—Ingenioso, Seldrin —dice con voz grave—. ¿Has orquestado toda esta barbarie solo para traerme a tu presencia?

El archimago sonríe con malicia.

—Celebro tu visita *akhiraín*.

El término me estremece porque reconozco su etimología en el *lenguaje primigenio: Ak Hiraín.* Hijo de Reyes.

Seldrin continúa hablando.

—Me sobreestimas, viejo amigo. Mi influencia es alargada, pero no tanto como para promover una guerra contra el norte. Yo solo esperé al momento oportuno para poner las piezas sobre la mesa y dejé que el juego siguiera su curso. —Me mira como un león a una presa—. Yo le ofrecí a la Reina la posibilidad de usar el grimorio y fue su decisión utilizarlo. Sabía que, tarde o temprano, surgiría la oportunidad de verte cara a cara. Y… aquí estás.

—Me has utilizado —escupo con rabia.

—No más que vos a mí —se defiende con una calma digna de admirar—. ¿O no me estáis pidiendo que transgreda una de las leyes más básicas y antiguas del Reino en vuestro beneficio?

Me muerdo la lengua para no gritar. Incendiaría el mundo en ese momento.

—¿Por qué querías verlo? —Señalo a Akhir.

Seldrin vuelve a componer una sonrisa ladina que ocupa todo su rostro.

—Para confirmar los rumores. La hebra roja de tus ojos lo delata. El niño de cuya sangre te manchaste tenía linaje real. Es el bastardo del rey.

El silencio que sigue es insoportable. El corazón me golpea en el pecho. ¿De qué están hablando?

Akhir no responde, pero su mandíbula se tensa, y esa mínima vacilación basta para que Seldrin muestre su excitación, como un cuervo ante el hallazgo de un cadáver.

—Es una información valiosa sin duda. —El archimago se pasa la lengua por los labios—. Qué hacer con ella es algo que decidirá el rumbo de la historia.

Se da la vuelta con la intención de abandonar la Cámara, pero yo no estoy dispuesta a dejarle marchar con un arma tan afilada que podría sesgar mi ascenso al trono. La existencia de un bastardo es un foco de rebelión más. Con los apoyos necesarios, puede iniciar

una campaña para desbancarme o, en el peor de los casos, conducir al reino a un cisma y a una guerra interna.

—¡Alto, Seldrin! —mi grito resuena en la Cámara. Él se detiene e inclina la cabeza hacia mí con fingida docilidad.

Miro a Akhir, a la espada negra que pende de su cinturón. No me costaría nada ordenarle que le atraviese con ella. Otra muerte más sobre mi conciencia es algo que puedo soportar, y nadie va a llorar a Seldrin. Sus oscuros tejemanejes en la corte tienen a muchas manos atadas y muchas bocas cerradas. No voy a ser la única que sienta alivio si su pérfida lengua reposara bajo tierra.

—No creo que eso sea acertado, Majestad. —Ha leído mi intención y parece no inmutarse—. Tened en cuenta que soy el único que puede liberaros de esa inconveniente flor que lucís bajo el vestido.

Maldigo por dentro. Me tiene atrapada en su red.

—Y no creáis que podréis eliminarme después, cuando el trabajo ya esté hecho. El Conjuro de ocultación quedará ligado a mi existencia. Si yo muerto, la marca reaparecerá.

El archimago vuelve a darse la vuelta con una insolencia que me golpea en la cara. Esta vez no tengo el valor ni las mañas para impedírselo. Avanza hacia la salida de la Cámara con el imperceptible eco de sus pasos resonando detrás de él. Antes de cruzar el umbral, se gira una última vez hacia mí.

—Venid a mis aposentos al amanecer y haré desaparecer la marca.

La puerta de la Cámara Alta se cierra con un golpe seco.

Me quedo de pie, el pecho agitado y la mente hecha un torbellino. Vuelvo la cabeza hacia Akhir, que sigue en silencio, inmóvil, pero con la mirada fija en mí. Es la primera vez que lo veo mirarme de ese modo. No ha podido ayudarme, al contrario, se ha convertido en el objeto de mi perdición, y eso lo turba.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en voz baja, temerosa de conocer la respuesta—. Ese hijo bastardo de sangre real, ¿es de mi padre? Y tú… ¿qué tienes que ver con él?

Él no responde, y ese silencio es peor que cualquier confesión.

La llama de las antorchas titila, como si también temieran el secreto que acaba de salir a la luz.

Miro a Akhir. Su expresión contenida es más irritante que nunca.

—Por favor, dime que es mentira —exijo, con la voz quebrada—. Dime que ese bastardo no existe, que no fue su sangre la que te manchó y te arañó el ojo con esa hebra carmesí.

Sus labios se entreabren, pero no pronuncian palabra. Aprieto los puños hasta que las uñas me hieren en la palma.

—¿Qué eres, demonio? —Dejo que la rabia me domine—. ¿El último clavo de mi ataúd?

Él da un paso con intención de contenerme, pero levanto la mano para detenerlo.

—No te acerques.

Un gesto de duda o herida se refleja en su rostro, pero no me conmueve. No ahora.

—¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Por qué creí que Seldrin me daría una herramienta para alcanzar mis ambiciones? Así, gratis… cuando de todos es conocida su faceta avariciosa y su falta de escrúpulos. —Doy vueltas alrededor de la mesa como un animal enjaulado—. No has sido más que una estratagema de Seldrin para confirmar una sospecha que puede destruirme —escupo—. Y yo, estúpida, me he dejado engañar por ambos.

Camino presa de una furia impotente. La idea de un hijo ilegítimo de mi padre, el que esa noticia se haga pública, mi padre usando a Akhir para sus propios y turbios asuntos, el riesgo de que todo lo que soy se desmorone… cada pensamiento es un látigo que me doblega.

Me detengo un instante frente a él, solo para que vea en mis ojos lo que ya no pienso callar.

—Eres el error más grande que he cometido en mi vida.

Me aparto bruscamente. Su sola presencia me contamina.

En ese momento, un golpe seco sacude la puerta. Un soldado entra con el rostro pálido y el aliento convertido en humo.

—Majestad, los jueces del Este navegan por el río Verde. Su barco atracará en Lirien un poco después del amanecer.

El mundo se estrecha de golpe. Apenas unas horas me separan de la condena. He de acudir rápido a los aposentos de Seldrin.

Me doy la vuelta sin darle a Akhir la satisfacción de una última mirada.

18. La investigación

El rumor de la ciudad me persigue mientras avanzo por los pasillos del palacio. Los jueces de los Altos Tribunales ya han entrado en Lirien y el miedo se palpa en cada esquina. Todas las doncellas con las que me cruzo bajan la vista al verme pasar. Los rumores se han extendido, todos saben que su reina camina hacia un juicio que podría destruirla.

Las preguntas se agolpan en mi cabeza mientras recorro los pasillos oscuros del palacio. ¿Cómo puedo asegurar mantener la boca de Seldrin cerrada? Si ha necesitado ver los ojos de Akhir para confirmar la existencia del bastardo es porque solo han de ser rumores y, como tal, será difícil que la gente se levante en rebelión solo por un rumor. Tengo que descubrir quién es ese bastardo para saber a qué me enfrento y valorar mis alternativas.

Pero ¿qué hiciste, padre? ¿Cómo pudiste dejarte engañar con algo así? ¿Acaso mamá, Camila y yo no éramos suficientes? Sé que Aldemar anhelaba un hijo varón. A pesar de mi corta edad, fui consciente de sus comentarios, de sus suspiros, de sus comparaciones con los reyes pasados y sus descendientes varones. Pero, tras el intento de asesinato que a punto estuvo de constarme la vida, algo en él cambió. Creo que comprendió que su amor por

nosotras estaba por encima de cualquier cuestión de género, de linajes o de herencias. ¿Pertenecía el bastardo a la época en la que aún soñaba con un heredero varón? Lo desconocía, pero necesitaba averiguarlo.

Camino hacia los aposentos de Seldrin y en cada paso parezco hundirme en arenas movedizas.

Cuando empujo la puerta, el aire cargado de incienso me envuelve. Las cortinas gruesas, de color púrpura, ahogan la luz del amanecer y el fuego de las velas tiembla en la penumbra. Seldrin me espera junto a una mesa cubierta de libros abiertos y restos de cera. También hay numerosos frascos con polvo de varios colores. No he sido entrenada en el arte de la Alquimia ni tampoco lo deseo, pero no me hace falta conocer sus entresijos para saber que esos frascos están llenos de *materia* mezclada con otros ingredientes alquímicos para conseguir diferentes objetivos.

Las manos del archimago, marcadas por decenas de tatuajes, se mueven con calma sobre un estilete de plata.

—Los jueces ya han entrado en la ciudad —le informo para dejar constancia de que el tiempo apremia.

Sonríe con esa mueca de superioridad que me exaspera, que me hace dudar de lo que estoy a punto de hacer.

Me señala una silla.

—Por favor, Alteza.

Obedezco. El corazón me late tan fuerte que temo que se oiga más que su murmullo en la lengua antigua. Calienta el filo del estilete en la llama de una vela que arde con fuego violeta. Está alimentada con *materia*.

—¿Confiáis en mí, Majestad? —La voz casi confundida con el crepitar del fuego.

No respondo. No quiero tener que mentir.

El estilete toca mi piel y un dolor seco me recorre como un rayo. La flor de azahar se disuelve ante mis ojos. Sus pétalos de tinta se esfuman como humo y dejan la piel lisa, blanca, sin una sola señal.

Antes de que recupere el aliento, Seldrin repite el gesto sobre el brazalete en forma de serpiente que Akhir dejó grabado tras la invocación. También es necesario que desaparezca si no quiero

levantar sospechas. Hasta donde conozco de las leyes de los Cuatro Reinos, no está prohibido que la reina cuente con ayuda de las Tierras Baldías, sobre todo porque esta siempre conlleva un alto precio; pero si los Altos Tribunales encuentran el sello de la invocación, pueden tener más motivos para pensar que la magia del Heraldo haya intervenido en la batalla. Es buena idea eliminarlo también.

Esta vez el dolor me arranca un gemido. Es mucho más lesivo que el anterior, como si hubiera echado raíces hacia el interior de mi cuerpo y lo estuvieran extirpando a base de fuerza bruta, arañando y arrastrando todo a su paso.

De pronto, todo cesa. Miro mi brazo: la piel está limpia, sin cicatrices, sin marcas. Nada me delata. Siento una extraña congoja al ver desaparecer la marca de Akhir, como si ya nada me atara a él, y me obligo a agitar la cabeza para dejar de tener ese tipo de pensamientos inconvenientes.

Alzo la vista y lo veo. En el cuello de Seldrin se ha dibujado un nuevo tatuaje: líneas entrelazadas formando el blasón de nuestra Casa, la luna envuelta en zarzas. Él lo roza con dos dedos, confirmando lo que ya sabíamos: que su conjuro ha dejado una marca.

Un escalofrío me recorre al comprender que mi vida ya no depende solo de mi silencio, sino también del suyo. Bastaría con que su boca dejara escapar un murmuro inadecuado a cualquier oído interesado y los jueces me condenarían. Esa amenaza invisible me oprime el pecho y me impide respirar con normalidad.

—¿Y si los jueces reconocen lo que significa? —pregunto, inquieta.

Él sonríe con desgana.

—No lo harán. Es imposible descifrar mi cuerpo.

Sé que debería estarle agradecida, acaba de salvarme de un destino funesto, pero no lo siento como un favor. Se ha llevado a cambio algo que podría destruirme.

—¿Qué harás con la información que tienes? —No puedo retener más tiempo la pregunta—. ¿Qué puedo hacer para comprar tu silencio, Seldrin? Eres ambicioso, ¿qué anhelas?

Por primera vez, sonríe de verdad. Una curva breve y peligrosa.

—Ahora mismo no tenéis nada que pueda querer, Alteza. —Sus palabras caen sobre mí, pesadas como losas.

—Debe haber algo… —Es casi una súplica. Estoy desesperada. Siento que el reino se me escapa de las manos sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—El problema, Alteza, es que nadie negocia con el perdedor y, ahora mismo, no encontraréis persona en el reino que apueste por vos.

Las paredes se me echan encima. La insolencia de Seldrin es la mayor evidencia de que está seguro de lo que dice. Nadie se atrevería a hablar así a una auténtica reina.

La angustia me oprime la garganta. El pecho me arde con cada respiración.

El archimago se sube el cuello de la túnica y me da la espalda. La puerta se cierra tras él y me deja sola en sus aposentos. Abatida. Me niego a creer sus palabras, pero en el fondo sé que son ciertas. Yo misma dudaría de una reina a la que investigan los Altos Tribunales, sobre todo porque esa reina aún no ha hecho nada por demostrar su valía salvo ser hija del antiguo rey, y eso, en estas circunstancias, vale menos que nada.

—Estoy sola… —Es más una sentencia que un lamento.

El único en quien puedo confiar es Akhir y eso me resulta más un tormento que un consuelo. El Heraldo Oscuro se ha convertido en la piedra angular de mi estrategia, en mi apoyo y mi defensa, pero siento que cada encuentro con él es una grieta más en mi entereza, en mi resistencia. La fuerza con la que mi alma y mi cuerpo lo reclaman no es algo que vaya a poder contener para siempre, y empeñarme en negar lo que siento empieza a no ser suficiente.

El tañido grave de las campanas me arranca de mis pensamientos. Una, dos, tres veces resuenan en el aire helado de Lirien, hasta que el sonido se mezcla con el rumor de voces y pasos. Los jueces de los Altos Tribunales han llegado.

No tengo tiempo para nada más. He de acudir al Salón de las Veinte Efigies para recibir a la comitiva de jueces. Sé que no tengo nada que temer. Mi piel está libre de marcas, pero cargo sobre la espalda el peso de lo que he hecho, y temo que sea tan evidente

que los jueces sospechen de mi falta y quieran indagar más. ¿Hasta qué punto puedo confiar en el silencio de Seldrin si lo ponen contra las cuerdas? ¿Si lo obligan a decidir entre él o yo? Tengo bastante clara la respuesta.

El camino hacia el Salón es difícil. Mi cabeza se llena de posibles escenarios, a cuál más doloroso y desalentador. Lo único común en todos ellos es la pérdida de la herencia de mi padre, mi fracaso como reina, y el sufrimiento de mi madre y mi hermana. Si yo pierdo la corona y me encierran, Camila perderá toda la validez para Rhogar, y se convertirá en poco más que una sirvienta que da de comer a los cerdos. La visión de su sufrimiento me envenena el alma.

Cuando entro a la sala del trono, todos los Consejeros están ya presentes, ocupando los primeros asientos. Theodemir me hace una seña para que me sitúe al lado del trono. Aún no puedo sentarme, no he sido coronada y no soy reina de pleno derecho.

—No mostréis temor —me susurra el viejo Theodemir. Le agradezco sus palabras, pero en sus ojos ya no veo el brillo de orgullo que mostraba antaño al mirarme. Se me parte el alma al pensar que lo he defraudado.

El bramido de un cuerno rompe el aire y las puertas del salón se abren con un silencio contenido, solemne.

Una larga comitiva de sirvientes y lacayos les sigue. Se detienen en la puerta, solo los tres jueces atraviesan el umbral.

Van vestidos con túnicas blancas ribeteadas en plata, tan impolutas que parecen ajenos a la suciedad que impregna las calles. Cada uno lleva en el pecho el sello de los Altos Tribunales. Un círculo con cuatro runas entrelazadas que representan los cuatro tipos de conjuros que pueden lanzarse: mayor, menor, perpetuo y creciente.

La creación de los Altos Tribunales de Alquimia está ligada a la batalla que estuvo a punto de destruir el mundo. En un conflicto civil entre los clanes del Reino del Norte, hechiceros de diferentes facciones enfrentaron dos Conjuros Crecientes que se retroalimentaron hasta hacer temblar los cimientos del viejo continente. Las montañas se resquebrajaron, los mares se alzaron contra las costas y el interior ardió durante meses. Aquel cataclismo

dejó cicatrices que aún hoy se perciben en la profundidad de los bosques y en la cadena montañosa que aísla a las Tierras Baldías. Para que nunca volviera a repetirse, se selló un juramento entre todos los reinos: la magia quedaría prohibida en los conflictos bélicos. Y para supervisar que nadie quebrante esta norma, nacieron los Altos Tribunales, cuya sede se encuentra en el Reino del Este.

Les concedieron soberanía absoluta para poder vigilar, juzgar y condenar incluso a reyes y reinas que osaran quebrantar el Pacto Anticataclismo. Desde entonces, su mera presencia en cualquier circunstancia es un recordatorio de que nadie, ni la sangre real, está por encima de esa ley.

Me mantengo imperturbable, con la frente erguida. No muestro la ansiedad que me devora por dentro. Soy lo más parecido a una reina que tiene el Oeste, aunque ya nadie crea en mí.

Los tres jueces se detienen a los pies de la escalinata que conduce a la plataforma del trono. El mayor de todos ellos toma la palabra para hacer las presentaciones. Su barba es amarilla y sus pequeños ojos me escrutan sin disimulo. La voz es grave y suena autoritaria.

—Mi nombre es Harald, de la casa Tirelian. Acudo a vos como responsable de una investigación por una posible violación del Tratado Anticataclismo. Me acompañan Lady Cristal y el conde Osvald, jueces superiores del Tribunal con más de veinte años de experiencia en estos asuntos. —Hace una pausa para indicar que el tiempo de las presentaciones ha terminado—. Lady Genoveva, de la Casa Velaryan, se os investiga por una doble denuncia. La primera, presentada por el rey Gorath del Reino del Norte. La segunda, añadida por el duque Rhogar, de la Casa Taurenhold. Ambas señalan la misma sospecha: el uso de la magia en un conflicto bélico. Acto prohibido por el Tratado Anticataclismo.

Mis Consejeros no se inmutan. La acusación no les pilla desprevenidos, los rumores no solo corren por los pasillos de palacio, anegan Lirien, cruzan fronteras. Mi nombre está ahora mismo en boca de todo el continente. No quiero mirarlos, no quiero ver sus gestos de asombro o, peor aún, de desprecio. Clavo las uñas en mis palmas para no dejar que el pulso me tiemble.

El juez continúa.

—El rey Gortah asegura que la llamada *lluvia de flores de azahar*, producida en el desfiladero de Aarán, fue fruto de magia invocada por vos o por alguien a vuestro servicio. El duque Rhogar, por su parte, añade que este incidente pone en duda la legitimidad de vuestra corona y pide que se os someta a investigación inmediata, incluyendo a todos vuestros consejeros.

Aprieto los labios hasta casi hacerlos sangrar.

—He escuchado las acusaciones —respondo—, y mi conciencia está limpia. Me someto de forma voluntaria al proceso de investigación.

Mi voz resuena más firme de lo que esperaba. Aun así, en mi interior sé que estoy atrapada en una red que se teje a mi alrededor desde hace tiempo, puede que desde el mismo momento en el que murió mi padre.

Muchos son los que han visto la debilidad de una reina joven y han considerado que es el momento adecuado para dar rienda suelta a sus ambiciones. Puede que tengan razón, pero no me voy a doblegar sin pelear. No fue eso lo que me enseñó mi padre.

Gorath, Rhogar, Seldrin… Todos juegan en mi contra. Todos tienen sus propios intereses, pero un objetivo común: que yo no alcance el trono. Cualquiera de ellos puede asestar la estocada final.

Mi rodilla está a punto de caer contra el suelo y no sé quién es el verdugo que llevará la espada.

El juez Harald se adelanta y sube al estrado hasta situarse frente a mí. No es más alto que yo, pero su aura infunde respeto. No me gusta su gesto despectivo ni sus aires de grandeza. No muestra signos de ser parcial.

—En ese caso, Genoveva de la Casa Velaryan, la investigación comienza en este mismo momento. —Sonríe y mis peores temores se confirman—. Proceded a desnudaros, por favor.

19. La caída

El llanto me desgarra la garganta como si fuera vidrio molido. Estoy sola en mis aposentos, las cortinas cerradas, el aire impregnado del olor rancio del sudor y del miedo. Las lágrimas corren por mis mejillas y caen sobre el suelo de piedra. Ni siquiera me molesto en secarlas.

Me miro en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. La reina del Oeste ya no está. Solo queda una figura rota, con mechones irregulares y un cráneo desnudo, marcado por las cuchillas de los jueces. Mis ojos arden, rojos, hundidos. Parezco un criminal, no una soberana.

Los recuerdos de la inspección se clavan en mí como puñales. Me obligaron a desnudarme frente a ellos. Sus manos frías recorrieron cada pliegue de mi piel, cada cicatriz, cada rincón oculto. Levantaron mis brazos, me forzaron a abrir las piernas, revisaron mi boca, mis uñas, mi sexo. Como si fuera un animal comprado en el mercado.

Y luego vino lo peor: el cuchillo contra mi cabeza, arrancando mechones, dejándome expuesta, humillada. Uno de los jueces murmuró que el cabello podía ocultar los tatuajes. Otro sonrió apenas, parecía satisfecho de poder doblegar a una reina, de que su

exceso de poder consiguiera reducirme a un guiñapo. Estoy segura de que mi humillación le excitó.

Asco es la palabra.

El Salón de las Veinte Efigies, el lugar que muestra al mundo el orgullo de los reyes pasados, nuestra noble herencia, se ha convertido en el escenario de mi descenso a los infiernos. El lugar de mi vergüenza.

Los murmullos de los consejeros se mezclaban con el eco de mis respiraciones entrecortadas. Los ojos de Seldrin brillaban con un deleite repugnante. Parece satisfecho de verme derrotada, menos que reina. Cada mirada clavada en mi desnudez fue una daga.

Me he pasado media vida entrenándome para mantener la compostura, para no temblar bajo la mirada de los hombres que ansían verme fallar. Pero allí, sobre ese estrado, mientras mi dignidad era arrancada con cada movimiento de sus manos, supe que ya no quedaba nada que pudiera salvar.

Me aferro a los pies de la cama, mis nudillos blancos, y pienso que cualquiera podría arrebatarme el trono ahora. Cualquiera con media palabra encontraría un séquito que le apoyara para desbancar a la reina humillada. Nadie me seguiría ahora. Nadie respeta a quien ha sido reducida a piel, huesos y vergüenza.

El peso de todas mis decisiones me cae encima. Invocar a Akhir. Pactar con los duques del norte. Entregar a Camila… Cada elección me ha llevado a este momento: una reina rapada, caída, escondida en una habitación mientras afuera el reino confabula su ruina.

Aprieto los dientes, pero el dolor no desaparece. La corona se ha vuelto una cadena que me ahoga. La siento más dolorosa que nunca a pesar de seguir invisible sobre mi cráneo desnudo.

Por primera vez desde la muerte de mi padre, me pregunto si todo no habría sido mejor sin mí.

—¿Así es como resiste una reina?

Su voz me corta la respiración. Aparece en medio de mis aposentos. La eterna sombra que nunca pide permiso. Me vuelvo hacia él con rabia, con el cabello rapado como símbolo de mi vergüenza.

—¡Fuera! —grito con la voz rota. Señalo la puerta como si pudiera imponerle mi voluntad, pero sé que no servirá de nada.

Lo último que necesito ahora es su presencia, el recordatorio de que ni siquiera soy dueña de mis sentimientos.

Akhir no se marcha, al contrario, avanza hacia mí con calma. Su silueta recortada contra la luz tenue del atardecer. Sus ojos dorados me recorren y se detienen en mi cráneo descubierto, en mis lágrimas, en mi humillación desnuda. Odio esa mirada porque no es de burla, no es de compasión, sino de algo que no sé nombrar.

—Te han destrozado —dice, y por primera vez su voz carece de arrogancia.

—¡Y es culpa tuya! —estallo, con la garganta abrasada—. Todo esto lo provocaste tú. Tú y tu maldito grimorio. Tú y tu estúpido consejo de aceptar el matrimonio de Camila. Si no hubieras aparecido en mi vida, nada de esto habría ocurrido.

Camino hacia él y le golpeo el pecho con mis puños. Una, dos, tres veces. Cada golpe es débil, sin fuerza, pero lleno de furia contenida.

—Me has arruinado. Has hecho de mí un títere, una presa. ¡Quizá estés aliado con Rhogar, con Seldrin, con Gorath mismo! ¡Quizá todo esto no sea más que un juego para ti, demonio!

Akhir no se aparta. Deja que mis manos le golpeen hasta que las atrapa con las suyas. Sus dedos rodean mis muñecas con firmeza, pero sin violencia. Su contacto es fuego contra mi piel.

—Si quisiera verte caer, no habría hecho nada en el desfiladero —responde con calma. Cada palabra pesada como hierro—. Habría dejado que las bestias te devoraran. Habría dejado que Rhogar recogiera tus huesos.

—¿Y por qué no lo hiciste? —escupo. Las lágrimas cayendo otra vez.

El silencio se extiende. Su rostro está a un palmo del mío. Su respiración me roza la piel. El calor de su cuerpo me envuelve.

—Porque no puedo —susurra. Y, por primera vez, siento que libra alguna especie de batalla en su interior que no atisbo siquiera a imaginar.

Su voz vibra en lo más profundo de mí. Siento que la tierra se abre bajo mis pies. Quiero apartarme, quiero gritarle que miente, que no

es más que un monstruo con ojos dorados. Pero no lo hago. No puedo.

—No uses mis sentimientos contra mí —le advierto, con un hilo de voz.

Él inclina apenas la cabeza. Su mirada fija en mis labios, tan cerca que basta un suspiro para romper la distancia. Por un instante, parece desear que el fuego nos consuma. Pero es solo un espejismo, se separa con brusquedad y gira la cabeza.

La tensión flota entre nosotros, afilada, insoportable.

El silencio me pesa más que cualquier palabra. Me rodeo con los brazos, buscando proteger lo poco que queda de mí.

—Vete —susurro, con un temblor que no consigo disimular—. Si te queda un gramo de compasión, vete.

Por primera vez, él obedece. No hay burla, no hay desafío. Solo un último vistazo, un destello dorado que arde en la penumbra, y después la nada.

Me dejo caer sobre el lecho, rota, y entierro el rostro en las manos. No me quedan fuerzas para odiarlo y ese es el peor castigo.

La reina del Oeste se ha desmoronado, y no sé si podré volver a levantarme.

20. Hasta el fondo

La capucha me cae sobre los ojos y me roba la mitad del mundo, justo lo que necesito. Desaparecer. Cruzo los pasillos en silencio y me cuelo por la zona del servicio y las caballerizas, justo por donde Ceryán me enseñó.

Camino junto a los muros, al amparo de sus sombras. Las suelas de mis botas apenas levantan polvo. Nadie me detiene. A estas horas los guardias bostezan, el sueño les come los párpados y yo solo soy una sombra más entre tantas.

La noche de Lirien late, la ciudad no duerme. El palacio queda atrás, marmóreo y apagado. En cuanto dejo atrás el puente sobre el río Verde, la piedra pulida se cubre de musgo, los arcos pierden grandeza y las calles se estrechan. Los arrabales me reciben con un olor a madera húmeda, grasa recalentada y vino barato. Un perro flacucho husmea un montón de harapos, dos niños se persiguen descalzos con un trozo de cuerda. Nadie mira dos veces a una mujer con capucha. Aquí fuera nadie mira nada dos veces.

Respiro ese aire turbio hasta que me escuece la garganta. Quiero que duela. Quiero callar la imagen del estrado, de sus manos sobre mi piel desnuda, de la cuchilla despojándome del pelo… Quiero olvidar que soy reina. Quiero volver a ser la muchacha que venía

aquí con Ceryán. Él me enseñó los pliegues de estas calles con la naturalidad con la que mis tutores me enseñaron la historia antigua.

Reíamos por tonterías, bebíamos sorbos cortos, nos escondíamos de los guardias de mi padre y del amanecer. Recuerdo el calor de su risa, la naturalidad con la que me ofrecía la mano para saltar un charco, olvidando que era la princesa. No sabíamos nada de grimorios, de tribunales de magia ni de guerras.

Cómo me duele su ausencia. Tal vez por eso me he escapado, por eso he venido hasta aquí, para buscar un fantasma que me devuelva a aquella versión mía que aún no estaba rota.

La puerta de la taberna chirría. Dentro humo, hollín en las vigas, una lámpara que chorrea cera derretida. Mesas cojas, una fila de jarras melladas y hombres rudos que hablan alto. Una mujer de caderas anchas se contonea al ritmo de las cuerdas de un juglar mientras limpia un vaso con un trapo negro. Me acerco a la barra y levanto dos dedos. No me pregunta nada. Una jarra aparece a mi lado con olor a uva pasada.

El primer trago me rasga la lengua, pero no cierro los ojos. Necesito sentir el arañazo. El segundo ya baja mejor y deja calor. El tercero consigue comenzar a calmar la marejada de mi interior; y el último va eliminando algunos pensamientos. Pero es demasiado poco.

Levanto de nuevo los dedos. La mujer de la barra aquea las cejas, pero obedece. El vino se vuelve un río manso que me atraviesa.

La taberna bulle en jolgorio y yo me bajo un poco más la capucha. Quiero volverme invisible.

Un juego de dados estalla de vez en cuando en carcajadas roncas. Un mercader cuenta una historia que nadie escucha. A mi derecha, dos hombres discuten en voz baja. Atrapo palabras sueltas: reina, flores, juicio. Me revuelve el estómago, pero no me muevo. Añado un quinto trago para aplastar las sílabas. Me gusta el peso de la jarra en la mano. Me gusta no pensar.

Encojo los hombros para ocupar menos. El líquido pegajoso de la barra se me queda en los dedos. Un trozo de pan duro cae al suelo y alguien lo pisa. Me acuerdo del salón del trono y me entran ganas de reír por lo absurdo que suena en mi propia cabeza. Oro, seda,

coronas, y yo aquí, bebiendo vinagre con desconocidos, deseando no existir por un rato.

La mujer de la barra me mira con curiosidad.

—¿Quieres algo más fuerte?

—Quiero algo que me tumbe —respondo decidida a dejar el mundo atrás.

Me lo sirve. La bebida me tiñe los labios con el color del fuego. Así baja ardiendo por la garganta. Vuelven unas risas, esta vez más cerca. Un hombro me roza la espalda. Huele a lana húmeda y a piel sin lavar. No me giro. No voy a buscar pelea. No estoy aquí para eso. Estoy aquí para hundirme.

Pienso en mi madre. En su voz que nunca tiembla. Pensará que lloro aún. Pienso en Camila. En su manera de creer que todo puede arreglarse con una sonrisa y una palabra amable. Tengo que apartar su imagen. Las quiero lejos de mí.

Otro trago. Las luces se separan en halos. El humo se hace espeso, me dibuja sombras en los bordes de la visión. Un hombre canta un fragmento de balada norteña. Me muerdo el labio y la sangre me sabe a metal.

Después de tres tragos, la lengua empieza a tropezar. El mundo se inclina lo justo para que el suelo no se encuentre con mi cara. Un hombre se sienta a un taburete de distancia. No disimula que mira mis manos. Tengo dedos de reina, aunque vaya con capucha. No hay nada que pueda hacer con eso. Otro hombre se coloca al otro lado. El aire a mi alrededor cambia de temperatura. Me termino la bebida de un trago para no pensarlo mucho.

Los oigo hablar entre ellos.

—… dicen que lloraba como una niña cuando le raparon la cabeza. Esa es la reina que nos espera.

El otro suelta una carcajada seca a un palmo de mi cara.

—¡Y desnuda! Delante de toda la corte. —Vuelve a reír—. Habría dado lo que fuera por ver ese culo real.

Ambos estallan en sendas risotadas y yo siento que la sangre hierve dentro de mí. Me levanto, tambaleante pero firme, y me yergo delante de ellos.

—Cuidad vuestras lenguas. —La mía se traba menos de lo que esperaba, o al menos esa es mi percepción desde dentro—. La reina no es tema para charlatanes de taberna.

Los dos me observan con desdén. Uno de ellos me lanza un escupitajo a las botas.

—Tenemos aquí a una monárquica leal —exclama—. Lástima que no sea más que una puta borracha con capa de mercado.

El otro se levanta despacio, con gesto peligroso.

—¿O es que solo quieres molestarnos? —Me empuja con el hombro —. Me cuesta creer que defiendas a una marioneta que hasta su madre debe maldecir por débil.

La rabia me nubla. Sin darme tiempo a pensarlo, alzo la mano y le cruzo la cara. El golpe no es fuerte, pero el silencio que sigue lo magnifica. El segundo me agarra del brazo y levanta el puño.

—No sabes lo que has hecho, zorra.

Mi mano libre busca en el cinturón por instinto, pero no hay espada. No hay daga. Dejé todo atrás porque quería ser nadie y ahora no puedo defenderme.

Me empujan hasta la puerta trasera y me arrojan al suelo. El callejón huele a agua estancada y a orín de gato. Me arrastro hasta la pared más cercana, que me ofrece una espalda áspera donde apoyar la nuca. Espero su ataque con la calma del que va a recibir lo que esperaba, lo que estaba buscando. Aprieto la mandíbula mientras se acerca y percibo su olor agrio.

Entonces, la noche cambia.

No lo oigo llegar, pero lo siento. Mi cuerpo ha aprendido a reconocerlo. Las sombras del callejón adquieren peso y el aire gana temperatura de golpe. Los dos hombres se tensan y vuelven la cabeza. A mí no me hace falta. Yo ya sé.

Akhir está ahí. Sus ojos sostienen la poca luz que hay. No dice nada, solo avanza hacia ellos. El primero no alcanza a alzar el puño. Un impacto seco lo dobla por la mitad y cae sobre un charco de agua negra. El segundo saca una navaja, pero no llega a blandirla. Akhir se la quita de un manotazo brusco y lo lanza contra la pared. El ladrillo responde con un golpe hueco. El hombre se desliza hasta

caer sentado, con la boca abierta sin sonido. En el suelo, la navaja brilla un segundo antes de apagarse.

—Largaos —dice.

No alza la voz. No hace falta. Los dos hombres se esfuman, torpes, tropezando con sus propias botas sin mirar atrás.

La capucha ha caído un poco y el aire frío me pega en la cabeza desnuda. Akhir se acerca para intentar levantarme, pero le rechazo y me levanto por mis propios medios. Me mantengo con la espalda apoyada en la pared como referencia para no perder el equilibrio.

—No te pedí que aparecieras —le recrimino. Deseaba sentir el dolor de sus golpes, de redimirme en el sufrimiento.

—Nunca lo haces.

—No, nunca lo hago. Y, sin embargo, ahí estás una y otra vez, despertando un deseo que cada vez es más difícil de controlar.

Doy un paso. La pared me suelta. Estoy demasiado cerca. Su presencia me ocupa la piel. Huele a metal tibio, a tormenta. Algo me sube desde el estómago al pecho, una mezcla de impulso y rencor. Quiero borrar esa arrogancia. Quiero despojarle de su aura de misterio y prohibición, que no sea más que un lacayo cualquiera.

Lo agarro por el cuello y lo beso.

No hay delicadeza ahí. Pongo la rabia, la humillación, el asco por mí.

Su boca responde con calor real. Sus manos no me tocan primero; pero cuando lo hacen, me rodean sin apretar. El callejón desaparece, el frío también. Hay un latido que no distingo si es mío o suyo. Abro más la boca. Él también. La pared ya no me sostiene; me sostiene él. Por un instante, me pierdo adrede.

Se aparta.

No retrocede mucho, un palmo, lo justo para que el aire vuelva a existir entre nosotros. Sus ojos arden y, aun así, parecen apagarse. Volverse humo.

—No —dice con la voz rota—. No así.

—¿Así cómo? —mi voz sale áspera—. ¿Sucio? ¿Indigno? ¿Conveniente para un demonio que no siente?

—Destructivo —responde—. No me utilices para tocar fondo. Tú vales más que todo esto.

La sangre me golpea las sienes. Estoy muy borracha para hilar argumentos. Estoy muy sobria para no entender la frase. Lo odio por no dejarme caer en el último pozo que me faltaba.

—¿Qué sabes tú, demonio, de lo que valgo o no? —escupo—. No eres más que un heraldo del infierno que no entiende la complejidad del alma.

Él me mira un segundo más. Baja la vista a mi boca, vuelve a subir. La hebra roja que le cruza el iris reluce.

—Sé más de lo que crees —dice—. Sé que el amor es un sentimiento oscuro que puede destruir al más poderoso de los hombres.

Ak Hiraín. En mi cabeza resuena el título con el que Seldrin lo nombró. *Hijo de Reyes*. ¿Será cierto que antes de convertirse en un Heraldo Oscuro fue un hombre, un rey?

—No soy tu salida —continúa—. No quiero ser la daga ni la hoguera.

Da un paso atrás y se marcha. No con humo ni con artificios. Se va como un hombre que decide no quedarse y me deja sola con el pulso acelerado.

Apoyo la frente en la piedra. Me arden los labios. Me limpio la boca con el dorso de la mano y saboreo de nuevo el candor de las brasas. Busco aire a bocanadas. Me coloco bien la capucha y camino en busca de aire frío.

El regreso a palacio es una cuesta sin fin. Lirien bosteza bajo faroles pálidos. Un borracho canta una mitad de canción y se olvida la otra. Subo la escalinata por el lateral para no cruzar el patio central. Las manos me tiemblan cuando empujo la puerta de mis aposentos.

Me quito las botas y las dejo en el suelo. El espejo me devuelve una sombra con ojos enormes, oscurecidos. Me inclino sobre la palangana, llena de agua helada, y sumerjo la cara hasta que consigo aplacar el ardor que me enciende.

El estómago se subleva y vomito a un lado. Vacío vino, vacío orgullo… lo vacío todo.

Me siento en el incómodo banco de madera bajo la ventana y el beso vuelve como una bofetada. La forma en la que me apartó. La

claridad en esos ojos, casi humana.

Me pregunto qué era exactamente lo yo que buscaba con aquel beso y no hay respuesta de la que no me arrepienta.

Apoyo la espalda en la dura piedra mientras pienso en Akhir negándose a ser utilizado. Me duele que haya sido capaz de rechazarme con tanta facilidad.

Parpadeo y la noche cambia de textura. El sueño llega a trompicones. No descanso. No sueño. Me apago.

21. El renacer

Unas manos firmes me despiertan. El olor a rododendros ha llegado antes que ella, limpio, ajeno al aire viciado de mis aposentos. Descorre las cortinas con una energía que admiro, que ya no encuentro dentro de mí.

No levanto la cabeza. Sigo en el banco bajo la ventana, con la espalda helada por el muro frío y la vista clavada en un punto cualquiera del suelo. Aún llevo puesta la manta que cubre mi cabeza desnuda, y siento que pesa más que una cota de malla.

—Basta. —La voz de la reina viuda Alisée colma la habitación.

No hay dulzura, pero tampoco crueldad. Es hartazgo. Levanto la vista. Mi madre avanza sin prisa hacia mí desde la última ventana abierta. Su porte regio la sigue a todas partes. Envidio su entereza, su manera de hacer frente a todos los golpes.

Recorre la estancia con los ojos: la palangana de agua, las botas, el charco de vómito… Luego llega a mí y su mirada no intenta esconder el dolor que le produce encontrarme así, encogida, con la cabeza rapada oculta bajo la manta. Puede que haya sido el verdugo que ha entregado a su querida Camila a los lobos, pero también soy su hija y sufre con mi dolor como cualquier madre.

Le tiembla un poco la comisura de la boca.

—Levántate.

No obedezco al instante. Temo que el mundo mismo patine en cuanto intente incorporarme. Ella no repite la orden, pero me ofrece la mano. Sus dedos están fríos y su fuerza es la de siempre. Tomo aire. Me pongo en pie con el estómago y la angustia rugiendo al unísono. Alma y cuerpo protestan con las mismas armas.

La manta resbala y deja al descubierto la piel desnuda de mi cabeza. Un latido me arde en la sien, recuerdo del acero que pasó por ahí.

—Mírame —dice.

Obedezco.

—Hoy te devuelvo lo que te han querido quitar.

La vergüenza me llena los ojos de lágrimas. He traicionado a esta familia, he desprestigiado el nombre de nuestra casa cubriéndolo con sospechas e ignominias y, a pesar de ello, a pesar de todas las humillaciones, ella ha acudido sacarme del abismo en el que ardo.

No me lo merezco.

Se inclina sobre un cofre que no había visto en sus brazos y lo abre. Dentro aparece una delicada seda roja sin brillo, es el rojo de la carne herida y del vino. A un lado, sobre una pequeña almohadilla, el emblema de nuestra casa en plata oscura. Espinas minúsculas, trabajadas con paciencia, atrapan una luna pulida y brillante.

Mi madre deja el cobre sobre la cama y extiende la tela roja. Su olor a flores despeja un poco más sin sentidos embotados.

—Siéntate —me pide sin alzar la voz, sin exigir.

Me coloco sobre el colchón y ella se queda de pie a mi lado. Me inclina la cabeza con suavidad y yo me dejo hacer. La seda me toca la piel y me estremezco. Trabaja despacio. Tensa, envuelve, anuda. Cada vuelta recoge algo que creía perdido: pudor, dignidad, fortaleza. Oigo su respiración concentrada y siento el peso leve de la seda calmar el ardor de la piel rapada.

—Cuando entré en la habitación —susurra sin parar las manos— y vi a tu padre tirado en el suelo, supe que estaba muerto. Pensé que mi vida acababa en ese momento. Él era la luz de mis días, mi

alegría, mi devoción. Creí que su ausencia me devoraría, que no sería capaz de levantarme. Pero aquí estoy, Genoveva, en pie y caminando.

—Yo no soy tú —respondo. No intento herirla. Es la única verdad que tengo.

—No. —Toma la hebra final, tira y asegura el nudo—. Eres más fuerte. No te estás enfrentando a la muerte, todavía lo puedes solucionar.

Niego, pero la hebra me sujeta el gesto. Me retiene.

—No tengo apoyos. El reino entero confabula para derrocarme.

Mi madre no discute. Toma el emblema de la luna y las zarzas y lo coloca delante de mí para que pueda verlo. Las espinas son finas, casi invisibles, pero están. La luna tiene una grieta en el borde; un artesano la dejó para corregir un exceso de metal. Mi madre no la pidió pulir. La dejó ahí. La conozco. Es su forma de decir que la perfección miente.

—Este broche pasó por las manos de tu abuela en la coronación del rey Almar —murmura—. Lo llevó en el nacimiento de tu padre. Lo clavé en mi velo el día que accedí a ser reina consorte. No es un adorno, es un recuerdo. La luna te recuerda que la noche no es eterna. Las zarzas, que nuestro contacto muerde.

Aproxima la pieza sobre el turbante, sobre la sien derecha. La aguja atraviesa la tela y se ancla.

Mi madre se separa un paso y me mira entera. No sonríe, solo asiente.

—Termina de llorar y levántate.

Me vuelvo hacia el espejo alto del tocador. La mujer que me mira no es la que se dejó rapar sin pestañear. No es ni mejor ni peor, es distinta. El rojo me abraza la cabeza. La luna brilla opaca. Las espinas dibujan un círculo perfecto sin ternura. Mis ojos están hinchados, pero abiertos. No soy hermosa hoy. Solo una superviviente una vez más.

—No sé si estoy preparada —me resisto—. No he hecho más que equivocarme en todas las decisiones que he tomado desde que papá murió. ¿Qué clase de reina soy?

—De las que aprende con cada error —me responde—. ¿Crees que tu padre no erró?

Estoy tentada de preguntarle por ese hijo bastardo que no deja de perseguirme, pero no creo que ella sea la persona adecuada para tratar ese tema. Me muerdo la lengua.

—La muerte de Ceryán me pesa como una losa… —digo apenas audible—. La traición a Camila…

—Pues sigue peleando por ellos y hónrales.

El silencio se asienta entre nosotras. Detrás de la puerta oigo a alguien cruzar el corredor; por la ventana se cuela el batir de los metales en el patio, el rumor de las calles… La vida insiste en seguir. Odio esa insistencia y, sin embargo, la necesito.

—El rojo te sienta bien —añade. Es la primera vez que la oigo concederme algo cercano a un halago—. Hace que nadie se fije en tu cabeza.

—Preguntarán de todos modos, cuchichearán a mi espalda.

—Que lo hagan. —Una chispa se enciende en sus ojos—. A ti todo eso no te hiere.

Me acerca una túnica de lana negra, lisa, sin adornos. Me ayuda a meter los brazos y ajusta el cinturón de cuero.

—¿Puedes aguantar? Ahí fuera los jueces del Alto Tribunal siguen indagando. Que te vean erguida, digna. No han sesgado nada en ti, todo lo contrario, lo han embravecido.

—Aguantaré. —No me queda otra.

La luz gris de la mañana entra a raudales por las ventanas e ilumina el polvo en el aire y las marcas del suelo. Ilumina mi turbante. El rojo resiste.

Mi madre me ofrece el brazo.

—Te acompaño hasta el umbral —dice—. Después, vas sola.

Acepto su brazo. Sus dedos me sujetan mucho más que el cuerpo. Llegamos a la puerta. La abre. En el pasillo se respira el olor de la piedra húmeda. La reina viuda Alisée se detiene y me mira una última vez de arriba abajo, de broche a zapatos.

—No consiste en olvidar —susurra—. Consiste en sacar fortaleza de cada error.

—Me estás pidiendo algo imposible.

—Exacto —responde—. Eso es gobernar.

Suelto su brazo. Doy un paso. Luego otro. El turbante pesa lo justo, lo necesario para que sepa que está ahí. El rojo me sostiene.

—Bien —digo—. Empezamos.

El frío pasillo se extiende ante mí. Hay un latido que recupera el compás. No estoy curada. Estoy de pie. Y hoy basta con eso.

No puedo verle, pero sé que, en la sombra, los ojos de Akhir me observan y quizás se alegren de verme resurgir.

El corredor que conduce al salón del trono resuena hueco bajo mis pasos. Todavía mantengo el impulso de las palabras de aliento de mi madre, pero temo que, ante la más mínima brisa, toda esta fachada impostada se acabe desmoronando. Respiro demasiado deprisa para el gesto sereno que me obligo a sostener.

Al llegar al final, la puerta doble de roble permanece cerrada. Detrás de ella, los jueces del Alto Tribunal continúan su escrutinio. Han pasado por allí todos mis consejeros, tanto los que estuvieron en el norte como los que permanecieron en Lirien. Ninguno se ha librado de sus preguntas. También ha sido requerida la presencia de los duques del norte, ya que fue en sus tierras donde se llevó a cabo la supuesta infracción. Es de ellos de quien más temo las respuestas. En especial, la declaración de Rhogar.

Maldito bastardo desagradecido. Esa lluvia de flores le salvó la vida y aun así declara contra mí. Debería haberlo dejado morir en el desfiladero. Debería habernos dejado morir a ambos…

Frente a la puerta, de pie y en silencio, está Helmor. Tardo un instante en reconocerlo. No es solo porque esté desprovisto de su habitual armadura, ni por las sombras bajo los ojos: es la ausencia de su barba rojiza, la misma que le ha acompañado desde que tengo memoria. El filo de los jueces se la ha llevado también, buscando marcas ocultas bajo cada cabello. Su rostro parece más joven, pero también más vulnerable. Ya no veo en él al experimentado senescal de guerra.

—Helmor… —susurro con un hilo de vergüenza atravesándome la garganta. Me acerco despacio, con pesadumbre—. Siento que os estén haciendo pasar por esto. No debería haberos arrastrado.

Él me mira con gesto cansado, pero en sus ojos no hay reproche. Endereza los hombros, como si quisiera devolverme parte de la dignidad que he perdido.

—No pidáis perdón, Alteza. Si Gorath y Rhogar creen que pueden humillaros, es que no conocen la casta de la casa Velaryan.

—No os negaré que me pesa esta humillación, pero también la vuestra. Habréis de odiarme por esto.

Sonríe mientras se encoje de hombros.

—Si lo que teméis es que se quiebre nuestra lealtad, os diré que hace falta más que una navaja para arrancarla.

La firmeza en su voz me hiere de gratitud. Bajo la mirada un instante, incapaz de sostenerla. Sus palabras actúan como un remanso en las aguas tormentosas que se agitan dentro de mí. Me hace sentir que aún hay personas fieles a mí, personas por las que seguir luchando.

—¿Cómo va el juicio? —pregunto al fin, con la garganta seca.

Helmor exhala despacio.

—Mejor de lo que cabría esperar. Han interrogado ya a todos los consejeros y no han hallado nada que confirme sus sospechas. Mientras no aparezcan pruebas de magia, todo quedará en palabras. Mañana declaran los nobles del norte.

Tuerzo el gesto.

—Son ellos a quienes más temo.

El antiguo senescal se encoje de hombros, abandonado a la resignación.

—Nada hay que podamos hacer, solo esperar.

Me observa en silencio. Hay algo más que quiere decir, pero parece buscar el valor para hacerlo.

—¿Qué pasa, Helmor? —le animo.

—Hay otro peligro que no podemos ignorar.

Así que se trataba de eso.

—Los rumores —adivino.

—Son cada vez más fuertes. El bastardo. Durante el reinado de vuestro padre los rumores fueron constantes, pero él supo acallarlos con concesiones a veces y con represiones otras. En estos momentos de debilidad de la corona —lo dice desviando la mirada,

para que evitarme la molestia de una verdad que ya he asumido— los rumores toman más fuerza y más importancia, ya que, si alguien llegara a demostrar que existe de verdad, el conflicto ser volvería imposible de contener.

Pienso en Seldrin y en la información que posee. No puede obligar a Akhir a hablar mientras yo tenga el grimorio, pero quizás no le haga falta, quizás con señalar la evidencia de su hebra roja sea suficiente para que la gente lo crea y le siga.

—¿Sabéis quién es el bastardo? —Es la pregunta que me quita el sueño cada noche.

Helmor niega con un movimiento seco de cabeza.

—No creo que nadie en todo Lirien lo sepa, aunque quizás me equivoque. Si queréis mi opinión, creo que la única que puede saberlo es la duquesa de Maredur. Es la que más cerca estuvo siempre de vuestro padre. Si hay alguien a quien Aldemar confiara ese secreto, tuvo que ser ella.

Estoy de acuerdo con él. En la conversación que tuve con ella en su fortaleza, me dio la impresión de que sabía más de lo que quería o podía contarme. Ella tiene que saberlo.

—Aprovechad que acaba de llegar a Lirien para el juicio —continúa Helmor—. Preguntadle. Si existe ese niño, si de verdad hay sangre real oculta en otro linaje, más vale que lo sepamos antes de que otros lo usen contra vos. Quizás aún estamos a tiempo de detenerlo.

Miro la puerta cerrada, pesada, donde los jueces siguen escarbando en mi vida y tratando de hallar evidencias de mi pecado. Y pienso en Maireen, en sus ojos níveos que parecen esconder más de lo que muestran.

—¿Sabéis donde se hospeda? —pregunto.

—En la posada La Oca de Oro. He mandado una escolta a su puerta esta misma mañana para asegurar su protección.

Asiento mientras Helmor inclina la cabeza en un gesto de respeto. Su rostro, sin barba, parece despojado de un escudo, pero su voz sigue tan firme como siempre.

—La defensa del reino necesita que vos sepáis la verdad, Alteza. Antes de que la verdad se imponga por sí sola.

El consejero se aleja por el pasillo y de deja sola frente a la puerta cerrada, con la certeza de que Maireen vuelve a ser la llave de mi salvación.

22. Confesiones

El atardecer cae a cuchilladas de luz intensa sobre Lirien. En mis aposentos, las paredes devuelven un resplandor anaranjado que hace arder el rojo del turbante. Abro el armario y extiendo sobre la cama una capa negra de lana, unos guantes de cuero y el pequeño cinturón del muslo para la daga. No voy de fiesta. Me visto para pasar desapercibida en las calles de Lirien y acudir al encuentro de la única persona que puede arrojar algo de luz a las tinieblas que gobiernan mi vida.

Por la ventana se cuela el rumor de la ciudad, que sube amortiguado. Carros que crujen, voces cansadas, una campana lejana que marca la hora. La vida sigue fuera de los muros del palacio y es inútil que yo trate de detenerla dentro. Si no avanzo con ella, solo seré olvido.

Respiro hondo. Estoy nerviosa. Salí airosa del primer encuentro con Maireen. Conseguí su promesa de protección sobre Camila y no tuve que ceder nada a cambio, pero tengo la impresión de que esta vez no será tan sencillo. Le voy a pedir algo que no va a estar dispuesta a dar: que traicione a mi padre.

Me sitúo frente al espejo. Me abrocho los cordones de las botas, escondo la daga corta en el cinturón del muslo y me coloco la capa sobre los hombros. Con su capucha oculto el turbante y gano la discreción que necesito. Estoy lista.

—No vayas.

La voz procede de mi espalda, pero no me sobresalto. El espejo lo delata. Akhir está apoyado en el marco de la ventana, su silueta oscura se perfila contra el cielo que sangra.

—Te encanta elegir la hora en la que resultas más inoportuno —respondo mientras me aseguro de que la capucha queda bien sujeta.

—Solo he venido a advertirte del error que cometes. Esa verdad no tiene marcha atrás, no hay camino de vuelta.

Me giro para mirarlo de frente. Lucho contra el poder magnético de su presencia.

—¿Y qué quieres que haga, Akhir? No puedo ignorar la amenaza del bastardo como si no fuese un peligro real. Tengo que entender lo que hizo mi padre para poder combatirlo.

—El conocimiento no siempre sirve, a veces rompe.

—Entonces me romperé. —Cojo el bolso—. Ya he aprendido a juntar los trozos.

—Hay grietas que no pueden volver a cerrarse.

—¡Basta, Akhir! —Camino hacia la puerta, hacia él—. ¿Tan terrible es ese secreto de mi padre?

No parpadea, pero sus pupilas no dejan de arder. El hilo rojo cruza su iris como una fisura que no cicatriza.

—¿Qué temes que ocurra si lo descubro? —insisto—. Ese conocimiento debería ayudarme a ser coronada antes, a que consiguieras más rápido tu alma…

—¿Crees que el alma me importa algo en este momento? —estalla, enfadado como nunca lo había visto antes.

—Entonces ¿qué es, Akhir? ¿Qué puede ser más importante para ti que el alma prometida? ¿Quién es el bastardo y por qué no quieres que lo descubra?

Me cruzo de brazos esperando una respuesta que no llega.

—Si no me das motivos —insisto—, me estás pidiendo obediencia ciega.

—No —aprieta los dientes—. Te estoy pidiendo prudencia.

—Es lo mismo con otras palabras.

Silencio. La luz del atardecer se apaga un tono. Escucho el leve golpeteo de mi pulso en la oreja. En otra circunstancia, dejaría la discusión aquí y me marcharía con el objetivo claro de hacer lo que tengo que hacer. Pero en esta ocasión, no. Estoy harta de sus juegos.

—Sabes que podría obligarte a hablar —digo, muy bajo—. Tengo el grimorio.

El oro de sus ojos no cambia, pero sí su entereza. Tensa los músculos de su cuello como un animal que deja de respirar para no atraer a los cazadores.

—No lo hagas. —Y por segunda vez en aquella tensa conversación, la voz de Akhir suena a súplica.

Me pregunto qué infamia esconde ese secreto para que Akhir se haya rebajado a eso. Qué puede ser tan terrible para que un Heraldo de las Tierras Baldías se doblegue ante una mortal y le pida mantenerlo oculto.

—¿Qué temes? —pregunto.

La habitación respira con nosotros. Siento su proximidad como un arma de doble filo: lo odio, pero me atrae. Me acerco otro medio paso. No hay armadura entre su pecho y el mío, solo aire. Él se mantiene imperturbable junto al marco de la ventana.

—Que me obligues a decir lo que no debes oír. —Su voz no tiembla, pero ha perdido toda su arrogancia—. Que te hieras por conocerlo y… que me hiera por revelarlo.

Aguardo un instante con el corazón desbocado. ¿Le he entendido bien?

—Tú… ¿puedes herirte?

Sus labios se curvan apenas y dibujan algo parecido a una mueca. Sostiene mi mirada un segundo y la desliza hasta mi boca. Luego me estudia la línea del cuello y la clavícula tensa. No hay pudor, pero intuyo una especie de contención. El aire se espesa y me cuesta respirar.

—Tú puedes herirme —responde.

La noche cae del todo. En el patio, una antorcha chisporrotea. El silencio pesa.

—Dijiste que los Heraldos no podían sentir…

—No hablo de sentimientos comunes, Genoveva —Escuchar mi nombre en su boca me produce un escalofrío que me recorre el cuerpo—. Hay muchas maneras de sentir: escucho el canto de los pájaros, vislumbro el oro del amanecer, noto la brisa enredándose en tu pelo, veo tus lágrimas y tus sacrificios…

No sé quién rompe la distancia. Tal vez ninguno, tal vez los dos. Solo sé que mi mano encuentra su cuello y su pulso late vivo bajo mi piel. Su frente se inclina hasta tocar la mía. El contacto es mínimo, pero lo incendia todo. Lucho contra ese sentimiento con toda la fuerza que me queda. No puedo dejarme arrastrar por una pasión que no tiene futuro, que no me lleva a ningún otro sitio que no sea a una lenta destrucción de mi alma.

Akhir cierra los ojos y veo la hebra brillar durante un segundo antes de desaparecer bajo sus párpados.

—No puedes pedirme que no vaya —susurro.

—Sí puedo pedírtelo. —Su respiración me roza—. Pero no puedo detenerte.

Me separo despacio. La falta de su calor duele.

La puerta me espera. El grimorio dormita donde lo escondí, pero siento su peso como si lo llevara encima. No lo usaré. No hoy. Necesito oír lo que Maireen tiene que contarme, no los silencios tensos y las medias verdades de Akhir.

Salgo al corredor. Mi escolta de Águilas Grises me seguirá hasta la casa de la duquesa, pero sé que, en la sombra, el resplandor de dos ojos dorados tampoco dejará de vigilarme.

La Oca de Oro se levanta al borde del barrio mercante. Su aspecto es el de un palacete a pie de calle, sin jardines ni verjas perimetrales. El letrero, una oca estampada con pan de oro, reluce incluso con el cielo encapotado o a la luz de las antorchas, como es el caso. Bajo el letrero, dos puertas de roble con herrajes labrados se abren y cierran sin descanso. Se dice que aquí comen los nobles cuando no quieren deber favores a la corona o a ningún duque; o que aquí se firman pactos que no figuran en ninguna crónica. En este lugar, la discreción vale más que el vino.

Cruzo el umbral y la calidez me golpea la cara. Huele a pan recién horneado, a especias dulces y a carne de caza con salsa oscura. Las paredes están recubiertas de madera encerada y hay tapices colgados con escenas de cetrería; el suelo es de losas negras y luce tan brillante que seguro que hay alguien muy entregado en mantenerlo sin una sola mancha. Un arpa murmura en la galería alta, casi ahogada por el rumor de las conversaciones en baja voz de las mesas. Sobre ellas, se lucen manteles de lino y cubiertos de plata que brillan sin ostentación. La mejor de la ciudad, sin duda. La clase de lugar donde nadie mira demasiado y, a la vez, todos ven lo necesario.

Un criado con librea verde y blanca me reconoce al instante, aunque la capa oculta el broche del turbante. No pronuncia mi nombre, solo inclina la cabeza con una reverencia y se acerca despacio.

—¿Qué desea? —pregunta en voz baja, cauteloso.

—Quiero ver a la duquesa de Maredur.

Asiente y me conduce por una escalera lateral, lejos de la vista del salón principal.

Subimos a un corredor mullido con alfombras de lana de zorro. Dos lámparas de aceite perfuman la penumbra con sándalo. El criado llama a una puerta. En el interior se escucha una voz apagada.

—Adelante.

Se disculpa por hacerme esperar y se introduce sigiloso en el cuarto. Aparece dos minutos después y, sin esperar respuesta, deja la puerta abierta y se retira.

La habitación de Maireen no es grande, pero lo parece. Ha mandado retirar la cama del centro para acercarla a un ventanal desde donde se observan los tejados de Lirien. La vista no es especialmente bonita, pero se observa la luna brillar en el cielo. Un fuego arde en un brasero junto a la pared y, delante, hay una mesa baja con bandejas de fruta invernal, nueces y varias copas de cristal vacías. Sobre las paredes, hay tapices con la misma temática que los del salón principal. Una lámpara de piel de pez vela la luz y vuelve doradas las sombras.

Maireen está sentada en un diván, de lado, con el cabello rojo recogido en una trenza gruesa. Su vestido es de un verde oscuro que parece negro y, como en nuestro último encuentro, no lleva ningún tipo de joya en el cuello ni en las manos, solo el broche en forma de espiral.

Cuando me ve, sonríe sin enseñar los dientes.

—Alteza —me saluda, usando por fin un título, no en vano ya no estamos en sus territorios sino en los míos—. No esperaba vuestra visita.

—Espero que no os incomode —respondo, solícita. Necesito tenerla complacida y con ganas de hablar.

Maireen hace un gesto con la mano y dos criadas aparecen desde una puerta interior. Una trae una jarra de vino tibio con especias y la otra, agua caliente en un cuenco esmaltado. Maireen no deja que se acerquen mucho. Indica la mesa junto al brasero para que depositen lo que traen y las despide sin demasiados miramientos.

—Que nadie nos moleste —les dice antes de que desaparezcan tras la misma puerta.

Cierran y el silencio regresa a la estancia. Camino hasta el brasero, me siento en un taburete a un lado y extiendo las manos al calor.

No sé por dónde empezar, pero sí hay algo que no me resisto a saber.

—¿Cómo está Camila?

La pregunta me sale más áspera de lo que pretendía, pero su recuerdo todavía me duele en exceso, y la imagen de su mirada frágil y confiada me retuerce las entrañas.

—¿Cómo esperáis que esté en un lugar que no es el suyo? —responde Maireen con una sinceridad que agradezco pero que, al mismo tiempo, aborrezco—. Tiene miedo y no lo admite; tiene esperanza, pero no sabe en qué ponerla. Se aferra a vuestro nombre cuando habla. Come poco. Duerme mal. Se comporta con decoro y esto último es lo único que la está salvando. El día que la frustración la quiebre…

Se interrumpe. No es necesario que continúe. Me ha quedado tan claro como para que el pecho se me cierre.

—¿La tratan bien?

—Hago lo que puedo. A veces eso no se parece a la amabilidad, pero la protejo.

Asiento. La mezcla de gratitud y frustración por depender de ella para cuidar de Camila no me deja decir nada más. Maireen adivina mi turbación y cambia de tema en un gesto que no esperaba de ella.

—Pero imagino que no habéis venido solo a interesaros por Camila. Para eso podríais haber esperado a mañana en palacio.

—Imagináis bien.

—Entonces, preguntad.

Sus ojos blancos recorren cada gesto de mi perfil, quizás tratando de adivinar qué es eso tan importante que me ha llevado de nuevo hasta ella. No le hago esperar más, el tiempo es vital también para mí.

—Los rumores que acosaron a mi padre en los últimos años se levantan también contra mí —digo—. ¿Os habló él del bastardo? ¿Sabéis quién es y cómo puede usarse en mi contra?

Maireen sonríe sin malicia. Es una risa cansada que está llena de ecos del pasado.

—Muchas preguntas para tan poco tiempo…

Se inclina sobre la mesa y sirve un poco de vino en una de las copas. Después me la ofrece con la seguridad de que no voy a rechazarla. Y no lo hago.

—No sé quién es —responde y, por la forma en la que lo dice, no dudo de que sea verdad.

Suelto el aire, despacio, desilusionada, y retomo por otra vía.

—Decidme entonces lo que sí sabéis.

Maireen se sirve su propia copa y la alza ante sus ojos antes de responder, como si en ella pudiera hallar respuestas.

—Ya os hablé de la Sombra que arrastraba.

—Lo hicisteis, en efecto —reconozco—, pero no me dijisteis que estuviera relacionada con ningún bastardo.

—Bueno, no me preguntasteis —sonríe con picardía, como si estuviéramos jugando a algo inofensivo en vez de tratarse del destino del trono—. La Sombra tiene nombre: Faerín.

Su respuesta me descoloca.

—¿Faerín? —Estoy perpleja—. ¿Qué tienen que ver los bosques en todo esto?

Sabía que mi padre había peleado mucho por mantener a sus tribus controladas dentro de los límites de la espesura o, al menos, de asegurarse que estaba al tanto de sus entradas y salidas, pero, hasta ese momento, nunca creí que eso tuviera que ver con nada más allá de un estricto control político.

—No os voy a contar la historia —dice—. No penséis que voy a traicionar a mi gente en favor de una corona que está al borde del abismo.

—Por favor, Maireen… no me hagáis suplicar.

La duquesa endurece la mirada y se levanta del diván. Me da la espalda y camina hacia la ventana. La luz de la luna palidece aún más sus ojos blancos. Sé que está midiendo las palabras que puede decir. Vuelve a hablar con la vista aún puesta en la ventana.

—Ya sabéis que lady Myrla se aferra al nombre de Faerín como una loba a su cría.

Al principio pienso que se trata de una frase enigmática más, pero luego encuentro una relación que hace que mi corazón palpite desbocado.

—¿Insinuáis que el hijo de Myrla…? ¿Que ella y mi padre…?

—No he insinuado nada, Alteza. —Se vuelve, y su rostro es una máscara de mármol—. Si queréis entender el origen de los rumores, seguid el rastro de la Sombra, no del niño.

Intento no fruncir el ceño pese a no entender lo que quiere decir. Comprendo su postura. No quiere que nadie en el norte le acuse de haber ayudado a la reina, cuando el norte mismo ve el enemigo en el trono o aspira a él. Sus acertijos son la manera de cubrirse ante el norte y de mostrar compasión ante el trono. Su doble juego.

—¿No habéis pensado quien se beneficia más de que el reino crea en ese bastado legítimo? —Da un sorbo de la copa mientras me mira a través del cristal.

—Tengo una larga lista —respondo con pesadumbre—. Gorath, Rhogar, la mitad de mis consejeros…

—¿Por qué metes a Gorath en esto?

Pestañeo. Incrédula.

—Él lo inició todo —me justifico.

—Si de verdad crees eso, es que eres más ingenua de lo que pensaba. Quizás sea verdad que no estáis preparada para gobernar.

Me enfurezco. ¿Qué derecho tiene a ningunearme de esa manera? ¿A desprestigiar mi valía? Esa mujer no tiene ni idea de todo por lo que he pasado desde que murió mi padre.

—No os atreváis a juzgarme de esa manera —le respondo, altiva—. Soy algo más que la herencia de una corona. Que no vea lo que vos veis, no significa que no valga; es solo que no tengo el ojo entrenado en traiciones tan afiladas.

La duquesa sonríe. Parece complacida con mi respuesta.

—Gorath es solo una jugada más de la partida —me dice—. Es la ambición espoleada por una mano ladina para debilitar vuestro reinado y hacer surgir de nuevo los rumores.

—¿Queréis decir que Gorath fue alentado a atacarnos?

Maireen asiente mientras da un nuevo sorbo a la copa.

—¿Por quién? —pregunto, aunque sé que es inútil y no recibiré una respuesta clara.

—Por las mismas personas que alientan los rumores del bastardo.

El silencio cae mientras Maireen regresa al diván. Comprendo que no voy a conseguir más información al respecto, que ha dicho todo cuanto podía decir sin comprometerse, así que me levanto y aliso mis ropajes.

—¿Por qué no le preguntáis al Heraldo?

La pregunta me pilla desprevenida. Tardo un rato en encontrar las palabras.

—No lo he creído conveniente. No puedo fiarme de sus verdades a medias.

Ella entrecierra los ojos. Trata de ver más allá de mis palabras, pero si descubre algo, no lo dice.

—Bien, no le preguntéis —concede—. Preguntad al muerto.

La miro desconcertada.

—¿A quién?

—A Aldemar.

El nombre de mi padre se queda suspendido en el aire como una exhalación fría. Trago saliva. Maireen se inclina y abre un cajón bajo

el diván. De su interior saca un pequeño frasco con un líquido oscuro. Lo mira como si fuese una reliquia.

—El cuerpo no miente a los ojos que saben buscar —dice—. Buscaron marcas en vos y no las encontraron. En él no se atrevieron a buscar. Si hubo tatuajes que sellaron algún pecado, en su piel seguirán. Aunque los años palidezcan. Aunque los velos tapen.

—Mi padre fue enterrado con honores. —La sola idea de abrir su cripta se me antoja una aberración, una ofensa que sobrepasa cualquier límite moral—. Su sarcófago está sellado.

—Los sellos pueden abrirse sin dejar rastro. —Levanta el frasco y me lo ofrece, pero me niego a aceptarlo—. Y más cuando vuestra corona depende de ello.

Me sujeto a la pared que tengo más próxima. Me mareo. Siento que la idea de la profanación toma fuerza en mí. Es una dirección, un borde al que aferrarse. Es la alternativa más efectiva para averiguar lo que busco, pero significa romper con lo único que perduraba en mí de la antigua Genoveva: el respeto a mi padre. Si doy este paso, si profano su lugar de descanso, habré traspasado todos los umbrales que nunca debí cruzar.

—¿Y qué esperáis que encuentre? —Busco motivos para no hacerlo.

—Yo no espero nada. —Levanta las manos como si lo que me propone hacer no le importase—. Pero si la magia del Heraldo tuvo algo que ver en todo esto, el cuerpo de tu padre es mejor lugar donde buscarlo. Ahí no hay mentiras ni verdades a medias.

Al fin tomo el frasco que me ofrece. Supongo que es *materia* diluida en mercurio. Mi conocimiento de alquimia me llega para entender que ambos componentes pueden abrir un hueco temporal en la piedra de la cripta por el que acceder al sepulcro de mi padre.

Tengo mucho en lo que pensar. La visita a Maireen no me ha despejado las dudas que traía, pero me ha dado luz sobre otros asuntos igual de importantes. He descubierto que hay una única mano negra detrás de toda la campaña contra mí, que el ataque de Gorath y los rumores del bastardo no tienen nada que ver con que hayan percibido debilidad en mi reinado, sino que forman parte de

un único plan cuya motivación no alcanzo a comprender; pero sé que estoy en la senda correcta para averiguarlo.

Me inclino hacia la duquesa de Maredur en señal de despedida. Le estoy agradecida, pero no puedo dejar que se trasluzca o temo que se arrepienta de haber hablado demasiado y tome represalias con Camila. Ella no se levanta para despedirme; me observa salir como quien mira a una aprendiz que por fin toma una decisión acertada.

En el corredor, el sándalo vuelve a la garganta. Bajo la escalera en silencio. Antes de cruzar el salón, donde apenas quedan ya comensales, me detengo y miro por la ventana. Afuera, en la calle, la noche es cerrada y mis Águilas Grises me aguardan para devolverme a palacio. Sé que, en la sombra de enfrente, inmóvil, aguarda la figura oscura de un Heraldo que prefirió callar. No voy a darle la satisfacción de mirarle todavía.

Seguid el rastro de la Sombra, no del niño.

Aprieto el broche del turbante hasta sentir la aguja. Duele, pero me recuerda que tengo que seguir peleando. Salgo de la Oca de Oro con la certeza amarga de que la próxima puerta que abriré será de piedra fría, y que el único testigo de lo que encuentre será mi conciencia… y el silencio de los muertos.

23. El secreto del rey muerto

El palacio duerme cuando retorno entre sus muros. Agradezco a los Águilas Grises la escolta y les pido que me dejen sola. Lo que voy a hacer es mejor sin testigos.

El pasadizo que conduce a las criptas parte de la sala del trono, tras la pequeña capilla erigida en honor a la diosa Mae. La danza de las velas encendidas en honor a la diosa acompaña mis pasos y arroja sombras difusas a mi alrededor. Aparto el tapiz que guarda la entrada y siento el frío que asciende del interior de la tierra.

Cojo la lámpara de aceite que aguarda en el suelo para quien quiera adentrarse en las catacumbas a buscar el consejo de los Antiguos. La mecha tarda en encender, quizás porque presiente que el objetivo de mi descenso poco tiene que ver con la búsqueda de consejo. Protejo la llama con la mano hasta que deja de temblar y se asienta.

Los peldaños están gastados por las huellas de cientos de pies bajando durante siglos. Los cuento para no escuchar los gritos de mi conciencia. Uno, dos… diez… veinte. La humedad se vuelve más densa y el olor cambia. La mezcla de hierro oxidado, flores secas e incienso no alcanza a tapar el hedor dulzón de la descomposición y el aroma seco del polvo y los huesos. Quisiera pedir perdón por esta afrenta a los muertos, pero sé que nadie me lo concedería.

Todas las veces anteriores que bajé hasta allí fue para mostrar el respeto ceremonial que les debemos a nuestros antepasados, para

rememorar un sacrificio, para celebrar la herencia que nos dejaron. Hoy desciendo para ultrajar, para buscar en la piel del rey una respuesta que tal vez no exista.

La escalera desemboca en un vestíbulo bajo. Tres arcos dan paso a tres galerías. En la clave de cada arco cuelga un emblema: la luna y las zarzas de la Casa Velaryan; el ciervo de la Casa Tauron, vencida por mi bisabuelo; el Sol Antiguo del reinado del Rey Loco que alguien, hace generaciones, mandó borrar.

Sostengo la lámpara en alto y el aceite me huele dulce. El silencio promete guardarme el secreto y me empuja a continuar. Penetro en la galería de la luna y las paredes se llenan de sombras.

Los sepulcros de los reyes se abren en la piedra, alineados con una disciplina que es de admirar como obra de ingeniería. Componen una auténtica ciudad subterránea. La ciudad de los muertos. Los sepulcros estás sellados por una lápida de mármol y un sello real, que garantiza que ningún lugar de descanso ha sido profanado. Sobre cada lápida hay un nombre grabado, una fecha y una frase elegida por los vivos. Paso los dedos por las letras que conozco de memoria. Nombres y frases que aparecían en mis libros de historia: "El Despiadado"; "La que sobrevivió a la sequía"; "El que peleó en nombre de los justos". Su herencia reducida a una única línea. Me pregunto qué pondrán en la mía, si es que algún día me gano el derecho de reposar en estas catacumbas.

El sepulcro de mi padre es el último, en las profundidades de la tierra. La lámpara ilumina el frente de mármol: Aldemar, hijo de Harval, Rey del Oeste. Debajo, la sentencia que yo misma aprobé para el grabado: "Precursor del Gran Pacto Ducal". Hoy quizás sería otra. Hoy no sabría cuál poner.

Apoyo la lámpara en el suelo y extiendo las manos hacia la lápida. El frío se la piedra me muerde las palmas. Han pasado dos semanas y me pregunto cómo estará su cuerpo, si seré capaz de pasar por este trago.

Tomo el frasco que me ha dado Maireen y, sin pensarlo demasiado, lo vacío sobre el mármol. El crepitar de la losa al disolverse se arrastra por la galería y me endereza de puro espanto. Miro hacia la oscuridad y escucho, como si temiera que mis propios soldados

vinieran a apresarme. Pero no ocurre nada, solo se oye el goteo obstinado de alguna filtración en la roca.

Un hedor se cuela por el hueco y me obliga a cubrirme la nariz y la boca.

El interior del sepulcro guarda un féretro de madera oscura, tallado con hojas de zarza. Desato las trabillas de cuero una a una mientras evito pensar en las manos que hicieron lo mismo, pero para tapar el cuerpo muerto de mi padre. Las hebillas suenas, débiles. La lámpara arroja sombras en el techo bajo de la gruta y cada una de ellas se me asemeja a un dedo acusador que señala mi osadía.

Levanto la tapa unos centímetros y me detengo. No puedo. El miedo me paraliza. ¿Cómo voy a ser capaz de vivir con esa imagen toda la vida? Espero el olor insoportable de la descomposición, pero no llega. El frío de la cripta ha hecho su trabajo y ha conservado el cuerpo. Solo percibo algo dulce con una punzada agria. Me arde la garganta.

—Padre —digo en voz baja mientras reúno el valor necesario para completar la tarea—, perdóname.

En realidad, no sé a quién le estoy pidiendo perdón. ¿A los dioses que no me han hablado nunca? ¿A un hombre que ya no responde? ¿O a mí misma por atreverme a cruzar esta frontera sin retorno?

Levanto del todo la tapa y la apoyo en el suelo. La luz de la lámpara incide sobre el rostro de Aldemar. La muerte apenas lo ha tocado. Aun así, me duele mirarlo. Está más pálido de lo que recuerdo en la capilla. Las doncellas alisaron sus rasgos, pero no consiguieron ocultar el gesto de dolor que marcaba su cara cuando lo encontraron. Los párpados cubren los ojos con una paz que en vida no tuvo. El cabello, peinado hacia atrás, brilla con aceite. El perfil sigue siendo el de siempre: duro, hosco.

Siento que revivo su muerte; que vuelve a desgarrarme su ausencia, el vacío que ha dejado en nosotras. Y no puedo evitar recordar cómo era mi vida cuando el velo de la muerte no lo había cubierto, y echo de menos la tranquilidad de su abrazo.

A pesar de las lágrimas que se agolpan en mis ojos, me obligo a seguir, a recodar por qué estoy aquí.

Han vestido su cuerpo con una túnica blanca y cruzaron sus manos sobre el pecho, sosteniendo un pequeño cetro ceremonial. Me armo de valor y aparto el cetro. Acaricio un instante sus nudillos y el frío de su cuerpo muerto me sobrecoge, me recuerda que mi padre ya no está allí, que solo tengo delante un recipiente vacío.

Recuerdo mi objetivo: buscar marcas, tatuajes. Alzo la lámpara y reviso sus muñecas primero. Levanto la manga hasta el codo. Observo su piel color de cera y no encuentro ningún dibujo. Vuelvo a cubrirlo y descubro el otro brazo. Nada. El corazón empieza a acelerarse.

Me inclino y desato el cordón de la túnica en el cuello para descubrir su torso. La luz de la llama me engaña con relieves de músculos, con sombras que parecen trazos, pero en realidad no hay nada. El miedo me empieza a roer. ¿Y si esto es todo lo que hay? ¿Y si he bajado a profanar la tumba de mi padre y me voy con las manos vacías?

Maldigo a Maireen por llenar de fantasmas mi camino. Ella me empujó hasta aquí con un frasco de cristal y una certeza ambigua.

Sigo revisando sus piernas, sus pies, sus tobillos, pero no hay tinta, ni líneas, ni cicatrices… Solo un hombre muerto al que debo honrar y estoy ultrajando. El miedo se vuelve vértigo y una náusea me sacude.

—No, por favor —susurro a la oscuridad que me rodea—. Dame algo.

Me sostengo en el borde del féretro mientras mi pulso se descompone. Me doy cuenta de que tiemblo y no es por el frío, sino por la idea de regresar arriba con las manos vacías, de seguir ciega en cuanto a la identidad del bastardo, de que continúen confabulando contra mí y encontrarme tan perdida como al principio, de que piensen que soy un cordero sin coraje ni inteligencia para gobernar…

La lámpara parpadea. El aceite se agota.

—No —le ruego a la llama. La protejo con la mano y vuelve a alzarse.

Entonces, un detalle minúsculo me corta el aliento. Una sombra oscura en la zona del costado izquierdo, a la altura de la caja

torácica. Meto la lámpara dentro del féretro con cuidado de no derramar el poco aceite que queda ni incendiar la madera. Estiro la piel para llevar el dibujo a la luz.

El aceite suspira y la llama se acorta, pero lo estoy viendo. Un tatuaje que solo puede ser obra de Akhir: un niño en una cama, un cuchillo alzado sobre él, una sombra de ojos dorados que lo sujeta, un velo de protección mágica para encubrir el acto… Una ráfaga helada me atraviesa el espinazo.

Así que de eso se trata. Mi padre mandó a Akhir a asesinar a ese niño, a su propio hijo… y Akhir se manchó con su sangre y no pudo culminar el trabajo.

Vuelvo a contemplar el rostro de mi padre, macilento bajo la llama que se extingue, y ya no lo reconozco. ¿Dónde está el hombre justo que creí conocer? ¿El rey que se ganó el respeto de su pueblo a base de hechos y no por el miedo? ¿Cómo puede alguien dar una orden así? ¿Asesinar a tu propia sangre?

Algo mueve los dedos del cadáver.

Se me congelan los huesos. Pienso que mi pulso ha hecho temblar el féretro. No hay otra explicación posible a lo que acabo de ver. Sin embargo, y contra toda lógica, los dedos vuelven a contraerse, leve, apenas un temblor. Estoy segura de lo que he visto, pero me niego a creerlo.

El pecho de Aldemar suelta un soplo mínimo, un ronquido que no pertenece al mundo de los muertos.

Retrocedo espantada hasta golpearme la espalda con la pared del sepulcro. La lámpara cae de lado y se apaga al instante. La oscuridad me envuelve con un golpe húmedo. Pierdo el aliento mientras tanteo hasta encontrar de nuevo la lámpara. La enderezo, la mecha aún humea, pero el depósito de aceite está vacío. Me quedo a ciegas con un cadáver que respira.

—¿Padre…? —me atrevo a preguntar.

Un gemido hondo responde desde el féretro. Suena roto, húmedo, como arrancado de un pozo.

—Pad… —la palabra se quiebra en mi garganta. Estoy muerta de miedo—. Padre.

—¿Dónde…? —la voz es lija que araña, pero es su voz, y darme cuenta de eso me hace reaccionar.

Me acerco al ataúd y apoyo las manos en su pecho. Siento que sube y baja de manera irregular.

—En la cripta —respondo sin aire—. En Lirien. Estás en casa.

—Frío —murmura—. Tengo… mucho frío.

Palpo y tomo su mano por impulso. La piel está helada, seca, rígida. La caliento con mis dos manos hasta que siento mis propios dedos entumecerse.

—Ayúdame a levantarte —le digo pasando mi mano por su espalda para empujar

—No. —Una mano férrea me sujeta la muñeca—. He visto demasiada oscuridad para volver a la luz.

—¿Qué dices, padre? Tiene que verte un médico.

—No —repite—. No era a mí a quien quería… No era yo. No era a mí.

No entiendo nada de lo que dice. Son los terribles balbuceos de un loco. Además, la oscuridad no ayuda, sino que acrecienta la sensación de que desvaría.

—Escúchame, Genoveva —me aprieta con más fuerza la muñeca—. El Señor de las Tierras Baldías me olió… y me apartó. No era a mí a quien quería.

—¿De qué hablas papá?

Un frío distinto empieza a instalarse en la base de mi cráneo.

—El pacto con el Heraldo… Akhir… se llevó mi alma a las Tierras Baldías, pero su Señor me expulsó, me escupió de vuelta.

Empiezo a comprender, pero eso es peor que mil vidas de ignorancia.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrado? —La angustia me oprime el pecho.

—No lo sé, qué importa. He visto los horrores de las Tierras Baldías, no puedo regresar.

—No digas tonterías, papá. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. ¡Vamos! ¡Arriba!

Me esfuerzo por tratar de incorporarlo, pero él no está dispuesto a moverse, no me concede ni un centímetro.

—Niña mía. —El abrazo sobre mi muñeca baja hasta mi mano—. Todo lo que hice fue para enmendar el gran error de mi vida, pero me temo que cuando invocas al demonio ni las mejores intenciones sirven para salvarlo todo. Me mostró tu rostro.

—¿Qué? ¿Quién?

—El Señor Oscuro, Genoveva. No me quería a mí. Te quería a ti.

Trago un nudo que se niega a bajar. El sepulcro se estrecha contra mí y siento que yo también estoy atrapada ahí dentro para toda la eternidad.

—Pase lo que pase —continúa Aldemar—, no utilices la invocación del Heraldo. Viene a por ti.

La boca me sabe amarga. No sé qué decir, el tiempo se ha detenido.

—¿Y si…? —me atrevo a preguntar—. ¿Y si ya fuera demasiado tarde y la invocación estuviese hecha?

Aldemar exhala un suspiro al que acompaña una tos seca que parece agrandar las grietas de la gruta.

—Entonces procura que el pacto nunca acabe, porque el destino de tu alma es una cadena a los pies del Señor Oscuro.

Me inclino a besar la fría mano de mi padre y mis lágrimas resbalan por su piel marchita. Siento el aliento de la muerte rondar su cuerpo y entiendo que soy una privilegiada por poder despedirme de él de nuevo.

—Perdóname, padre. Por quebrantar tu descanso, por invocar al Heraldo, por no haber sabido anticipar el peligro…

Aldemar respira y el aire se atasca en sus pulmones. Lo expulsa con un gemido.

—Perdóname tú a mí, hija mía —su voz se quiebra—. Por verte débil, por creerte distinta… por obedecer sin rechistar.

Le pido silencio mientras le acaricio la frente.

—Buen viaje.

Su mano suelta la mía. El pecho intenta una nueva respiración y no la encuentra. El silencio regresa con una crueldad bien conocida.

Rompo a llorar sin consuelo sobre el lecho de mi padre. El tiempo se quiebra en aquella oscuridad interminable mientras el frío se

agarra a cada centímetro de mi piel. Me cose a la piedra. Me ata a los muertos.

No sé cuánto tiempo permanezco aquí, desgarrada por las implicaciones de lo que acabo de descubrir: el encargo de mi padre a Akhir de asesinar a su hijo bastardo; que el pago fue su alma, pero que esta no fue aceptada por el Señor de las Tierras Baldías; que será mi alma la que se lleve Akhir cuando todo haya terminado… Entonces, ¿por qué me lo ocultó? ¿Por qué estuvimos a punto de no cerrar el trato temiendo que fuera el alma de Camila la que arrastrase a la oscuridad?

Las dudas se agolpan en mi angustiado pecho sin que encuentre una respuesta clara a todo aquel laberinto de intrigas.

El quejido de la losa de mármol me devuelve a la realidad de la catacumba en la que me encuentro. El líquido de Maireen se seca y la piedra recupera su forma. He de salir de ahí si no quiero pasar la eternidad junto al cuerpo de mi padre.

Regreso al corredor mientras me seco las lágrimas que aún resisten. En el camino de regreso por la galería, mis pasos suenan distintos que hace un rato. La escasa determinación que traía se ha diluido con los secretos que encerraba el sepulcro del rey muerto.

24. El grimorio

Un resplandor se cuela por los altos vitrales de la capilla cuando regreso al mundo de los vivos. El olor de la cera derretida, atrapada entre las piedras húmedas, me saluda. La imagen de la diosa Mae, tallada en el artesonado del techo, clava en mí su mirada y siento que me juzga. Ya nunca me reuniré con ella en los albores de la creación, porque mi alma ha sido señalada por el Señor Oscuro y le he construido un puente de oro a mi captor.

Aún llevo en la piel el frío de las criptas, y en la mente la imagen de lo imposible: los dedos de mi padre despertando de la muerte. Regreso al salón del trono, donde las estatuas de los veinte reyes se giran para observarme.

No me siento preparada para regresar a la pelea. Todavía no. Los duques del norte están a punto de entrar en esta sala para declarar ante los tres jueces de los Altos Tribunales. De lo que digan dependerá su sentencia. Mi destino está a unas horas de decidirse y no estoy preocupada por ello.

Algo me late dentro. Una rabia que no puedo controlar. Y esa furia tiene un nombre.

Como si mis pensamientos lo hubieran convocado, el Heraldo Oscuro se materializa a unos pasos de mí, en mitad del pasillo que

conduce al trono. Su gesto impasible enciende todas mis hogueras.

—Así que era eso lo que ocultabas. —Mi voz está rota, cargada de rabia contenida—. No eres más que el asesino a sueldo de mi padre.

Él no contesta, solo clava en mí sus ojos dorados en ese gesto que me destruye el alma. Incluso así, odiando todo lo que es y todo lo que representa, no puedo evitar sentir que el deseo impulsa cada uno de mis latidos. Aunque me consuma, aunque me destroce.

—¿Sabías que él estaba vivo?

—Lo intuía.

Aprieto los dientes para contener la rabia.

—Y aun así permitiste que se consumiera ahí abajo.

—Ningún mortal regresa cuerdo de las Tierras Baldías.

Camino de un lado a otro de la plataforma del trono, tratando de ordenar mis ideas, de llegar al fondo de la cuestión, pero hay tantos cabos en la madeja que no sé de cuál tirar para desenredar el embrollo.

—Ese niño, el hijo de Myrla… —Hacer la pregunta me supone un esfuerzo casi físico—. ¿Es el bastardo de mi padre?

Akhir no dice nada. Su silencio es un recurso del que me estoy hartando.

—¡Maldito seas, demonio! —le escupo a la cara—. ¿Cuándo ibas a decirme que es mi alma la que te llevarás cuando las condiciones del pacto se hayan cumplido? ¿Por qué me hiciste creer que podía ser la de cualquier otra persona? ¿Pensaste que así sería más fácil que cerrara el trato, si creía que no sería mi alma la que te llevarías? Pues te equivocaste, estuve a punto de rechazarlo por ese motivo.

—Todo lo contrario —dice al fin—, si te dije que podía ser el alma de otra persona fue porque sabía que esa sería la única manera de que no aceptaras.

Me detengo. Algo se tensa en mi cabeza.

—No te entiendo. —Mi ira se perfora con dudas—. ¿Por qué no querías que aceptara?

El fuego de las antorchas crepita y su humo se eleva al techo del gran salón. Akhir vuelve a guardar silencio con esa calma que agita mis tormentas. Podría arrancar de sus labios la verdad a base de órdenes, pero, por algún motivo, no quiero rebajarme a eso. Quiero

que me lo diga por propia voluntad, por esta relación de respeto que creo que ha nacido entre nosotros. Quiero que me lo diga porque *sienta* que tiene que hacerlo… pero no lo hace y la decepción me sacude.

—Era para encubrir a mi padre, ¿no es cierto? —insisto, cansada—. Sabías que, si te invocaba y cerrábamos el pacto, toda la verdad acabaría saliendo a raíz de esa hebra roja de tu ojo. ¿Le prometiste que no me enteraría? ¿Que protegerías mi ingenuidad? —Hago una pausa—. ¿Acordasteis entre los dos que te llevarías su alma y no la mía?

—Creí que, si de destruir el Reino del Oeste se trataba, el alma del rey Aldemar sería una pieza igualmente valiosa, pero me equivoqué. El Señor Oscuro te quiere a ti.

Se me forma un nudo en la garganta. Es la misma advertencia que Maireen. Estoy muerta de miedo y solo atino a formular una pregunta.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Hay algo en el tono de su voz que vibra dentro de mí —. Ha visto algo… Creo que piensa que puedes destruirle.

—¿Yo? —Si estuviera en otra circunstancia, me reiría a carcajadas por la ocurrencia—. ¿Qué locura es esta? ¿Por qué haría una cosa así? ¿Cómo podría…? Es ridículo.

Vuelvo a caminar de un lado a otro de la plataforma. Me estoy hartando de todo este juego de silencios a conveniencia y palabras contadas. Si Akhir no da señales de respetar nuestra confianza y prefiere seguir jugando al gato y al ratón, entonces yo no tengo por qué respetarlo a él. El momento de utilizar el grimorio ha llegado.

—Te ordeno que me digas toda la verdad. —Me duele haber llegado a eso, pero no me ha dejado otra alternativa.

Espero sentir el calor ardiendo en el tatuaje oculto de la muñeca, igual que cuando le ordené aparecer frente a Seldrin, pero nada ocurre. Parece que mi orden se hubiera consumido antes de ser pronunciada. Un destello extraño se enciente en su mirada. Él también está sorprendido.

Lo comprendemos los dos a la vez, y el miedo debilita mis piernas. Me agarro al trono para no caer.

—Ya no tienes el libro —dice Akhir. Su frase cae sobre mí como una sentencia de muerte.

Me tambaleo. No, no puede ser. Lo guardé con mucho celo dentro de mis aposentos. Hay guardias reales vigilando la entrada. Nadie puede pasar en mi ausencia… Tiene que haber un error.

Abandono el salón del trono con la angustia ardiéndome en el pecho. Tengo que comprobarlo con mis propios ojos.

Akhir se queda atrás, contempla como me marcho con gesto contrariado. Esto también es un golpe para él, para sus planes. Quien tenga el grimorio ahora puede obligarle a hacer lo que sea, a servirle a sus propios intereses… incluso aunque contravengan la finalidad de nuestro pacto.

El pasadizo hasta mi alcoba se me antoja interminable. Un túnel cuyo final no alcanzo a vislumbrar. El latido del corazón retumba en mis oídos y no me deja pensar. Lo agradezco. En mi interior, mantengo la esperanza de que todo sea una confusión, que el grimorio siga bajo el colchón donde lo dejé.

Cuando por fin entro mis aposentos, cierro la puerta de un golpe y me quedo de espaldas a ella, jadeando más por la ansiedad que por el paso acelerado. Miro alrededor en busca de algún indicio que delate que el lugar ha sido allanado, que alguien ha rebuscado entre mis cosas, pero lo veo todo igual a como lo dejé. Eso me tranquiliza, refuerza la idea de que todo se trata de un error.

Camino hasta la cama. El corazón sigue latiendo con tanta fuerza que me duele el pecho. Me arrodillo en la alfombra que oculta el dibujo de la invocación —debajo, el suelo sigue caliente— e introduzco las manos en el hueco entre el colchón y las tablas, donde recuerdo haberlo dejado. Mis dedos tiemblan mientras tanteo la oscuridad. No lo encuentro. El pulso se me acelera.

Me levanto y empujo el colchón, que cae al otro lado con un susurro quedo.

La evidencia me aplasta. No hay nada.

El terror me paraliza. Un abismo se abre bajo mis pies y caigo de rodillas.

—No… no, no, no —repito como una súplica y una maldición al mismo tiempo.

Agito las mantas, revuelvo los cojines, abro el arcón, vacío el armario… desordeno cada rincón del cuarto en un intento desesperado por agarrarme a una mínima esperanza: quizás lo guardé en otro sitio y lo olvidé; quizás la tensión de los últimos días, todo lo que ha sucedido, ha bloqueado recuerdos de mi cerebro; quizás…

Podría seguir inventariando *quizás* hasta quedarme sin argumentos, hasta obligar a mi mente a sucumbir a la locura antes que aceptar las consecuencias de lo que se avecina, pero nada de eso cambiaría la realidad de lo que ha ocurrido: alguien me ha robado el grimorio.

Me tambaleo hasta la puerta y el Águila Gris apostado allí se gira, alertado por mi agitación.

—¿Ha entrado alguien en mis aposentos durante esta noche? —le pregunto con la voz entrecortada.

El soldado se endereza, algo confuso.

—No lo sé, Alteza —responde—. Acabo de cambiar el turno. ¿Quiere que vaya a buscar al guardia que estuvo durante la noche?

—Sí, por favor. Date prisa, es urgente.

Veo cómo el soldado se aleja a toda prisa. El eco metálico de su armadura resuena entre las paredes del pasillo y me recuerda que la realidad está aquí, aunque duela, aunque se haya convertido en una carga insoportable de dolorosas consecuencias. ¿Qué implica la desaparición del grimorio? Todo dependerá de quien lo haya cogido: ¿Seldrin? ¿Rhogar? ¿Alguien más? Y, sobre todo, de la intención que tenga con él: ¿tan solo pretende descubrirme ante el reino como una reina farsante o quiere usar a Akhir para sus propios intereses?

Siento que estoy a punto de desmoronarme, que soy incapaz de soportar otra batalla más. Entonces llaman a la puerta. Pienso que es el soldado del turno de noche y abro veloz la puerta, pero tras ella descubro otro rostro conocido.

Theodemir me mira con rostro solemne.

—Majestad —inclina la cabeza—, los duques del norte van a testificar delante de los jueces. El Consejo cree conveniente que esté presente en su declaración por si ha de defenderse de alguna acusación.

¡El juicio! Casi lo había olvidado. Tengo que saber quién entró en mis aposentos, pero también he de estar delante cuando Rhogar vaya a ser interrogado. Esa sucia rata traidora cree que puede manchar mi nombre después de jugarme la vida en el norte junto a su ejército. Está muy equivocado.

Asiento.

—Gracias, Theodemir. ¿Podéis hacerme un favor? Aguardad aquí al soldado de mi guardia real que acudirá en breve. En cuanto lo haga, enviadlo al salón del trono, tiene una información importante que darme.

—Descuidad, Alteza. Así lo haré.

Antes de salir, me miro una última vez en el espejo del dormitorio. La luz blanca de la mañana incide en mi rostro macilento, pálido, ojeroso. No soy más que una sombra, un espejismo de lo que era hace apenas unas semanas, una burla de lo que pretendía ser. Nadie me preparó para esto: los entrenamientos, los libros de historia, el protocolo, la educación… todo es polvo y ceniza cuando el renio estalla en llamas. Lo único a lo que podía agarrarme, lo que de verdad deberían haber potenciado, mi determinación, está sofocada por todas las malas decisiones que he tomado. No creo en mí, y esa es la mayor fosa que alguien podría haberme cavado.

25. El juicio

Los jueces han hecho instalar tres altos estrados de roble sobre la plataforma del trono, uno para cada juez. Sus túnicas blancas resplandecen con la luz que entra por las ventanas y les dota de un carácter místico. Un juicio divino.

En los bancos de madera frente al trono, se sientan los consejeros. Todos, menos Theodemir, que sigue aguardando la llegada del soldado que cubrió el turno de noche. Los nobles del norte no han entrado aún. Aguardan fuera, a la espera de ser llamados uno por uno a declarar, a dar su opinión sobre lo que pasó aquella mañana en el desfiladero de Aarán.

Me acomodo el turbante rojo sobre la cabeza y me pellizco las mejillas. Un poco de rubor para este rostro pálido, que no me vean derrotada. Tomo asiento junto a mis consejeros. Todos han sufrido la humillación de haber sido desnudados, rapados, registrados. Aún así, no me muestran su rechazo. No de forma evidente, al menos. Inclinan sus cabezas cuando paso por su lado. Parece que, pese a todo, han sabido valorar mis sacrificios.

Los duques de Malrath y Tharn declaran sin consecuencias. Están más interesados en regresar a sus tierras cuanto antes que en dar explicaciones al Tribunal. Parecen molestos por haber tenido que desplazarse hasta allí por asuntos que nada tienen que ver con sus

territorios. Para ellos, ese juicio no es más que una pérdida de tiempo.

Cuando se marchan, respiro hondo. No me han señalado, se han limitado a decir que ellos no estaban presentes en Derlham cuando la lluvia de flores tuvo lugar y que, por tanto, no pueden emitir ninguna opinión sobre el carácter alquímico o no de la misma. Agradezco en silencio su imparcialidad y que se hayan negado a entrar en el terreno de la rumorología.

El juez Harald, responsable de la investigación, se pone en pie y llama a la duquesa de Maredur.

Sé que el auténtico juicio empieza ahora. Ella es quien tiene la llave de mi condena: sabe que tengo un Heraldo Oscuro a mi servicio. Si habla, los jueces tendrán motivos de peso para considerarme culpable.

Maireen entra con porte solemne. Camina erguida, sin prisa. Una gruesa capa negra arrastra por el suelo tras ella. Su cabello rojo luce más brillante que nunca en contraste con el negro de la capa, y el paso es firme. Parece una reina a punto de ser coronada.

Los Consejeros se giran un poco hacia atrás para verla llegar. Saben, igual que yo, que su declaración puede ser tan afilada como ella quiera. Que mi futuro depende en gran medida de la estrategia que haya traído. Si quiere, puede sembrar sobre mí la duda, una semilla que germine en la cabeza de los jueces y acabe por destruirme.

No me mira cuando sube al estrado. Sus ojos níveos no se apartan de los jueces. Se detiene en el centro, justo debajo de la luz pálida que entra por un ventanal. Sus ojos, bañados por el torrente de luz, parecen completamente blancos, sin iris, con una pupila diminuta. Hay que ser de hielo para no turbarse anta una mirada como aquella.

—Lady Maireen, duquesa de Maredur —dice el juez Harald, colmando todo el salón con su voz grave—, recordad que mentir ante el Alto Tribunal constituye un delito grave. ¿Juráis decir la verdad?

—Yo solo juro ante mi Dios del Fuego Antiguo —responde Maireen con la altivez que le caracteriza.

—¿Prometéis, entonces? —corrige el alto juez.

Maireen asiente esta vez.

—Lo prometo.

Contengo la respiración mientras me dispongo a escuchar. Las cartas están ya echadas. Será lo que tenga que ser.

—Duquesa de Maredur —inicia el juez Harald—, describa ante este tribunal lo que sabe de la batalla en Aarán. Recuerde que ha de ser imparcial. Este tribunal no admite declaraciones que oculten intereses particulares.

Maireen se alisa los pliegues de la falda y desliza sus dedos alrededor del broche en espiral. Parece hacer un esfuerzo por recordar, pero la conozco demasiado bien para saber que solo actúa. Tiene preparado el discurso desde antes de salir de su fortaleza.

—Sé que la fortaleza de Derlham resistió el ataque de los ejércitos del norte.

—¿Y sabe gracias a qué se consiguió resistir?

—Claro que lo sé —dice, y yo trago saliva temiendo su respuesta—. Gracias a la sangre derramada por nuestros hombres, a su valentía y honor. Padres de familia, esposos, prometidos… que se dejaron la vida en el hielo por mantener la paz en el reino.

Sonrío en mi interior. Me alegra descubrir que el carácter impetuoso de Maireen la empuja a mostrarse altiva e irreverente contra toda autoridad, y esto no solo se limita a la reina del oeste, sino que incluye a los jueces de los Altos Tribunales.

—¿Ha escuchado los rumores de alquimia? —El juez ataca el fondo de la cuestión para evitar que Maireen vuelta a esquivarle—. Pétalos que caen del cielo sin justificación.

—No creo que estemos aquí para juzgar rumores, señorías.

Los tres jueces se remueven inquietos tras los estrados. Sin duda, la declaración de Maireen no está resultando como esperaban.

—Reformularemos la pregunta. —Lady Cristal toma la palabra—. ¿Tiene constancia de que se usara alquimia durante la batalla en Aarán?

—No —responde Maireen firme, sin titubeos.

—¿Y qué opinión tiene respecto a cómo se ganó dicha batalla? —continúa lady Cristal.

—De nuevo, considero que mi opinión no es relevante para…

—Su opinión es importante para este tribunal —le interrumpe lady Cristal. Esta vez está preparada para rebatirla—. Sabemos que tiene experiencia en el uso de la alquimia y que es capaz de lanzar Conjuros Mayores. Alguien con su trayectoria y capacidades sin duda ha de tener una opinión experta, merecedora de ser escuchada en este juicio.

Maireen no se inmuta. Si no esperaba tener que responder a esta pregunta, no lo deja traslucir, Eleva el mentón antes de hablar.

—Las flores de azahar no caen en las tundras del norte de forma natural.

Un murmullo recorre el salón. Me muerdo el labio para contener el grito de protesta que pugna por salir. Como era de esperar, Maireen no se la ha jugado por mí. No va a mentir ni esconder información para salvarme cuando tiene los ojos de Rhogar y todo el norte puestos en ella.

—¿Sugiere entonces que hubo intervención alquímica? —insiste la alta jueza. No va a parar hasta lograr que Maireen lo diga.

—Sugiero intervención, nada más.

Los tres jueces asienten y toman notas con sus plumas en los papeles apoyados sobre los estrados. Es la primera vez que los veo hacerlo en lo que va de juicio, y el raspado de la pluma es como un insecto en mi oído.

—Tenemos entendido que la futura reina os visitó en vuestros territorios el día posterior a la batalla. ¿Cuál fue el motivo de esa visita?

Maireen se aclara la garganta. Por primera vez, da signos de incomodidad.

—Se trata de un tema personal que nada tiene que ver con lo sucedido en el desfiladero.

—Limítese a responder, duquesa —le reprende el alto juez Harald —. No emita juicios de valor sobre lo que es o no relevante para nosotros.

Maireen vuelve a aclararse la garganta y se despeja el pelo de la cara con un movimiento altanero de cabeza. La pregunta es comprometida para ella, porque la respuesta la deja en evidencia

con sus compatriotas del norte. Descubre su doble juego. Pese a todo, sé que no va a mentir.

—Genoveva me solicitó protección para su hermana.

—¿Protección? —la respuesta descoloca a los jueces—. ¿Contra quién?

No tienen ni idea de las rencillas que existen entre la Corona y los territorios del norte. Para ellos, el que solicite protección para mi hermana dentro de mi propio reino es una inconsistencia, una posible evidencia de que la duquesa de Maredur miente.

—Contra el norte, señorías —aclara Maireen—. La futura reina cree que su hermana será incapaz de sobrevivir un invierno bajo las duras condiciones del norte.

La respuesta parece convencer a los jueces.

—¿No hablaron entonces de nada relativo a la alquimia?

—No —responde, tajante.

—¿Podría haber escondido la reina tatuajes, símbolos de invocación o marcas del lanzamiento de conjuros en alguna parte de su cuerpo?

La pregunta es capciosa por cómo está formulada, pero no puedo protestar por ello. Soy una parte interesada y, por tanto, no se me puede dar voz en el juicio.

—Podría, sin duda. —El tono es igual de tajante—. Pero yo no observé ninguno.

—Gracias, duquesa. —El alto juez Harald inclina la cabeza y le indica la puerta de salida—. Puede retirarse.

Maireen regresa por el pasillo, sin mirar a nadie, mientras un rumor crece a mi alrededor. Noto cierta contención, nadie sabe cómo los jueces van a usar o interpretar las palabras de la duquesa de Maredur. En realidad, su declaración ha sido tan ambigua que sus respuestas pueden ser utilizadas para inclinar la balanza tanto hacia un lado como hacia el otro.

Respiro de nuevo. No me he salvado. No he caído. Estoy en el filo.

Es entonces cuando el alto juez Harald se levanta y pronuncia el nombre temido.

—Este tribunal llama a declarar al duque Rhogar de la Casa Tauronhold.

Las puertas se abren de nuevo. Él está bajo el umbral, de pie. Se toma su tiempo para alisar la capa antes de penetrar en el Salón. Avanza hacia estrado con esa arrogancia que le es natural y mira a ambos lados del pasillo, a las veinte efigies que lo flanquean, como si esperara verse algún día entre ellas, junto a los grandes reyes del oeste. La sola idea de que eso pueda llegar a ocurrir me revuelve el estómago.

Al pasar junto a mí, ladea la cabeza y deja caer una mirada que dice más que cualquier sentencia.

«Ahora sí te vas a hundir» dicen sus ojos.

No sabe que guardo un as en la manga.

—Excelencias —me pongo en pie—. Tengo una objeción. El duque de Tauronhold no puede declarar.

Las cabezas se giran y Rhogar me mira con curiosidad. Parece casi divertido.

—Según las leyes internas de los Altos Tribunales, y así ha quedado reflejado durante el desarrollo del juicio, nadie que tenga algún tipo de interés en la resolución o en el veredicto del juicio puede declarar en el mismo, ya que se compromete el rigor del principio de imparcialidad. —Respiro—. Pues bien, el duque Rhogar formuló acusación formal contra mí. Queda claro, por tanto, su interés en que resulte condenada de este proceso.

Los murmullos vuelven a recorrer la sala como el azote de un látigo. Rhogar me mira como si acabara de arrebatarle la espada en plena batalla. Se vuelve hacia los jueces, que me contemplan sorprendidos.

El alto juez Harald asiente.

—La objeción es procedente —reconoce, aunque sus labios se curvan en una mueca de decepción—. La declaración del duque podría no ser imparcial.

Gira la cabeza a un lado y al otro para consultar a los otros dos jueces. Ambos le devuelven un asentimiento. Después me mira, y percibo cierta reflexión, como si estuviera observándome desde cero, con nuevos ojos.

—El duque no puede declarar —sentencia.

Por primera vez desde mi coronación fallida, veo a Rhogar perder el control. La furia deforma su rostro y enseña los dientes como un perro rabioso. Se gira hacia mí y, por un instante, creo que se me va a echar encima. Levanta un dedo acusador y me señala.

—¡Es una víbora tramposa! ¡Vi al Heraldo! —grita—. ¡No pueden dejarla gobernar!

Los ojos, rojos, parecen a punto de estallar. Mi escolta de Águilas Grises lo sujeta por ambos brazos y le obligan a abandonar el salón entre gritos.

No puedo evitar que una leve sonrisa se forme en mis labios. Sé que es una pequeña batalla lo que acabo de ganar, que Rhogar seguirá buscando las maneras de doblegarme y bajarme del trono, pero, de momento, todos han contemplado cómo le he vencido, cómo ha salido de aquí humillado cuando pensaba ser el héroe de mi condena.

El juez se inclina hacia sus iguales e intercambian unas palabras que no alcanzamos a oír. Luego se dirige a todos los que seguimos allí congregados:

—El Tribunal se retira unos instantes para deliberar.

Los tres jueces se alejan tras el trono, por la puerta que conduce a la capilla. El rumor crece en el salón. Algunos de mis consejeros se vuelven hacia mí para alabar la estrategia con Rhogar; otros, para comentar la declaración de Maireen, con sus luces y sus sombras. Yo asiento sin levantar la vista de las vetas del suelo. Me muero de miedo, de incertidumbre. No atino a imaginar la voluntad de los jueces. Es cierto que no han encontrado ni una sola prueba física de que su usara alquimia en el desfiladero, pero también pesan las palabras de Maireen*: Las flores de azahar no caen en las tundras del norte de forma natural.* ¿Qué predominará más en la decisión de los jueces: la ausencia de pruebas o la certeza de que lo que sucedió en la tundra no fue natural?

Estoy a punto de averiguarlo, los pasos de los jueces levantan ecos en su regreso.

Un soldado de mi guardia real entra en el salón con sigilo. Lo reconozco, estaba en la puerta de mis aposentos cuando salí a

visitar a Maireen. Es quien cubrió el turno de noche. Se inclina apenas, nervioso, su voz no es más que un hilo al llegar a mi oído.

—Me dijo que vos misma le habíais mandado entrar… —titubea. Se está excusando de su error—. No vi motivos para dudar.

Mi pulso se acelera. Él sabe quién irrumpió anoche en mi alcoba sin mi permiso. Sabe quién se llevó el grimorio de invocación.

—Hablad —le ordeno casi sin mover los labios.

El soldado baja la vista al suelo, como si el nombre pesara demasiado para sostenerlo solo con la lengua. Al otro lado del salón, Lord Andric se pone en pie. Su capa cae con elegancia estudiada. Cruza el pasillo y sube al estrado. Va al encuentro de los jueces. Me mira y sonríe con esa cortesía que siempre me ha tranquilizado. Ahora entiendo que solo era una máscara.

El soldado dice un hombre, bajo:

—Fue Lord Andric, Majestad.

26. La decisión de los jueces

La sombra de mi leal consejero se alarga hasta casi rozar el sillón del trono.

Me da espalda para recibir de frente a los tres jueces, que regresan con mi veredicto entre las manos. Me pregunto qué hace ahí arriba, pero sobre todo me pregunto para qué quiere el grimorio. Me niego a pensar que ambas cosas estén relacionadas y, sin embargo… lo están.

—Excelencias —su voz es profunda, modulada, el tono que tantas veces he oído en las sesiones del consejo, ofreciéndome sus sabias opiniones—. Antes de que emitan su sentencia, ruego se me permita mostrarles una prueba que crucial en este proceso.

El juez Harald arquea una ceja y tuerce la boca en un gesto que muestra su disconformidad con lo que está ocurriendo.

—No es momento para esto, Lord Andric —le reprende—. El tiempo de las pruebas y pasó.

El Consejero asiente de forma respetuosa. Sabe que a los jueces se les gana con halagos.

—Disculpad las formas. —Su cadencia melosa chirría en mis oídos —. Pero esta prueba no ha llegado a mí hasta esta noche.

Y, sin esperar el consentimiento de los jueces, saca un libro bajo su capa y se lo muestra. No es un libro cualquiera. Lo reconozco incluso antes de que la luz de las vidrieras alcance la piel de quimera que lo

recubre. Desde mi asiento, percibo la magia latir a su alrededor como si se tratara de una criatura viva.

Es el grimorio de invocación.

Un rumor cruza los bancos donde se sientan los consejeros y el pánico se apodera de mí. Todos miran a Seldrin, como si esto fuera cosa suya —aunque en realidad lo es—, pero él solo me mira a mí. Muestra un gesto contrariado en su rostro, de sorpresa poco agradable, por lo que deduzco que él no ha tenido nada que ver en esta estratagema de Andric.

—Esto —proclama Lord Andric mientras levanta el libro para que todos lo vean— es un grimorio de invocación de un Heraldo Oscuro.

Los jueces se inclinan hacia adelante para verlo mejor. Es posible que sea el primero que ven. Lady Cristal dibuja una mueca de horror en su rostro y los otros dos jueces lo miran con repulsión. Es un objeto maldito.

Andric me mira de reojo. La máscara ha caído y ahora puedo ver de verdad su rostro, su fría mirada de odio. Un odio que no entiendo.

—Este ejemplar —prosigue— estaba en posesión de la reina Genoveva.

Ahora sí me miran todos: jueces, consejeros, guardia real… Sus gestos de incredulidad y desaprobación se clavan en mí como dagas. Me duele especialmente la forma en la que Helmor se aparta de mí, como si estuviera enferma o apestada.

Quiero decir algo, cualquier cosa que sirva para justificarme, pero la voz no me sale.

Lord Andric aprovecha mi parálisis.

—Sé que no hallaron marcas ni tatuajes en el cuerpo de la reina. Tal vez consiguió borrarlas con algún conjuro mayor o con otros métodos que desconocemos. Pero este libro es una prueba viva de que un Heraldo se halla a su servicio.

Lady Cristal alza la mano para tratar de imponer silencio, pero apenas logra contener la tormenta de reacciones. Yo permanezco sentada, casi sin respirar, en espera de las palabras de Andric.

—¿Podéis demostrar lo que afirmáis? —pregunta la jueza.

Andric asiente con una seguridad insultante.

—Con el grimorio en mi poder, puedo invocar al Heraldo y obligarlo a decir la verdad, que nos cuente lo que sucedió en el desfiladero.

Un sudor frío me recorre la espalda. Siento la traición de Lord Andric atravesarme el pecho de lado a lado. ¿Por qué? ¿Qué afrenta he causado contra él para que me entregue así a los jueces? ¿Por qué quiere verme derrotada?

Si llama a Akhir, si lo invoca… mi secreto quedará descubierto.

Lord Harald guarda unos minutos de reflexión, pero al final accede.

—Las invocaciones son temerarias y este Tribunal no tiene competencias sobre las Tierras Baldías —dice—, aun así, la verdad debe prevalecer. Proceded, Lord Andric.

Quiero protestar, pero estoy demasiado asustada para moverme. Todo va a salir a la luz, y la vergüenza y la humillación me mantienen pegada al asiento. Si pudiera, querría desaparecer.

—Heraldo Oscuro —Lord Andric eleva el grimorio al cielo, como si quisiera mostrárselo a Akhir, allá donde se oculte—. Muéstrate, te lo ordeno.

El aire se agita, impulsado por una corriente que no procede de ningún lugar en concreto. Siento en mi carne el tirón. El ardor. El tatuaje de invocación, borrado por Seldrin, se incendia como hierro candente bajo mi piel.

Entonces el suelo tiembla. Una grieta negra se abre entre las losas del salón, en mitad del pasillo que conduce al trono, como si la misma piedra cediera ante las fuerzas oscuras de las Tierras Malditas. De la grieta surge una sombra alargada, alta, imponente con su armadura negra.

Akhir.

Surge como un espectro, con sus ojos brillando en oro líquido. La sala entera contiene el aliento. Los consejeros se apartan, impresionados por su feroz aspecto, pero yo me mantengo imperturbable, al amparo de su sombra alargada, como si fuera yo la que está a su servicio y no al revés. Mi maldición y mi salvación. Mi verdugo y mi guardián.

El tatuaje palpita bajo mi piel para recordarme que él está aquí por mí, aunque ahora sirva a los designios de otra mano.

—Dinos, Heraldo —Lord Andric proclama con la espalda erguido. Parece ser el único de los presentes cuya determinación le impide mostrar temor—. Estás obligado a obedecer la voz de quien posea este libro, ¿no es cierto?

Akhir vuelve su rostro hacia él. No con prisa, sino con la calma de un depredador que decide si merece la pena desgarrar el cuerpo de la presa que tiene delante. Sus ojos dorados brillan y, durante un segundo, creo que no va a contestar.

—Es así —dice al fin, con su voz grave retumbando entre las paredes del salón.

Doy gracias de que ni mi madre ni Camila estén allí, que no tengan que escuchar lo bajo que me he visto obligada a caer para mantener el trono de mi padre.

Lord Andric da un paso hacia Akhir. Sigue sosteniendo el grimorio en una mano y lo adelanta hacia él, como si fuese el escudo que le protege de las llamas del Heraldo. Tal vez sea así.

—Entonces, declara —le dice—. En la batalla del desfiladero de Aarán, la lluvia de flores de azahar que cayó sobre las bestias de los Moradores y que salvó a nuestro ejército, ¿fue obra de Su Majestad Genoveva?

Contengo la respiración. Los ojos de la sala están fijos en mí, en espera de la reacción tras la respuesta de Akhir. Siento un nudo en la garganta, un peso en el pecho. Si Akhir responde *sí*, todo habrá terminado para mí. No habrá solución posible.

La respuesta tarda demasiado. Cada segundo es un suplicio.

Entonces, Akhir contesta.

—Las flores fueron obra mía.

Un rugido de murmullos estalla en el gran salón. Los jueces se miran de reojo y algunos consejeros se llevan las manos a la boca, Seldrin entre ellos. Yo me quedo helada, los dedos crispados entre los dobleces de mi vestido. Su respuesta no ha sido un *sí*, pero tampoco alcanzo a comprender todas las aristas de lo que ha dicho.

Lord Andric, sin embargo, no pestañea. Su voz se recubre de insistencia nerviosa.

—¿Por orden de quién? —pregunta.

El corazón me martillea en los oídos. Mis labios tiemblan, a punto de pronunciar una súplica muda, un *no lo digas* que nunca se oirá.

Akhir dirige sus ojos hacia mí. Su mirada me atraviesa como una daga de fuego.

—Lo hice porque quise. Nadie me lo pidió.

El mundo se detiene.

Siento un vértigo tan intenso que creo que voy a caerme del asiento. Seldrin exclama que eso no es posible, que el Heraldo está mintiendo.

Harald alza las manos y ordena silencio.

Yo observo la reacción de Seldrin y no entiendo lo que quiere decir.

—¿Por qué? —La pregunta brota de mis labios sin darme cuenta, y lo hace con la fuerza suficiente para que todos se vuelvan hacia mí.

El archimago me mira con curiosidad.

—Ningún Heraldo salvaría a un rey por voluntad propia —dice—. El Señor Oscuro le haría pagar con creces esa afrenta a su lealtad.

Me vuelvo hacia Akhir, que sigue mirándome. Estoy confundida. No solo me salvó la vida en Aarán, también en el río frente a los *naeres*. Siempre creí que lo hacía para proteger el pacto, para conseguir el alma prometida, pero ahora me entero de que eso se entiende como una falta de lealtad a su Señor Oscuro, y entonces dejo de comprender nada.

—Pero si me hubiera dejado morir —hablo hacia Seldrin, el único que puede dar respuesta a las preguntas que me acosan—, habrá perdido el pago del pacto.

—¿Crees que al Señor Oscuro le importa algo el precio de un pacto cuando la vida de un rey está en juego? —Seldrin me trata con condescendencia—. Él solo quiere ver los reinos arder. ¿Se te ocurre una mejor forma de sembrar el caos que derrocando al rey?

El juez Harald da un paso hacia adelante e interrumpe nuestra conversación.

—Entonces, Heraldo, ¿hemos comprendido bien lo que habéis dicho? ¿No recibisteis orden alguna de la reina Genoveva para invocar la lluvia de flores?

Akhir no duda en su respuesta. No titubea.

—Así es —sentencia.

El alivio me dura apenas un instante, lo que tardo en comprender que esa frase me ha salvado a mí, pero lo ha condenado a él. En su lugar, surge otra pregunta más dolorosa: *¿por qué?*

Lord Andric, contrariado, frunce el ceño. El plan se le escapa de las manos. Aprieta el grimorio con fuerza entre las manos, como si quisiera exprimir de él una respuesta distinta.

—Entonces explícame esto, demonio. Si hubieras dejado morir a la reina en el desfiladero, habrías obtenido el favor de tu Señor. ¿Por qué impedirlo? ¿Por qué salvarla? A no ser…

Su frase queda a medias, flotando, suspendida sobre todos nosotros.

La mirada de Akhir no se aparta de mí y entonces lo entiendo. No le está respondiendo a Andric, me está respondiendo a mí.

—A no ser que sienta algo por ella —concluye—. Algo tan fuerte y tan profundo que ni la amenaza de las Tierras Baldías puede contener.

El suelo desaparece bajo mis pies y siento el vértigo de una caída libre.

Los Consejeros enmudecen. Los jueces me miran con desconcierto. Incluso Lord Andric parece perder el aliento, incapaz de procesar lo que acaba de escuchar.

Y yo… yo no respiro. Mis manos tiemblan. Mi corazón golpea contra las costillas como un animal enjaulado.

¿Qué acaba de decir?

La voz del juez principal rompe el estupor.

—Si esto es así… entonces la magia que intervino en la batalla no proviene de la reina, sino del Heraldo. Y sobre los Heraldos Oscuros y las Tierras Baldías… el Alto Tribunal no tiene competencias.

Andric aprieta los dientes, pero nada puede replicar.

—Por tanto, absolvemos a Genoveva, de la Casa Velaryan, de la acusación de violar el Pacto Anti-Cataclismo.

Mis consejeros aplauden, todos menos Lord Andric.

La sentencia debería traerme paz. Una parte de mí lo entiende así: he sobrevivido a todo lo que amenazaba mi coronación, he demostrado ser digna de la herencia de mi padre. Sin embargo, otra

parte, la más profunda, está sumida en un torbellino imposible de sofocar.

Levanto los ojos buscando los de Akhir, con su confesión aun latiendo en mis oídos, pero el Heraldo ha desaparecido.

27. Una venganza

Theodemir se acerca a mí con la alegría desbordando su rostro. Me abraza con una ternura que creía extinguida.

—Sabía que eras digna del trono —. Atrapa mi cara entre sus manos—. Hasta las Tierras del Sur os rinden pleitesía. Voy a prepararlo todo, la coronación es inevitable.

Le agradezco sus palabras, pero mi cabeza está en otra parte. Andric se retira como una sombra, con paso firme. Camina por el pasillo central con el grimorio apretado contra el pecho, como si llevara entre sus manos la llave de todo el reino. Y en parte es así. No puedo permitir que siga controlando a Akhir, es un arma peligrosa en sus manos.

Trato de pedir a mis Águilas Grises que lo detengan, pero hay demasiado barullo en el Salón del Trono para que una orden mía pueda llegar hasta ellos. Me desembarazo de los cumplidos de los Consejeros. Qué fácil es agasajar cuando se ha triunfado.

Corro detrás de él, esquivando a todo el que sale a mi encuentro. Lord Andric no se vuelve. Estoy segura de que sabe que lo sigo, pero no lo teme. Esa tranquilidad me enciende la sangre, ¿cómo puede caminar con tanta calma tras haber puesto en riesgo mi nombre, mi trono, mi futuro?

Desciendo por las escaleras de caracol de la torre. El eco de sus pasos me precede. Al llegar a la galería inferior, me topo con el

silencio absoluto. Ni un guardia, ni un criado. Solo la brisa de la tarde colándose entre los ventanales. Veo el destello de una puerta batiéndose. Son los aposentos del consejero.

Antes de que pueda cerrarla, pongo la mano en el quicio y me cuelo tras él.

—¿Hasta dónde pensáis llegar con esto, Lord Andric? —Me tiembla la voz de rabia contenida.

Él deja el grimorio sobre la mesa y se gira despacio. Su gesto me dice que ya esperaba esta confrontación. Sus ojos grises me escrutan con una calma que me resulta insoportable.

—Todo lo lejos que haga falta para que la Casa Velaryan pague por su pecados, presentes y pasados.

—¿Pecados? —escupo la palabra—. No hay mayor pecado que traicionar a tu reina.

Él exhibe una sonrisa que está lejos de ser amable. Es la de alguien que cree saber más que yo, que se cree dueño de una pieza que yo nunca podré mover en este tablero.

—Torpeza. Eso es lo que más me duele, Genoveva. Vuestra torpeza. Siempre con el corazón primero, con las emociones, con la desesperación por demostrar que sois fuerte… El sacrificio valeroso como arma.

—Así es como me enseñaron a gobernar —le interrumpo.

—No miráis más allá de vuestra nariz. Igual que vuestro padre…

Su mención hace que mi sangre se altere. Aprieto los puños.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto?

Lord Andric suelta una carcajada amarga, seca.

—Él es el culpable de todo, Genoveva —dice—. De la herencia manchada de sangre que os ha dejado.

—Explícame entonces, porque me temo que soy una ignorante.

—De nuevo, igual que vuestro padre, que pensó que podría mandarme al norte y que yo permanecería impasible al coraje de aquella tierra, al candor de su pueblo, al amor de sus mujeres… —Por primera vez, la máscara de suficiencia se quiebra y sus ojos se encienden con una rabia que ha contenido durante años—. A la candidez de sus niños.

Una idea surge en mi cabeza y me recorre con frío glacial.

—Hacéis todo esto por el bastardo. —Es una certeza más que una pregunta.

Andric niega con violencia, dando un manotazo al aire.

—No os atreváis a nombrarlo así. Jacobo no es ningún bastardo.

La afirmación es tajante. No da pie a réplica. Sin embargo, rompe mis esquemas. Si ese niño no es el bastardo, entonces ¿quién es?

—Los rumores… —trato de decir, pero Lord Andric me interrumpe.

—Los rumores fueron alentados por el propio Rhogar para desestabilizar el reinado de Aldemar, pero no hay verdad en ellos.

—Pero Seldrin…

Lord Andric me interrumpe de nuevo.

—Seldrin creyó los rumores igual que todos. Cuando me vino con el cuento de poder demostrarlo y me habló del grimorio y el Heraldo, supe que era mi oportunidad para asegurar tu condena.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de que no hay bastardo? —Pienso en la hebra roja en el ojo de Akhir y no encuentro otra explicación posible.

Andric me da la espalda y apoya ambas manos sobre la mesa, junto al grimorio. La luz de la tarde acentúa las arrugas del rostro curtido del consejero y lo endurece más.

—Porque ese niño es hijo mío.

La revelación me pilla desprevenida y me encoje el corazón.

—¿Qué…? —las palabras apenas me salen. Son un suspiro—. ¿El hijo de lady Myrla…?

Él se vuelve y asiente con un gesto seco; los ojos brillando con una mezcla de orgullo y dolor.

—La amé desde el momento en el que la vi. Por mi edad, nunca pensé que engendraríamos descendencia, y por eso me relajé. Pero ella tenía un vientre muy fértil y surgió la vida. Sin embargo, la maldición de sus deformidades no es cosa de linajes o de mi avanzada edad. Es todo culpa de Aldemar. De vuestro amado padre.

Se me encoje el estómago al escuchar su nombre. ¿Qué podría haber hecho mi padre para causar tales deformidades? Sin duda, Lord Andric ha de estar mintiendo. No tiene sentido.

Andric respira hondo. Ha visto la duda en mis ojos y se dispone a continuar, aunque las palabras se hayan convertido en cuchillos que

le cueste sacar de su garganta.

—Tras vuestro atentado, quedasteis entre la vida y la muerte. La daga que os atravesó dañó vuestro corazón, pero no lo suficiente como para mataros. Sin embargo, no despertabais. Aldemar enloqueció de dolor y culpa, y buscó por todos los medios una solución a vuestro mal. Alguien le habló de Faerín, de sus largos conocimientos para sanar, pero nadie de los bosques quiso recibirlo. Acudió entonces a Myrla, ya que conocidas eran por todos sus incursiones en los bosques. Ella ama aquella tierra de paz y alquimia blanca.

Mi respiración se ha agitado al escuchar el nombre de Faerín. La Sombra de la que hablaba Maireen.

—Myrla llevó a tu padre hasta su líder —prosigue Andric con la voz rota—. Él prometió salvaros, pero les advirtió de que todo ejercicio de sanación exige un sacrificio a cambio. Un sacrificio que no se puede controlar pues solo la naturaleza entiende de equilibrio. Aldemar aceptó. —Su mirada me atrapa, hiriente, acusadora—. Pero Myla… no sabía que estaba encinta.

Un escalofrío me recorre. El aire se vuelve helado en mis pulmones.

—El sacrificio recayó en nuestro hijo. —Su voz se quiebra al pronunciar la palabra *hijo*—. Nació con la salud quebrada desde el primer día. Marcado por la alquimia blanca de Faerín. Esa es la verdad, Genoveva. No hay ningún bastardo que amenace vuestro trono. Hay un niño que paga con su cuerpo y su dolor el precio de vuestra vida.

Me apoyo en la puerta cerrada, tambaleante. Las palabras retumban en mis oídos mientras veo el rostro deformado de aquel niño… su pequeña mano estrechando la mía sin saber que yo era la culpable de su mal. Ahora entiendo la mirada de Myrla, su despecho, sus amenazas… No estaba loca, solo contenía su mano frente el verdugo de su hijo.

—Pero… no lo entiendo. —Las piezas siguen sin formar una imagen clara en mi cabeza. Todavía falta algo—. La hebra roja en los ojos del Heraldo… tocó la sangre real de un niño…

Lord Andric esboza una sonrisa cansada. Se posiciona de nuevo sobre el grimorio y toca su cubierta de piel con delicadeza, como si le diera miedo dañarlo.

—Será mejor que él te lo cuente. —La luz del ocaso empieza a desfallecer. Andric enciende una lámpara de aceite y la alcoba se llena de sombras que bailan—. Heraldo, te ordeno, muéstrate y cuéntale a esta joven reina el origen de la mancha de tus ojos.

El tirón del tatuaje me hace mirar a un lado, a la sombra que toma forma junto a mí. Akhir está imponente. Su armadura negra absorbe las últimas luces del día y genera un aura de oscuridad a su alrededor. El pelo le cae a ambos lados del rostro, y el resplandor de sus ojos se proyecta en haces dorados sobre los pómulos y el perfil de su nariz.

Me mira y percibo el huracán que se agita en su interior. No quiere hablar, pero no puede ignorar las órdenes del portador del grimorio.

—El Consejo dijo que eras débil. —Su voz ya no retumba. Ha perdido fuerza—. Aldemar trató de convencerles, les habló de tu entereza, de tu convicción, de tu empeño y perseverancia para conseguir aquello que te proponías; pero el consejo solo veía a una niña de diez años a la que le gustaba peinar y vestir muñecas. «No servirá para gobernar en los tiempos de guerra que se avecinan.»

Me comienzo a poner nerviosa. No sé dónde quiere ir a parar, pero nunca he visto a Akhir así. Parece derrotado, exhausto.

—El consejo puso la semilla, y la idea se fue formando en la mente de Aldemar como una picadura insidiosa, pequeña al principio, pero que fue irradiando su veneno por el cuerpo del rey hasta consumirlo. No podía pensar en otra cosa, y entonces Seldrin le ofreció la solución: «No tenéis que hacerlo vos, mandad a un Heraldo a hacer el trabajo sucio.»

Mi mente empieza a comprender, pero es tan horrible que me niego a pensarlo. Deshecho la idea una y otra vez, mientras en mi cabeza las piezas por fin encajan.

Akhir vuelve su rostro a mí. Si fuera posible, juraría que sus ojos contienen lágrimas.

—Tu padre me ordenó asesinarte.

La habitación da un vuelco y caigo al suelo. Las piernas no me sostienen. No puede ser, no he oído bien.

Akhir se arrodilla a mi lado y trata de ayudarme para que me ponga en pie, pero estoy demasiado bloqueada para que mis músculos me respondan.

—¿Qué has dicho, Akhir? —balbuceo, le imploro con la mirada.

El Heraldo sostiene mi mano y no responde. Su silencio es un puñal que se clava en mi pecho.

Rompo a llorar. No hay lágrimas suficientes en el mundo para aliviar el dolor que me atraviesa las entrañas. Traicionada por mi propio padre. Después de eso, qué puedo esperar de los demás. Me acaricio la cicatriz del costado. La marca del atentado. Ahora sé que no fue más que una farsa, un teatro orquestado por mi padre para esconder al reino lo que había hecho.

—Ese día me manché con tu sangre —continúa Akhir—, y desde entonces no ha pasado un solo día en el que no haya pensado en ti.

Y entonces comprendo de golpe que todo lo que ha hecho Akhir hasta ese momento ha sido para protegerme de ese secreto. Desde el principio, desde su condición para el pacto, buscaba que yo lo rechazara. No quería acercarse a mí para mantenerme alejada de este dolor.

—Entonces, ¿por qué Seldrin pensó que os habíais manchado con la sangre de un bastardo?

—Tras los rumores difundidos por Rhogar, el propio Aldemar llegó a dudar que el hijo de Myrla fuera suyo. La magia de Faerín es difusa. ¿Quién le aseguraba a él que para salvarte a ti no concibieron un hijo suyo en el vientre de Myrla? Consumido por esa duda, acudió a Seldrin en busca de consejo y él le insinuó que tal vez yo pudiera darle la clave. Si me manchaba con su sangre y aparecía una hebra, sería la prueba definitiva de que el niño poseía linaje real. Aldemar me pidió llevar a cabo ese último favor para aseguraros un reinado libre de dudas. Por supuesto, Seldrin nunca supo el resultado de la prueba, y hace unos días, cuando os obligó a convocarme, pensó que la hebra roja de mi ojo procedía de aquel momento.

Levanto una mano hacia su rostro endurecido y la poso sobre su mandíbula. Él atrapa mi mano con la suya y la estrecha. Su calor me

invade, me recorre, me enciende. Su máscara ha caído. Toda la fachada de arrogancia que levantó entre nosotros para mantenerme alejada de él se ha esfumado. Ahora es un Heraldo con una hebra roja en los ojos. Un Heraldo que siente.

—Vuestro padre me encomendó mataros, pero no pude completar el trabajo. —continúa con la voz es apenas un susurro. Habla para mí. Ambos hemos olvidado que Andric sigue allí—. Y, al final, resultó un alivio para él porque se arrepintió de inmediato de haberme dado la orden. Yo no pude regresar a las Tierras Baldías, porque las condiciones del pacto no se habían cumplido. Tu padre intentó cambiarlas, quiso obligarme a sanarte, pero mi poder no es para eso. Ojalá hubiera podido, pero tuvo que acudir a los bosques para curarte. Después de eso, acordamos un nuevo trato: me quedaría a su lado, aconsejándole en asuntos sobre tu educación, hasta que estuvieras lista para gobernar.

—Y entonces te llevaste su alma —concluyo con un nudo en la garganta que apenas me deja respirar.

Asiente.

—No puedo llevarme la tuya, por mucho que el Señor Oscuro la reclame…

Entonces un aplauso seco parte el silencio que nos rodea y la presencia de Lord Andric regresa y se instaura entre nosotros.

—Muy bonito todo. —Su frase rezuma veneno—. Pero me temo que el tiempo de las confesiones ha terminado. Apártate de ella, Heraldo.

Andric se lleva la mano a la empuñadura de la espada al tiempo que Akhir se da la vuelta y se interpone entre nosotros.

—No —ruge con toda la potencia de su voz. Los cristales tiemblan. El aire se calienta, se vuelve denso.

—Heraldo, te lo ordeno. —Lord Andric da otro paso hacia mí y desenvaina la espada. Su filo reluce bajo el resplandor naranja de la llama—. Apártate de ella. Su tiempo expiró cuando le clavaste la daga. Nunca debió ser salvada.

Akhir grita mientras sus pies lo alejan de mí. La magia que lo ata al grimorio le impide desobedecer, pero soy consciente de su resistencia: el dolor del tatuaje de invocación me está desgarrando

el brazo. La protección de Akhir desaparece y, sin ningún arma con el que poder defenderme, retrocedo hasta que mi espalda choca contra la piedra fría de la pared.

—Lord Andric… por favor —apenas me sale la voz—. Detened esta locura. Si me matáis, no habrá lugar en el reino donde podáis esconderos.

Él se echa a reír mientras blande el acero, que corta el aire con un sonido metálico.

—¿Creéis que soy tan estúpido como para no haber previsto una salida? Hace años que Gorath, Rhogar y yo unimos fuerzas para derrocar este reinado de falsedades y mentiras. A todos nos mueve el mismo odio hacia la Casa Velaryan. Una vez te haya matado, Rhogar y yo le abriremos la puerta del reino a Gorath; y Myrla, Jacobo y yo por fin tendremos el lugar que nos merecemos.

¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo no me he dado cuenta antes de la clase que persona que tenía a mi lado en el consejo? Veo su espada apuntando a mi pecho y me digo que no puedo morir a manos de esa sucia rata traidora. Si he conseguido llegar hasta aquí con vida pese a todas las trabas el camino, no puedo rendirme ahora.

El filo de la espada refulge cuando se abalanza sobre mí. El impacto sacude la habitación cuando el metal se clava sobre la madera de la puerta, a menos de dos centímetros de mi brazo. He conseguido esquivarlo, y ahora la espada está insertada entre las tablas y no consigue sacarla. Es mi oportunidad. Salto sobre su costado y lo tiro al suelo. Mis dedos se ciernen sobre su garganta. Aprieto mientras sus ojos se abren, sorprendido de mi fuerza. Sin embargo, no puedo sujetarlo durante mucho tiempo. Andric me empuja con las piernas y salgo despedida hacia la pared de enfrente. Me golpeo la cabeza y la vista me patina y se funde a negro.

Oigo la voz de Akhir intentando sacarme de la inconsciencia, pero me cuesta abrir los ojos. Cuando por fin lo consigo, Andric ha logrado sacar la espada de la madera y se dirige hacia mí de nuevo.

Todo ocurre demasiado rápido para que me dé tiempo a procesarlo. Veo que Akhir se aleja de mí y se dirige hacia la mesa

donde reposa el grimorio y la lámpara de aceite. Lord Andric apenas le presta atención. Sabe que no puede protegerme porque así se lo ha ordenado. Sus ojos están puestos en la punta de la espada y en la distancia que la separa de mi pecho.

De pronto, un ruido de cristales estalla en la habitación. Las llamas se avivan. Me giro hacia Akhir y veo que el grimorio está en llamas. La lámpara de aceite yace rota encima.

Entonces, un dolor me atraviesa el pecho y pierdo la respiración. No puedo gritar. Estoy rota. Miro abajo y veo que la espada de Andric se hunde entre mis costillas. La sangre brota con cada latido y cubre mi vestido.

Mi vista se nubla, pero me da tiempo a ver a Akhir aparecer frente a mí. Su aura oscura lo llena todo. Desenvaina su espada con un movimiento limpio, ágil, y traza un círculo frente a su pecho. La cabeza de Lord Andric cae al suelo y rueda hasta golpearme los pies. El gesto de sorpresa del consejero es lo último que atino a ver con claridad.

Siento el calor de Akhir junto a mí.

—Tranquila, Genoveva —me dice—. Te voy a sacar de aquí.

—No… —apenas soy capaz de hablar. Cada respiración son centenares de agujas que me perforan el pecho—. La sangre…

Soy consciente de que, si me toca, sus ojos se volverán rojos.

—Ya desafié al infierno por ti una vez —le oigo decir—, y lo seguiré haciendo mientras me queden fuerzas.

Siento que me coge entre sus brazos y me levanta. Mi sangre gotea al suelo, cubre sus manos, se cuela entre los recovecos de su armadura. Sus ojos brillan, dorados al principio, pero su fulgor se apaga a medida que recorre los pasillos buscando ayuda. El oro se enturbia… se enrojece…

28. La coronación

La voz de Akhir me acompaña en cada paso hacia el trono. No sé si fue un delirio durante las altas fiebres que precedieron mi recuperación u ocurrió de verdad. Quiero pensar que sí, que se materializó junto a mi cama, cubierto en sombras y fuego como siempre, y tuvo tiempo de despedirse antes de regresar a las Tierras Baldías.

«—Siento los desprecios, los reproches… mi arrogancia… Todo lo hice para alejarte de mí. Para que no te consumieras en el mismo fuego que yo ardo.»

«—No te marches.»

«—Tengo que hacerlo. Las condiciones del pacto se han cumplido. Tu Casa reina en el Oeste por derecho propio. El Señor Oscuro me reclama ya.»

«—Entonces llévame contigo. Soy el alma que anhela.»

«Sonríe con pesadumbre mientras me acaricia la mejilla.

«—Un corazón que late por otro no lo encadena al dolor; sería como atar un pájaro a una piedra y negarle que vuelva a tocar el cielo.»

«—Enloquecerás... Tus ojos... se han vuelto rojos.»

«—Ya estaba loco. Mi cura comenzó el día que mis dedos rozaron tu sangre... Nunca he estado más cuerdo que ahora.»

Me toco los labios ahí donde siento todavía el calor de su beso de despedida.

El aire en el Salón de la Veinte Efigies vibra con el eco de las trompetas mientras recorro el pasillo que conduce al trono. Todo en la ceremonia es igual a la primera vez, y también distinto. Mi escolta de Águilas Grises me sigue, cuidando mis pasos igual que entonces, pero Ceryán ya no está entre ellos. Un nuevo comandante lo ha reemplazado. Parece igual de leal y servicial, pero no es Ceryán.

Mi madre está a un lado del pasillo. Su periodo de luto ha terminado y ahora puede acompañarme en este día tan importante. Sonríe cuando paso por su lado. Hay orgullo en sus ojos. Algo que hace tiempo no veía.

También está Camila, junto a Rhogar. Aún no he podido librarla de ese compromiso, pero ahora dispongo de la fuerza y cuento con los apoyos necesarios para hacerlo. Es solo cuestión de tiempo.

Y, por supuesto, yo misma soy distinta. Ya no hay dudas. Camino despacio con la cabeza erguida. El pelo ya cubre la piel de mi cráneo, pero no ha vuelto a salir negro; ahora es blanco, como la visión que me regaló Maireen. Tengo una nueva cicatriz que me atraviesa el pecho; y estoy dispuesta a recibir una corona que me he ganado con mi sangre, con mi sacrificio, derrotando a cuantos enemigos se han interpuesto en mi camino para tratar de impedirlo.

No hay miradas recelosas entre el público: consejeros, nobles y pueblo creen en mí y en la fortaleza de mi reinado.

Los estandartes de la Casa Velaryan cuelgan majestuosos bajo los altos vitrales. Sus cristaleras pintan el mármol de colores encendidos. Afuera, el pueblo grita mi nombre como si fuera un himno triunfal.

Y yo sonrío. Lo hago porque debo, porque es lo que todos esperan; pero la sonrisa me duele, me parte en dos.

Theodemir me espera al final del pasillo con la corona entre sus manos. Siento el vértigo del momento. El miedo a que se repita la escena del anterior intento de coronación. Sin embargo, son temores infundados. Cuando el Consejero Mayor coloca la corona sobre mi cabeza, el rugido del Salón sacude los muros. Quizás la Genoveva de

hace unas semanas, muerta de miedo y dudas, habría llorado de alegría al escuchar esa ovación, pero ahora mi interior es habitado un vacío que no puede llenarse con nada.

Porque él no está.

Akhir.

Su nombre arde en mí como una llama eterna que no puedo sofocar. Me agarro la corona, intentando sostenerme en la ceremonia, pero la mente me arrastra a los aposentos de Lord Andric, donde regresé a la mañana siguiente, cuando apenas podía levantarme por el dolor que me perforaba el pecho. Akhir ya se había marchado, pero mantenía la esperanza de poder invocarlo de nuevo.

Aún olía a brasas cuando empujé las puertas. La mesa estaba cubierta de ceniza gris y jirones ennegrecidos. Me acerqué despacio, temiendo confirmar mis peores temores. Extendí la mano y toqué aquel polvo frágil, reconociendo la textura de la piel que había recubierto el grimorio.

Lo levanté y se deshizo como arena entre mis dedos. Nada quedaba de las páginas que habían abierto la puerta hacia él. Ni una palabra con la que volver a invocar su presencia. Solo cenizas. Toqué aquel montículo como quien acaricia la tumba de un ser querido.

No puedo llamarlo, pero sé dónde está: en las Llanuras Abisales de las Tierras Baldías. Castigado por no haber reclamado mi alma, por elegir salvarme una y otra vez. Enloquecido por haber tocado mi sangre, consciente del tormento y la agonía de aquella tierra maldita. Mi alma se retuerce al pensar en su sufrimiento.

Allí delante, en el salón del trono, el pueblo me aclama como su reina triunfante. Y yo, mientras sonrío ante ellos, llevo en secreto la verdad de mi mayor derrota: haber perdido a Akhir.

El salón se va vaciando poco a poco. Los vítores se disipan como el eco de una tormenta que se aleja. Yo sigo sentada en el trono, en ese lugar al que tanto me ha costado llegar, para el que he sacrificado tanto. La corona me oprime la frente, tan pesada que me corta la respiración.

Mi madre se acerca. Su manto arrastra suavemente sobre el mármol y su mirada se clava en mí, firme y cálida a la vez. Veo una ternura que nadie más conoce, un reflejo de lo que fui antes de cargar con el peso de un reino.

—Hoy nadie osará desafiarte, hija mía —dice con voz serena—. El pueblo te ama. Tus enemigos te temen. Has logrado lo que parecía imposible.

La miro, y las palabras se me clavan como espinas. Aprieto los puños sobre el regazo.

—¿De qué me sirve todo esto, madre? —mi voz apenas se sostiene, pero sale—. ¿De qué me sirve la corona, la gloria, el respeto… si he perdido lo que más anhelo?

Ella me observa un segundo en silencio y luego asiente como si comprendiera.

—El Heraldo.

La miro sorprendida y ella me devuelve una sonrisa cálida.

—No se puede engañar a una madre —dice—. Ningún Heraldo Oscuro salvaría a una reina a no ser que entre ellos exista una conexión más profunda que un simple pacto. La manera en la que te sostuvo tras el ataque de Lord Andric, hasta que encontró ayuda, no le pasó desapercibida a nadie.

—Se condenó por mí. —La tristeza me encoge el pecho y las lágrimas se abren camino por mis ojos—. Eligió mancharse con mi sangre antes que dejarme morir. No puedo abandonarle ahora al tormento de las Tierras Baldías.

Mi madre se inclina hacia mí y aparta con cuidado la corona de mi frente, dejándola sobre el brazo del trono. Luego acaricia mi cabello blanco con la misma dulzura que lo hacía cuando era niña, en noches de fiebre o de pesadillas.

—Mi pequeña niña, todavía no has comprendido lo que significa gobernar.

Suspiro con el corazón encogido.

—Por el contrario, madre; lo entiendo demasiado bien. Mi espíritu se desangra por las consecuencias de todas esas decisiones que tomé siguiendo el deber y no mi verdadero deseo: entregar a Camila, dejar morir a Ceryán…

La reina viuda Alisée me silencia colocando su mano sobre mi boca.

—No has entendido nada —me reprende con un cariño aciago en su voz—. Te lo dije el primer día y te lo repito ahora: un rey que gobierna solo desde el deber, olvidando el amor, acaba convirtiéndose en un tirano. Y los tiranos, tarde o temprano, son derrocados por el pueblo.

—El rey Aldemar cumplió siempre con su deber…

—Tu padre estuvo a punto de perder la cabeza por dejarse llevar por el deber.

Entonces, sus delicadas manos se posan en la cicatriz bajo mi pecho. En la marca que me dejó el falso atentado contra mi vida. El cuchillo de Akhir.

—¿Lo sabías? —La miro sorprendida mientras sus ojos se llenan de lágrimas.

—Tu padre me lo confesó todo.

—¿Cómo…? —me cuesta reponerme—. ¿Cómo fuiste capaz de perdonarlo?

Trato de imaginar el momento en el que el rey Aldemar, junto a mi lecho de muerte, con mi vida pendiendo de un hilo, se acerca a mi madre y le dice que él es el culpable de todo eso; que ordenó mi asesinato a un Heraldo Oscuro. ¿Cómo puede una madre perdonar algo así? ¿Cómo logró mantener en pie el mundo a su alrededor?

—Porque vi que lo había comprendido —me responde, y una sonrisa cálida enciende su rostro.

—¿El qué? —pregunto, perdida.

—Que el amor está por encima del deber. —Toma mis manos entre las suyas y las acaricia con ternura—. Tu padre cosió sus heridas a base de convertirte en su prioridad. Tú le salvaste, y ahora el Heraldo ha de salvarte a ti.

—Pero el reino…

—El reino está en pie gracias a ti —me interrumpe—. Ahora puede sostenerse solo. Tu pueblo te esperará.

La miro incrédula. Las lágrimas me queman en los ojos.

—¿Me estás instando a que lo busque? ¿Que deje todo atrás?

Ella asiente, y su voz sale firme y clara.

—Una reina que se consume en el dolor no es reina de nada. Es una tirana. No hallarás tu destino entre estos muros, siempre lo he sabido. Ve y cierra tus heridas. Yo me encargaré de que, cuando regreses, tu pueblo siga siendo tuyo.

Sus palabras encienden algo en mí, una esperanza que creía extinguida. Respiro hondo y siento el fuego prender en mis entrañas. Su fuego. Miro la corona, brillante como una jaula dorada. Y luego miro hacia las puertas abiertas del salón del trono, hacia el horizonte donde me espera la promesa de nuestro reencuentro.

En las calles aún resuenas los vítores que me aclaman reina, pero dentro de mí solo un nombre resuena con fuerza.

Akhir.

Y entiendo que mi verdadero camino apenas comienza.